Este libro puede matar

Kate Eberle

Ella quería una novela de amor...

Pero el destino tenía otros planes.



Kate Eberle

Este libro puede matar

Traducción de
Noemí Jiménez Furquet

SUMA

Para todas las personas que, a pesar del miedo, se atreven

En afectuoso recuerdo de Mary Elizabeth Eberle,
la mejor abuela que ha existido jamás

1

Mason, también conocido como el hombre más atractivo, en el sentido clásico, que haya llegado a ver fuera de un anuncio de colonia, mantiene un intenso contacto visual conmigo. Sus turgentes labios se curvan en las comisuras, haciendo asomar los hoyuelos, e inclina la cabeza en un gesto de asentimiento casi imperceptible. Entonces se abalanza sobre mí para quitarme el bolso.

—¡¡¡No!!! —grito al tiempo que aparto el cuerpo y alargo la mano para bloquearlo.

Él trata de hacerme una llave de cabeza, pero la esquivo y le retuerzo el brazo a la espalda, obligándolo a caer al suelo. Se desase y se pone en pie de un salto, agarrando con agilidad el bolso de cuero turquesa que llevo en bandolera. Pero yo lo alcanzo al mismo tiempo, por lo que entramos en un duro tira y afloja. Y entonces, cuando menos se lo espera, cambio de estrategia y, en vez de tirar, uso el bolso para pegarle en la cabeza hasta que Beyoncé empieza a sonar en su interior.

—Ay, mierda. Espera —le digo sin aliento. Rebusco en el bolso y silencio la alarma de «club de lectura. cinco minutos»—. Tengo que irme.

—Buen trabajo, Mitchell —me felicita Mason al tiempo que me choca los cinco.

Mis pies desnudos se pegan a la esterilla azul mientras me encamino a la salida, donde encuentro a Uri apoyado en la jamba de la puerta. Deja escapar un silbido bajo y, mirándome, niega con la calva.

—¿Te das cuenta —pregunta con su voz áspera como la lija— de que si te sacaras el certificado para dar clases, sería yo quien te pagara a ti por pasar tanto tiempo aquí?

Le doy una palmadita en el hombro al pasar.

—Sí, pero entonces ¿quién les costearía la universidad a tus hijos?

En el vestuario desierto, estoy perdiendo la batalla por encontrar las mangas de mi jersey cuando mi mejor amiga, siempre puntual, me llama.

—No me odies —dice Steph en cuanto respondo—. Pensaba que podría asistir al club de lectura, pero tengo un apéndice roto. Bueno, yo no. A un chavalín se le ha roto el apéndice y se lo tengo que sacar. En fin, que solo dispongo de diez minutos, pero de verdad que tengo que hablar de este libro antes de encargarme de ese apéndice.

Emito con teatralidad un sonido de náuseas al teléfono mientras rebusco los pantalones en mi bolsa. La voz amortiguada de Uri interrumpe el rock de los noventa que suena en el vestuario para anunciar que el gimnasio cerrará en breve.

—Mierda —exclama Steph—. ¿Te llamo en mal momento?

—No, está bien —respondo, mientras lucho ahora con las mallas verde lima y, por el camino, vuelco la botella de agua—. Es que me he quedado en el gimnasio hasta tarde. Mientras no vuelvas a pronunciar las palabras «apéndice roto», no te odiaré.

La situación es típica de nosotras. Podemos programar llamadas y encuentros por FaceTime tanto como queramos, pero Steph siempre dependerá de los caprichos de la cirugía pediátrica, y yo siempre andaré corriendo de un sitio a otro con un amasijo de pertenencias desparramadas. Quitando las ocasiones especiales y las reuniones veraniegas en el chalet de la familia de Steph, nuestra amistad sobrevive y florece a base de algún mensaje de texto por aquí y un chat de diez minutos por allá.

—Bueno —digo haciendo equilibrios con el teléfono en el hueco del cuello mientras me subo los vaqueros—. ¿Qué te ha parecido el libro?

El suspiro de añoranza al otro lado de la línea me dice que escogí un caballo ganador. Es el efecto que *Amor ardiente*, junto con el resto de los libros de Anna Matthews, tiene sobre la gente.

—La parte humana de mi cerebro sabe que no estoy para nada lista para una nueva relación —reconoce Steph—, pero la parte reptiliana mandaría todo a la porra por un segundo con un bombero sensible y atractivo como Elijah Green.

—¿Verdad?

Por supuesto, esa es la gracia del asunto, además del motivo por el que sugerí este club de lectura tras la ruptura de Steph. No hace falta mandar todo a la porra por un hombre de ficción. Los héroes de las novelas románticas se quedan donde están, guardaditos entre las cubiertas de un libro, haciendo que el corazón se te encabrite aunque hayas declarado tu vida zona libre de relaciones amorosas. Puedes suspirar y desmayarte, que tu existencia no se habrá visto arruinada una vez que acabe.

Y, cuando de escapismo romántico se trata, nadie lo hace mejor que Anna Matthews. Sus historias de amor son contemporáneas, pero de un modo atemporal: más con notas manuscritas que con mensajes de tipo «tqm». Te revolotean las mismas mariposas con sus libros de los noventa que con los de ahora. Mi única queja es que «ahora» no haya ninguno escrito; han pasado tres años desde su último lanzamiento, y ya tengo sobadísimos todos sus títulos anteriores.

Uri vuelve al altavoz para anunciar de nuevo que van a cerrar y, más o menos un segundo después, lanza un tercer aviso:

—Va por ti, Roxie.

Pongo los ojos en blanco y grito en dirección a la puerta: «¡Ya no tardo nada!». Recojo el abrigo y el bolso del banco, y echo a andar con los cordones de las botas de nieve arrastrando a mi espalda antes de darme la vuelta cuando me doy cuenta de que me he dejado las llaves en la taquilla.

—¿Y cuando se le declara? —le pregunto a Steph—. «Eres el único fuego que no consigo combatir». ¿Qué tío en la vida real diría algo así?

—Espero que alguno —suspira. Así es Steph; mientras que yo he desarrollado inmunidad al romanticismo, ella es una optimista incurable en todo lo que se refiere al amor.

Al tiempo que mi amiga sigue cantando las alabanzas del libro, yo salgo del vestuario y le hago un gesto con la mano al dios del sexo sentado en la recepción.

—Hasta el lunes —dice.

—Buenas noches, Mason.

De inmediato me arrepiento de haber pronunciado su nombre.

Como era de esperar, Steph ahoga un grito.

—¿Estás con Mason el buenorro? Ese tío te ama.

Ese tío no me ama. Una vez miró con intensidad hacia donde me encontraba mientras intentaba ejecutar una llave de defensa y ataque frontal, y alguien capturó la imagen y la subió al Instagram de Zona de Combate.

«La mirada apasionada», la llamó Steph.

«La mirada de "a ver si no me dan una patada en los huevos"», la corregí yo.

Con todo, decidió apodarlo Mason el buenorro y no hay quien la convenza de que no somos almas gemelas.

—¡Vuelve e invítalo a salir!

Me grita tanto que es posible que el propio Mason la haya oído desde la recepción. Le pido que se calle y dirijo un gesto de disculpa a Uri, que no disimula su impaciencia por cerrar el gimnasio; aun así, me choca el puño al salir.

—¡No me lío con gente que conozco en la vida real! —protesto en cuanto la puerta se cierra a mi espalda y una ráfaga de aire gélido ataca mi garganta expuesta. Durante tres estaciones al año, adoro vivir en Boston. Esta es la cuarta, cuando nada más salir a la calle deseo que un coche resbale en el hielo y me provoque un coma que dure tres meses.

—No digo liarse —replica Steph con ese tonillo reservado a quienes llaman desde los veinte grados de San Diego—. Digo enamorarse perdidamente y comprarse una casa y tener dos hijos y medio.

Finjo vomitar al teléfono una vez más, porque tendré treinta años, pero se ve que mentales son siete.

—Vale —resopla Steph—. Pues tatus a juego y una iguana de mascota.

—Gracias. —Pero no—. Entonces, *Amor ardiente*. ¿Cinco estrellas?

—Puede que cuatro y tres cuartos —responde Steph—. Para empezar me parece absurdo usar «acaso» con tanta frecuencia como lo hace Anna Matthews. Y para seguir: el final. Sé que Sophie tenía que llamar la atención de Elijah para poder confesarle al fin lo que sentía por él, pero prender fuego a la cocina fue pasarse un pelín. Creo que podría haber encontrado la manera de hacerlo sin que tuvieran que intervenir los servicios de emergencia pública.

—No te discuto lo del «acaso». Pero, en la ficción, los grandes males ficticios exigen grandes remedios ficticios —repongo, arrebujándome en el abrigo mientras doblo la esquina.

Me refugio bajo el tejadillo de una puerta, aunque ya hay un hombre con barba y no uno, sino dos fedoras: uno en la cabeza y otro en la mano, pidiendo dinero. Hay algo de extraño en él. Resopla y cambia el peso de pierna, pero por lo demás parece impasible; se diría que ni la larga barba gris, ni el abrigo negro, ni siquiera los billetes de dólar en el interior del sombrero volteado se inmutan a pesar del viento. El endeble cartel escrito a mano que tiene delante con las palabras PIDE UN DESEO tampoco se mueve con el aire. Es como si todos sus accesorios hubieran decidido que se trata de una de esas estatuas vivientes, pero a él no lo hubieran avisado.

—Entiendo que todo ese drama funciona en un libro —reconoce Steph mientras yo me subo la cremallera de la cazadora que llevo bajo el abrigo—. Y, además, una sabe que todo terminará en final feliz y no en detención por incendio doloso.

—Justo. En una novela romántica, todo acaba saliendo bien. Todos los hombres son buenos, amables y sexis, y están dispuestos a pasar por alto un pequeño delito penal en nombre del amor.

Al apoyarme en la fachada del edificio para atarme la bota, un brusco carraspeo me avisa de que estoy invadiendo el espacio del tipo del sombrero. Cuando levanto la vista y nuestras miradas se cruzan es cuando siento la descarga.

De forma figurada, vale. El hombre me mira con los ojos más increíbles y electrizantes que jamás haya visto. Orlados de plata, son de un azul hielo casi fluorescente, como un cielo cubierto pero deslumbrante. Y no es solo eso; hay un titilar alrededor de sus pupilas oscuras, una especie de remolino. Me siento como suspendida por encima del suelo, contemplando un huracán desde arriba.

Qué cosa más rara.

—Y que lo digas —responde Steph, recuperando mi atención con un dramático suspiro—. No me importaría que unos cuantos héroes de Anna Matthews salieran de entre las páginas y acabaran en el mundo real.

—Mejor aún —digo al tiempo que una ráfaga de viento gélido me abofetea—, ojalá fuera yo la próxima protagonista de Anna Matthews. Me quedaría con el héroe y tendría un apartamento fabuloso y una profesión divertida. Y puede que hasta viviera en una ciudad que no pretendiera criogenizarme antes de tiempo.

Casi me tropiezo y choco con el tipo del fedora mientras trato de someter los cordones de mis botas, por lo que vuelve a carraspear. Me saco un dólar a modo de disculpa del bolsillo de la cazadora y se

lo dejo en el sombrero. Su mueca irritada da paso a una sonrisa ladina.

—Tu deseo es mi regalo —responde al tiempo que se mete la mano en el bolsillo. Saca un puñado de purpurina morada y me la lanza con una floritura.

Aterriza a mis pies, formando un anticlimático montoncito en la acera que los dos nos quedamos mirando un segundo.

—Vale… —digo al tiempo que esquivo el triste charquito de brillantina—. Gracias, supongo.

—¿Con quién hablas? —pregunta Steph con un deje pícaro en la voz—. ¿Era Mason? ¿Por fin te ha propuesto matrimonio?

—No —respondo mientras sigo caminando calle abajo—. Era otro de mis innumerables pretendientes.

—Bueno, pues dile que a la cola. Y a Mason coméntale que estás libre para cenar.

—Claro que sí, espera. —Alejo el móvil de mi oído y cuento mentalmente hasta tres—. Mira, este dice que podemos casarnos en primavera. No sé, a mí me parece el elegido.

—¡Buuu! ¡Fuera! ¡A tope con Mason!

—Lo siento, demasiado tarde. Ya nos hemos casado.

—Anda ya. —Mi amiga se ríe.

—¿Cómo? No te oigo. Es que estamos comprando un apartamento en Cedar Rapids. En fin, tengo que dejarte, estoy embarazada. ¿Hablamos luego?

—Te odio. —Puedo oírla sonreír.

—Yo también te quiero.

Entro en la estación de metro con las mejillas ardiendo de frío y me imagino cómo sería mi versión novelesca, la que viviría según la

recomendación de Steph, esa en la que daría media vuelta e invitaría a Mason a tomar una copa. Puede que dijera que no, y entonces tendría que buscarme otra escuela de defensa personal, a poder ser en otro país. O puede que dijera que sí y resultara ser un imbécil. O quizá dijera «claro que sí» y nos lo pasáramos fenomenal, y luego quedáramos más veces y lo pasáramos también fenomenal hasta que un día, al despertar, me diera cuenta de que había cambiado mi vida para siempre.

Tiemblo solo de pensarlo.

En cuanto la bola acolchada que formamos mi abrigo y yo penetra en el cuchitril que tengo por estudio, me suenan en el teléfono dos mensajes seguidos. Son de mis padres, quienes —no tengo la menor duda— están escribiéndome desde extremos opuestos de la misma casa.

Mi padre: una captura de dos entradas de temporada que acaba de comprar para el parque de atracciones Six Flags acompañada de la frase: «Solo para los valientes» y una serie de emojis de manos suplicantes.

Mi madre: «Están echando "planes de boda". canal 413. amor verdadero! por qué no hay más hombres como Matthew Mcdonahey? Bsss».

No tengo fuerzas para responderle por enésima vez que no tengo televisión por cable, y que se escribe McConaughey, ni que «verdadero» tal vez no sea la mejor palabra para describir nada en una comedia romántica hollywoodiense. Me sirvo una copa generosa de vino barato y les mando tres emojis a cada uno (montañas rusas

a papá, corazones rosas a mamá), sin hacer caso de las sutiles pullitas que se han lanzado.

Al fin y al cabo, mis padres son dos de mis personas favoritas en el mundo entero.

Además de dos de las personas menos compatibles que haya conocido nunca.

Cómo acabaron juntos es algo que rebasa mi capacidad de comprensión; mamá es una romántica empedernida y papá un adicto a la adrenalina. Siempre sin llegar a entenderse el uno al otro ni a sentirse entendidos.

Hasta que llegué yo, vaya. Los dos encontraron en mí un espíritu afín, o puede que me criaran así a propósito, porque no tenían a nadie más. Ahora mi padre no necesita sentarse al lado de un desconocido en el Wicked Cyclone, y mi madre tiene a quien llamar cuando Hallmark empieza a poner pelis con títulos del tipo *Un amor otoñal* o *Una Navidad muy real* o *Una amorosa Navidad muy real otoñal*.

Y así es como acabo en mi sofá de segunda mano, viendo *Planes de boda* bajo demanda mientras como pizza fría y busco excursiones para hacer *puenting* a partir de la semana que viene, cuando acaba mi contrato temporal. Cómoda, feliz y de lo más satisfecha con todas mis elecciones vitales.

¿Veis? Esta es una idea preconcebida y errónea sobre las fans de la romántica: que todas somos unas tristes, que sufrimos mal de amores y que andamos desesperadas por compensar algo que nos falta. Nadie se monta semejantes teorías filosóficas sobre lo insatisfechos que están con la vida quienes siguen otros géneros. Imaginaos que, al ver al típico padre que lee ensayos sobre la guerra

civil, dijéramos: «Qué pena que nunca vaya a conocer el frenesí de vivir en tonos sepia, llevar quepis y escribir cartas a su queridísima Martha antes de morir de gangrena en un campo encharcado. Debe de sentirse de lo más insatisfecho». O que les dijéramos a los entusiastas de la fantasía: «A ti lo que te pasa es que te pica no poder controlar todos esos anillos», o lo que sea.

La cuestión es que muchos no vemos en nuestro género predilecto nada más que un agradable contrapunto a la vida real, una pequeña recompensa en forma de escapismo tras un largo día. Algunas no necesitamos nada más y somos perfectamente capaces de mantener unos límites sanos entre la ficción y la realidad. Como yo.

Cuando estoy sobria, vaya.

Cuando me he bajado un par de copas de vino y Matthew McConaughey acaba de dejar a su prometida por Jennifer López, todo es posible.

«Solo quiere bailar con ella», le escribo a mi madre, seguido de un emoji llorando.

Ella me responde con las mismas lágrimas caricaturescas, pero de risa. Así que decido no confesarle que estoy aquí sentada, con lágrimas de verdad corriéndome mejillas abajo mientras los títulos de crédito se deslizan por la pantalla y aferro la copa vacía contra el pecho mientras lloro al ritmo de «Love Don’t Cost a Thing», una elección musical sorprendente que no tiene nada que ver con el tema de la película, pero que, a saber por qué, me toca la fibra sensible.

Es lo malo de una vida amorosa estrictamente vicaria. Las novelas y las comedias románticas me bastan hasta que, por un breve e

intenso instante, a menudo regado de alcohol, dejan de bastarme.

Es en esos momentos (cuando estoy sola y llevo una eternidad sin que me hayan besado y es probable que tenga los dientes algo teñidos de granate por el vino peleón) cuando el sentido común me abandona y tomo la terrible decisión de volver a bajarme las aplicaciones de citas.

Lo habitual es que solo las use cuando estoy fuera de la ciudad. A poder ser fuera del país. Constituyen una manera estupenda de conseguir un guía local gratis (o un guía local con derecho a roce) en una ciudad desconocida. Mi historial romántico parece una lista de episodios de *Friends*: «El de las clases de submarinismo», «El del rollo en medio de la tirolesa», «El del Mall of America», etcétera. En esa lista no hay sitio para «El de mi ciudad que podría querer algo más que un rollo».

Pero a veces, en los raros momentos de beoda desesperación, se me olvida. Me pregunto qué tendría de malo entablar conversación con un hombre majo de por aquí. Quizá podría probar a tener una cita de verdad. Esta vez podría ser diferente.

Y entonces, como no podría ser de otro modo, recupero mis facultades mentales y, con ellas, un miedo atroz que no amaina hasta que le digo al tipo con quien esté hablando: «Lo siento, me ha surgido algo», y lo borro todo una vez más.

Por suerte, esta vez el proceso no se alarga más que unos diez minutos.

El motivo es que estoy buscando a un héroe de comedia romántica y a quien he encontrado es a Brett, un consultor administrativo que solo les resultará heroico a quienes estén deseosos de contemplar sus genitales.

Que no abra de inmediato la ventana y arroje el teléfono al río Charles no es tanto testamento de mi autocontrol como del hecho de que no me puedo permitir vivir a tiro de teléfono de sus aguas. Así que me conformo con meterlo debajo de un cojín y, arrellanada en el sofá, refunfuñar hasta que termino quedándome como un tronco delante de un episodio de *Las chicas de oro*.

Así deberían ser las cosas: nada de aplicaciones, nada de Bretts, nada que me llegue al corazón. Es mejor así. Que no se me olvide.

2

Cuando me despierto, soy muy consciente de dos cosas. La primera: hay algo que se me está olvidando. Puede que sea un sueño, o quizá un recuerdo que se desvanece, o una palabra en la punta de la lengua. Cuanto más intento recuperarlo, más se hunde en mi subconsciente.

La segunda: me quedé dormida encima del mando a distancia y ahora lo tengo marcado en la cara.

Es temprano, por lo que el resplandor blanquecino de las mañanas de finales de invierno atraviesa las cortinas de gasa mientras, al otro lado, un pájaro solitario me da los buenos días con su estridente canto. Mi capacidad de levantarme de buen humor está directamente relacionada con la diversión que me espere ese día, y hoy me esperan un dolor de cabeza y ocho horas de trabajo temporal en HillCare Salud.

Cometo el error de novata de intentar recobrar la conciencia echando un vistazo al móvil (algo en lo que caigo cada mañana). No sé qué esperaba encontrar, tal vez un correo electrónico avisando de que el edificio donde trabajo se ha incendiado y ha quedado reducido a cenizas, o una noticia sobre el descubrimiento de las bondades de comer nata montada del bote. Pero lo único que veo son titulares del tipo «Los poderosos hacen cosas horribles» y

«Asesinatos en la ciudad» y «Todavía tienes que ir a trabajar, Roxie».

Aunque sé que mis aventuras bajo el sol están financiadas por mis jornadas de arduo trabajo bajo los fluorescentes, es fácil desear que mi día a día fuera algo más a mi gusto que teclear en un ordenador y soltar palabros de la jerga empresarial. Pero eso también tendría sus desventajas. Si tuviera un trabajo que me importara, me costaría dejarlo. Así, puede que todo sea beis, aburrido y sofocante, pero solo es beis, aburrido y sofocante durante algunas semanas seguidas, o meses. Luego se me acaba el contrato y el mundo vuelve a estar a mis pies. Es fácil olvidar la monotonía en cuanto se presenta una oportunidad de tirarse al agua desde un acantilado o nadar entre tiburones.

Así que me alejo del sofá —aunque sea arrastrándome como un reptil resacoso—, me tomo un ibuprofeno, me borro de la mejilla la huella del mando a distancia y me pongo en marcha.

El festival del romance de ayer no me hace ningún favor hoy. En comparación, mi vida es como el «antes» de un publirreportaje. Un enorme montaje en blanco y negro de zumo de naranja derramado y avalanchas de tápers, una calle con nieve embarrada y un vagón atestado de gente. En un momento dado del trayecto, me veo pegada a un hombre atractivo con un traje impecable. Sin levantar los ojos avellana del teléfono, abre la boca y me suelta un suave eructo en toda la cara antes de darme la espalda.

Ya me gustaría ver a Anna Matthews escribiendo algo así.

Las cosas no mejoran en la oficina; no hay ninguna comedia romántica ambientada en el departamento de marketing de una empresa de salud geriátrica, y no es de extrañar. Ninguno de mis

compañeros me cae especialmente bien, pero no es tanto un odio sexy y apasionado como cierta aversión a escuchar a Mitch y a Derek quejarse de «las tías» en el cuarto de descanso. Mi actual jefe no es un apuesto hombre de negocios, sino Miranda, una adicta a apretar el botón de su bolígrafo retráctil cuya media melena recta siempre parece agitarse en mi dirección cuando se queja de las catastróficas estadísticas en redes sociales. Como si fuera culpa mía que la gente no acuda en masa a ver contenido en Instagram sobre prevención de caídas en la tercera edad.

La jornada está llena de reuniones que podrían haber sido e-mails, gente perorando sobre «métricas clave», «tasas de conversión», «entregables», «KPI», «CTR», patatín y patatán. Asiento cuando asienten, frunzo el ceño cuando fruncen el ceño, tomo notas que terminan convirtiéndose en garabatos. Me siento al escritorio. Cronometro el descanso para comer. Intento ignorar el cliqueo incesante y el zumbido de la luz y el olor penetrante por cortesía de quienquiera que haya decidido calentar tilapia en el microondas.

A última hora estoy que me subo por las paredes; me muero por escapar. Así que cuando por fin salgo a las cinco, hago lo único sensato: me subo al tren y arrastro mi triste ser hasta la biblioteca.

La Biblioteca Pública de Boston es mi lugar favorito de toda la ciudad, y creo que lo seguiría siendo aunque no estuviera llena de libros. En cuanto cruzas el umbral, te olvidas de todo lo de fuera. Siempre me quedo sin aliento cuando subo por la escalinata del vestíbulo y contemplo los leones de piedra, los mosaicos de los

techos, los pilares de mármol, todo ello teñido de dorado por la suave luz de las lámparas suspendidas.

Luego está el patio, un amplio espacio al aire libre con un jardín por el que me encantaría pasear con un vestido de la Regencia que me subiera las tetas hasta el cuello. Resulta muy cómodo que las novelas de romance histórico se encuentren a solo un par de salas de aquí.

Mientras examino las estanterías, ya tengo elegidas cuatro de ellas, además de cinco o seis comedias románticas con cubiertas de vivos colores. Las mantengo en precario equilibrio, formando una pila que sujeto entre una mano y la barbilla, mientras con la otra agarro cualquier libro rosa, violeta o verde menta. Si es lo bastante alegre como para compensar lo gris de mi jornada, se viene a casa conmigo.

—Disculpe, pero hay un límite de cinco libros.

Me giro a la velocidad del rayo para contestar, porque ya he comprobado en propias carnes que el límite de la biblioteca es de ¡setenta y cinco libros! Al hacerlo, la pila que sujetaba a duras penas se viene abajo y una cascada de libros cae a mi alrededor.

La defensa se me queda atascada. Unos ojos verdes brillan divertidos tras unas gafas de moderna montura redonda en una cara iluminada por una sonrisa ladeada. El hombre tiene el pelo rubio alborotado, un buen puñado de pecas y aspecto desenfadado. Me fijo en la sudadera con capucha bajo el chaquetón de marinero, y los libros que lleva, con gesto relajado, en una sola mano.

—Tú no trabajas aquí —digo.

—Culpable. Solo me estaba quedando contigo. —Deja los libros a un lado y se agacha para ayudarme a recoger los míos. Toma uno en

rústica con cubierta rosa palo y se queda mirándolo con los ojos entrecerrados—. Puede que tengamos que pelearnos por este.

—Es para un club de lectura —me apresuro a responder al tiempo que le arrebato *Tú y yo y París*. Es algo que odio, este reflejo instintivo de distanciarme de mi género favorito para que los hombres me tomen en serio. Como si la única forma de ser inteligente y respetable fuera leer el tipo de libros que él ha elegido: ejemplares mohínos, Serios (con S mayúscula), con títulos como *La heroína es una amante cruel*, *Ay, qué duro es ser un hombre blanco deprimido que reflexiona*, o algo por el estilo—. Bueno, Reese Witherspoon ha dicho que le encantó.

—Sí, sí, ya lo sé. Lo pone en la cubierta. De hecho, lo pone más grande que el título. —No sé cómo, pero lo dice sin el menor atisbo de desprecio. El hombre tiene una voz suave, afable. Podría locutar anuncios de servicio público. Cuando se sube las gafas, siento un extraño revoloteo en el pecho que seguro no tiene nada que ver—. ¿Quieres que te lleve todo esto al mostrador de préstamos?

Me planteo si podría estar intentando estafarme. Puede que este sea el primer paso, los libros; luego, el número de la Seguridad Social.

—¿Que quieres cargar con mis libros? ¿Como si estuviéramos en un instituto en los cincuenta?

—Claro. Y, si todo va bien, tal vez luego podríamos ir a… —se me arrima y baja la voz; el susurro suena sexy y conspirativo— bailar rock and roll.

La realidad tarda en golpearme lo que tarda en sonar un trueno tras un relámpago: el tipo está ligando conmigo. En la biblioteca. Y está bueno de verdad. ¿Qué pasa aquí? Estas cosas solo suceden en

libros y pelis, no en la vida real. Es un extraño choque de mundos, como encontrarse al profe de Biología en el cine o a la dermatóloga en Tailandia.

Bueno, vale, es un poquitín más romántico.

Suelto una carcajada desdeñosa.

—¿Rock and roll? ¿Acaso tengo aspecto de adorar al diablo?

Cuando se ríe, el sonido, cálido e inesperado, me provoca una pequeña sacudida por la columna vertebral.

—Me llamo Jack —dice, sus ojos alegres fijos en mí.

—Roxie.

—Como Roxie Hart —responde, antes de entrecerrar los ojos con desconfianza—. No irás a matarme, ¿verdad?

Mi boca se curva en una sonrisa.

—Solo si te lo mereces.

Le dejo cargar algunos de mis libros, pero solo porque son un montón y les tengo echado el ojo a un par más. No porque sus fuertes brazos o sus hoyuelos o su risa me evoquen sábanas de lino meciéndose con suavidad tendidas al sol en un día de verano.

Me cuenta que él también estaba pensando en unirse a un club de lectura. Solía leer ficción con avidez, pero perdió la práctica tras cuatro años de universidad y otros tres de posgrado en Derecho.

—Me costaba encontrar tiempo libre —me explica—. Y aún más cuando empecé a trabajar en defensa de la juventud.

Guau. ¿Amante de los libros y, además, defensor de niños vulnerables? A continuación me dirá que, en sus ratos libres, rescata cachorritos perdidos.

—Y el resto del tiempo hago voluntariado en una protectora.

… Vale, eso ha sido muy raro.

De todas formas, me cuenta, se ha propuesto recuperar el hábito de la lectura. Enarco una ceja mirando los gruesos lomos que sostiene por debajo de mis libros en rústica.

—¿Y crees que *La vasta y gris nada* es la mejor forma de conseguirlo?

—¿Cómo? —Me mira con el ceño fruncido. Aunque no deja de sonreír—. Tengo entendido que es bueno.

—Y yo tengo entendido que te machaca el corazón y no vuelves a ser ni la sombra de lo que eras. Pero, eh, para gustos, colores.

Mientras regresamos por el pasillo del claustro que hay en el patio, las lámparas colgantes tiñen de dorado su rostro.

—Tal vez deberías pasarme uno de los tuyos y así veo qué me estoy perdiendo. —Da un toquecito con el dedo en el libro amarillo chillón que corona mi pila: *Una farsa para recordar*—. Este suena divertido.

Sonriendo, me aparto con un gesto defensivo.

—Por encima de mi cadáver. Llevo meses esperando leerlo. —Me detengo junto a un banco de piedra para reorganizar la pila y le tiendo una copia gastada de *Dos por la mar*—. Prueba con este, que lo he leído dos veces. La verdad es que a estas alturas ya debería habérmelo comprado.

Observa la cubierta mientras nos encaminamos hacia el vestíbulo.

—Anna Matthews. Me suena.

—Es mi favorita. A ver si eres capaz de leer alguno de sus libros sin ponerte a patalear o sin que se te escape una risita de la ilusión.

Jack deja los libros con cuidado sobre el mostrador de préstamos antes de inclinarse y, bajando la voz hasta el punto de provocarme un cosquilleo que desciende por mi cuello, me dice:

—Yo jamás rechazo un desafío.

Cuando le llega el turno de confirmar el préstamo, le dirijo una sonrisa de «gracias, ha sido un placer» y me aparto a un rincón del mostrador para guardar mis pertenencias. En ese momento, una empleada de la biblioteca pasa a mi lado y se queda mirando mis libros mientras saco una bolsa de tela arrugada del bolsillo de la cazadora.

—¡Ay, eres de las mías! —exclama, señalando un ejemplar de *Solo entre nosotros* que observa por encima de la montura turquesa de sus gafas—. Me encanta Anna Matthews. ¿Te has enterado de que por fin está escribiendo un nuevo libro?

—¡¿Cómo?! —Saco el móvil y me apresuro a abrir el perfil medio abandonado de Instagram de Anna. En efecto, hay un nuevo post; un cuadrado rojo con un texto superpuesto que dice: «Os tengo una sorpresa preparada, estad atentos…» y debajo un emoji de un libro y una carita pidiendo silencio.

Hago una captura para mandársela luego a Steph, imaginando la cascada de mensajes de texto, en mayúsculas, que le voy a enviar al tiempo que guardo el resto de los libros en mi bolsa y me dirijo a la salida.

Me detengo al reconocer a Jack en la puerta del vestíbulo. Él se queda boquiabierto al ver mi bolsa.

—¿Llevabas contigo esa bolsa todo el tiempo? —Niega con la cabeza y chasquea la lengua—. Y yo que pensaba que solo me querías por mi capacidad para cargar con libros.

Suelto una carcajada.

—Los libros no se guardan en la bolsa hasta que los tienes oficialmente en préstamo, a no ser que quieras parecer un ladrón —

respondo. Jack me sujeta la puerta y ambos salimos al aire frío—. Te aseguro que solo lo he hecho para evitar la apariencia de delito.

—Ya veo —admite asintiendo con burlona solemnidad—. Y has elegido el camino más largo para salir porque…

—Porque el patio es lo mejor de toda la biblioteca y nunca me voy de aquí sin atravesarlo.

—Vale. —En su mejilla reaparece un hoyuelo. Habría que sacarse licencia para esgrimir un arma tan letal—. Entonces no ha sido porque disfrutabas de mi compañía.

—¡No! —intento defenderme, pero me sale una especie de graznido y las arruguitas divertidas alrededor de sus ojos terminan por vencerme—. A ver, tampoco es que seas la peor compañía —concedo.

La sonrisa de Jack se ensancha. Entonces aparta la mirada con un toque casi tímido en su expresión.

—¿Crees que podría volver a «no ser» la peor compañía? —me pregunta—. ¿Acaso mañana por la noche?

«Acaso», la palabra favorita de Anna Matthews. Eso sí que ha sido raro.

Me quedo mirándolo como si me hubiera hablado en griego antiguo. ¿Cómo es posible que haya pasado las últimas diez horas o así comparando lo patético de mi día a día con las novelas románticas y de pronto me tire los tejos este desconocido, casi demasiado perfecto y que recuerda alarmantemente a los protagonistas de mi autora favorita? Roza lo inquietante, como cuando en una sala llena de gente piensas «si alguien puede leerme la mente, que tosa» por echarte unas risas, y alguien va y lo hace.

Carraspeo.

—Yo, esto… La verdad es que no…

Jack entrecierra los ojos, aunque no me mira a mí, sino algún punto cerca de mi hombro, y me interrumpe al inclinarse hacia delante.

—Tienes un… —Su voz se apaga al tiempo que desliza la mano por mi brazo, haciendo que de inmediato los vellos se me pongan de punta a pesar de las cuatro capas de ropa. Al bajar la vista, me da tiempo a distinguir cómo una mota de purpurina morada cae al suelo, titilante a la luz de la farola.

Si antes tenía el corazón acelerado, ahora se me para.

La escena vuelve a mi mente como a través de un calidoscopio; el eco de los sonidos retumba en mis oídos.

Viento gélido. Ojos imposibles. Un billete de dólar.

«Ojalá fuera yo la próxima protagonista de Anna Matthews».

«Tu deseo es mi regalo».

«¿Te has enterado de que por fin está escribiendo un nuevo libro?».

No.

No es posible. ¿A que no? Pues claro que no.

El tipo del fedora no es más que un tipo que lleva fedoras y finge conceder deseos, punto. Y, de todas formas, aunque él y el extraño remolino de sus ojos poseyeran a saber qué poder, yo estaba de broma. Así que no cuenta. Cómo va a contar.

—Te propongo algo —dice Jack. Agarra el teléfono, que sigue en mi mano, y yo estoy tan desconcertada que le dejo hacerlo—. Te voy a apuntar mi número. Tú piénsate con tranquilidad si quieres que quedemos aquí mismo mañana por la noche. ¿A las ocho te viene bien?

No soy capaz de hablar ni de moverme. Ni cuando veo cómo teclea en mi teléfono, con el rostro iluminado por el leve brillo de la pantalla. Ni cuando, al ir a devolvérmelo, lo sostiene en el aire durante sus buenos cinco segundos. Y tampoco cuando se ríe al verme atónita, toma mi mano entre las suyas y me abre los dedos, tal cual, para luego cerrarlos alrededor del móvil.

¿Existe algo así como una parálisis del sueño, pero estando despierta? Porque es lo que me pasa.

Jack enarca una ceja a la espera de una respuesta.

—Vale —digo tratando de sonar fría e indiferente, aunque lo que parece es que me haya tragado un puñado de mariposas.

Él sigue rodeándome la mano cerrada alrededor del teléfono. Mi pulso acelerado debe de estar quemándole la palma.

—En cualquier caso —dice con sus ojos clavados en los míos—, ha sido un verdadero placer conocerte.

«Un verdadero placer». Según la pronuncia, no parece una expresión manida. Suena como si fuese la primera persona en decirla.

—Ajá… —respondo, incapaz de concentrarme en nada que no sea la firmeza de sus dedos alrededor de los míos.

Casi me he acostumbrado a su tacto cuando retira la mano. La mía se queda fría y suspendida en el aire, como una tonta.

—Buenas noches, Roxie —se despide al tiempo que se aparta con una sonrisa, antes de dar media vuelta y regresar a saber dónde. Creo que yo también le deseo buenas noches, pero es muy posible que solo lo piense mientras veo alejarse su silueta con los ojos en forma de espiral, como en los cómics.

Cuando vuelvo en mí y me encamino hacia la estación de metro, una resolución se abre paso en mi interior.

Mañana voy a localizar sí o sí al maldito tipo del fedora.

3

Cuando caminas por Boston un día cualquiera, te puedes topar con personajes de lo más variopintos: artistas callejeros, mendigos, oradores o cualquier combinación de los tres. Está el tipo que improvisa cancioncillas sobre los viandantes que le dan alguna propina. El recreador de casaca roja que patrulla por el Freedom Trail con expresión malhumorada y un acento británico horroroso. O Geoff Potts y los Nadie Más, el eufórico hombre orquesta que toca como sesenta instrumentos a la vez.

Ahora, dar a propósito con una de estas celebridades es difícil. Sobre todo cuando solo dispones de treinta minutos para almorzar y un inquietante recuerdo fugaz como única guía. No hay nadie bajo el tejadillo donde me encontré al tipo del fedora y tampoco veo rastro de él en la calle. Ni una sola persona en los alrededores lleva más de un sombrero.

Llego hasta el jardín público, un lugar frecuentado por turistas y músicos callejeros. Nada. Los senderos, normalmente abarrotados, hoy están tranquilos y no se ve un solo artista. La única es una mujer mayor y elegante, con moño rubio y expresión aburrida, sentada sobre una maleta de aspecto antiguo junto al puente peatonal. Estoy a punto de pasar a su lado cuando me llama la atención el cencerro que sostiene en una mano de manicura

perfecta y el platillo de cristal lleno de monedas a su lado. Por lo que se ve, también es artista callejera.

No sé si habrá una especie de red profesional para esta gente o si serán rivales acérrimos que ni se atreven a pronunciar el nombre del enemigo, pero estoy más que dispuesta a comprobarlo.

—Perdone —digo acercándome a la sofisticada mujer. Ella no me responde—. Sé que es mucho preguntar, pero estoy buscando a alguien que concede deseos…

—Como todos —responde con un monótono acento eslavo.

—No, es alguien concreto —aclaro—. Me lo encontré en la calle el otro día. Fedora, barba larga, ojos raros. ¿Por casualidad no lo habrá visto?

La mujer suspira.

—Le.

—¿Cómo?

—Que si «le» he visto, querida. A elle. No juzgues tan a la ligera.

Y con las mismas, este dechado de elegancia levanta un dedo para bajarse sus espectaculares gafas de sol de ojo de gato. Casi me caigo de culo. Un par de asombrosos ojos, con un remolino glacial, me observan en mitad de un rostro apático.

—¡Tachán!

Pero es imposible que se trate de la misma persona. Ni el mejor equipo de prostéticos sería capaz de producir una transformación tan perfecta. El color del pelo, la complexión, la estructura ósea…, todo es distinto. Todo salvo esos ojos imposibles. Y, sin embargo, ahí parada, atrapada por su mirada fascinante, algo me dice que el tren de la lógica y la razón partió ya hace mucho sin mí.

—¿Es… usted? —balbuceo—. ¿Es usted quien concede los deseos?

—Hoy no —responde con total naturalidad al tiempo que vuelve a subirse las gafas. Agita el cencerro al ver que se acerca un grupo de visitantes—. Hoy predigo el tiempo.

Me encojo del susto cuando el fuerte tañido del cencerro golpea mis oídos, seguido del fuerte acento de una voz que exclama dirigiéndose a todos y a nadie en particular.

—Está a punto de… —Entonces arruga el rostro, se lleva con gesto delicado un dedo de uña rojísima hasta el alto pómulo y pone cara de disgusto ante lo que descubre en él. Acto seguido, emite un suspiro exasperado—. Ya está lloviendo. —Se vuelve hacia mí con gesto inexpresivo—. Maldita sea. La actuación pierde toda la gracia cuando el chubasco se me adelanta. —Me mira un momento antes de volver a suspirar—. Tenías una pregunta o algo así, ¿verdad, querida? Va a caer un chaparrón de aquí a trece minutos. Para entonces me gustaría estar en algún lugar a cubierto y con un margarita en la mano.

Me aclaro la garganta, como si eso fuera a ayudarme con lo que tengo que decir. Me siento ridícula solo de expresarlo en palabras.

—A ver, el otro día deseé…

—Convertirte en la próxima protagonista de Anna Matthews —responde la extraña persona que tengo delante, levantándose las gafas de sol hasta la coronilla—. Y, cuando te das cuenta, Anna anuncia su nuevo proyecto y tú pierdes la cabeza, y de un modo demasiado bueno para ser verdad, por un apuesto veterinario, o un librero, o el príncipe de un país europeo inventado. Y ahora te preguntas «¿cómo es posible, qué está pasando?, necesito respuestas». ¿Algo así?

Estoy casi segura de que se me ha parado el pulso.

—Creo que es abogado —grazno.

Elle emite un hondo suspiro y, con el mismo entusiasmo que el empleado de un parque de atracciones pronunciando las consignas de seguridad, empieza a hablar:

—Lo que pasa es que se ha cumplido tu deseo. Eres la nueva heroína de Anna Matthews. No sé en qué andará trabajando ahora, pero la trama, los personajes, el diálogo…, todo se va a hacer realidad a tu alrededor. Si escribe una historia de amor, tendrás tu historia de amor. Si escribe que ganas la lotería, enhorabuena, por el momento serás rica.

—¿Por el momento?

—No es algo permanente, ricura —responde tras una carcajada sardónica—. ¿Es que no has leído *La Cenicienta*? Cuando Anna escriba FIN, tu carroza volverá a convertirse en calabaza. La historia se desarrollará hasta el final; luego desaparecerá y tu vida volverá a la normalidad. ¡Tachán! —Baja la vista para inspeccionarse la manicura y, como si no se le hubiera ocurrido hasta entonces, añade —: Salvo que mueras. Es como un sueño; si mueres en un sueño, mueres en la realidad.

La lluvia se vuelve gélida.

—¿Salvo que «muera»? —La voz me sale chillona.

—Relájate, monada. Anna Matthews escribe romántica, ¿no? Pero es algo que tengo que advertirle a todo el mundo. Te sorprendería cuánta gente desea verse en *Parque Jurásico* o en la gran inundación de melaza de Boston.

—Pero no lo entiendo —replico—. ¿Cómo puedo ser un personaje de novela si, al mismo tiempo, soy una persona viva? ¿Mi vida real

se pone en suspenso? ¿Todo lo que estoy diciendo no es más que un diálogo en el libro?

El ser pone los sobrenaturales ojos en blanco, deja el cencerro a un lado y se saca un cigarrillo ya encendido del bolsillo del abrigo.

—Tranquila —dice—. La ficción no anula tu vida real; discurre en paralelo. Tú sigues siendo tú y teniendo libre albedrío. Es poco probable que la trama se cumpla al cien por cien; la historia se irá adaptando a tus decisiones. Una vez, una dama quiso vivir en *Orgullo y prejuicio* y le dio un ansiolítico al señor Darcy. Terminó en una versión «muy» distinta de la historia. —Su mirada se pierde como si el recuerdo todavía le persiguiera.

El corazón me retumba acelerado cuando empiezo a tomar conciencia de la situación. Según Ojos Locos, en este mismo instante en que conversamos, Anna Matthews está escribiendo una historia sobre Jack y sobre mí. A menos que sea más lista que ella, mi vida va a convertirse en una sarta de grandes gestos y declaraciones de amor.

Sería absurdo creerlo. Pero, de alguna manera, también parece absurdo no hacerlo, o considerar siquiera mi propia opinión. Es como estar de pie y preguntarme si creo en la existencia del suelo.

Aunque tampoco quiere decir que tenga que gustarme.

—¿Cómo es posible…? —barboto—. ¿Cómo ha podido…? ¿Quién es usted?

Elle se encoge de hombros y da una larga calada al cigarrillo.

—Algunos días soy esto. Otros, aquello. Una vez al mes o así me pluriempleo como camarere borde en algún restaurante de la cadena Dick’s Last Resort. Allá donde voy, regalo algo: deseos, maldiciones…, mi presencia. Lo que me apetezca. —Vuelve a

ponerse las gafas con gesto perezoso y me mira—. Piensa que has tenido suerte, querida. Te ha regalado la realización de un deseo… le Regalante —concluye extendiendo las manos con dramatismo, como si hubiera conjurado un hechizo.

—¿Le Regalante? —Parpadeo con incredulidad—. ¿No sería «Donante»? ¿«Concedente»?

—Es que esos ya estaban en uso.

El sentimiento que crece en mi interior no es de agradecimiento, sino de indignación. ¿Que esta persona tenga poderes mágicos imposibles? Vale, pero eso no le da derecho a entrometerse en la vida de la gente.

—¿Por qué? —quiero saber—. ¿Por qué hace esto?

—Muy fácil —responde dando un toquecito al cigarrillo para que caiga la ceniza. Esta se convierte a medio camino en purpurina morada, claro que sí—. Porque expresaste un deseo y me apeteció concedértelo.

—También deseé un apartamento mejor y un trabajo más molón.

Le Regalante agita la mano con un gesto de desdén.

—Apartamentos y trabajos, qué aburrimiento. El otro deseo era estupendo. ¿De qué te quejas? A caballo regalado no se le mira el dentado, ¿no? Al fin y al cabo, tampoco tenía por qué concederte lo que tú quisieras. Si yo hubiera deseado que tu vida se convirtiera en una película muda, ¿qué habría pasado? Para empezar, no me estarías lloriqueando. Puede que haya cometido un error.

La réplica se me atasca en la garganta. Es mejor no morder la mano que te arroja purpurina morada mágica.

—Yo… —Sacudo la cabeza intentando poner en orden mis pensamientos. Inhalo. Exhalo—. Vale. Pero… ¿y ahora qué hago?

Le Regalante me hace callar chasqueando la lengua y levanta el dedo.

—Mira, yo soy le Regalante, no le A Ver Cómo Te Lo Solucione, ni le Planificadore Logístique de Deseos. Tú sal ahí y disfruta de tu comedia romántica. La verdad, tampoco hace falta ser un ente místico omnisciente para manejarse en esta situación, y mírame, haciéndote aquí todo el trabajo. Hale… —Me hace un gesto con la mano para que me vaya antes de agarrar de nuevo el cencerro.

Yo me alejo a regañadientes, con las cosas más claras y, a la vez, más confusa que nunca. Tengo la cabeza hecha un lío: lo imposible, lo real y lo ridículo se entremezclan y entrechocan. En algún lugar de semejante amasijo hay un punto de irritación porque se me vaya a espoilear la nueva novela de Anna Matthews, ya que soy yo quien la protagonizará. Y, en algún otro lugar, me aguijonea la sensación de que debería haber hecho más preguntas.

—¡Espere! —exclamo dándome la vuelta.

Pero no hay nadie junto al puente.

Entonces oigo una enorme carcajada tras un árbol cercano. Le Regalante sale con los hombros agitándose de la risa y la maleta y el cencerro en la mano.

—¡Tendrías que haberte visto la cara! Es que no falla nunca este truco. En fin, que sí. Que acepto propinas a través del móvil, querida. ¡Tachán!

Son casi las ocho, en mi apartamento hay como cuatrocientos montones de ropa probada y descartada, y yo estoy que me subo por las paredes.

Esta tarde, cuando regresé de mi encuentro con le Regalante cegada por la neblina mental, le mandé un mensaje a Jack: «Ahí estaré».

Luego me pasé el resto de la jornada laboral buscando en Google: «Cómo anular un mensaje enviado».

Y, desde que salí de trabajar, no paro de alternar entre decidir qué hago con mi vida, caminar como un animal enjaulado por el apartamento y murmurar para mis adentros.

No puedo ir. Esto es ridículo.

Tengo que ir. ¿Cuántos aficionados a la romántica matarían por una oportunidad como esta? Se lo debo al género. A los fans. ¡Al mundo!

Me he probado todas y cada una de las prendas que poseo, poniéndome otra vez el chándal con gesto desafiante cada vez que descarto un look.

He actualizado tantas veces el perfil de Instagram de Anna Matthews que creo que lo he roto. No hay nuevos posts, nada más que esos emojis taimados y ese provocador «ESTAD ATENTOS».

—¡ESTOY ATENTA! —tengo un vago recuerdo de haberle gritado al teléfono—. ¡MÁS ATENTA, IMPOSIBLE!

¿Qué pasa si no voy? ¿Nuestros caminos se seguirán cruzando una y otra vez? ¿Lo echaré todo a perder y desataré la ira de le Regalante y me convertirá en gallina o algo así? ¿Sería tan terrible vivir siendo una gallina?

Pero ¿y si sí voy? ¿Cómo me preparo para una cita que es ficticia y, a la vez, real? ¿Qué me pongo? ¿Me tiño el pelo? Al menos debería cortármelo. En las comedias románticas, la heroína siempre lleva un cortecito mono.

—¡¡¡Arrrgh!!! —me grito delante del espejo del baño cuando un fogonazo de lucidez me revela que estoy a medio milímetro de separar de mi cabeza un mechón oscuro y ondulado. Arrojo las tijeras al lavabo y me echo agua fría en la cara. Entonces me doy cuenta de que ya me había maquillado y que ahora me toca rehacerlo.

Bueno, pues ya está. No voy. Nadie esperará que me maquille una segunda vez.

Me dejo resbalar por la pared del cuarto de baño pensando: «Madre mía, menudo drama; se nota que soy la protagonista, sí». Y, una vez en el suelo embaldosado, por fin tomo aire y empiezo a pensar con la cabeza.

Por regla general, no dejo que el tema hombres me agobie tanto. Pero no sería la primera vez. He visto a amigas llorar sobre mi hombro en el cuarto de baño de la residencia universitaria. En dos ocasiones he tenido que convencer a Steph para que no se cortara el flequillo tras una ruptura, y luego he tenido que mentir y decirle que le iba fenomenal a la forma de su cara. Y luego están todos los consejos románticos de mi madre, cada uno de ellos una advertencia velada, del tipo: «Encuentra a alguien que de verdad te regale flores» o «Si no tienes claro lo de la boda, no pienses, huye».

Si hay una cosa que he aprendido sobre el amor en la vida real es que termina. Y mal. Claro que tiene que ser bonito durante la primera época, pero ¿luego qué? No es que una acabe sola. Yo estoy sola y no se está mal. Pero una vez que añadimos el recuerdo de lo que era estar enamorada, estar sola se convierte en sentirse sola. O bien acabas atrapada con alguien que igualmente te hace sentir sola, algo que tal vez sea aún peor.

Pero esto de Jack… no puede acabar así, no. Esto tiene fecha de caducidad, un arco narrativo con una conclusión prevista. Supongamos que esta noche salgo con él, me dejo llevar y permito que la trama avance. Todos esos dulces detalles de ficción que tantas veces me han hecho suspirar me sucederían a mí. Sería romántico y de lo más predecible, y luego se acabaría y adiós muy buenas. Como un parche de nicotina en forma de romance, o una prueba de treinta días en la que no me exigen los datos de la tarjeta de crédito.

Podría experimentarlo todo, solo una vez, y quitarme el gusanillo. Y así vería lo que se siente.

No tendría que volver a preguntarme cómo será.

Me levanto de un salto y me planto delante del espejo para arreglarme el maquillaje antes de acobardarme una vez más. Rebusco entre los montones de ropa unos vaqueros y un top, además de mi americana *oversize* favorita. Me guardo lo imprescindible en los bolsillos, sin preocuparme de llevar bolso o un abrigo de verdad, sin permitirme pensármelo dos veces, y salgo por la puerta.

Al llegar a la escalinata de la biblioteca, medio me espero que no haya nadie. Allí estaría yo, sola como una idiota, avergonzada de mi propia credulidad. Y luego Jack y le Regalante, como se hace llamar, saldrían de la nada, con toda probabilidad acompañados de un equipo de cámaras, muertos de risa por lo inocentona que soy.

Pero al doblar la esquina, allí está, justo como había dicho. Se apoya en una de las estatuas de la entrada y le salen nubecillas de

vaho de la boca. Cuando me ve, agita la mano… y no hace falta más. El último atisbo de duda se evapora, reemplazado por el cosquilleo en la barriga.

—Vaya, vaya, vaya —dice cuando me acerco—. Nada menos que «la chica de los libros».

Una risa de sorpresa escapa de mis labios. Si él supiera…

Me atrae y me da un abrazo informal, y por supuesto que no intento olfatearlo, pero la verdad es que tampoco puedo evitarlo. Huele…, a ver, ni idea de a qué, pero de maravilla. ¿A algo especiado? ¿Un poco terroso? De pronto me muero por averiguar cómo lo describirá Anna Matthews. Sus protagonistas masculinos siempre parecen estar envueltos en aromas del tipo «cedro ahumado», «sándalo» o «cálida franela».

Interrumpo el hilo de mis pensamientos y me separo de Jack antes de ponerme a olfatearlo como un sabueso. Necesito serenarme. Me imagino que esto será más o menos como salir con tu famoso favorito mientras finges que su póster jamás ha adornado tu pared.

—¿Adónde vamos? —pregunto con el mayor desenfado posible—. ¿A cenar sushi? ¿A un indio? ¿A algún sitio, así como raro, de perritos empanados artesanales?

Una chispa pícara brilla en sus ojos cuando alarga la mano por detrás de la estatua para coger algo.

—Tentador —responde—, pero he tenido una idea mejor.

—¿Una idea mejor que un perrito empanado artesanal?

Sonríe de oreja a oreja y me presenta una cesta de pícnic a la vieja usanza. Con sus cuadritos de vichy rojos y todo.

—¿Dispuesta a vivir una pequeña aventura?

Huy, es de los buenos.

—Siempre —afirmo.

Ladea la cabeza en un gesto de invitación y sube la escalinata camino de la biblioteca a oscuras. Y, además de a oscuras, está cerrada, dadas las horas que son. Empiezo a preguntarme si no será él quien se ha montado una película cuando abre con facilidad la verja de hierro forjado y llama rítmicamente al cristal de la puerta interior.

—Tengo un contacto —me explica dirigiéndome una mirada astuta. Entonces la puerta se abre, empujada por un hombre delgado de cabello gris que luce una sonrisa cómplice y un distintivo de la Biblioteca Pública de Boston colgando del cuello—. Gracias, colega.

Jack le da una palmada en el hombro al tipo. Me pregunto con cuánta frecuencia tienes que venir a la biblioteca para tener un contacto en la casa. ¿O será multimillonario y lo mantiene en secreto? ¿Será este uno de «esos» libros?

Cuando el hombre de la biblioteca cierra a nuestras espaldas, me quedo mirando boquiabierta el amplio vestíbulo, silencioso como una tumba y sumido en las sombras. Jamás lo había visto así. Jack se coloca a mi lado.

—Me encanta —suspiro—. Es como una iglesia, pero para bibliófilos.

—Mmm. —Su murmullo de asentimiento me acaricia la piel como una brisa suave—. Solo que nunca he sentido tanta química con nadie en una iglesia.

—Ahí no coincidimos. La Roxie adolescente nunca conoció a un monaguillo que no le gustara.

Jack sonríe y hace chocar su hombro con el mío antes de conducirme por el pasillo.

Si por un momento pensase que esto es la vida real, la vista que nos recibe en el patio haría saltar la idea por los aires. Alguien ha dispuesto un par de sillas y una mesa de restaurante, en cuyo centro titila una vela, con un calefactor minimalista al lado. Con las luces de la planta superior apagadas, el cielo nocturno parece tener prisa por venir a nuestro encuentro.

Incluso para una novela romántica, esto es demasiado perfecto. La trama nunca empieza con una cita perfecta para luego continuar, sin mayores contratiempos, con una relación perfecta; siempre hay algún pero. Así que disfrutaremos de una noche mágica y luego, el primer día en mi nuevo trabajo, descubriré que es mi jefe. O puede que sea una estrella de cine y lo de cortejarme forme parte de su método para prepararse para un papel, pero por el camino terminará enamorándose. Por hache o por be, todo tendrá que tambalearse un poco para luego volver a enderezarse.

Pero, madre del amor hermoso, menudo comienzo.

—Si hace demasiado frío, podemos entrar —propone Jack—. Tenemos todo el edificio para nosotros. Pero he pensado que esto sería divertido. También he traído mantas.

Puede que el aire sople frío, pero no puede competir con el cálido y resplandeciente sentimiento que se instala en mi interior.

—Esto es una locura —musito. Sigue habiendo una parte de mí que cree que no puedo aceptar todo esto. Es como si se tratara de un regalo demasiado caro y debiera rechazarlo. Pero, por mucho que quisiera hacerlo, no sé si sería capaz.

Además, en cuanto me tiende la mano, decido que tampoco quiero.

—¿Vamos?

Le doy la mía y respondo:

—Sí, vamos.

El vino y las risas se me suben a la cabeza mientras defiendo *Dos por la mar* de la crítica despiadada de Jack.

—¡No, esa es la cuestión! —exclamo—. Es un «enemies to lovers». La clave está en la fuerza que tiene un amor después de haber visto lo peor en el otro. Además, es supersexy. Hay una línea muy fina, finísima, entre el odio y la atracción sexual.

Estamos debatiendo una de las novelas de Anna Matthews dentro de una novela de Anna Matthews. No sé cómo es posible, pero me lo estoy pasando pipa, así que no le voy a dar más vueltas.

Jack suelta una carcajada desdeñosa mientras unta queso *brie* en una tostadita.

—Pero no hay forma de que no se diera cuenta de que se estaba enamorando de él. Si estaba todo el tiempo: «Puaj, cómo odio esa sonrisilla sexy. Se la voy a borrar de la cara. Con mi boca».

—«Quiero casarme con él con el único propósito de arruinarle la vida desde dentro» —añado levantando la copa para brindar por mis palabras—. Mandanga de la buena es eso.

Jack se ríe encogiéndose de hombros.

—Solo pienso que también tiene su punto mostrarle a alguien que te gusta desde el principio.

Tomo un sorbo de vino y disfruto del calorcillo que me provoca.

—¿Leyéndote, por ejemplo, su libro favorito en veinticuatro horas para poder discutir sobre él durante vuestra cita? —Sus ojos se clavan en los míos con un brillo juguetón—. Sí, tiene su punto.

Jack se inclina hacia delante y susurra:

—Me lo leí en diez.

Entonces me doy cuenta de que todo esto (la tabla de charcutería, la luz de la vela, el misterioso acceso nocturno a la biblioteca) palidece en comparación con ese sencillo gesto.

Por supuesto que encontrarnos en un lugar así de mágico tampoco viene mal. Contemplo maravillada los arcos iluminados del patio y los pálidos muros de piedra antes de volverme hacia Jack.

—¿Habías dicho que teníamos todo el edificio para nosotros?

Él asiente.

—¿Por? ¿Qué se te ha ocurrido?

Sonrío traviesa.

—¿Cuándo fue la última vez que jugaste al escondite?

Rastrear la planta superior, aunque hasta ahora no haya dado fruto, es un placer en sí mismo. La noche transforma la biblioteca en un laberinto prohibido, una catacumba de libros y pupitres desiertos. Las luces de la calle penetran por las ventanas, formando un motivo romboidal de sombras. El efecto dramático es tan palpable que podría tocarlo con las manos.

Con la idea de dejar lo mejor para el final, solo ahora me acerco a la gran sala de lectura y su glorioso techo abovedado. Oigo un leve crujido en su interior, por lo que un estremecimiento de anticipación me baja por la espalda.

La pesada puerta de madera chirría cuando la abro para acceder a la estancia.

—Holaaa… —Mi voz interrumpe la quietud y retumba en las paredes, rebotando en las imponentes mesas de madera y las lámparas de lectura verdes.

Al adentrarme en la sala, tropiezo con algo, por lo que entrecierro los ojos y distingo un libro sobre el suelo. Justo a su lado hay otro. Y otro, y otro más… Están en fila, formando un sinuoso sendero hasta el grupo de estanterías de madera tallada que forma un recodo al fondo de la galería. Sigo el rastro de libros hasta un estante esquinero en el que la luz de la luna ilumina varias filas de volúmenes de referencia casi idénticos, pero hay uno que no es como los demás. Se trata de un libro de bolsillo, encajado en la sólida fila de tomos. Cuando alargo la mano hacia él, descubro que es… *Dos por la mar*.

—Tu versión del escondite sigue unas reglas mucho más complejas que las mías —digo en voz alta.

Una mano aterriza sobre mi hombro y, sorprendida y emocionada, me doy la vuelta. Jack está frente a mí, cual sueño libresco con jersey de lana, su silueta suavizada por la luz plateada de la luna. No estoy segura de si veo su sonrisa tímida o solo la siento.

—Hola.

—Hola —respondo—. ¿Sabes? Se suponía que eras tú quien tenía que esconderse, no salir en mi busca.

Avanza un paso hacia mí.

—Pues me alegro de haberlo hecho.

Jack me hace retroceder hasta que los lomos de los libros en las baldas de roble se aprietan contra mi espalda. La respiración se me

acelera cuando apoya ambas manos a los lados de mi cara, acorralándome y con una sonrisa traviesa. Estoy segura de que siento los latidos de mi corazón vibrando en el poco espacio que queda entre nosotros.

—Yo también me alegro —musito.

Se inclina con tanta lentitud que casi no lo soporto, pero la sensación de sus labios al rozar los míos hace que haya merecido la pena cada segundo de agonizante espera. Me levanta la barbilla con un gesto dulce y yo me alzo de puntillas para atraerlo hacia mí, ahondando en el beso. Es como una fantasía de *dark academia* en la que la magia saltara de la página directamente para integrarse en mi corriente sanguínea.

Jamás en mi vida me habían besado con tanta intensidad. Es un frenesí que me atraviesa el cuerpo entero; los nervios se me disparan una y otra vez como si participaran en un combate de rayos láser. Pierdo la noción del tiempo, del espacio, de todo, mientras su boca reclama la mía una y otra vez. Pierdo la noción de mí misma. Hasta el punto de que, sin previo aviso, me pasa algo tan típico y tópico que no puedo creer que sea verdad: las rodillas me flaquean, pero literal. De hecho, se me doblan.

Cuando me deslizo por la estantería abajo, me sobresalto al oír un golpe y me da un ataque de risa. Su pesado eco resuena en mis oídos y me vibra en la espalda. Entonces se hace el silencio. Alzo la vista hacia Jack.

Distingo una sombra en sus ojos, que me miran con algo que solo podría describir como incredulidad.

Mi mirada sigue el potente perfil de su cuello, recorre sus anchos hombros y continúa por su brazo musculoso hasta que veo su mano,

cerrada contra la balda por encima de mi cabeza.

Y el cuchillo que ha hundido en ella, justo donde mi pecho se encontraba medio segundo antes.

4

No sabría decir si proceso la información a velocidad supersónica o a cámara lenta, reconstruyendo los detalles en mi mente como si fueran añicos de un jarrón roto que no encajan entre sí. Hace un segundo me besaban como si mis labios guardaran el secreto de la vida eterna y ahora me están matando con la mirada.

La certeza me arrolla como un tren. El ceño fruncido. El puño rodeando el cuchillo. Esto no es un accidente tonto. Esto es un intento de asesinato, con nocturnidad y alevosía. Mi primer instinto es gritar:

—¡¿Y esto?!

El sonido corta el aire y rompe la quietud del momento. El tiempo, que había quedado suspendido, se acelera para compensar.

Jack trata de sacar el cuchillo de la enciclopedia en la que ha quedado clavado, apoyándose en la estantería para hacer fuerza. Yo me quedo paralizada durante un segundo, escalofriante y surrealista, aterrorizada al percatarme de que mi instinto de autodefensa, desarrollado con tanto esfuerzo en el gimnasio, me ha abandonado en el momento de enfrentarme a un peligro real.

Entonces reacciono: «No dejes que recupere el arma». Y así, sin más, mi cuerpo vuelve a obedecerme.

Tomo posición y le asesto un puñetazo en la entrepierna para derribarlo en el momento en que se encoge de dolor. El cuchillo cae al suelo y rebota hasta quedar fuera del alcance de Jack, que se desploma encima de mí. Me retuerzo para zafarme de él y me estiro para alcanzar el cuchillo antes que él, pero mis dedos, frenéticos, no hacen más que alejarlo. Jack tira de mi muñeca y me la inmoviliza contra el pecho, aplastándome con los mismos brazos que treinta segundos atrás me estrechaban con calidez.

Tumbado de cualquier manera sobre mí, trata de coger el cuchillo. Yo aprovecho que está a otra cosa para sacar el brazo de debajo de su cuerpo y liberar las piernas, que luego uso para arrojarlo en dirección contraria de un empellón. Cuando se golpea la cabeza contra una estantería, aúlla de dolor.

—Zorra —espeta.

No debería dolerme. Mucho a palabras necias y todo lo que queráis, pero cuando el insulto atraviesa los mismos labios que me besaban hace un momento, menuda puñalada.

Cojo aire y me pongo en pie. Cuando el cuchillo destella en un rincón oscuro, siento la necesidad de ir por él, pero la voz de Uri resuena en mi cabeza: «Lárgate a la de ya». Así que doy media vuelta y echo a correr.

Salgo del recodo, llego al pasillo y bajo las escaleras de mármol. Los regios leones de piedra que guardan la escalinata ahora me parecen amenazantes, símbolo de la guarida del terror que he dejado atrás. El corazón se me sale del pecho al ver las puertas principales y la débil luz de las farolas que entra por ellas. Hasta que una figura desgarbada sale de entre las sombras y me detengo de golpe.

—¡Tú! ¡Espera!

El empleado de la biblioteca. El conocido de Jack, el que lo ayudó a organizar esta sorpresita. Lo esquivo y viro hacia el pasillo. Unos pasos pesados, más rápidos que los míos, resuenan por las escaleras. Salgo volando al patio, paso junto a la mesa con la vela humeante y la cena a medio comer y accedo al salón contiguo.

Oigo a Jack. Está acortando distancia. En menos de un segundo lo tendré a la vista y me perseguirá hasta la puerta. O eso es lo que él cree.

Al instante tomo una decisión y giro a la izquierda, con la esperanza de que me pierda la pista el tiempo suficiente para conseguir ayuda. El eco de sus pasos ahora se oye en el vestíbulo principal. Corro hasta la sección de ficción y me escondo detrás de una estantería, rezando por que no venga hacia aquí.

Lo oigo aflojar el paso hasta que termina por detenerse y suelta un grito de frustración que sacude el vestíbulo desierto antes de echar a correr en la dirección equivocada.

Las manos me tiemblan al sacar el teléfono del bolsillo. No puedo llamar a nadie; me arriesgaría a que me oyeran. ¿Qué hago, busco en Google «cómo escapar de un asesino»? ¿Se puede enviar un mensaje de texto al 911?

Estoy más que dispuesta a averiguarlo cuando el teléfono se me desbloquea y en la pantalla aparece un rostro que me deja pasmada.

Instagram sigue abierto desde esta mañana y, tras actualizarse, muestra una nueva publicación: una foto de Anna Matthews. De pie entre las columnas blancas de la entrada de su casa londinense, luce una sonrisilla insolente que parece decir «sé una cosa y vosotros

no». Pero es la primera línea del pie la que, de verdad, me deja sin respiración.

> Os lo cuento en exclusiva, queridos míos: he vuelto, estoy escribiendo y he decidido tirar la casa por la ventana con mi nuevo libro. Un thriller criminal titulado EL BESO DE LA MUERTE.

Es como si de pronto todo encajara y, al mismo tiempo, saltara por los aires.

No es posible.

No. Es. Posible.

Y, sin embargo, el asesino en ciernes que me persigue parece contradecirme: claro que es posible.

Leo por encima y a toda prisa el post, en el que Anna ensalza las virtudes de salir de la zona de confort y cruzar los propios límites y cabrear al agente literario soltando datos sobre un libro que ni siquiera está acabado todavía. Es que me da igual. Lo único que necesito es un dato, algo que me diga que esto no está sucediendo, que no es más que una coincidencia extrañísima o, a poder ser, algún tipo de delirio.

> Vais a adorar a la protagonista. Es una chica común, pero a la vez poco común, que tan solo busca el amor… hasta que acaba en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Puede que, en el fondo, sea una romántica, pero cuando hay que elegir entre vivir y morir, es toda una guerrera.

A ver, con esa descripción, podría ser cualquiera. No demuestra nada.

> ¡Estoy deseando que conozcáis a Roxie Mitchell!

Mi cerebro cortocircuita. No se oye más que ruido blanco.

Pues vale.

No es una coincidencia.

Y las cosas no están saliendo, para nada, como deberían.

Una perversa procesión de lamentos desfila por mi mente, subrayando cada error cometido que me ha traído hasta aquí. Debería haber pasado de largo junto a le Regalante. Debería haber escogido cualquier otra autora de romántica para el club de lectura. Debería haber rechazado a Jack y, por si las moscas, haberle metido un puñetazo en la cara. Hay cien motivos distintos por los que todo esto es culpa mía.

Pero también es culpa de Anna: yo debería estar en una comedia romántica. Creo que jamás en la vida he abierto una novela negra.

Estoy verdaderamente, locamente, profundamente… jodida.

¡Pumba!

¿De dónde ha venido ese ruido? ¿De la planta superior? El corazón se me acelera por el susto y me domina la histeria. Recuerdo las palabras de le Regalante: «Salvo que mueras. Es como un sueño; si mueres en un sueño, mueres en la realidad». Mis dedos temblorosos comienzan a insertar comentarios enloquecidos bajo el post de Anna.

SOY ROXIE MITCHLEL
VIVE O MUERE ANNA???
DIMELO!!!!!!!!!!!1!!!!!!

Otro golpe. Más fuerte, más cerca. Me quedo petrificada.

Me llega desde arriba el sonido de un suspiro ronco. Es justo en la sección de novela romántica, donde estábamos antes. Se produce

un leve estrépito y, al asomar por un hueco en la estantería, veo el libro en rústica azul claro que acaba de arrojar desde la galería. Me encojo para apartarme de su línea de visión.

—Venga, Roxie… —canturrea. Mi nombre, antes íntimo en sus labios, ahora suena a agresión—. No te escondas de mí. No permitas que las cosas acaben así.

Un nuevo estrépito, un nuevo libro arrojado. Jack camina con paso lento junto a la barandilla, avanzando hacia las escaleras como un rey que preparase su entrada triunfal. Me tapo la mano con la boca, tratando de silenciar mi respiración agitada.

Jack exhala un suspiro burlón de hastío cuando emprende la bajada.

—Mira, siento no haberte comentado antes todo esto del asesinato. Pero es que, cuando lo cuento desde el principio, las chicas suelen ponerse histéricas y huir. —Se detiene y lanza un libro en tapa dura contra una de las lámparas esféricas que cuelgan del techo. Me estremezco al oírla estallar—. Pero cuando te conocí —prosigue mientras desciende con parsimonia por las escaleras—, supe que la persecución merecería la pena.

Me guardo el teléfono en el bolsillo con toda la lentitud y el silencio posibles, y saco de la balda el libro más pesado que encuentro. Lo aferro como si fuera un escudo, a la espera.

Ahora sí puedo verlo a través de una mínima rendija en el estante frente a mí. Jack suspira y, al bajar los últimos peldaños, su paso se ralentiza.

Un paso.

Otro.

Otro más.

Se detiene al pie de las escaleras.

—Eres la elegida, Roxie —confiesa alzando la voz al techo. La piel se me eriza—. Yo te he elegido.

«Ahora».

Me pongo en pie de un salto y levanto en las manos el pesado volumen.

—Pues elegiste mal —mascullo antes de lanzarle el libro con todas mis fuerzas.

Jack vuelve la cabeza hacia mí, los labios fruncidos en una mueca despectiva, pero la esquina del libro le acierta en la mejilla y cae a plomo. Yo echo a correr, tratando de borrar de la mente la imagen de su rostro ensangrentado y luchando contra la náusea que me sube por la garganta mientras me precipito hacia las puertas de cristal.

Busco a tientas la cerradura y me lanzo al exterior; mis pulmones jadeantes se llenan de aire nocturno.

He dejado atrás a Jack y tengo la calle ante mí; sé lo que está sucediendo y por qué. Esa la buena noticia.

La mala noticia es, literalmente, todo lo demás.

No sé a dónde me dirijo, solo que corro más rápido de lo que habría creído posible. Jack no ha salido de la biblioteca en mi busca, pero es solo una cuestión de tiempo. Un librazo en la cara, por mucho que le haya lanzado un buen tocho, no va a retrasarlo demasiado.

Me duele todo: las piernas, la cabeza, el estómago. El mundo a mi alrededor se difumina, las luces de la ciudad me ciegan como si estuviera dentro de una foto sobreexpuesta. Atravieso Boylston

Street mientras los distintos episodios de la noche gritan dentro de mi cabeza. El sonido del cuchillo al errar en el blanco. La tenebrosa oscuridad en la mirada de Jack. La cubierta del libro hiriendo su mejilla.

La adrenalina forma una maraña con todo lo sucedido y, de pronto, no aguanto más. Voy derecha hasta el cubo de basura de la esquina y, de nuevo, toco fondo: vomito con todas mis ganas en plena acera, más muerta que viva.

Pero, eh, la escena al menos va a quedar inmortalizada para siempre en las páginas de un libro.

Cuando por fin levanto la cabeza para respirar, mientras me limpio la boca con el dorso de la mano, dirijo la mirada hacia la calle. Entonces se me hiela la sangre.

Jack, que se encuentra delante de las puertas de la biblioteca, me busca con la mirada.

Y me ve.

Y echa a andar.

Correr me parece casi inútil. Jack es implacable y anormalmente rápido. Yo correré, él me dará caza y esta trama convertida en realidad acabará siendo un relato breve, deprimente y anticlimático.

Pero entonces lo veo: una berlina blanca parada ante un semáforo justo delante de mí. La música suena a todo trapo, el conductor está distraído y, lo que es más importante, no lleva puesto cinturón de seguridad.

Como un fogonazo, me viene a la mente una imagen de mi primera y última relación. Me pasé el penúltimo año de secundaria pegada a Jeremy Woods, y él se lo pasó pegado a *Grand Theft Auto*. Nunca me dejó jugar. Después de clase, me quedaba sentada en el

sótano de su casa, intentando convencerme de que disfrutaba viendo a su macizo avatar de ojos vacíos saltar de coche en coche y correr por una pixelada California sin mí.

Ahora que el peligro me pisa los talones, me arrolla una nueva oleada de determinación y dedico a Jeremy el más breve de los recuerdos, pensando con cierta petulancia: «Ahora me toca a mí, tontolaba».

—¡¡¡Lo siento, lo siento, lo siento!!! —repito cuando llego corriendo, abro la puerta de golpe y saco de un tirón al asombrado conductor con un vigor alimentado por la adrenalina.

El hombre se pone a vociferar obscenidades y a dar golpes en la puerta, pero yo ya la he cerrado y echado el seguro.

—Lo siento, de verdad, no es nada personal —le digo a través de la ventanilla antes de pisar a fondo el acelerador sin que me importe un pito el semáforo en rojo. El torrente de maldiciones se pierde en la noche, o puede que tan solo lo tape el estruendo en mis oídos.

Lo estoy haciendo. Estoy huyendo de un asesino. Siento un frenesí inigualable, y no puedo evitar soltar un grito de alegría.

Casi desearía que Jack me diera alcance para poder atropellarlo. Dadas las circunstancias, tendré que conformarme con imaginármelo temblando de rabia en la acera. No me permito mirar por el retrovisor hasta haber dejado atrás la biblioteca.

Solo entonces me doy cuenta de que no estoy sola.

—Ay, mierda… —musito.

Mis palabras parecen despertar de su mutismo al hombre de aspecto agradable que permanece petrificado en el asiento trasero.

—Ay, Dios —dice—. Ay, Dios mío.

Solo entonces me fijo en la pegatina del parabrisas. De todos los vehículos que podía secuestrar, he elegido un Uber.

—Vale, ya sé que esto no tiene muy buena pinta…

—Déjeme salir —dice. No termina de ser una súplica, pero tampoco es una exigencia. Es como si no esperase que fuera a funcionar.

—Ahora mismo no puedo, pero…

—Yo… me llamo Grant Hoffman —balbucea—. Tengo treinta y tres años. Enseño Inglés y Escritura creativa en la Universidad de Boston. Soy profesor adjunto, no tengo dinero. Por favor, solo quiero llegar a mi casa.

Trato de explicarle que todo esto ha sido un error, que no lo estoy secuestrando, que de hecho yo no soy la mala en esta historia, pero no es fácil meter baza. La autobiografía que me está narrando, inducido por el pánico, suena cada vez más fuerte. Tiene un hermano llamado Ted y una hermana llamada Caroline. Tiene un gato llamado Arthur. Padece una alergia leve a la piña. Le gustaría viajar más.

—¡Deja de gritarme detalles humanizantes! —chillo—. ¡Que no voy a hacerte daño!

Pero él no me escucha. Su monólogo parece estar transformándose en una especie de sesión de terapia ahí en el asiento trasero. Por el espejo se le distingue un agotamiento y una tristeza que no creo que sean del todo culpa mía.

—¡Yo iba para escritor! —vocifera—. ¡Entré en el programa para niños superdotados! Obtuve premios y becas, y ahora me limito a explicar la estructura narrativa a novatos con resaca y a calificar trabajos hasta las tantas, para luego volver a casa y abrir el portátil

y quedarme mirando la pantalla en blanco hasta que me rindo y me sumerjo en alguna novela negra ¡en lugar de escribir una yo!

Piso el freno a fondo, más para evitar una colisión con el coche de delante que por efecto dramático, pero queda fenomenal en este momento. Además, así consigo que Grant Hoffman se calle. Me vuelvo hacia él.

—¿Has dicho novela negra?

Grant se encoge y retrocede la primera vez que establezco contacto visual con él. Aunque no me hubiera soltado la historia de su vida a bocajarro, habría bastado mirarlo para adivinar mucho sobre él. El pelo castaño, bien cortado pero un poco alborotado, la barba de un par de días, el jersey discreto y la americana…; todo ello grita «intelectual exhausto».

Pero, con un repentino arrebato de energía, se desabrocha el cinturón de seguridad, se arroja contra la puerta y forcejea con el cierre, que no cede.

—¿Ha puesto el seguro para niños? —pregunta con voz entrecortada. Cuando me mira horrorizado, yo levanto las manos con gesto inocente.

—Yo no he sido. Qué mal rollo, ¿no? —Un coche pita detrás de nosotros y me vuelvo al frente para pasar el semáforo en verde—. Mira, si lo piensas bien, has tenido suerte de que interviniera.

Él no dice nada. Puedo ver por el espejo retrovisor cómo se lleva la mano al bolsillo con lentitud, y me doy cuenta de golpe de que va a llamar a la policía.

—Por favor, antes de hacer nada, déjame que te lo explique —le imploro—. No soy una delincuente. O no lo era hasta hace diez minutos, vaya. Estoy huyendo de un tipo que intenta matarme. Pero matarme de verdad. He visto una oportunidad y la he aprovechado. Siento haberte echado a perder la noche, pero no voy a hacerte daño, te lo juro. Solo intento alejarme de él.

Veo por el espejo cómo pulsa con nerviosismo el botón de encendido del móvil. Una nueva oleada de terror lo inunda, y yo no puedo evitar una punzada de compasión.

—Estoy sin batería —comenta con tono monótono, sin dirigirse a nadie.

—Uf, menuda faena. Para ti, digo. Es evidente que a mí me viene bien. Como comprenderás…

—Claro —responde en voz baja, como si en su cabeza estuviera muy lejos y desesperado por quedarse allí.

—Mira… —suspiro—, lo único que necesito es que me escuches. Y que mantengas la mente abierta, porque esto es una historia tipo *La dimensión desconocida*. Pero creo que podrías servirme de ayuda.

—¿De ayuda? ¿Cómo? —La mirada con el ceño fruncido que me lanza por el espejo no indica demasiada apertura de mente—. ¿A dónde me lleva?

Solo entonces me doy cuenta de que no tengo ni idea. He estado siguiendo las indicaciones del GPS, por costumbre, así que supongo que me dirijo a casa del cliente. Este es mi primer secuestro, sí, pero no creo que lo normal sea llevar a la víctima a su casa.

La gravedad de la situación por fin me sacude como una descarga eléctrica. He robado un coche. Un coche de transporte compartido. Cuyo conductor es más que probable que, en este momento, le esté

dando a la policía la descripción tanto de mí como de la marca, el modelo y la matrícula del vehículo. Y cuya ubicación seguramente se esté retransmitiendo en tiempo real a una empresa que, sin duda, no tendrá reparos en divulgársela a las autoridades.

Arranco el móvil del conductor del soporte y lo arrojo por la ventana, antes de girar a la izquierda para desviarnos de la ruta prevista. Tengo que llevarnos a mí, al testigo del asiento trasero y a la gigantesca prueba del delito que conduzco lo más lejos posible de aquí.

Introduzco en mi GPS mental la dirección del lugar más remoto que se me ocurre.

5

Subiendo desde Boston por la costa, más allá de los pueblos pesqueros con sus langostas chiclosas y sus trampas para turistas, existe un camino de tierra que serpentea hasta alejarse de las rutas trilladas, a través de los bosques, y te lleva derecho al escenario de los recuerdos más felices de mi infancia. Pasé cada agosto con Steph en el chalet familiar de la playa, situado en Gordon Point, por el bien más que nada de nuestros padres: los de Steph tenían menos peleas entre hijos en las que intervenir cuando había amigos de por medio, y los míos disfrutaban de un mes en el que podían evaluar a solas el estado de su matrimonio para luego no cambiar nada. Pero, para mí, aquel grupito de casas azotadas por los elementos era mágico, como Narnia… si Narnia fuera dorada, veraniega y se encontrara en la costa norte de Massachusetts.

Pero también era cierto que jamás me habían traído en contra de mi voluntad, en un coche robado, a medianoche y en febrero. Así que imagino que la experiencia será distinta para Grant. Me doy cuenta de que no queda demasiado bien lo de adentrarme cada vez más en un bosque oscuro y amenazante en mitad de la noche. Pero pronto llegaremos a la casa y se lo explicaré todo, y entonces verá que no soy más que la inocente víctima promedio de un equívoco

mágico e insondable. Se nos ocurrirá un plan y, visto y no visto, todo habrá quedado atrás.

Solo hay un pequeño detalle del que debo ocuparme primero.

Emergemos del bosque y ya se vislumbran las casas cubiertas de tablones, cuyas siluetas se recortan contra el agua iluminada por la luna. Subo por el camino hacia Gordon Point Park, mirando a mi alrededor en busca de algo que me sirva. A los pies del asiento del pasajero veo unas mancuernas. Perfecto.

—Bueno… —llamo la atención de Grant—. Tengo una buena y una mala noticia.

—¿La mala es que me has secuestrado? —pregunta—. Porque ya estoy al corriente.

Me quedo callada un instante, mientras levanto una de las pesas.

—Digamos que tengo una buena noticia y «otra» mala noticia.

La buena, le explico, es que estamos llegando a nuestro destino. Se me acaba el camino, pero yo sigo ascendiendo por la hierba hacia el límite de la finca. Hay un sendero que sube y bordea un modesto acantilado con unas vistas espectaculares para un idílico paseo estival. O para mis actuales necesidades, no tan idílicas.

—La mala es que debemos deshacernos de este coche. —Desactivo el seguro de las puertas y me preparo para colocar la mancuerna en posición—. Así que te sugiero que abras la puerta.

Por un momento, Grant no responde, por lo que no se oye más que el ruido uniforme del coche subiendo por la colina y el rumor de las olas que rompen abajo.

—No… —la voz de Grant, ronca por la incredulidad, interrumpe el silencio—. No, no, no…

Me dirijo hacia el borde del acantilado y encajo la mancuerna contra el pedal del acelerador, por lo que empezamos a ir cada vez más rápido.

—Ahí delante hay una pequeña pradera —le explico mientras me desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta. El aire nocturno ruge cuando lo atravesamos a toda velocidad—. Marco la cuenta atrás y entonces saltamos.

—¿Saltamos?

—Del coche.

—¡Pero si está en marcha!

—¡Ya lo sé! —grito para que me oiga a pesar del viento—. Por eso no vas a querer estar dentro de aquí a unos quince segundos.

Grant suelta una retahíla de maldiciones mientras forcejea con el cinturón de seguridad y abre la puerta.

—Voy a vomitar —se lamenta.

—No te va a pasar nada —grito—. Una vez hice un curso de doble de acción durante un viaje a Los Ángeles. Te haces bola y ruedas. —Calculo la distancia hasta el acantilado y me giro hacia la puerta abierta. La hierba pasa a nuestro lado a una velocidad de vértigo, y una euforia bien conocida brota en mi interior a medida que mi corazón se acelera al ritmo del velocímetro—. Vale, ¿preparado? Uno…

—¡No!

—Dos…

—Joderrr…

—¡¡¡Tres!!! ¡¡¡Salta!!!

Me arrojo en mitad de la noche y aterrizo con un golpe sordo antes de rodar como un tronco por la hierba. Me apresuro a

recuperar el sentido de la orientación, justo a tiempo de ver cómo el coche rebasa el sendero y se precipita al vacío por el borde del acantilado. Una vez que ha desaparecido de mi vista, el tiempo se detiene un instante, hasta que oigo un chapoteo pesado y atronador.

Aliviada, me dejo caer al suelo y me permito un momento para recuperar el aliento. Entonces me acuerdo de Grant y me levanto para buscarlo con la mirada. Su silueta oscura está extendida a pocos metros de mí. Cuando lo oigo gemir de dolor, corro hacia él.

—¿Grant? ¿Estás bien?

A la luz de la luna, su expresión se contrae de miedo cuando me ve acercarme.

—Aléjate de mí —balbucea al tiempo que retrocede. Empieza a arrastrarse como un cangrejo, pero arruga la cara y se desploma de nuevo.

—¿Te has hecho daño en la pierna?

Me mira como si no se lo pudiera creer.

—Yo no me he hecho nada. Eres tú quien me ha obligado a saltar de un coche en marcha.

—¡Te dije que te hicieras bola y rodases! No es culpa mía que hayas caído mal. —Cuando avanzo para verlo mejor, se estremece—. Por millonésima vez, no voy a hacerte daño. —Cuando me mira con los ojos como platos, pongo los míos en blanco—. A propósito.

Grant se incorpora hasta quedar sentado y, a continuación, se levanta con torpeza. Ahora que no está acurrucado en el asiento trasero, resulta ser más alto de lo que yo creía. En circunstancias normales, creo que podría salir pitando y dejarme aquí tirada, pero cuando intenta dar un paso, se tambalea. Lo agarro antes de que pierda el equilibrio.

—Ya está —le digo, intentando poner voz tranquilizadora—. Yo te ayudo. Solo tenemos que llegar hasta esa casa de ahí y ahora mismo te ponemos hielo o algo, ¿vale?

Le rodeo la cintura con un brazo y paso el suyo tenso por encima de mis hombros para que se apoye. Al cabo de un instante de silencio renuente, refunfuña:

—¿Qué casa?

—La de ahí. —Señalo un bloque oscuro colina abajo, en el extremo más alejado del promontorio—. Esa tan bonita, con el haya enorme por detrás. Un árbol excelente para trepar. De lo más recomendable, siempre que no tengas el tobillo roto.

Visto que no responde, empiezo a pensar que no está de humor.

El trayecto hasta la casa no es sencillo, dado lo empinado de la pendiente y que Grant está algo incapacitado, pero avanzamos renqueantes. Él se me agarra de un modo tenso y cauteloso, manteniendo el máximo espacio posible entre nuestros cuerpos, como si se dejara llevar por mera supervivencia, pero estuviera dispuesto a alejarse a la velocidad máxima que permite la pata coja si se me ocurre asustarlo otra vez de alguna manera.

Cuando llegamos, me agacho para recuperar la copia de la llave escondida bajo una maceta vacía.

Al igual que las casas vecinas, Camp Donnelly permanece cerrada fuera de temporada, por lo que el interior está oscuro y huele a cerrado y a humedad. No se parece en nada al ambiente abierto y fresco que ofrece en verano, con limonada en la cocina y gaviotas en el tejado, pero la sensación de seguridad es la misma.

Cuando la adrenalina comienza a remitir, noto que estoy tiritando y tengo la piel de gallina: no hay ninguna calefacción encendida.

Ayudo a Grant a llegar hasta el sofá del cuarto de estar, que se encuentra cubierto con una sábana, y le traigo unas cuantas mantas disparejas del cesto del rincón. Veo con alivio algunos troncos junto a la chimenea de piedra, además de un montón de periódicos viejos y una caja de cerillas en la repisa. Perfecto. Tendré que pasar la noche escondida y con un rehén que piensa que estoy pirada, pero al menos lo haré al calorcito de la lumbre.

Una vez satisfecha con las modestas llamas que crepitan en el hogar, termino por volverme hacia Grant. Con el rostro arrugado, hace girar el tobillo con suavidad, apoyando la pierna en la rodilla contraria.

—Si puedes hacer eso, es probable que no esté roto —señalo—. Una vez me rompí el tobillo. Aquí, de hecho. Me aposté con Steph, mi mejor amiga, que podía impulsarme lo suficiente desde el columpio del jardín delantero como para aterrizar en el agua. Figúrate: no pude.

Grant mira a su alrededor, frunce el ceño al ver los visillos de encaje, las fotos de familia, las conchas sobre la repisa de la chimenea y las estanterías abarrotadas de puzles y juegos de mesa.

—¿Esta es tu casa?

—No, es la de Steph. De su familia, vaya. Pero no les importa. —No me cuestiono mis palabras hasta que las he pronunciado. Seguro que estarían encantados de ofrecerme refugio para escapar de un asesino; lo que no tengo tan claro es lo de darme a la fuga con un rehén…

Suelto el aire con fuerza y arrastro una silla de mimbre hasta la alfombra de nudos.

—Vale, ahora voy a contarte lo que está pasando, pero te lo advierto: es lo más disparatado que me ha sucedido nunca, y una vez tuve que huir de una estampida de toros en sandalias y vestidín tras unirme a lo que creía que era un paseo turístico por Pamplona. Así que, una vez más, apertura de mente, ¿vale?

Grant asiente con un gesto que parece más del tipo «lo que tú quieras, pero no me mates» que del tipo «cuéntame, soy todo oídos», pero me basta.

Me quedo mirándolo un momento, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Pedí un deseo, pero salió mal y ahora estoy atrapada en una novela negra —espeto.

Se ve que he optado por el método «sácalo del tirón, como una tirita».

El semblante de Grant ni se inmuta. Parpadea una sola vez antes de decir en voz baja:

—Que pediste un deseo…

Asiento.

—Sí, pedí ser la protagonista… de una novela. —No tiene por qué enterarse de que iba a ser un romance. No es que me avergüence, pero no tengo tiempo para el inevitable juicio del experto en literatura—. El caso es que yo no quería que fuera una novela negra. Y no iba en serio, de verdad. Era de broma. Pero se hizo realidad y ahora hay un asesino persiguiéndome y no tengo ni idea de qué hacer.

Así que le cuento todo a mi público cautivo (nunca mejor dicho). Bueno, casi todo. Los detalles sobre cómo conocí a Jack y cómo terminé en la escena del crimen los paso por encima. Pero le hablo

de le Regalante, del conato de apuñalamiento, de la huida. Todo hasta llegar a cómo le arruiné su viernes noche.

—Una vez más, lo siento —me disculpo—. Pero así han salido las cosas. Yo no quería hacerte nada. De hecho, cuando me llevé el coche ni siquiera sabía que estabas dentro. Pero cuando empezaste a hablar de escritura y de estructura narrativa y de novela negra y… —Me detengo para recuperar el aliento y comprobar hasta qué punto lo he convencido. Parece más aturdido que nunca. Cuando, desesperada, me inclino hacia él, se echa hacia atrás—. Estoy fuera de mi elemento. Yo no leo novela negra ni thriller ni nada por el estilo. No tengo ni idea de lo que me puedo esperar. Pero tú sí. Tú puedes ayudarme a manejarme y salir viva de esta. ¿Me ayudarías? ¿Por favor?

Vacila durante un silencioso momento; las sombras de la hoguera danzan sobre su rostro. Es el tipo de rostro acostumbrado a sumirse en profundas reflexiones. No parece severo, sino concentrado, con unos ojos castaños de mirada pensativa. Algo en ellos se ablanda lo mínimo cuando por fin me responde.

—Creo que tienes razón —reconoce en voz baja—. Necesitas ayuda. —Una oleada de alivio se abre paso en mi interior, pero se detiene de golpe cuando lo miro a los ojos. No es que me crea. Es que le doy pena—. ¿Hay alguien a quien podamos llamar? ¿Un orientador, un médico o algo así?

Me vence el desánimo.

—Crees que estoy loca.

—No —contesta a toda prisa—. No he dicho eso. Quizá solo… ¿estás sufriendo algún tipo de episodio?

Me muerdo los labios, sin saber qué hacer para convencerlo. Entonces me acuerdo del post de Anna.

—Mira —le digo al tiempo que saco el teléfono y entro en Instagram—. La autora, Anna Matthews, publicó anoche al respecto. Todo encaja. —Le tiendo el móvil para que lo lea. Cuando vuelve a mirarme con gesto dudoso, abro mi propio perfil—. Roxie Mitchell soy yo —le digo pegándole el móvil a la nariz—. ¡Si hasta ha usado mi nombre!

Grant se echa hacia atrás sin dejar de mirarme con esa horrible expresión de lástima.

—Comprendo que eso pueda confundirte —afirma—, pero no es más que una coincidencia. Esto no es una novela negra. Nadie está intentando matarte. Estás a salvo, ¿vale? Tú déjame llamar a alguien para que venga.

Resoplo desdeñosa y vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo.

—Claro que sí, a la policía, ¿no? Buen intento. —La esperanza se evapora de su semblante, haciéndome sentir culpable—. Mira, no soy mala persona. Yo no hago estas cosas. No robo coches, no los arrojo al mar, no retengo rehenes en la casa de verano de mi mejor amiga.

—Pero es que sí; has hecho todas esas cosas. —Grant se queda callado; una ceja se le frunce mientras reflexiona—. Menos lo del rehén. Eso solo sería si mantienes cautivo a alguien como moneda de cambio para que se cumplan tus exigencias. De lo contrario, es un simple secuestro.

Parpadeo con incredulidad.

—¿Acabas de corregirme sobre mis propios delitos?

Grant levanta las manos con ademán defensivo.

—Lo único que digo es que no empeores aún más las cosas. Tú déjame marchar.

—¿A dónde, Grant? ¿Y cómo? —He tenido cuidado de no mostrarme hostil, pero se me está agotando la paciencia—. No sé si te acordarás, pero he destruido nuestro medio de transporte y tienes un tobillo torcido. Me creas o no, vas a tener que quedarte conmigo hasta que averigüe qué podemos hacer. Y, sinceramente, te sugiero que empieces a creerme, porque te voy a decir una cosa: ahí fuera, la situación es muy chunga.

Grant no responde; su boca forma una fina línea y yo, de pronto, me siento agotada. ¿Qué estoy haciendo? Nada de lo que diga lo convencerá de ayudarme. Y tampoco puedo echárselo en cara.

—Voy a ver si encuentro una venda o algo así —anuncio con voz derrotada—. Tú… no te vayas, ¿vale? —Mientras me alejo, él no se mueve ni habla, pero noto un brillo en sus ojos que me dice que no me servirá de nada—. O vete. Ya me da igual. Te deseo la mejor de las suertes.

Mientras subo por las escaleras, tengo el cerebro frito de tanto intentar idear un plan b. Aunque ¿cuenta como plan b si hasta ahora has ido improvisando sobre la marcha? Lo que necesito en realidad es dar con le Regalante y que deshaga el hechizo. Y eso puedo hacerlo con o sin Grant. La cuestión es si se mantendrá al margen o me delatará de inmediato a la policía. Tengo la impresión de que me he pasado con lo del robo y el secuestro como para contar con su apoyo. Y es probable que toda esta historia de «socorro, estoy atrapada en un libro» tampoco ayude.

Enciendo la luz de la planta de arriba y me dirijo al cuarto de baño en busca del botiquín. Estoy más que familiarizada con su contenido

después de tantos años de picaduras de medusas y entablillamientos; aunque atender a un rehén herido (perdón, ya sé que no es un rehén) constituye una novedad.

El minúsculo cuarto de baño es como una réplica oscura y fría del que guardo en la memoria, con las cortinas de cuadritos de vichy meciéndose al gélido viento. Apoyo ambas manos a los lados del lavabo de porcelana y trato de respirar hondo. Necesito que la cabeza me funcione para buscar una solución, o al menos alguna opción, pero esta ha decidido no colaborar.

Cuando me miro al espejo, casi me echo a reír al verme. El maquillaje que me puse para la cita sigue adherido a mi cara como si le fuera la vida en ello, pero no contribuye a compensar mi expresión preocupada o mi pelo enmarañado.

Se diría que he envejecido una década en cuestión de horas. Y todo esto aparece enmarcado por la cortina retro de flores exageradamente alegres a mi espalda.

¿Se ha movido algo? Cierro los ojos con fuerza antes de mirar de nuevo. Casi no puedo ni pensar, como para fiarme de mi vista. Estoy tan cansada y tengo tanto frío que ya me da igual si no percibo con exactitud lo que sucede a mi alrededor.

Frío. En este cuarto hace mucho frío. Con la chimenea encendida y las ventanas a cal y canto, el resto de la casa ha comenzado a calentarse, pero aquí se hiela una. Tardo en unir los puntos. El viento. La ventana abierta. Lo que me ha parecido ver en el espejo. Esa sensación falsamente inquietante que produce cualquier cortina de ducha cerrada. Me pregunto si esta vez no será tan falsa.

Me giro poco a poco, tratando de mantener la respiración acompasada y los nervios bajo control.

Avanzo hacia la ducha con una lentitud y una cautela imposibles, y levanto la mano hacia la cortina. Me muevo tan despacio que me duelen los músculos, rígidos por la aprensión. Casi lo he conseguido. Es cuestión de centímetros. Milímetros. Mi mano termina por tocar la cortina de plástico e, inspirando hondo, la aparto de golpe.

Alguien se abalanza sobre mí.

6

Esquivo a Jack por un pelo y chillo cuando trata de apuñalarme otra vez. El cuchillo corta el aire, ha estado a punto de alcanzarme en el cuello. La piel me hormiguea por la cercanía de la hoja. He practicado la defensa contra ataques de arma blanca cientos de veces, si no miles. Pero este cuchillo no es de goma y Jack no es Uri.

Claro que, si lo fuera, habría señalado que acabo de cometer un flagrante error: con las prisas por apartarme, lo he hecho en la dirección equivocada. Ahora estoy acorralada contra la ventana y tengo al hombre de mis pesadillas bloqueándome la salida.

Jack pasa por encima del borde de la bañera con gesto tranquilo y me dirige una sonrisa perversa. O puede que sea la misma, despiadadamente encantadora, que me dedicó cuando nos conocimos y yo fui demasiado estúpida como para detectar ningún peligro en ella.

—Roxie, Roxie, Roxie… —suspira—. Eres mi chica y no te dejaré escapar, ¿lo entiendes?

—Yo no soy nada tuyo, imbécil.

Jack arruga la cara con gesto teatral y toma aire entre dientes.

—¿Apelativos cariñosos? Ay, no sabía yo que hubiéramos llegado ya a esa fase.

Se me acerca más. El foco del techo le hace brillar el pelo. Las extremidades me hormiguean de los nervios, listas para atacar, pero debo esperar el momento adecuado. No aparto los ojos de los suyos, velados por la oscuridad, pero sin dejar de percibir cualquier movimiento periférico. En su rostro se dibuja una amplia sonrisa.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

En ese instante, le asesto una fuerte patada en el estómago, pero se ve que Anna, por la costumbre, le ha dado unos abdominales de acero, así que apenas se tambalea un poco. Enseguida se recupera y viene a por mí con ánimos redoblados y blandiendo el cuchillo con gesto dramático. Casi puedo oír las cuerdas quedas de la banda sonora de *Psicosis*.

«Este me lo sé». Alargo el brazo para bloquearlo, con el codo un poco doblado y la mano plana, como me han enseñado. Supongo que funciona, porque sigo ilesa. Pero no es suficiente. Tengo que arrebatarle el cuchillo.

Con un movimiento rápido, lanzo la rodilla y le agarro la muñeca, pero él no suelta el arma. Tengo las manos sudorosas y mi confianza empieza a flaquear. «Céntrate». Intento oír la voz de Uri, como si me estuviera dando instrucciones de pie en la bañera con los brazos cruzados, la mirada escrutadora fija en mí y todo su arsenal de acrónimos. OODA: «observa, orienta, decide, actúa». SFI: «sin florituras, idiota».

Pivoto para esquivar a Jack, pero sin soltarle el brazo, aprovechando la rotación de mi cuerpo para hacerle perder el equilibrio y debilitar su agarre. Él grita de dolor y suelta el cuchillo, que cae por la ventana y se pierde en la oscuridad de la noche.

—Hija de puta —gruñe, asombrado por que haya tenido la osadía de desarmarlo, y casi me echo a reír.

Pero no hay tiempo. Antes de que lo vea venir, cierra las manos alrededor de mi garganta y me empuja contra la ventana. Me golpeo la cabeza con la hoja subida y el cristal rechina contra mi coronilla dolorida, pero no es nada en comparación con los dedos que se hunden en mi cuello y me impiden respirar.

Los oídos me zumban, los pensamientos se difuminan. «No entres en pánico. ¡No entres en pánico!». Dispongo de distintas maniobras para elegir, combinaciones de giros y llaves y movimientos con los que liberarme y hacerlo retroceder. Alguno funcionará. Tendrá que funcionar.

No me hace falta decidir cuál. En mitad de un sonido desgarrador, Jack afloja las manos y el cuerpo se le tensa. La mirada se le nubla antes de desplomarse, revelando la escena a su espalda: Grant, con una gigantesca sartén de hierro fundido, respira con pesadez; parece conmocionado.

Lo miro con los ojos como platos y el corazón acelerado mientras el aire vuelve a penetrar en mis pulmones. Él contempla a Jack, tendido en el suelo. Por un instante, los dos permanecemos atrapados en el silencio como moscas en la miel, y es que ¿qué se puede decir en un momento como este?

—Lo tenía controlado —suelto, casi sin respiración.

Pero él ni me mira. La sartén se le cae de la mano y choca estrepitosa en el suelo. Solo entonces parece despertar del trance.

—Ay, Dios —musita—. ¿Lo he…? ¿Está…? —Se inclina sobre Jack, supongo que para tomarle el pulso, pero no puedo mirar. Cierro los ojos con fuerza hasta que Grant vuelve a hablar—. Joderrr…

Da un tambaleante paso hacia atrás; en sus ojos desorbitados se distingue un nuevo terror. Sus jadeos, entrecortados y acelerados, llenan el pasillo mientras camina adelante y atrás mesándose el pelo.

Procuro no bajar la vista cuando rodeo a Jack para salir del cuarto de baño.

—Respira, Grant —le digo—. Tienes que respirar.

Se detiene de golpe, con los mechones disparados en todas direcciones y la cara desprovista de color, y señala con el dedo hacia Jack.

—En defensa propia —afirma con voz ahogada—. Ha sido… en defensa propia. Te estaba matando. Y me habría matado también a mí. He tenido que hacerlo.

Retrocede hasta pegar la espalda a la pared y se desliza hasta el suelo.

—Está bien —le miento. Levanto una mano y dudo un instante antes de darle una torpe palmadita en el hombro. Tampoco es que exista un manual sobre cómo consolar a un homicida novato.

Él me mira con incredulidad.

—¿Qué va a estar bien? Nada de esto está bien. He matado a una persona. ¡A una persona! Y de la manera menos original imaginable. —Se frota la cara con las manos y emite un gemido de dolor—. ¿Qué está pasando?

—Te lo dije, yo…

Levanta la mano para hacerme callar.

—Te juro por Dios que como digas «novela negra» una vez más…

Me apoyo en la pared de enfrente. Si Grant no me cree ahora, nunca lo hará. Aun así, que haya acudido en mi ayuda parece buena señal. Diría que es pronto para el síndrome de Estocolmo. Puede que

tan solo sea un buen tipo que no querría que estrangularan a nadie en un cuarto de baño, ni siquiera a mí.

Señalo su pie con un gesto de la barbilla.

—¿Cómo has conseguido subir?

—No lo sé —reconoce haciendo rotar el tobillo—. ¿Adrenalina? Creo que solo lo tengo torcido. —Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás hasta tocar la pared—. Esto tiene muy mala pinta —se lamenta—. Aunque diga que ha sido en defensa propia, y aunque me creyeran, la cosa no va a acabar sin más. Uno no dice: «Ay, es que fue en defensa propia», y dejan que se vaya de rositas, ¿verdad?

Me mira con el rostro demacrado. Yo me encojo de hombros. No tengo ni idea de cómo funcionan estas cosas.

—Pues claro que no. —Niega con la cabeza—. Tiene que haber un protocolo que cumplir. Puede que hasta vaya a juicio. No puedo permitirme un abogado. Y, aunque me declaren inocente, seré la comidilla. A la gente no le gusta que uno vaya arreando mamporros por ahí. Ay, Dios, me voy a quedar sin trabajo. Sin apartamento… Sin mi gato… No me van a publicar en la vida…

—Podrías escribir uno de esos libros en los que cuentas todo lo sucedido —le propongo.

Grant hunde la cabeza entre las manos y suelta un gemido.

De pronto se me ocurre algo. Me aparto de la pared y me acuclillo frente a él; por una vez, no retrocede asustado. Vamos progresando. Levanta el rostro y me clava una mirada de desesperación.

—O podrías confiar en mí —le digo—, solo unas horas. Ayúdame a localizar a le Regalante y que deshaga el hechizo. Sé que no quieres

creerme, Grant, pero es la única forma de salir de este enredo. O eso o esperamos a que termine la historia. Pero podríamos morir.

—¿Perdona…?

—Es lo que dijo le Regalante. Es como en los sueños. Si mueres en un sueño, mueres de verdad.

—Eso es manifiestamente falso —replica con cara de sentir náuseas. Frunce el ceño como si no se fiara, pero también veo en su cara una cierta duda que me da esperanzas—. Pero, por seguir con tu argumento: ¿dices que este Regalante puede hacer que todo vuelva a la normalidad?

—Por completo. Como si nunca hubiera sucedido. Ni mamporros ni Jack ni nada. Tú vuelves a tus clases y yo a no ser una delincuente.

Se me queda mirando un momento, como si cavilara al respecto, antes de dirigir la vista hacia el cuarto de baño.

—Vale —admite, con la voz a medio camino entre un murmullo y un susurro—. Madre mía… Así que… tenemos que deshacernos de un cadáver.

A pesar de lo tétrico de nuestros siguientes pasos, siento cómo un millar de nervios tensos se me relajan en el cuerpo. Ya no estoy sola en esto. Y, aunque no me atrevería a decir que la sensación es agradable, desde luego que ya no es tan terrible.

—Bueno… —empiezo por decir. Entonces, sin querer, miro hacia el cuarto de baño y el estómago se me revuelve—. Solo una cosa…, ¿hay sangre?

Grant enarca una ceja.

—¿Quieres decir «en él»?

Asiento. Grant me mira, contempla el cuarto de baño y me vuelve a mirar. En su semblante asoma una expresión de desconcierto.

—Esto…, sí. Le arreé en la cabeza con una sartén de hierro fundido. Claro que hay sangre.

Me tapo la boca para impedirme vomitar. Cierro los ojos y respiro hondo por la nariz. «Inhala. Exhala. No pienses en el cadáver con la cabeza reventada por la que mana un líquido pegajoso y rojizo que cubre todo el suelo del cuarto de baño de tu amiga».

Ay, me cago en todo.

—No me fastidies. —Grant suelta una carcajada desdeñosa. Yo lo miro de hito en hito—. ¿Te da miedo la sangre?

—No es miedo —espeto—. Es que… no me gusta. Es una aversión de lo más común. No tiene nada que ver con el miedo.

Grant se pasa una mano por el pelo y se apoya en los paneles de madera de la pared.

—Bueno, esto se va a poner interesante. —Al cabo de un momento, respira hondo y se yergue—. Vale. Yo me encargo de limpiar si tú vas a buscar una lona y demás útiles necesarios. Pero tendrás que ayudarme a sacarlo de aquí.

—Eso está hecho —respondo, ansiosa por irme hacia las escaleras.

—Y vete pensando dónde podemos dejarlo. —Grant alza la voz para que lo oiga.

Me detengo y vuelvo la cabeza, con cuidado de que Jack no entre en mi ángulo de visión.

—¿A ti te parece el tipo de tío al que le gustaría acabar en el mar?

Grant se queda parado un instante.

—¿… No?

Se me dibuja una sonrisilla vengativa.

—Perfecto.

La escena no podría ser más típica de Anna Matthews: las olas lamen el casco del bote, el mundo permanece envuelto en el silencio previo al alba, la superficie del agua riela con los últimos rayos de luna. Solo que en el bote estamos una servidora, el hombre que intentó matarme y el que lo mató a él. Una escena propia de Anna Matthews, si le hubiera dado un aneurisma.

Cuando la casa no es más que una pequeña sombra a nuestras espaldas, Grant recoge los remos y yo lo ayudo a alzar el bulto envuelto en lona que solía ser Jack. Nos cuesta levantarlo por la borda de la barca, ya que hemos añadido las piedras más grandes que encontramos en la playa para que pese. Cuando por fin lo arrojamos al mar, se hunde bajo las olas con un satisfactorio chapoteo.

Vuelvo a sentarme en mi lugar, temblando por el frío matutino. El cielo muestra toda una gama de azules; solo en el extremo oriental asoma un rastro naranja tostado. La silueta de Grant se recorta contra el horizonte mientras contempla el agua con el ceño fruncido.

—Gracias, por cierto —digo en voz baja. Él me mira sin alterar el gesto; los primeros rayos del día iluminan su rostro con suavidad—. Por lo que has hecho… —entonces me apresuro a añadir—: aunque no era necesario.

—Claro —responde aparentando curiosidad—. Tenía toda la pinta de que le estabas dando su merecido.

—Los siete años de entrenamiento en defensa personal por fin han servido para algo. Deberían darme un trofeo o similar.

El día que me inscribí en la primera clase ahora me parece historia antigua. Lo que empezó como una forma de sentirme más segura cuando viajo sola pronto se convirtió en una obsesión. Me sentía la

más dura, machacando a mis oponentes y mejorando la técnica en el gimnasio mientras me repetía la cantinela que todos los alumnos sensatos se dicen en todas partes: «Espero no tener que usarlo nunca». Qué iba a saber yo que la frasecita iba a quedar nula y sin efecto de la mano de una caprichosa autora británica y del sádico aficionado a los cuchillos nacido de su mente.

Hago girar el cuello para aliviar algo de tensión, pero siento que se me ha acumulado toda en la cabeza.

—No lo entiendo —admito—. Nos hemos librado del malo. ¿Estamos en la novela más corta del mundo? ¿Nos hemos cargado, a saber cómo, la trama? —Teniendo en cuenta que soy la protagonista y casi no lo cuento, me alegro, claro. Pero ¿como lectora? ¿La verdad? Una decepción.

Grant se remueve con incomodidad y su mirada se pierde en la bahía.

—A menos que se trate de una falsa victoria —murmura.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si me creyera lo que me estás contando, que ya es mucho pedir… —me lanza una mirada severa, aunque pierde efecto en cuanto se estremece—, él no era el malo.

El estómago se me encoge. ¿Va a haber otro malo, peor que Jack? No quiero ni imaginármelo. Me desinflo como un globo tristón y apoyo la cabeza en las manos.

—Me siento muy confusa —gimo—. Ya no sé qué es real y qué no. ¿Cómo hemos podido matar a Jack si no es más que el personaje de un libro? No me fastidies, ¿se disolvió como la Bruja Mala del Este en cuanto tocó el agua? ¿Cómo funciona todo esto?

Me quedo mirando a Grant, desesperada por obtener una respuesta que sé que no me puede dar. Él también me mira.

—Del Oeste —termina por murmurar.

—¿Cómo?

—Del Oeste. La Bruja Mala del Oeste es la del agua. La del Este es la de… —echa el tronco hacia atrás cuando lo fulmino con la mirada — los zapatos.

—Deben de hacer cola para invitarte a jugar al Trivial —comento cortante.

—Mi equipo es imbatible —responde—, pero no viene al caso.

Le quito los remos y empiezo a remar; necesito hacer algo que no sea seguir sentada sin más.

—Imagino que ninguno de esos datos que guardas en la cabeza nos ayudará a saber qué va a pasar ahora…

El sol, que se está levantando, ilumina las ojeras oscuras y resplandece sobre el pelo alborotado de Grant cuando este se frota la frente.

—¿Hay alguna posibilidad de que esto sea una campaña de marketing de guerrilla para publicitar el libro? —me pregunta con la voz arrastrada por el cansancio.

Niego con la cabeza, aunque tiene cierta gracia macabra imaginar a una asistente de relaciones públicas cagadita en sus pantalones de Aritzia al descubrir lo que hemos hecho.

—Lo que de verdad no entiendo es cómo Jack me encontró —reconozco—. No pudo seguirnos, ¿no? ¿Lo viste cuando dejamos atrás la ciudad?

Grant se encoge de hombros.

—No lo sé. Estaba más bien ocupado viendo pasar mi vida ante los ojos. —Bosteza antes de añadir—: ¿Has comprobado tu teléfono? ¿Tal vez te estaba rastreando de alguna forma?

Dejo de remar, petrificada por un recuerdo: Jack me quitó el teléfono de las manos para «añadir su número» a las puertas de la biblioteca. Lo saco del bolsillo. No parece que haya nada raro; no se ven aplicaciones sospechosas ni notificaciones. Está la aplicación integrada para compartir la ubicación, pero dudo que fuera tan obvio. Aunque, pensándolo bien, es probable que para Anna Matthews eso sea alta tecnología.

Doy un par de toques en la pantalla y ahí está:

Jack Smith puede ver tu ubicación.

Madre del amor hermoso. Está visto que soy ese personaje tan tonto al que gritas que no sea tan tonto. ¿Y Smith? ¿No se podía haber inventado un apellido falso mejor? Esto es echar sal en la herida.

Deniego el permiso para compartir mi ubicación con Jack (podría decirse, y con razón, que un par de horas demasiado tarde) y, maldiciendo, tiro el teléfono al suelo de la barca.

—¿Ves por qué te necesito? —le suelto a Grant, puede que con una pizca más de agresividad de la deseada—. Para no caer en trampas así de estúpidas. Tú sabes en qué debería fijarme. Yo puedo derrotar a los malos, pero tú puedes avisarme cuando vengan.

Él se pasa una mano por la cara.

—No hay una fórmula infalible, ¿sabes? Ahí está el quid. Se supone que en la novela negra tiene que haber suspense.

—Claro que sí —me río—. Como que tú no las lees regodeándote en haber resuelto el crimen antes de que lo hagan los personajes.

La mirada silenciosa que me lanza confirma que tengo razón. Pero de pronto algo asoma en su expresión, algo un poco más sincero, puede que hasta vulnerable, y dice en voz baja:

—No quiero volver a matar a nadie.

—Me parece bien —contesto—. Yo seré la criminal y tú el cerebro de la operación. —Vuelvo a agarrar los remos—. Podrías empezar por ayudarme a pensar cómo localizar a le Regalante, ya que ahora mismo estamos varados en esa casa sin medio de transporte, comida, agua ni calefacción.

—Podemos coger el coche —responde Grant con voz suave.

—¿El que ahora es un submarino?

—No, el que está aparcado en la entrada —me corrige—. Jack vino en coche. Y sigue ahí delante. Le quité las llaves del bolsillo antes de envolverlo en la lona.

Se las saca del suyo y las agita con desgana. Yo me quedo mirando cómo el sol naciente se refleja sobre ellas. Estoy demasiado agotada como para sentir alivio.

Cuando llegamos a la orilla, Grant me ayuda a arrastrar el bote hasta el cobertizo y lo colocamos con cuidado para que parezca que lleva meses sin usarse y, desde luego, que nada indique que se ha utilizado para transportar un cadáver hasta su tumba bajo el mar.

—Y ahora… —anuncio— a buscar a le Regalante.

Grant levanta las llaves y echa a andar con paso firme hacia la entrada.

—Perfecto —suspira—, pero esta vez conduzco yo.

7

Estás poniendo nerviosa a la gente —masculla Grant.

Aún es pronto, pero Boston Common está a reventar de madrugadores con ganas de aprovechar el fin de semana. Por lo visto, a la mitad de ellos más o menos ya les he puesto los pelos de punta.

Resoplo impaciente. ¿Me he pasado la última media hora mirando a los ojos de desconocidos con más intensidad de lo considerado socialmente aceptable? Sí. ¿El músico callejero que tenemos delante está retrocediendo con paso cauteloso y la voz con que hace *beatboxing* ha empezado a temblar? Puede. Pero así son las cosas cuando tu vida depende de una búsqueda y la única pista son un par de ojos tormentosos.

Recorremos el sendero con paso de todo menos victorioso. Hemos peinado cada metro cuadrado del parque, hemos comprobado las esquinas de cada calle adyacente, hemos echado un vistazo en cada callejón. Nada.

Derrotada, me dejo caer en un banco.

—No está.

Grant se sienta a mi lado y observa nuestros alrededores con el ceño fruncido y sin parar de rebotar la rodilla.

—No podía ser tan sencillo —suspira—. Un ente mágico que concede deseos no iría por ahí entregando tarjetas de visita con sus datos de contacto.

No me puedo creer que hace una hora el plan me pareciera infalible. Que me encontrara a le Regalante una segunda vez fue pura suerte. Si se metamorfosea y concede deseos, ¿quién dice que no pueda teletransportarse? Ahora mismo podría estar en cualquier parte: Francia, Japón, Worcester. Puede que esté flotando en alguna dimensión alternativa mientras Grant y yo permanecemos atados a la realidad, viendo cómo nuestro plan se desintegra como algodón de azúcar bajo la lluvia.

Peor aún, voy a perder a mi único aliado. Sin le Regalante, estoy atrapada en esta historia hasta que Anna Matthews escriba «fin». No puedo esperar que Grant decida quedarse dentro de una novela llena de crímenes y peligros. En cualquier momento dejará de rebotar la rodilla con nerviosismo, se levantará y dirá: «Adiós. Cero encantado de haberte conocido».

Me froto las sienes, tratando de idear un nuevo plan. Lo único que me sale es un bostezo.

Grant se pone en pie, estira los largos brazos por encima de la cabeza y echa un vistazo al reloj, una sencilla esfera redonda con correa de cuero marrón. Le otorga cierto aire intelectual, como si su lugar estuviera en alguna parte abriendo las páginas de un periódico, y no adentrándose en el caos conmigo.

—Necesitamos cafeína —anuncia.

Lo miro sorprendida.

—¿En serio?

—En serio. Llegados a este punto, necesitamos un día entero durmiendo y luego meses de terapia. Pero podemos empezar con la cafeína.

Me levanto de un salto más vigoroso de lo que, a estas alturas, debería ser capaz.

—Pues a por cafeína. —Me saco la tarjeta de crédito del bolsillo—. Invito yo.

Grant me lanza una mirada lacónica.

—Sería lo que me faltaba; por supuesto que invitas tú.

Después de lo sucedido a lo largo de las últimas diez horas, casi se me hace raro poner el pie en la cafetería del final de la calle, un lugar acogedor en el que la gente bebe a sorbitos en sus tazas redondas mientras en el aire flotan versiones acústicas de canciones pop. Pero, dado que es un local que ofrece comida, no voy a quejarme.

—¿Te apetece compartir un *bagel*? —le propongo a Grant mientras repaso el menú. Él murmura no sé qué—. Los tienen normales, con semillas de amapola, queso de Asiago… Yo soy más de pasas y canela. Puede que tengan alguno en la cocina.

—Roxie…

—Vale, pues normal. ¿Cómo lo quieres? ¿Tostado? ¿Con queso crema?

—¡Roxie!

—¿Qué? —Exasperada, me giro. Grant está petrificado delante de la caja registradora, como si acabara de establecer contacto visual

con Medusa. Sigo su mirada y, al llegar a la persona que nos atiende, yo también me quedo de piedra.

Rostro redondo, con un atisbo de barba.

Pelo negro, rapado.

Rímel corrido alrededor de unos ojos rasgados azul hielo, inconfundibles.

Cuando logro moverme de nuevo, me abalanzo.

—¡Tú!

Su rostro se ilumina al reconocerme. Entonces me mira, luego observa a Grant, me vuelve a mirar y abre la boca con expresión escandalizada y divertida.

—¡Madre mía! —exclama con voz ahogada al tiempo que levanta la mano abierta («¡quietos todos!») y apunta a Grant con el dedo. Entonces articula sin producir sonido alguno: «¡¿Es él?!».

—No, no es «él» —mascullo entre dientes—. Este es el tipo que secuestré sin querer después de que «él» intentara ¡clavarme un puto cuchillo en el pecho!

—Tal vez deberías bajar un poco la voz —me advierte Grant, disimulando entre toses.

No le hago el menor caso.

—Nuestra amiga Anna está escribiendo una novela negra.

Le Regalante ahoga un gritito digno de los mejores escenarios y se lleva la mano abierta al pecho.

—Guau. Girazo de guion. —Se aleja contoneándose tras el mostrador, llena dos vasos de papel y añade varios chorros de diversos jarabes que, estoy segura, Grant no ha pedido—. Es que te lo juro, ¿podemos pararnos un momento y apreciar lo valiente que

es por atreverse a probar un nuevo género? Se ha dicho: «Nadie va a encasillar a Anna Matthews». Empoderada. Reina. Faraona.

—Ya le daré la enhorabuena más tarde —espeto.

Le Regalante suelta aire con fuerza negando con la cabeza.

—Pero a ti te ha tocado bailar con la más fea, chata. Ya siento decirte que «cuidado con lo que deseas», porque pedazo de cliché, pero… tal cual, ¿no?

—Pues sí —respondo—. Pero, como comprenderás, necesito revocar mi deseo de inmediato.

Le Regalante levanta un dedo a modo de advertencia.

—Vale, lo primero que debes saber sobre mí es que hago lo que me da la gana. Lo segundo: no puedo. Yo no «desconcedo» deseos, los concedo. Y hoy, ni eso. —Pone la tapa en los vasos sin interrumpir el contacto visual—. En fin, son nueve dólares. ¿O noventa? La verdad es que no sé cómo va esto. Solo pensé que sería supermono ser barista por un día. —Toquetea al tuntún la pantalla que tiene delante, casi sin mirarla.

—Ya está bien. —Grant avanza un paso y apoya ambas manos con firmeza sobre el mostrador, al menos hasta que le Regalante las mira con las cejas enarcadas y los labios fruncidos. Entonces retrocede y carraspea—. No sé de qué vas, pero no te puedes imaginar la pesadilla por la que hemos pasado. Ha sido horrendo. Así que, por favor te lo pido, haz lo que puedas por ayudarnos.

—Aaay. —Le Regalante une las manos sobre el corazón y hace un puchero compasivo. Y entonces, de golpe, cambia de expresión—. No. Un deseo es un deseo. Un libro es un libro. O sobrevivís hasta la última página o, yo qué sé, haced que Anna Matthews deje de escribirlo.

—¡Es injusto! —exclamo—. Esto no es lo que yo deseaba, y lo sabes.

—Esto es justito lo que deseabas —replica le Regalante—. No es culpa mía que no fueras más específica. Aquí no vale lo de «si no está satisfecho, le devolvemos su dinero». —Se pone a toquetear el iPad de nuevo—. Y ahora, si no tenéis más preguntas…

—¡Tengo un millón más! —protesto.

Le Regalante echa la cabeza hacia atrás con hastío.

—Dios, ¿por qué la gente es tan pesadísima? Encima de que te hago un regalo… Es como si te llega un desconocido y te dice: «Mira, aquí tienes cuatro millones de dólares; de nada», ¿en serio te vas a poner a interrogarle al respecto?

—No —farfullo.

—Por supuesto —responde Grant al mismo tiempo.

Los dos nos miramos sorprendidos y, en el caso de Grant, juzgándome no poco. Le Regalante suspira.

—Mira, estoy segure de que no va a pasarte nada. Este no es mi primer «ojalá estuviera dentro de un libro». Aunque también te digo que la gente suele ser lo bastante lista como para elegir uno ya publicado, que se saben. Cuando ni siquiera conoces la trama, es una lotería —concluye enarcando una ceja con gesto profundamente crítico.

—Pero ¿y después? —quiere saber Grant—. ¿Todo se esfuma sin más? Digamos, por ejemplo, que…

—Matáramos a uno de los personajes —termino yo por él. Grant arruga la cara—. Sería como si nunca hubiera sucedido, ¿no? No habría consecuencias en la vida real.

No sé cómo, pero los ojos de le Regalante de pronto brillan aún más.

—¡Huuuy, vosotros dos sois lo peor! —exclama con júbilo—. Pero sí, una vez que termina, ¡puf!, desaparece de vuestras vidas. Los protagonistas reales volveréis a la programación habitual y los personajes, o los que sobrevivan, vaya, volverán a donde quiera que vuelvan los personajes cuando une no lee sobre ellos. Sin consecuencias, sin malos rollos, sin cárcel de por medio.

Grant exhala y casi puedo oír cómo ese puntito de tensión abandona su cuerpo.

—Genial. Vale. Solo quiero pasar página y olvidarme de todo esto.

—Bueno… —le Regalante resopla con desdén—, eso no va a ocurrir. Yo no meto mano en la memoria de la gente. Si no, ¿cómo aprenderían la lección quienes expresan sus deseos?

—¡Es que yo no he expresado nada! —contesta Grant—. A mí me han metido en esto sin comerlo ni beberlo.

—Da igual. La historia funciona como un agujero negro. Si estás lo bastante lejos, sigues flotando por ahí y te olvidas de todo. Pero si te acercas demasiado, ¡vaya si te vas a acordar! —Emite un monstruoso ruido de absorción—. Así es como la historia te arrastra a su interior. Estás metidito hasta el cuello, majo. La única forma de salir es yendo hacia delante. Lo dice la ciencia.

—La ciencia no dice nada de eso —replica Grant en voz cada vez más alta. Le Regalante le dirige una mirada lacónica—. Y, la verdad, no estoy convencido de que sepas nada de cosmología.

—No le hagas caso. El maquillaje te queda de vicio —tercio yo colocándome por delante de Grant—. No queremos problemas. Lo

que queremos es librarnos de ellos. ¿No puedes ofrecerme alguna recomendación? Por favor…

Con una sonrisa encantadora, le Regalante responde:

—Sí. No te estreses demasiado. Eres la protagonista. Es casi probable que Anna no quiera matarte a propósito.

Diría que todo el aire se ha evaporado de la cafetería.

—¿Cómo que… «es casi probable»?

—Ya… —Le Regalante se encoge de hombros—. A ver, lo siento, nena. Yo no prometo nada.

Grant inspira trémulo.

—Pero ¿y yo? Yo no soy de ficción. Ni siquiera debería estar aquí, y mira… —Casi puedo oírle decir: «Ahora soy un homicida que huye de la justicia».

Le Regalante lo mira con los ojos entrecerrados mientras tamborilea sobre el mostrador con las uñas de purpurina.

—En tu caso, sí puedo ofrecerte algo. Pero debes escucharme con atención. —Se inclina hacia delante con expresión casi solemne y susurra como si compartiera un gran secreto—: Ajo y agua.

Los dos nos quedamos ahí parados, en silencio y boquiabiertos, mientras le Regalante sonríe y nos tiende los cafés.

—¿Algo más?

Yo no acierto a responder. La voz de Grant suena ahogada:

—Un *bagel* de pasas y canela. Por favor.

Estamos de vuelta en el banco del parque, consumidos por un terror existencial. Los cafés se han enfriado; el *bagel* sigue entero.

—Entonces… —termino por decir—, ¿ahora ya me crees?

Grant permanece callado un momento.

—No sé qué creer —responde—. Tal vez me ha dado un infarto y estoy soñando, en una especie de último coma antes de apagarme del todo. Eso en el mejor de los casos.

Le doy un pellizco y se aparta con una palabrota.

—En los sueños no se siente dolor —señalo.

—Una vez más, eso no es cierto. En serio, ¿de dónde sacas esos datos sobre los sueños?

—Ni idea. La cuestión es que esto es real. Ya has oído a le Regalante: estamos atrapados hasta el desenlace.

—Esto es ridículo —suspira Grant—. No puedo abandonar todas mis responsabilidades para jugar a los prófugos. Tengo una vida a la que regresar.

Cuando se frota la cara con la mano, no puedo evitar pensar que parece de todo menos entusiasmado con la idea.

—Bueno, pues te tomaste unas vacaciones en el momento en que me subí a tu Uber —respondo—. Que, he de decir, moló un montón.

—Ya, pues a mí no me lo pareció —replica Grant con la cabeza entre las manos.

—Me refiero a mí —aclaro—. ¿Sacar al tío aquel del coche, a lo *Grand Theft Auto*? Lo más molón que he hecho en la vida, con diferencia.

Grant levanta la cabeza lentamente y me mira; sus labios forman una fina línea. Por el modo en que el sol se refleja en sus ojos castaño tostado, casi me parece ver las llamas del desconcierto ardiendo en ellos. Me encojo como arrepentida de lo que he dicho.

—¿Demasiado pronto para reconocerlo?

—Estás loca —dice—. Pero de remate.

Agito una mano quitándole importancia.

—Pues vale. Centrémonos en lo importante. Por ejemplo, qué va a pasar ahora.

Paciente, lo miro esperando a que aporte un mínimo de sus vastos conocimientos, y él me sostiene la mirada. Es como verse en un espejo, hasta que sus cejas se enarcan al percatarse de lo que pretendo.

—Ah, ¿que quieres que te lo diga yo? Y yo qué sé.

—¡Eres el experto en el género! Venga, tampoco te estoy pidiendo que lo predigas con exactitud, pero ¿qué deberíamos esperarnos ahora?

La carcajada burlona que suelta me toca un poco las narices. Como si yo quisiera verme en esta situación, bombardeándole a preguntas sobre convenciones del género. Puede que sea culpa mía que se haya visto implicado, pero tampoco es que yo lo pidiera. Al final suspira.

—Supongo que… las cosas han estado más o menos tranquilas desde anoche. Así que lo siguiente sería que se produzca un poco de acción. Algo que haga subir el tono.

Subir el tono… Fenomenal.

—Así que no estamos lo que se dice a salvo.

—No —responde. Las sombras oscuras por debajo de sus ojos resultan aún más pronunciadas bajo la cruda luz matutina—. No estamos lo que se dice a salvo. —Deja escapar una carcajada áspera y desprovista de humor—. Aunque, según le barista del infierno, es probable que tú acabes bien.

—«Casi» probable —lo corrijo—. Y tampoco lo sabemos. Es evidente que Anna Matthews ha apostado por el caos en su nueva

novela. A saber qué tiene previsto.

Solía admirar la habilidad de Anna para sorprender a los lectores, incluso dentro de las reglas del «te quiero, me quieres, vivamos felices y comamos perdices» de la novela romántica. Era de las cosas que más me gustaban de su escritura. Todo esto, claro, antes de que descarrilara y nos arrastrara a Grant y a mí como un par de peleles.

Claro que también podríamos parar el tren.

«Haced que Anna Matthews deje de escribirlo», dijo le Regalante.

Arrollada por una oleada de determinación, saco el móvil. Entro a toda prisa en Instagram y, para mi desgracia, veo que no hay notificaciones. Es probable que Anna ni siquiera haya visto mis comentarios de anoche, como para responder. Así que me voy de cabeza al buzón de entrada. Ha llegado el momento de enviar un mensaje directo. Por las buenas o por las malas, voy a contactar con Anna. Me niego a que termine de escribir esta historia.

Hola, Anna: Me llamo Roxie Mitchell. Te va a parecer una locura, pero estoy atrapada en tu próxima novela. ¿Podrías ponerte en contacto conmigo cuanto antes? Gracias.

Lo releo y añado:

(Es urgente).

Me quedo mirando la pantalla unos segundos. No sé por qué, pero cuando lanzo el mensaje a la inmensidad virtual no me parece tan útil como esperaba. La sensación es menos la de una hoguera

prendida para mandar un SOS desde una playa desierta y más la de una minúscula cerilla que se extingue en la oscuridad.

Acto seguido, vuelvo al perfil de Anna, donde encuentro una nueva publicación.

No es una foto, sino un fondo sólido con un texto sobrescrito: dos fechas, dos horas y dos nombres de librerías. Leo el pie de la imagen:

> ¡Hola, corazones! Gracias por todo el cariño. Tras unos años difíciles, me lo estoy pasando en grande escribiendo esta novela: no hay nada como una espeluznante historia de asesinatos y el apoyo de miles de lectores para levantarle el ánimo a una. Estoy a punto de desaparecer en mi exilio escritor, pero este mes saldré de la cueva en dos ocasiones para visitar La Trama Perdida y Libros Bramble, donde hablaré sobre el proceso de escritura y firmaré mis anteriores títulos. Y puede que hasta os muestre un adelanto de «El beso de la muerte». ¡Espero veros por allí! Besos

Antes de haber acabado de leerlo ya le estoy dando golpecitos a Grant en el brazo.

—Ay, ¡ay!, ¡¡ay!!! —se queja.

—Tenemos nuevo plan —anuncio—. Si Anna no responde a mis mensajes, iremos a ella. Mira.

Le tiendo el teléfono. Lee el post entrecerrando los ojos antes de mirarme con el ceño fruncido.

—Esas librerías están en Londres —señala—. Y falta más de una semana para la primera cita.

Sonrío de oreja a oreja.

—¿No decías que te gustaría viajar más?

8

Esto es ridículo —se queja Grant desde el asiento del conductor del coche de Jack—. No podemos largarnos a un país extranjero así, como quien no quiere la cosa.

—¿Por qué no? Yo lo hago cada vez que me lo puedo permitir. —Bostezo y reclino mi asiento—. Dejé plantada la ceremonia de graduación de la uni por un billete de último minuto, baratísimo, a Marruecos.

Quiero usar el breve trayecto para descansar, para hundirme en el asiento calefactado y templarme un poco los huesos. Grant lo está usando (¡menuda sorpresa!) para seguir flipando. Con los pies en el salpicadero y la luz del sol matutino pintando trazos rojizos sobre mis párpados cerrados, casi puedo bloquear su sonido y fingir que el coche lo maneja una máquina de ruido blanco con ansiedad.

Grant enumera los motivos por los que no puede ir a Londres, ninguno de ellos lo bastante convincente. Nos dirigimos a su apartamento, pero solo para recobrar fuerzas y dar de comer a su gato, dice, pero no voy a dudar en buscar el pasaporte por todo el piso y secuestrarlo de nuevo si hace falta. Puede que haya una luz al final de este túnel, pero el camino sería demasiado largo sin mi consultor sobre ficción criminal.

—Mmm… —digo en respuesta a su última objeción, fuera cual fuera.

—Lo digo en serio —advierte, ahora con mayor firmeza—. Yo no voy.

Con un gruñido impaciente, me incorporo y lo miro.

—Entonces ¿qué sugieres? ¿Nos quedamos aquí? ¿Dejamos que la retorcida trama de Anna se desarrolle a saber por cuánto tiempo? —La nuez de Grant sube y baja al oír mi sugerencia, así que aprovecho para que mi voz suene aún más dramática. Me inclino hacia él con los ojos como platos—. Podrías pasarte semanas, meses, incluso años, guardándote las espaldas. Esquivando intentos de asesinato. Huyendo de explosiones a cámara lenta.

Él me mira incómodo.

—Vale. No me acaba de gustar lo entusiasmada que suenas al decirlo. —Puede que esté sonriendo, así que me obligo a curvar la boca hacia abajo—. Además, estás pensando en películas de acción. En las novelas, nadie huye a cámara lenta. No tendría sentido.

—Claro que sí.

—¿Cómo? ¿Cómo haces que alguien se mueva a cámara lenta en una novela?

—Así: «Y entonces se alejaron, a cámara lenta».

En su cara sigue dibujada una máscara de escepticismo. Me vuelvo a recostar en el asiento, cruzada de brazos. No hay argumento que este hombre no me pueda desmontar. Tal vez debería dejarlo plantado e irme yo sola a ver a Anna. Que se quede y se pase a saber cuánto tiempo sintiéndose culpable, sobresaltándose al menor ruido, sudando cada vez que ve a alguien con mala pinta o un coche sospechoso.

Como el que tenemos justo detrás, por ejemplo.

Miro por el retrovisor lateral. Un hombre maduro, con gafas de sol de aviador, conduce un SUV negro, con una mujer en el asiento del pasajero. Los dos miran fijamente hacia delante. Cuando Grant gira a la izquierda en la intersección, el SUV hace lo mismo.

—Ajá —digo.

—¿Qué pasa?

—Solo por saber —digo—, en teoría, ¿que nos siguiera un coche contaría como «un poco de acción»?

Los ojos de Grant se vuelven disparados hacia el retrovisor central, luego hacia el lateral y, de nuevo, al central.

—Ay, Dios —pronuncia de esa forma que precede a un nuevo arrebato de histeria.

—Grant, relájate —le digo—. Puede que no sea nada. —Ahora me arrepiento un poco de haber empujado a mi conductor a un ataque de pánico estando al volante.

Grant gira a la derecha para acceder a una calle secundaria. El SUV lo imita. Suelto un largo suspiro; Grant, una retahíla de obscenidades. Gira de nuevo. El SUV lo sigue. Sugiero que vuelva a hacerlo, sin poner el intermitente. Es evidente que la idea lo incomoda, pero, aun así, lo intenta. Incluso acelera unos respetables tres o cuatro kilómetros por hora. Pero no sirve de nada. Cada vez que maniobramos por las calles, el SUV repite nuestros movimientos.

Grant mira por el retrovisor con los ojos entrecerrados y la cara cada vez más pálida.

—¿Querrán decirnos algo?

Me giro para ver. En efecto, parecen estar diciendo algo, aunque no puedo saber el qué, claro. Y tampoco parecen contentos.

—Puede que no sea nada —sugiero—. Tal vez nos dejamos un vaso de café encima del techo y quieren hacérnoslo saber.

—¿Tú te has dejado un vaso de café encima del techo?

—… No.

Grant traga saliva, esa es su respuesta.

—Puede que se hayan perdido y quieran preguntarnos.

—O puede que sean los malos y quieran matarnos —replica Grant, que agarra el volante como si fuera a estrangularlo.

—O puede que quieran convencernos de extender la garantía del coche —propongo.

—Sí, o puede que sean, atención, los malos y quieran, fíjate tú, matarnos.

Levanto las manos, rendida.

—Vale, si quieres ponerte en lo peor, por mí bien. Pero tal vez no deberíamos adelantar acontecimientos. —El semáforo que tenemos delante se pone en rojo y Grant maldice entre dientes al tiempo que se detiene. Yo intento no hacer caso del SUV que se nos aproxima por el espejo retrovisor—. Lo único que hacen es ir por la misma ruta que nosotros. Podría haber un montón de motivos, algunos de ellos incluso no maliciosos. Además, ¿qué van a hacer, seguirnos hasta matarnos de cansancio?

Me giro para observarlos con mayor atención. Es entonces cuando veo al hombre que conduce agacharse con el ceño fruncido y levantar un objeto brillante.

—¡Un arma! —grito—. ¡Tiene un arma! ¡¡¡Vámonos!!!

Se diría que he pronunciado las palabras mágicas. Grant atraviesa volando la intersección. Pone el intermitente a la izquierda y gira a la derecha para engañar a nuestros perseguidores, y por un momento

parece haber funcionado. Pero entonces hacen un cambio de sentido; las ruedas chirrían, se oyen bocinazos a nuestro alrededor.

No sabría decir con exactitud cuándo se produce el primer disparo, pero el fuerte restallido hace que, de forma instintiva, nos agachemos y gritemos. Grant se pone de lado para mantener el control del volante, sin dejar de maldecir.

—¿Quiénes son? —Vuelvo la vista a nuestras espaldas, pero no hay nada que permita la más mínima identificación, más allá del evidente desprecio con que el tipo de la boca fruncida nos apunta con el arma. Suenan nuevos disparos rebotando contra metal mientras nos precipitamos por callejones y carreteras secundarias, alejándonos cada vez más de nuestro destino.

—No sé quiénes serán, pero dudo que esta sea su primera persecución en coche —masculla Grant con los dientes apretados—. No consigo quitármelos de encima. ¿No hay nada en el asiento trasero que podamos usar? ¿Algo que podamos lanzarles, quizá?

Lo miro con incredulidad.

—Sí, de hecho, hay una caja llena de cáscaras de plátano.

—¿En serio?

—¡¡¡No!!! ¡Ni que esto fuera *Mario Kart*!

—Anda, ¿ahora me vienes con que copiar las estrategias de un videojuego no resulta práctico en la vida real?

—Cállate —le suelto, pero entonces veo de reojo algo que asoma desde el asiento trasero. Algo metálico. Con un gatillo. Y aunque ahora mismo parece nuestra única esperanza, el estómago se me revuelve. Cojo el objeto con cuidado, sujetándolo con el índice y el pulgar como si fuera un pañal sucio.

—Esto… Puede que haya encontrado algo.

Grant echa un vistazo a la pistola mientras gira el volante para esquivar otra andanada de disparos. Atravesamos un callejón y salimos de vuelta a la calle principal, para horror de los peatones en la acera, que empiezan a gritar.

—Mierda —sisea Grant—. ¿Sabes disparar?

—No, y tampoco quiero aprender —respondo. Hasta las armas de plástico que usamos en las clases de Uri me ponen nerviosa, por lo que he aprendido a desarmar al enemigo tocándolas lo menos posible. Horrorizada, miro a Grant—. ¿De verdad insinúas que debería disparar a esa gente?

—¡No! —protesta virando de golpe para esquivar a un ciclista. El SUV hace un movimiento idéntico segundos más tarde—. Pero tal vez podrías intentar acertarle al coche o algo, solamente para frenarlos.

Observo la pistola con desconfianza y, a regañadientes, la sujeto como he visto hacerlo en las películas. La sensación en mis manos es extraña, antinatural. Veo por la ventanilla cómo rebasamos los edificios a toda velocidad.

El tráfico peatonal se reduce a medida que nos acercamos a la autovía, pero es muy posible que le dé a alguien intentando disparar al SUV. No tengo ningún interés en herir a nadie… o algo peor.

El hombre que nos persigue no parece tener tantos escrúpulos, o puede que se fíe mucho más de su puntería. Una vez que adelantamos a un Mini Cooper, lanza una nueva descarga. Grant y yo nos tensamos.

—¿Y si agito la pistola con ademán amenazador? —Cuando hago una demostración, Grant se encoge sobre el volante intentando protegerse.

—¡Joder! —chilla—. ¡Al menos comprueba primero que el seguro esté puesto!

—¿Qué parte del modo en que sujeto la pistola te hace pensar que sé hacer lo que me dices? —La voz me sale aguda y acelerada.

Grant maldice y se limpia el sudor de la frente.

—Yo te enseño.

Casi se me cae la pistola del susto.

—¿Eres pistolero?

—No soy «pistolero» —replica enfadado al tiempo que le corta el camino a una camioneta para meterse en el carril de incorporación —. A mi padre le gustaba tirar. Intentó enseñarme cuando era pequeño.

Eso tiene más sentido. Me cuadra que Grant aprendiera todo lo que sabe sobre armas en contra de su voluntad. Aun así, el caso es que lo aprendió.

Los dos nos sobresaltamos y maldecimos cuando una bala destroza el cristal de la ventanilla. Sin pensármelo dos veces, dejo la pistola en el salpicadero, me desabrocho el cinturón de seguridad y me levanto del asiento.

—Cambio de planes —anuncio—. Yo conduzco y tú disparas.

Grant me mira con los ojos desorbitados mientras accedemos a la autovía a una velocidad endiablada. La calzada se extiende ante nosotros, no hay donde girar o esconderse.

—¿Perdona?

—Vamos a intercambiarnos los asientos. No hay otra. Desabróchate el cinturón.

—¡¿Cómo?!

—¡Que te desabroches el cinturón!

—¡No puedo! ¡Estoy ocupado!

Arrugo la cara cuando el tipo del SUV anuncia su llegada a la autovía con un nuevo disparo.

—Eres el único presente que haya aprendido nunca a usar una pistola.

—Ya, y que se encargó de olvidarlo todo excepto cómo inutilizarlas.

—¡Pues ya es más de lo que yo sé! No he disparado con nada que no sea un láser. Los dos sabemos que es más probable que le acierte a un espectador inocente, y eso cargará sobre tu conciencia, Grant. Así que ¡desabróchate el cinturón de una vez!

Grant aprieta la mandíbula y, al cabo de unos instantes de tensión, suelta algo a medio camino entre un gruñido y un chillido.

—Vale —espeta—. ¿Cómo ves tú que esto vaya a funcionar?

No respondo…, más que nada porque no lo sé, pero decido que ya se me ocurrirá algo. Paso el brazo por encima de él y apoyo la mano en la puerta. Con todo el cuidado que una puede poner mientras va a tres mil por hora por la autovía, me aprieto por delante de él, haciendo lo posible por no impedirle la visión. El SUV va quedándose atrás, a suficiente distancia como para dejar de disparar, pero es solo cuestión de tiempo.

Tomo el volante y retiro las manos de Grant, perfectamente situadas a las diez y a las dos, antes de apartar su pie del acelerador con el mío.

—¿Puedes quitarte?

Grant chasquea la lengua mientras se escurre con torpeza por detrás de mí.

—Lo estoy intentando —gruñe—, pero digamos que tengo tu culo en medio.

—Lo siento. Si hubiera sabido lo que íbamos a hacer hoy, me habría traído un culo más pequeño.

Grant termina por arrastrarse sin ninguna gracia y aterriza hecho un gurruño de largas extremidades en el hueco del pasajero, sin dejar de jurar en arameo. Cuando por fin se incorpora, el cambio de asiento queda completado. Lanzo un aullido triunfal.

—Tienes que admitir que ha molado muchísimo —le digo mientras él se coloca en posición y toma la pistola—. Casi tanto como cuando yo…

—Ni se te ocurra acabar la frase. —Hay en su voz un deje de advertencia, pero cuando lo miro de reojo, casi rompo a reír. Puede que sostenga una pistola, pero su mirada y su mandíbula prieta dan más impresión de «como te pases, te planto un suspenso» que de «tengo un arma y estoy dispuesto a usarla».

Cruzo hasta el carril de adelantamiento para que Grant tenga mejor visión del SUV, que se nos va aproximando por la derecha. Toquetea la pistola, tira de no sé qué piezas con renuencia, pero sabiendo lo que hace, y a continuación suelta el aire y parece aliviado. O todo lo aliviado que puede parecer uno mientras huye de un atacante en el coche de un tipo muerto.

—Gracias a Dios —dice—, no está cargada.

—¿Cómo que «gracias a Dios», Grant?

—Es que no quiero disparar a nadie, Roxie —me suelta.

Yo intento interponer mayor distancia entre nuestro coche y el SUV, pero hay un camión articulado en el carril de la derecha y un descapotable rojo a paso de tortuga delante de nosotros, con una

pegatina que dice SERVICIO DE TAXI DE LA ABUELITA y seis monigotes, representación de otros tantos niños, adornando el parachoques.

—¡¡¡Aparte!!! —vocifero haciendo sonar el claxon al tiempo que me pego al descapotable. La conductora, con su esponjoso cabello blanco ondeando al viento, me hace una peineta.

El corazón se me sube a la garganta cuando veo el SUV acercándose cada vez más. Grant murmura nervioso, con los hombros encogidos hasta las orejas, mientras enarbola el arma como si fuera capaz de hacer cualquier cosa.

El SUV se pone a nuestra altura, pero cuando en mi cabeza ya me estoy preparando para lo peor, el conductor nos mira con sorpresa y baja el arma. Y luego baja la ventanilla.

—¡¡¡Parad!!! —le oigo gritar a pesar del viento.

—¡¡¡No!!! —gritamos Grant y yo al unísono.

El hombre frunce el ceño y vuelve a gritar algo que suena más o menos a «¡o paráis o disparo!». Aunque no estoy segura, sus palabras me provocan un escalofrío que desciende por la nuca.

Y entonces, con un gruñido por el esfuerzo, Grant hace algo increíblemente estúpido e increíblemente oportuno: lanza la pistola por la ventanilla. El hombre se agacha para esquivarla, pero se le va el volante y me deja el espacio justo para adelantar por la derecha.

Nos dirigimos volando hacia la salida, y casi no me lo creo: vamos a salir de esta. O, como mínimo, de la maldita autovía. Creo que jamás en la vida he sentido semejante subidón.

Entonces oigo un nuevo restallido. Nuestro coche se tambalea y vira hacia la cuneta, fuera de control.

—Pero ¿qué…?

—Le han dado al neumático —masculla Grant sujetándose con un brazo contra el techo.

El coche se sale de la autovía. Grant chilla como si fuera montado en una montaña rusa camino del infierno mientras giramos descontrolados por la curva de la rampa de salida de la autovía. No sé cómo consigo escorarme hacia la carretera y maniobrar para tomar la primera salida a la derecha, que resulta ser… el aparcamiento de un edificio de apartamentos. Es decir, un callejón sin salida.

Se oye un chirrido cuando el SUV se detiene detrás de nosotros, acorralándonos.

El silencio dentro del coche podría cortarse con un cuchillo. Ninguno de los dos nos movemos.

—¿Qué parte del libro dirías que es esta? —pregunto en voz baja.

—La parte en que estamos jodidos —responde.

Las puertas del coche a nuestras espaldas se cierran con un fuerte golpe. Al darme la vuelta, veo cómo el hombre y la mujer caminan hacia nosotros. Para ser un par de personajes siniestros, tienen un aspecto sorprendentemente informal. Modernete, incluso. Él lleva una americana a medida encima de una camisa con estampado de cebra, con los primeros botones abiertos; ella tiene el pelo rosa y unas botas de combate fosforescentes a juego.

Con la respiración acelerada, alargo la mano al tirador.

—¿Qué haces? —sisea Grant—. ¡Uno no se baja del coche!

—Eso es para los controles de tráfico. Estoy bastante segura de que no es aplicable al enfrentamiento con unos villanos de ficción.

—Pero…

—No voy a morir en el coche cutre de un asesino frustrado —respondo—. Tú quédate dentro si quieres.

Grant se lo piensa unos segundos, con el semblante un poco verdoso, antes de meter una mano por dentro de la chaqueta y agarrar el tirador con la otra.

—¿Y tú? ¿Qué haces?

—Tal vez piensen que tengo otra pistola escondida —responde en un áspero susurro.

Abrimos las dos puertas al mismo tiempo y rodeamos el vehículo.

—No os acerquéis más —les advierte Grant con voz temblorosa.

Nuestros enemigos se disponen a detenerse, y solo entonces me doy cuenta de que el hombre lleva las manos vacías. Levanta las palmas en un gesto de buena voluntad antes de abrirse la chaqueta, dejando entrever que tiene la pistola de antes, y otra más, enfundada a la cadera. Hay algo en él que me suena.

—Siento los daños en el coche —nos dice. Todo en él, desde el acento británico hasta la actitud relajada, transmite indolencia—. Solo queríamos llamaros la atención.

—No vamos a haceros daño, prometido —nos asegura la mujer, con un brillante y alegre acento londinense.

De pronto siento una enorme empatía por el escepticismo que Grant mostraba anoche.

—Cuando uno quiere llamar la atención, hace sonar el claxon —replico—. Parecía más bien que queríais matarnos.

Al hombre se le escapa una risita mientras se señala las pistolas.

—¿Cómo? ¿Con esto? Pero si no son más que Higgins y Wiggins. No sirven para matar. Son solo para emergencias y para fardar.

—¿En serio? ¿Por eso nos gritasteis «o paráis o disparo»?

—Por no decir que nos dispararon, varias veces —añade Grant.

—No, no —replica el hombre con un dejo de impaciencia—. Lo que dije era «no voy a dispararos». En realidad no os apuntaba a vosotros, solo quería que no os alejarais. Y ahora me alegro por ello.

Se sube las gafas de sol hasta lo alto de la cabeza y señala con un gesto a la mujer que lo acompaña.

—Esta es Lisa Roant, mi asistente. —Ella sonríe de oreja a oreja y nos saluda con la mano. El hombre apoya los puños en las caderas y adopta una pose tan arrogante que resulta casi cómica—. A mí podéis llamarme Burns.

—Podéis llamarlo Lesley —nos dice Lisa antes de lanzarle una mirada de «déjate de chorradas»—. Pasad del Burns, guapis.

Él deja escapar un suspiro exasperado.

—Vale. Soy Lesley. Lesley Burns. Detective Lesley Burns.

Cuando me sonríe, caigo en la cuenta. Una gélida descarga eléctrica baja por mi espalda.

—No, no lo eres —respondo—. Eres el tipo de la biblioteca.

Veo de soslayo cómo Grant se remueve, llevándose la mano a la chaqueta.

—¿Quién?

—El tipo que conocía Jack, el que nos dejó entrar en la biblioteca. Trabaja allí. No es detective. Es su cómplice.

Lesley se ríe.

—Y que te lo creyeras no hace más que confirmar lo bien que me infiltro. Espero que me dejes una buena puntuación en Yelp. Pero no, no estaba ayudando a Jack, y tampoco trabajo allí.

—¡Claro que sí! Pero si llevabas el distintivo y todo.

—¿Te refieres a esto?

Se mete la mano en el bolsillo y me arroja algo que atrapo en el aire. Me quedo mirando las palabras impresas en la tarjeta, algo descentradas, y las leo en alto:

—¿«Bibliteca Púbica de Boxton»?

Lisa suspira.

—No pude hacerlo mejor en tan poco tiempo. De todas formas, en el momento nadie se fija en esos detallitos.

—Tú, desde luego, no te fijaste. —Lesley me sonríe abiertamente —. Y Jack tampoco.

Le lanzo el distintivo, apuntando a la cara. Para mi desgracia, lo coge al vuelo.

—Bueno, dime, ¿dónde está el Despreciable Ligón de los Libros?

Entonces enderezo los hombros.

—Lo mandamos con billete de solo ida a la bahía de Ipswich —respondo intentando sonar amenazadora. Grant se estremece a ojos vista, pero Lesley y Lisa tan solo parecen impresionados.

—Bien hecho —me felicita Lesley—. Escuchad, tenemos mucho de lo que hablar, pero ya llegaremos a ello. Os aseguro que estamos de vuestra parte. Intentamos acabar con esos cabrones.

¿«Cabrones»? ¿En plural? Una sensación incómoda se desliza por mi estómago. Grant mueve los pies, pero se asegura de dejar quieta la mano.

—¿Qué sois, del MI5?

Lesley arruga el ceño.

—No como tal.

—¿FBI?

—No, por Dios.

Se hace el silencio. Grant inspira hondo, como para infundirse ánimos, como si supiera que la respuesta a su siguiente pregunta podría suponer el fin de la vida que ha conocido hasta el momento.

—¿No serás… —pregunta con lenta cautela— un estrafalario detective privado con un asunto peliagudo entre manos que necesita desesperadamente nuestra ayuda?

El rostro de Lesley se ilumina.

—¡Justo! Has dado en el clavo.

Grant deja caer la mano vacía que escondía por dentro de la chaqueta y se vuelve hacia mí.

—Vale —murmura resignado—. Estamos dentro de una novela.

9

Fue idea de Lesley celebrar nuestra sesión de puesta al día en el Dunkin' más cercano. Fue culpa de Grant que accediéramos y que ahora estemos sentados como tontos entre destellos rosa chicle y naranja chillón, esperando a que Lesley termine de beberse un *iced latte* entero de un solo trago.

De vuelta en el aparcamiento, nos habíamos puesto a deliberar tras el baqueteado coche de Jack mientras Lesley y Lisa esperaban en la acera.

—¿Que confiemos en ellos? —le siseé a Grant—. Pero ¿es que se te cayó el cerebro en la autovía? ¿Qué le ha pasado al tío que prefiere ejercer de niñera de un gato a enfrentarse a los problemas?

—No metas a Arthur en esto. Segundo, no es ejercer de niñera, porque es mi gato. Y, tercero, entre acceder a tomar un café y convertirse en un fugitivo internacional hay mucha diferencia.

Para mi desgracia, fue ahí donde decidió jugar la carta del experto en estructura narrativa. Por lo visto, era demasiado pronto para que nos enfrentáramos cara a cara con el malo malísimo, pero sí podía ser hora de cruzarnos con un mentor o aliado de algún tipo. Un peculiar detective privado y su alegre asistente encajarían en el concepto, aunque se hubieran pasado la última media hora disparándonos.

Así que llegamos a un acuerdo: primero cumpliríamos con la parte del libro en que escuchábamos lo que tuvieran que decirnos. Y luego ya decidiría yo si llegábamos o no a la parte en que les metía un puñetazo.

El modo en que Lesley sorbe el café hace que me plantee saltar directamente a esa última. Le prometí a Grant que, como mínimo, escucharía lo que tuviera que decir, pero no puedo librarme del escepticismo. Entre la ropa de aspecto caro y el pelo gris revuelto, este hombre parece más una estrella del rock retirada que un detective privado. Y su asistente, con los dos moñitos y la cazadora verde lima con ribetes de piel, parece haber salido treinta años tarde del casting para las Spice Girls. Diría que es pasarse, incluso para una autora de romántica con cierta querencia por lo extravagante.

Cuando a Lesley ya solo le queda hielo en el vaso, lo deja en la mesa, se lame los labios con delicadeza y pronuncia:

—Sabía a pis.

—Ya —coincide Grant.

Lesley frunce el ceño.

—Creía que a los bostonianos os encantaba este lugar.

—Y nos encanta —respondo yo.

El inglés asiente lacónico y se saca el móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

—Bueno. —Pulsa varias veces la pantalla y nos la muestra a Grant y a mí—. ¿Qué veis?

Ambos nos inclinamos hacia el móvil con los ojos entrecerrados.

—Un club de lectura en Facebook —respondo. El Club de Lectura de West Brompton, en concreto. Desciendo por unos cuantos posts,

todos ellos citas de libros, con su referencia completa: autor, capítulo, número de página, hasta el ISBN.

—Ah, pero fijaos bien. —Lesley se desliza por la página—. ¿Hay alguna discusión? ¿Debates sobre qué libro leer a continuación? ¿Memes del tipo «Mi club de lectura es más de vino que de libros»? —Se guarda el teléfono con gesto ufano—. Esto, amigos míos, es una red internacional de asesinos.

Puede que eso entre en el top cinco de las cosas más raras que me han dicho en un Dunkin'.

—Como conclusión es un tanto… precipitada —dice Grant.

Lesley chasquea la lengua.

—Venga ya. Pero si es de lo más obvio. No existe ningún club de lectura en West Brompton. Todos esos perfiles son falsos. Las citas son falsas. No coinciden con los libros de los que se supone que proceden.

—Es un código, ¿vale? —Lisa se inclina hacia delante con los ojos echando chispas—. Lesley lo descifró tras infiltrarse. Los números de página son fechas; los capítulos, horas; los ISBN, coordenadas. Lugares escondidos a plena vista. ¿Y qué creéis que sucede en esos lugares, en esas fechas y a esas horas?

Lesley da una palmada en la mesa.

—¡Asesinatos! —susurra a un volumen ensordecedor, mirándonos por encima de las gafas de montura negra.

Ni Grant ni yo respondemos de inmediato. Lesley toma un dónut y le da un mordisco, esperando paciente a que procesemos la información. Al cabo de un minuto, enarca las cejas.

—¿En serio? ¿Nada? Pues vale. Pensaba que esto os impresionaría más.

—Shhh. No lo estropees —le advierte Lisa dándole un leve codazo —. Creemos que es una especie de grupo de apoyo para asesinos en serie. Un sitio donde los profesionales presumen ante sus colegas y se animan los unos a los otros. Pero aquí es donde la cosa se pone interesante: al principio, los posts indicaban asesinatos que ya se habían cometido, la mayoría en el Reino Unido. Pero luego se produjo un cambio: las publicaciones empezaron a indicar fechas futuras, con la hora y el lugar exactos de asesinatos por cometerse.

—Y ya no aparecen sin más —añade Lesley entre bocado y bocado al dónut—. Los miembros del grupo solo los publican una vez que el administrador los ha etiquetado.

Lisa le pide el móvil a Lesley con gesto impaciente y nos lo enseña, apuntando con una uña amarillo fosforito la pantalla para darse énfasis. Ahí, justo al lado de su dedo, aparece un minúsculo símbolo azul de «Administrador» junto a un nombre: MR PAGE.

Voy a ser sincera: si fuera yo quien está leyendo este libro en el que estoy atrapada, imagino que me saltaría esta parte. No es que prefiera que me disparen mientras conduzco a toda velocidad, pero al menos ese fragmento no era aburrido ni me daba dolor de cabeza.

Me acomodo en la rígida silla de laminado, lista para pasar página. Sin embargo, Lisa baja un poco más y me tiende el teléfono agitándolo.

—¿No te suena esto, por cierto? Es tu publicación.

¿Mi publicación?

Ah, el post que Jack publicó sobre mí.

Es como un sartenazo en la cabeza. Con todas las catástrofes que han ido acumulándose en las últimas horas, llevo como un minuto

sin pensar en el intento de asesinato que lo empezó todo.

Justo debajo de la etiqueta de mister Page, Jack Smith (con una foto de perfil de un banco de imágenes) ha publicado:

> «De alguna manera, el desamor sienta bien en un lugar como este».
> David Foster Wallace, «La broma infinita», p. 282, cap. 22.
> ISBN: 423494-710783

Traduzco de cabeza. El 28 de febrero a las diez de la noche. Imagino que lo siguiente son las coordenadas del que hasta ahora era mi lugar favorito en la ciudad. Y, para colmo, una chorrada pseudoliteraria para que parezca profundo y molón, incluso entre una audiencia de lo más despreciable. No sé por qué, pero eso me cabrea aún más que el que haya intentado matarme.

—No me jodas. —Las palabras arden como llamas en mis labios al pronunciarlas—. Pedazo de gilipollas. Pero si eso ni siquiera es de *La broma infinita*.

Grant me mira sorprendido.

—¿Has leído *La broma infinita*?

—No, ¡pero sí vi el anuncio del canal AMC en el que Nicole Kidman decía la frase! —Mi voz va subiendo de volumen por la indignación, lo que provoca varias miradas de desaprobación de algunos clientes a mi alrededor. No sé con quién estoy más enfadada: con Jack, por motivos obvios, o conmigo por haber caído en sus redes.

—¿Ahora lo entiendes? —me pregunta Lesley—. Mister Page invita a los asesinos a compartir sus golpes, pero antes de que sucedan.

—Lo que no sabemos es quién es mister Page —reconoce Lisa—, ni por qué parece estar ordenando todos estos asesinatos sin relación. Lo que sí sabemos es que lo está haciendo ciudad por

ciudad. Ha estado trabajando en lotes, geográficamente hablando: Ámsterdam, Moscú, Nairobi, Hong Kong. Ha dado la vuelta al mundo y ahora ha llegado a Boston.

—Vale —respondo—. A ver si me entero, ¿mi asesinato habría sido la aportación de Jack a la etapa en Nueva Inglaterra de esta pequeña gira de asesinatos?

—Correcto —confirma Lesley.

—Pues qué bien —digo—. La siguiente pregunta que tengo es ¿por qué coño estabas ayudándolo?

Lesley arruga la cara.

—Ah, ya me imaginaba yo que surgiría la cuestión. Mira, desde que los posts sobre los asesinatos pasaron a ser predictivos, hemos estado siguiéndolos por todo el mundo.

—La idea es impedir los crímenes —tercia Lisa—, atrapar al presunto asesino y averiguar qué sabe para poder llegar a la fuente y detener a mister Page. —Entonces vacila—. Hasta ahora, sin embargo…, no hemos tenido demasiada suerte con la parte de impedir los crímenes.

—Teníamos buenas perspectivas de atrapar al Diezmador del Sistema Decimal Dewey —explica Lesley. Debo de mirarlo con perplejidad, porque pone los ojos en blanco y añade con tono conciliatorio—: O Jack, si quieres ponerte aburrida. Al principio fue cuestión de suerte. En cuanto publicaron el post, fuimos a la biblioteca disfrazados de empleados para echar un vistazo e imaginar cómo podría colarse uno para matar a alguien en plena noche. Pues adivina quién me da un toquecito en el hombro y me pregunta con timidez si podría darle información sobre cómo acceder a la biblioteca fuera del horario de apertura.

Un escalofrío de repugnancia me atraviesa entera al recordar esa sonrisita tímida. Me enfurece que le funcionara conmigo. Que nunca llegara a reconocer que se trataba de un arma.

Grant niega con la cabeza.

—Así que ¿estaba dispuesto a cometer el crimen incluso antes de haber solucionado el problema logístico? ¿Por qué?

—Temeridad —respondo con amargura.

Grant se vuelve hacia Lesley.

—¿Cómo conseguiste tú acceder por la noche si no trabajas allí?

Lesley agita una mano como quitándose importancia.

—Soborné a los de seguridad. Soy un hombre muy rico. ¿Has oído hablar de Banksy? —Se apunta a sí mismo y se pone a silbar una pequeña melodía de dos notas, como si llamara a un pájaro.

—No —exclamo con voz ahogada.

—No —contesta Grant con mayor decisión—. Eso no es verdad.

Lesley se encoge de hombros enarcando una ceja, sin confirmarlo ni desmentirlo, y en sus ojos brilla una chispa cómplice que me recuerda al momento en que nos conocimos. Lo que me recuerda que estoy cabreada con él.

—Lo que sigo sin entender es por qué, una vez identificado el asesino, lo invitaste a la escena del crimen, por no hablar de todo lo puto demás.

Lesley junta las puntas de los dedos formando una cúpula sobre la mesa mugrienta.

—Era básicamente una cuestión de tener a los amigos cerca y a los enemigos aún más cerca. Mi idea era intervenir en el momento clave, agarrar al Demonio de Dewey y salvarte la vida. —Se sube las gafas y carraspea—. Solo que… el momento clave se vio, ejem,

dificultado por una serie de factores imprevistos relacionados con… la ubicación.

Rememoro el momento previo al golpe de cuchillo que dividió la noche en dos. Pienso en la luz de la luna que entraba en la sala. En los besos lentos en la oscuridad. En el subidón de adrenalina previo, la búsqueda, el misterio…

Me río. Al principio es una súbita carcajada de sorpresa, pero pronto se convierte en un ataque de risa con todo el cuerpo que me agita los hombros.

—Estábamos jugando al escondite —señalo entre carcajadas— y no fuiste capaz de encontrarnos.

Intento recuperar el aliento, pero cada vez me viene una imagen de Lesley corriendo medio desesperado por la biblioteca a oscuras, fracasando estrepitosamente en su intento de participar en un juego al que ni siquiera lo habían invitado. Buscando bajo las mesas y por detrás de los libros. Gritando en medio del silencio un exasperado «¡Se acabó el juego, ya podéis salir!». Y me da otra vez el ataque de risa.

—Ay, madre. —Me enjugo los ojos con una servilleta—. Eres el peor detective del que haya oído hablar.

Lesley me mira desdeñoso.

—¿Cuántos detectives conoces, a ver?

—Yo he leído sobre unos cuantos —tercia Grant—, y he de decir que lo tuyo no tiene muy buena pinta.

—Venga, chicos, un poco de comprensión. —Lisa se cruza de brazos—. En lo que a recopilar información se refiere, debéis admitir que su papel ha sido impresionante. Es solo que… el trabajo de campo no se nos da tan bien.

—En mi defensa diré que tengo una rodilla fastidiada —se defiende Lesley.

—Y miradme a mí —añade Lisa, señalando con gesto vago su pequeña estatura. Incluso sentados, Lesley le saca tres cabezas—. Somos muy buenos a la hora de obtener e interpretar datos. No tanto cuando hay que atrapar a un asesino.

—Casi habíamos dado por perdido a Jack cuando los dos huisteis de la biblioteca —me cuenta Lesley—. Nos pasamos la mañana rastreando la ciudad en busca del coche, pensando que tal vez habría regresado a la escena del crimen, pero la cosa no tenía buena pinta. Hasta que… allí estaba. Como si fuera el destino.

«El destino». Bonita palabra para referirnos a Anna y su empeño en no concederme ni una mañana de tranquilidad.

—Imagina nuestra sorpresa cuando vimos que conducías tú y que habías acabado con Jack —reconoce Lisa.

—Bueno, ¿y ahora qué queréis? —pregunto—. Ya os hemos dicho todo lo que sabíamos sobre Jack. Tampoco es que nos sincerásemos el uno con el otro antes de que Grant le arreara un sartenazo.

Grant, a mi lado, se encoge.

—Mujer… —murmura.

—¿Qué? Es lo que hiciste.

—Pero ¿es necesario que seas tan gráfica? Fue un accidente.

—Vale, perdón. Antes de que Grant lo invitara muy amable a abandonar este mundo. —Me vuelvo hacia él—. ¿Mejor así?

—No —responde con la cabeza entre las manos.

Lesley nos interrumpe con un gesto.

—Mirad, me da igual si lo metisteis en un triturador de ramas o lo dormisteis cantándole una nana en un barco a pique. La cuestión es

que lo atrapasteis. Conseguisteis algo de lo que nosotros no fuimos capaces. Es cierto que lo ideal habría sido no llegar al desenlace fatal y sonsacarle al muy cerdo algo de información. Pero eso para la próxima.

Grant deja escapar un sonido ahogado entre las manos.

—La próxima… —repito, mientras mi estómago comienza a burbujear de la anticipación.

—Esa es la parte interesante —subraya Lisa—. Va a cometerse un asesinato en Londres, donde empezó todo, dentro de dos días.

—¡Mister Page vuelve a casa, nena! —exclama Lesley con los brazos alzados en un gesto triunfal—. Y vosotros dos podéis ayudarnos a atraparlo. El Dúo Dinámico. El Par Sin Par. Los Vengadores.

—Esos ya existen —advierte Lisa.

—Los Otros Vengadores.

Grant, cansado, se frota la cara.

—Todo esto ha sido un error. Nosotros dos ni siquiera nos conocemos. ¡Si estoy aquí es solo porque anoche secuestró mi Uber!

—Da igual; piensa en todo lo que habéis conseguido hasta ahora —responde Lesley—. Habéis escapado de un asesino, y dos veces. Le arruinasteis el plan. Tenéis unas habilidades de huida en coche excelentes. Buena puntería con la pistola… como proyectil, al menos. ¿Y lo de secuestrar coches? Mola.

—Te lo dije… —le murmuro a Grant.

—Shhh —me acalla.

—Para un par de desconocidos que se cruzaron de casualidad, formáis un equipo de lo más sólido —afirma Lisa—. Y os queremos en el nuestro. Lo único que tenéis que hacer es aparentar ser las

víctimas; una vez que vayan a por vosotros, le dais la vuelta a la tortilla, los atrapamos y nos los llevamos para interrogarlos.

Grant suelta una carcajada desdeñosa.

—Ah, bueno, si eso es lo único que hay que hacer…

Me cruzo de brazos.

—¿Por qué querríamos ayudaros?

—¿Justicia? ¿Moralidad? —Lesley se encoge de hombros—. ¿Viajar gratis a Londres, quizá?

Es la última parte, que suelta casi de broma, la que hace que me guarde la respuesta cortante que tenía preparada y me calle. Porque, sin que Lesley lo sepa, ha dicho justo las palabras mágicas.

—Esto no tiene vuelta de hoja, así que explícame por qué parece que te lo estás pensando… o que te ha dado un aneurisma.

Grant y yo hemos salido para debatir a solas la propuesta de Lesley. Una mera formalidad, o eso creía yo. Anna Matthews está en Londres. Londres es la clave para escapar de esta historia. La respuesta no podría estar más clara, ¿no?

Pues según Grant, es todo lo contrario.

—Ni siquiera los conocemos —explica sujetándose el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. No podemos largarnos con ellos sin más.

—A ver, conocerlos los conocemos —replico—. Él podría ser Banksy.

—No es Banksy.

—Además, tú fuiste el primero en decidir que debíamos irnos con ellos —le recuerdo.

—Sí, ¡a la cafetería de la esquina! No al otro lado del Atlántico. Lo único que digo es que esta es una decisión importante. Tenemos vidas y responsabilidades. ¿Qué va a pensar la gente si desaparecemos sin más?

Otra vez con lo de las responsabilidades. Bah. De pronto se me ocurre algo.

—¿Qué pasa, que tienes novia y no quieres dejarla atrás?

—No tengo novia —responde con el ceño fruncido.

La verdad es que me sorprende. Es alto, guapo, tiene trabajo y sabe usar una sartén. Eso le daría un montón de puntos en el mercado de las citas.

—Hay muchos otros motivos válidos por los que uno no sigue a unos desconocidos armados hasta otro país —argumenta.

Empieza a enumerar una larguísima lista que podríamos titular «Un "y si" para cada ocasión». ¿Y si perdemos el trabajo? ¿Y si es una trampa? ¿Y si se estrella el avión? ¿Y si la policía nos anda buscando y al salir del país no hacemos más que empeorar las cosas? ¿Y si Lisa y Lesley al final no son los buenos, sino unos diabólicos psicópatas?

Los observo a través del ventanal de la cafetería. Lesley se acaba de pedir otro *iced latte* y no hace más que tomar un sorbo, poner cara de asco, tomar otro, y suma y sigue. A su lado, Lisa está plegando una servilleta hasta transformarla en un comecocos.

—Muy diabólicos no parecen. —Me vuelvo hacia Grant—. Mira, la mejor forma de acabar con esto es ir al encuentro de Anna que se celebra en Londres el lunes que viene. Una semana, ¿vale? Es todo el tiempo que tendríamos que pasar con esos pringados. Luego, adiós muy buenas.

—Es más de una semana —repone Grant.

—Estaba redondeando. Sabes lo que es redondear, ¿no?

—Pero ¿de verdad tenemos que ir con ellos? Podríamos comprarnos nuestros propios billetes, sin tener que ofrecernos como cebo a unos asesinos en serie.

—La trama nos acabará involucrando igualmente —señalo—. No sé tú, pero yo prefiero seguir con estos dos, que al menos parecen tener alguna idea de lo que pasa. Además, tú eres profesor adjunto; yo tengo un trabajo temporal. ¿Alguno de los dos prefiere gastarse lo que cuesta un billete para el día siguiente cuando alguien le ofrece volar gratis?

Grant aprieta la mandíbula de nuevo. Como no ande con cuidado, se va a partir un diente.

—Es la única manera —le digo—. Y lo sabes.

Deja escapar un suspiro trémulo.

—Poco más de una semana infernal a cambio de una vida entera de normalidad —sopesa.

—¿Una vida entera de normalidad? —Arrugo la cara—. Por Dios, Grant. Un poco de optimismo, por favor.

Él vuelve a arrugar el ceño, ahí de pie con su postura de derrota y sus ojos cansados y sus pantalones caqui.

—Estaba siendo optimista.

Bueno, para gustos…

—Entonces ¿estamos de acuerdo? —propongo—. ¿Nos vamos a Londres?

—No tenemos los pasaportes —responde con un último y débil conato de resistencia.

—Habla por ti. Yo nunca salgo de casa sin el mío. —Me alejo para dar un golpecito en el cristal y llamar la atención de Lesley y Lisa—. De camino podemos pasar a por el tuyo.

Nuestros nuevos compañeros nos miran expectantes por el ventanal. Cuando asiento, a Lisa se le ilumina el rostro y empieza a dar palmadas; Lesley sigue tomándose el café con leche y levanta el pulgar con gesto estoico.

Es imposible saber lo que nos espera en Londres, pero sí sé una cosa: de una u otra forma, va a ser una aventura. Y no permita Dios que yo renuncie a una aventura cuando se me presenta la oportunidad.

10

Hace una hora, el oficial de aduanas me preguntó el motivo de mi visita a Londres.

—Turismo —respondí.

Supongo que podría ser la verdad, si mi idea de turismo fuera un cincuenta por ciento peli de terror, un treinta por ciento glamour y un ciento setenta por ciento privación del sueño. Llevo todo el día sintiéndome como una pelota de ping-pong que se alternaran en golpear el lujo y el desastre. Me he pasado el vuelo en primera clase zampando canapés y viendo pelis de Richard Curtis mientras me preparaba mentalmente para ejercer de cebo para un asesino. Lo de dormir ni entraba en los planes.

A juzgar por la incomodidad de Grant y las veces que lo he visto agarrarse al reposabrazos con los nudillos blancos de hacer fuerza, creo que él tampoco ha dormido.

Tras un viaje largo y brumoso en el Jaguar clásico negro de Lesley, finalmente aparcamos entre un parque privado y una fila de casas señoriales. Lesley anunció nuestra llegada con el ahúúúga de su bocina personalizada.

—Bienvenidos a la base de operaciones —nos dice con orgullo.

La casa es maravillosa, desde los setos ornamentales y los ventanales en saledizo hasta la ecléctica grandeza del interior. El

vestíbulo cuenta con un resplandeciente suelo de baldosas, una gran escalera curva y lo que parece un ascensor antiguo, con reja de persiana, al final del pasillo. Tomo nota mental para que todo ello me impresione cuando deje de ser una zombi.

Lisa nos acompaña a nuestras habitaciones trotando escaleras arriba con más energía de la que nadie debería exhibir cuando casi son las tres de la madrugada. Me cuesta seguirle el hilo cuando se lanza a contarnos todo lo que encontraremos en los dormitorios: pijamas de invitados, sábanas de lino, cafeteras expreso, cámaras antigravedad, yo qué sé. Apenas escucho, tan solo espero oír las palabras «superficie horizontal sobre la que desplomarse».

—Aquí estamos —dice cuando se detiene en mitad del pasillo de paredes empapeladas y señala sendas puertas a cada lado—. Si necesitáis algo, dadme un grito. Por lo demás, descansad, ¡que tenemos grandes planes para mañana! —Cuando Grant inspira hondo, levanta la mano con gesto tranquilizador—. Nada que ver con los asesinatos. Aún. Solo información, planificación, cosas de esas… ¡Y una excursión sorpresa! Superdiver. —Da una palmada y media vuelta para echar otra vez a trotar, escaleras abajo, al tiempo que exclama—: ¡Buenas noches!

Nos quedamos mirándola agotados y estupefactos, acostumbrándonos poco a poco al silencio del pasillo.

—¿Cuál crees que será su idea de algo «superdiver»? —pregunta Grant.

Reflexiono.

—Un tiovivo impulsado por algodón de azúcar y Coca.

—¿El refresco o la droga?

—Sí —respondo.

Cuando por fin entro en mi habitación, podría llorar ante la visión que me recibe. Todo en el dormitorio, desde la chimenea hasta las mantas tendidas con falso descuido sobre el sofá verde musgo, encarna esa lujosa despreocupación de tipo: «¿Esto? No es más que un mueble viejo». Es como si estuviera dentro de las páginas del apartado «Estancias informales» de una revista de decoración de alto copete.

Pero es la cama de matrimonio extragrande con cabecero Chesterfield la que me abduce como un platillo volante. Me zafo de la ropa que he llevado todo el día para ponerme el pijama de franela de cortesía, y tengo toda la intención de buscar el cepillo de dientes y el jabón para la cara, pero al final no puedo resistir la llamada del edredón de plumas y la montaña de almohadas. Me dejo caer cual cucharada de glaseado sobre la tarta más esponjosa del mundo y se acabó lo que se daba.

Cuando despierto, no me siento ni medio descansada, pero parece que a los primeros rayos de sol que entran por la ventana y a quienquiera que esté golpeando la puerta les da bastante igual.

Cuando la abro, me encuentro a Grant aferrando una libreta y un bolígrafo con aspecto agobiado. Lleva la misma ropa de ayer, aunque sin chaqueta y con las mangas del jersey subidas hasta los codos. Aun así, a juzgar por su pelo levemente húmedo y su olor a limpio, diría que en algún momento de la noche consiguió darse una ducha. Por el nerviosismo que transmite, diría que no fue demasiado relajante.

—¿Puedo entrar? —pregunta a toda prisa.

No deben de ser mucho más de las siete. La capacidad de hablar no suelo recuperarla hasta las ocho, como mínimo, así que le hago un gesto cansado para invitarlo a que pase.

Me arrastro hasta una butaca junto a la chimenea y me hundo en su mullido asiento sobre las piernas dobladas. Grant hace caso omiso de la butaca que tengo enfrente, prefiere caminar arriba y abajo como si fuera un profesional de la marcha atlética.

—Vale —dice—. Vale, vale, vale. He pensado que, ahora que estamos aquí, deberíamos repasar el plan para localizar a Anna. —Las palabras le salen en tromba y casi ni se le entiende. Balancea el bolígrafo de forma compulsiva entre dos dedos y está tan agitado que en cualquier momento se le saldrá el alma del cuerpo.

—Veo que has dado buen uso a la cafetera de tu habitación. —Bostezo—. En fin, yo creía que eso ya lo teníamos decidido, ¿no? Vamos al encuentro en la librería. Ese es el plan.

—Correcto. O bien… —no sé cómo, pero sus ojos parecen soñolientos y desorbitados a la vez— la localizamos antes. —Se deja caer en la otra butaca y me tiende la libreta—. No podía dormir, así que me tomé la libertad de hacer una lluvia de ideas con todas las formas en que podríamos entrar en contacto con Anna y decirle que está perpetuando un escenario desastroso que les está arruinando la vida a dos inocentes bostonianos.

Inocentes, dice.

—Yo saqué a empujones a un hombre de su coche y secuestré al pasajero, y tú mataste a un tipo con una sartén de hierro; pero vale.

Grant me fulmina con la mirada antes de carraspear y revisar sus apuntes.

—Número uno —lee con convicción—: le mandamos un correo electrónico.

Tiene que estar de coña.

—¿Esa es tu primera sugerencia? ¿De verdad crees que no se me había ocurrido ya?

—Bueno, yo…

—Grant —le digo al tiempo que me pellizco el puente de la nariz —. Va a estar fuera del mapa hasta que acabe el libro. Ya he intentado contactarla por todos los medios posibles: Instagram, e-mail, LinkedIn, un foro de asistencia técnica para problemas de wifi en el que estoy casi segura de que posteó algo hace unos años. Nada. Créeme, puedes saltarte todo lo que suponga contactarla online.

Lo veo soltar una bocanada de aire y volver a ojear la lista. Pasa una página, otra y otra más.

—Vale —termina por decir—. Peinamos sus libros ya publicados en busca de pistas sobre dónde suele ir a tomar algo.

—Todos tienen lugar en localidades ficticias —respondo. Luego añado—: O eso tengo entendido.

—Pues contratemos a un investigador privado, pero uno real, para que la busque.

—¿Tú tienes el dinero que cuesta un investigador privado?

—¡Está bien! —exclama dejando caer la libreta al suelo y poniéndose de pie—. Pues llamamos a su agente. O a su editor. Publicista. Ama de llaves. Y si no le transmiten el mensaje, la llamamos a ella. No puede haber tantos números de teléfono con prefijo de Londres, ¿no? Estadísticamente, acabaríamos dando con él.

Voy a concederle el beneficio de la duda e imaginar que es la falta de sueño la que habla por su boca.

Al cabo de un momento, la esperanza se esfuma de sus ojos y se deja caer en la descalzadora al pie de mi cama. No puedo evitar sentir una punzada de lástima.

—Mira, tampoco es que estemos tan mal —lo animo—. Sabemos con exactitud dónde estará la semana que viene y entonces podremos contárselo todo. Hasta entonces, vía libre, tú llama a donde quieras, pero tenemos que estar preparados para lo que pueda pasar. —Me levanto y acompaño a Grant hasta la puerta. Se ve con claridad que tiene mucha menos energía que cuando llegó—. En tu caso, eso significa que estés a tope con tus predicciones sobre la trama. Y en el mío, ahora mismo, significa como mínimo dos horas más de sueño.

El despacho de Lesley es cálido y acogedor a esa manera tan inglesa que me hace desear ser una novelista de misterio o un reportero de la vieja escuela, tecleando sin parar en su máquina de escribir. Madera oscura y paredes verde esmeralda, una chimenea con su fuego ardiendo, butacas pulcramente disparejas. Y, por supuesto, un estante tras otro de libros. Es una reconfortante fantasía literaria. Y, con toda probabilidad, la idea de Grant del paraíso.

Aunque, ahora que lo veo, tal vez sea su personalísima idea del infierno. Está encogido en el sofá, mirando la mesita de centro como si hubiera matado a toda su familia.

Me centro en el surtido de bollería dispuesto en la consola. Lisa se ha estado ocupando de traer té, café y bandejas con comida para

desayunar. Teniendo en cuenta las circunstancias, podría ser mucho peor.

—¿Un cruasán? —Se lo tiendo a Grant ofreciéndoselo. Sin mirarme siquiera, niega con el menor movimiento de la cabeza—. ¿*Scone*? ¿Cuenquito de macedonia? ¿Carbón de la chimenea? —Cuando levanta la vista con el ceño fruncido, me encojo de hombros—. Se te ve con tanta presión que, ya que estamos, podíamos sacar un diamante.

—Perdona si se me ve con presión. Es que estoy un pelín estresado.

—Anda, ¿y eso? —pregunto con tono inocente, solo para contemplar su expresión de incredulidad.

Las puertas de caoba se abren de golpe y Lesley entra con los brazos abiertos de par en par. Avanza unos pasos y se detiene sin abandonar su postura.

—¡Yujuuu! —exclama. De manera instintiva sé que este hombre es de los que anuncian su llegada a los actos sociales proclamando: «Ya está aquí el alma de la fiesta».

Me siento junto a Grant mientras Lesley camina con parsimonia hasta el sillón de enfrente; Lisa llega trotando poco después. Le tiende una taza de té y dos pastillas.

—¿Algo de desayuno para bajarlas?

Lesley mira con desconfianza el surtido de desayuno.

—No, no, no tengo…

—No lo he preparado yo —aclara—. Es de Murphy's.

—Una magdalena, por favor. Gracias.

Lisa suelta una carcajada y le prepara un plato.

—Odia mi cocina.

—¡No es cierto!

—Y, además, miente fatal —añade.

Lesley alza los brazos en un gesto de rendición y ella finge arrojarle una magdalena a la cabeza.

—Bueno —Lesley da una palmada—, ahora que estamos todos aquí deberíamos ponernos manos a la obra.

Repasa nuestra misión, ofreciéndonos un resumen de lo que podemos esperar durante las próximas semanas. La buena noticia, según Lesley y Lisa, es que mister Page solo etiqueta a miembros que ya han publicado antes en el grupo. Eso quiere decir que, si anuncian nuevos asesinatos, podremos deducir no solo dónde y cuándo se cometerá, sino también el método más probable.

—Por ejemplo —explica Lesley—, digamos que mister Page invoca al señor Joe Asesínez. Este, en su respuesta, indica un pub en Islington el viernes que viene. Si miramos en los archivos, vemos que sus posts anteriores indican una serie de envenenamientos a hombres de negocios en pubs. ¡Zas! El viernes que viene, el Envenenador Cervecero atacará de nuevo.

—Los asesinos en serie suelen ceñirse a un método —continúa Lisa—. Siguen una especie de agenda, matan a cierto tipo de personas. Puede que Joe fuera un oficinista solitario al que los colegas nunca invitaban a ir a tomar algo después de trabajar, por ejemplo. Si deducimos cuál es la víctima tipo, podréis haceros pasar por una y colocaros en su punto de mira.

—En fin… —Lesley se levanta de la silla—, basta de hipótesis. Vayamos al grano. Mañana es vuestra primera misión: mediodía, junto a Leicester Square. Un tipo que publica con el nombre de Vincent Skaggs. ¿Qué sabemos sobre mister Skaggs? —Sonríe ufano

y abre las manos en un gesto que pretende incrementar el suspense, del tipo «ya veréis, ya», antes de anunciar—: Es conductor de bicitaxi.

Las palabras flotan en el aire mientras nos mira alternativamente a Grant y a mí, y se le va borrando la sonrisa.

—Y ya. Es todo lo que sabemos.

—Esto tiene que ser una broma —murmura Grant.

—No hay mucho más de donde tirar —explica Lisa—. Podemos vincularlo con dos casos de desaparición de personas, dos turistas rubios, vistos por última vez subiéndose a un bicitaxi. Pero todo el mundo odia a los turistas, así que no es que tenga un motivo específico que nos permita acotar la búsqueda. Por lo demás, no parece que haya demasiadas pistas identificativas…, a menos que las tenga la policía, pero eso va más allá de nuestro margen de maniobra.

—Un momento. —Grant se yergue—. ¿Por qué no estáis colaborando con la policía? ¿No podríais contarles todo esto, lo del grupo de Facebook y lo demás, y dejar que sigan ellos con la investigación?

Lesley se tensa y se cruza de brazos.

—¿Y qué gracia tendría eso?

—¿«Gracia»? —repite Grant con incredulidad—. Hay gente muriendo.

—En un libro —musito solo para sus oídos, pero no me hace caso.

—Es mejor así —responde Lisa—. No tenemos… la mejor relación con la policía desde que…

—Gracias, Lisa, es suficiente —se apresura a cortarla Lesley—. La cuestión es que no necesitamos a la policía. Lo único que hacen es

pasearse comiendo galletas y contemplar las escenas de los crímenes antes de encogerse de hombros, soltar un «no sé» y archivar el caso hasta que queda relegado al olvido. ¿Nosotros, en cambio? Nosotros lo hacemos por amor al oficio. Por el grito primigenio de nuestras almas, que claman por luchar en aras de un mundo mejor. Y porque los ricos necesitamos algún pasatiempo. Pero lo más importante: somos libres de las cadenas de la burocracia. Esos asesinos andan danzando por ahí como títeres, y nosotros tenemos la oportunidad de seguirlos hasta dar con el titiritero. Podemos desfacer el entuerto y abrir camino en esa jungla de muertes con el machete de la Justicia. —Esto último lo declama con enorme intensidad y una imitación entusiasta de un aventurero abriéndose paso en medio de la selva.

He de admitir que sí que resulta un poquitín inspirador.

—Vale —respondo—. ¿Y cuál es el plan?

—Muy fácil —responde Lesley—. Os hacéis pasar por turistas en la escena del crimen y os subís al bicitaxi. Entonces, ya sabéis, hacéis lo de siempre. Lo detenéis, nos llamáis y nosotros lo llevamos a la Casa Falsa para interrogarlo.

—¿La Casa Falsa? —pregunto.

Lesley resopla desdeñoso.

—¿Qué? No pensarías que iba a llevar a un asesino en serie a mi casa de verdad, ¿no? Por favor. Con la suerte que tengo, le bastaría echar un vistazo a la decoración para darse cuenta de que soy Banksy.

—No eres Banksy —sentencia Grant.

—Es una casa señuelo en Hammersmith —tiene el detalle de aclararnos Lisa—, solo para interrogar y retener a los sospechosos.

Más seguro. Menos personal.

—Y es donde desenmascararemos a mister Page y le desmontaremos toda la operación —afirma Lesley—. Lo único que tenéis que hacer es… lo vuestro. —Agita los dedos con despreocupación, como si todo fuera de lo más sencillo. Como si atrapar a un asesino no fuera algo que hubiéramos hecho una única vez, por casualidad, y con resultado de muerte.

—Bueno, ¿y con qué equipamiento contamos? —pregunta Grant—. ¿Auriculares ocultos? ¿Localizadores GPS? ¿Esposas, supongo?

—Mucho mejor que eso: iPhones, una pizarra y un paquete gigante de bridas.

Ahogo una carcajada amarga. El pobre Grant está a punto de asistir a un curso intensivo sobre la alta tecnología utilizada por Anna Matthews. La verdad es que hasta me sorprende que Facebook forme parte de la trama; solo por eso, Anna debe de estar felicitándose por su dominio tecnológico y diciéndose que bastante ha hecho.

Lesley alza las manos al aire.

—¿Para qué complicar las cosas? Todas esas pamplinas de la alta tecnología son bobaditas típicas de policías. Y, cada vez que se usa un auricular oculto, se produce algún cómico equívoco sobre algo que hay que repetir y, cuando te quieres dar cuenta, estás intentando pedirle un sándwich a un asesino en serie o algo por el estilo. No tenemos tiempo. Además, tampoco soy tan ludita. Si hasta envío mensajes de texto.

Grant deja escapar el aire con lentitud y se retuerce las manos. Entonces me percato de que al menos uno de nosotros va a tener que mantener el tipo.

—Estaremos bien —me obligo a decir, aunque no sé si estaré convenciendo a nadie.

Lesley lanza un puño al aire y se deja caer de nuevo en la butaca.

—Ese es el espíritu. La osada Roxie, Grant el Grande, y el bicitaxi… —Arruga la frente, pensativo—. Me haría falta un apelativo pegadizo. Siempre tienen algún nombrecito chulo. El Diezmador del Sistema Decimal Dewey, el Desenmascarador de Nuevos Ricos, etcétera.

—¿El desenmas… qué?

—El Desenmascarador —casi gruñe—. El peor de todos, es de un esnobismo insufrible. Se inmiscuye allí donde se reúnen los ricachones del viejo capital y va a por los nuevos ricos. Llevo años siguiéndole la pista. Atrápamelo, Roxie Balboa, y te convertirás en mi mejor amiga y la nueva propietaria de mi Jaguar. —Frunce el ceño y se hunde aún más en la butaca acariciándose la barbilla—. Bicitaxi, bicitaxi, bicitaxi…

—La Bestia —dice Grant con un suspiro, como si no quisiera hablar, pero no pudiera resistir la tentación de hacerse el listo.

Lesley chasquea los dedos.

—La Bestia del Bicitaxi. ¡Bingo! Me gusta tu estilo, Grant. —Recorre con un vistazo rápido la combinación de camiseta y jersey que lleva puesta antes de añadir—: En sentido figurado, claro está.

Lisa ahoga un gritito y se pone en pie de un salto.

—¡Lo cual me recuerda que tenemos que irnos!

Cuando le pregunto adónde, se lleva una mano al corazón con ademán solemne.

—Al lugar más feliz de la Tierra.

No sé si Harrods será el lugar más feliz de la Tierra, pero algo tiene. Es como si Disneyland y Macy's hubieran tenido un bebé carísimo. Es una mezcla de columnas talladas, mosaicos modernistas y dinero, dinero y más dinero.

También constituye una excursión de lo más práctica. Si yo fuera un millonario que necesitase equipar a un par de espías novatos para todo tipo de circunstancias imprevisibles, este es el lugar preciso al que los llevaría. ¿Requieres indumentaria para ir de incógnito a un espectáculo de estriptis en Las Vegas? Aquí la encuentras. ¿Un juego de cuchillos de oro macizo? También. ¿Salmón alimentado con hierba fresca para una cena de gala encubierta? Sección de alimentación, planta baja.

Hasta ahora, la vorágine se ha limitado a los departamentos de moda. Lisa, quien empiezo a sospechar que es el resultado de una sobredosis de cafeína de Anna Matthews, se comporta como si estuviéramos en un episodio de alto presupuesto de *Supermarket Sweep*. Ha agarrado todo lo que podríamos necesitar y aún más: vaqueros y camisetas para los momentos de informalidad, ropa de etiqueta para los de elegancia. Zapatillas por si hay que correr. Botas de agua por si hay que hacerlo bajo la lluvia. Jerséis y bañadores y pajaritas y taconazos que podrían partir el mármol.

Ahora está recabando accesorios mientras nosotros nos ocupamos de las montañas de prendas que hemos acumulado. Es el turno de Grant y, a juzgar por los refunfuños procedentes de su probador, despedirse de su look de profesor le está provocando una grave ansiedad por separación.

—Puede que tengamos que arreglarnos —le advierto desde mi banco—. Te hará falta un traje.

—Sí, pero ¿tiene que ser este? Es ridículo. Es demasiado… «aquí estoy yo».

—Es chic —replico—. Y «aquí estoy yo» viene a ser la…

Las palabras se me atascan cuando, de repente, sale del probador. Es un buen traje. A ese precio, qué menos. Pero lo que en la sección de caballeros parecía verde oliva, bajo esta luz es más bien un esmeralda chillón, y el bajo tobillero eurochic no acaba de pegar con su silueta desgarbada. Da la impresión de que estuviera pegando el estirón ante mis ojos.

—Parezco Gumby —se lamenta.

Juro que estaba dispuesta a contradecirlo con educación, pero me traiciona una carcajada.

—Gumby no —respondo tratando de que no me falle la voz. Grant avanza con pesadez por el pasillo enmoquetado hasta el espejo del final y ver el conjunto en movimiento es aún peor. No sé si es el traje o lo incómodo que está con él, pero sí que le da cierto aire de figura de plastilina—. Como mucho, pareces un personaje adorable de Pixar un poco friki.

Grant me lanza una mirada escéptica a través del espejo.

—¿Adorable?

—Creo que también he dicho «friki».

Pone los ojos en blanco y continúa examinando el traje. Sospecho que reaccionaría igual con independencia de lo que se probara.

—Venga, Grant. Tienes que admitir que es un gran comienzo. —Puede que este no sea mi género, pero sé reconocer una escena de cambio de look al segundo. Y, aunque tenga que autoengañarme sobre lo que traerá en el futuro, estoy más que dispuesta a disfrutar de esta parte. Es bonito ver que, pese a todo, Anna Matthews no ha

perdido la buena mano que tenía para la comedia romántica—. ¿Un día dándonos la gran vida en Harrods sin preocuparnos por el dinero? Mucho mejor no nos podría ir.

—Nos están ofreciendo un banquete de última cena antes de entrar en el corredor de la muerte.

—Bueno, pues ya sabes lo que se dice: mejor disfrutar de un banquete antes de la ejecución que morir en ayunas.

Lisa entra como una exhalación y se para de golpe, boquiabierta y encantada. Deja caer varias bolsas abarrotadas y mira a Grant de arriba abajo.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Pero si es don Estrella de Cine!

Si este es Grant en su versión estrella de cine, será de esos actores que solo participan en dramas superintensos sobre familias blancas que se hablan en susurros.

Cuando regresa al probador, Lisa se sienta a mi lado.

—Ufff, está empeñado en no divertirse.

—No te lo tomes como algo personal. Creo que lo decidió ya de pequeño.

Lisa me enseña con alegría todo lo que ha comprado: sombreros, bufandas, gafas de sol, joyería… De todo y en todo color y motivo que el ojo humano es capaz de distinguir.

—Puede que me haya vuelto un poco loca —reconoce al tiempo que se enrosca alrededor del cuello una boa de plumas turquesa—. Es que no lo he podido resistir.

Introduzco una mano en la bolsa y saco un grueso anillo de metacrilato.

—Esto viene siendo un soborno para que luego hagamos el trabajo sucio, ¿no?

Lisa se esponja las plumas alrededor del cuello.

—¿Está funcionando?

La luz que se refleja en mi anillo hace que emita destellos rosados.

—Puede.

Sacamos artículos de las bolsas: nos ponemos collares y posamos con los tocados a placer. Cuando Grant sale del probador, Lisa lleva un sombrero vaquero y yo luzco un pañuelo de flores atado a la barbilla y unas gafas de sol con forma de estrella. Grant pasa de largo con un montoncito de camisas y pantalones para desaparecer de vuelta en la planta de caballeros. Lisa me mira y sonríe de oreja a oreja.

—Te apuesto diez libras a que no consigues que sonría.

Le tiendo la mano enjoyada para cerrar el pacto con un apretón.

—Hecho.

Pero Grant es un hueso duro de roer. Mientras deambulamos por las secciones, no paro de señalar los artículos de lujo más absurdos y aventurar quién sería su cliente perfecto. (Cerveza artesana para perros: Trevor, niño prodigio de las criptomonedas. Plato de mármol para flores secas aromáticas: Judith, natural de Long Island, que desde que se mudó a Inglaterra pronuncia «literalmente» con acento de Oxford. Mascarilla exfoliante para el ano: Gwyneth Paltrow). Grant no reacciona.

Se me están agotando las bromas sobre Goop en plena sección de ropa de deporte cuando me rindo.

—Vale —suspiro—. ¿A ti qué te pasa?

Grant enarca una ceja sorprendido.

—¿Qué me pasa?

—No estamos en peligro mortal inmediato. Estamos de compras. Con la tarjeta de crédito de un multimillonario, añadiré. Y algunas por aquí estamos intentando disfrutar de la ocasión.

Grant se me arrima y, bajando la voz, me dice en tono tenso:

—¿Se te olvida lo que tenemos que hacer mañana?

Un leve escalofrío me recorre la columna vertebral.

—No —respondo—. Pero eso es mañana, y hoy es hoy. Y hoy… —saco un llamativo camisón ribeteado de plumas de entre mi montón de ropa— voy a ser Bianca, quien desde luego que no mató a su marido y desde luego que no aprecia la insinuación. Puedes retirarte. —Cuando Grant me mira atónito, dejo escapar todo el aire de golpe—. Vamos, Grant, vive un poco.

Algo en su mandíbula se tensa. Tras unos graves instantes de vacilación, y sin que medie sonrisa alguna, termina por caminar hasta un perchero y saca una sudadera gris de lo más sosa.

—Bob —suspira—. Sumamente crédulo. El vendedor le dijo que setecientos dólares es el precio habitual de una sudadera.

—¡Ja! —Le doy una palmadita en el hombro—. Ay, Bob, pero qué tonto eres.

Al final no gano las diez libras, pero para cuando el alegre portero nos ayuda a cargar las bolsas en un coche, Grant ya no se retuerce tanto las manos, y juraría que camina algo más erguido. Como si sus hombros hubieran dejado de cargar con el peso del mundo entero y ahora solo soportase uno o dos continentes. No es poca cosa. Y dado lo que nos espera mañana, me daré por satisfecha.

11

Estoy presente. Estoy preparada. Tengo el control».

Recito los breves mantras en mi cabeza a pesar de que me encuentro parada en la esquina de una calle tratando por todos los medios de proyectar la sensación opuesta: «Estoy perdida, estoy sola, tengo un aspecto de lo más asesinable». Me doy un tironcito a la peluca rubio platino y examino con el ceño fruncido un mapa extragrande de Londres. Si el asesino quiere una turista rubia despistada, una turista rubia despistada tendrá.

En Boston no serán ni las siete de la mañana. Allí, estaría tapadita con mis mantas, preparándome mentalmente para pasar las distintas fases del duelo de camino a mi cubículo. Tiene gracia que esté más dispuesta a afrontar el día cuando este implica servirle de cebo a un asesino en serie.

Lo cual me recuerda una cosa: no he llamado para notificar que faltaría al trabajo. Tomo nota mental para hacerlo más tarde, no sea que los ciento siete seguidores de HillCare en Twitter se sientan abandonados. La verdad es que no hace falta avisar a nadie más: mi familia y mis amigos están más que acostumbrados a que desaparezca de la ciudad en el último minuto. Y tampoco es que suponga demasiado cambio con Steph. Unas pequeñas vacaciones

criminales no van a interferir gran cosa en nuestro intercambio de memes bibliófilos.

Grant, en cambio, empezó a enviar sus excusas por correo electrónico en cuanto encontramos un cargador de móviles en el aeropuerto. Antes incluso de embarcar ya había conseguido un cuidador para Arthur.

Dado que no hay bicitaxis a la vista, aprovecho para echarle un vistazo a él. Está apoyado en la fachada del edificio a mi espalda con una bici alquilada, un casco que se empeñó en que el tipo de los alquileres sacara de un rincón polvoriento de la tienda y un desprecio flagrante por la instrucción de actuar con naturalidad. En su caso, el plan es que siga con discreción al bicitaxi una vez que me recoja para servirme de apoyo y avisar a Lisa y a Lesley cuando lleguemos a nuestro destino. Por ahora se limita a mirar el móvil, pero la forma en que lo sujeta como si fuera a estrangularlo resulta de todo menos despreocupada. Es probable que esté arrasando Google con búsquedas del tipo «cómo dar caza a un asesino» y «dirección personal de Anna Matthews».

Miro la hora y recorro con la mirada la calle, a tope de actividad con el ajetreo propio de un día laboral. El post de Facebook decía específicamente que la Bestia daría el golpe a mediodía. ¿Dónde está?

Estoy casi segura de que me ha dejado plantada cuando oigo rechinar unas ruedas al final de la calle. Los pelos se me ponen de punta por la expectación. Parado en el semáforo hay un hombre con gorro de lana agarrado al manillar de un bicitaxi, encorvado en una postura habitualmente reservada a los participantes en el Tour de

Francia. Tiene la boca fruncida en una línea severa. Mira el reloj. Va tarde.

Debe de ser él. No me imagino otro escenario en el que alguien corriera a contrarreloj en un bicitaxi, a menos que fuera camino de impedir que el amor de su vida se casase con otro. Pero aquí no estamos en ese tipo de novela de Anna Matthews.

El semáforo cambia de color y el hombre se pone a pedalear con furia. Mientras se acerca, inspiro hondo el aire frío para serenarme. Rebasado el cruce, se pega a la acera y mira a su alrededor. Cuando me ve, sus hombros se relajan. Sonríe. Y me hace un gesto de invitación a la cabina de pasajeros a su espalda.

Resisto las ganas de volverme hacia Grant conforme me acerco al hombre —la Bestia del Bicitaxi en persona— y siento cómo una boa constrictor se enrosca alrededor de mi cuello. Para tener un sobrenombre tan dramático, ofrece un aspecto bastante anodino; hay poco que llame la atención más allá de un atisbo de barba entrecana y un pequeño pendiente de plata. Pero el destello de desprecio en su mirada me dice que es él. Enseguida lo tapa con una leve sonrisa.

—¿La llevo?

Puede que esta sea la parte más difícil, actuar en contra de mis instintos y aceptar la invitación de un asesino. Es el tipo de cosas que a una suelen desaconsejarle.

Me tomo un segundo en inspirar para armarme de valor y meterme en el personaje. «Piensa como una turista. Sé una turista». Entonces abro la boca.

—*Ja* —es lo que me sale, en un inexplicable intento por imitar un acento escandinavo.

Con el corazón acelerado, me subo al bicitaxi y busco con la mirada rutas de escape y ángulos de protección.

—¿A dónde va? —Su voz es áspera, con un leve toque de amabilidad artificial.

—Al palacio de Buckingham —menciono el primer destino turístico que me viene a la cabeza. Qué más da, si no me va a llevar allí. Aun así, vuelve la cabeza hacia mí y juraría que pone los ojos en blanco. Manda narices que me juzgue él, el ciclista homicida. A mí—. ¿Cuánto es?

—Cincuenta libras.

«Menudo robo». Sobre todo teniendo en cuenta que tiene pensado matarme.

Lucho contra las ganas de regatear y empiezo a rebuscar en el bolso el dinero suelto de Lesley cuando por el rabillo del ojo veo acercarse a alguien.

—Ahí estás, cariño. —Grant se agarra al marco de la cabina con lo que, técnicamente, es la primera sonrisa que le veo en la cara. Aunque por la alarma que distingo en sus ojos, no sé si cuenta. Se ha quitado el casco; supongo que lo habrá dejado con la bici—. ¿Por qué no vamos mejor andando? Tengo que contarte una cosa.

Me quedo mirándolo estupefacta. ¿Qué demonios pasa?

—No —replico con los dientes apretados—. ¡Soy sueca!

Maldita sea. La actuación nunca ha sido lo mío. Mi principal estrategia consistía en no hablar demasiado, y Grant no me está ayudando.

El conductor se gira y frunce el ceño.

—¿Conoce a este tipo?

Yo sacudo la cabeza con fuerza, consciente de que mi papel de turista solitaria peligra.

—Créeme cuando te digo… —señala cortante Grant— que quieres oír lo que tengo que contarte.

Lo miro con incredulidad. Está a punto de cargarse nuestra tapadera, ¿y para qué? ¿Para indicar el enésimo motivo por el que no deberíamos estar haciendo esto? Le despego los dedos del marco.

—Arranque, por favor —le digo a la Bestia, al tiempo que dirijo una mirada de advertencia a Grant—. Pedalee, quiero decir. *Danke*.

Mierda. Eso es alemán, ¿no? Esto es un puto desastre sobre ruedas.

Nos ponemos en marcha y dejamos a un nervioso Grant atrás.

—¿De dónde eres, guapa? —me grita el conductor para que lo oiga a pesar del tráfico mientras bajamos por la calle. Quiero pensar que el tono escéptico en su voz son imaginaciones mías.

—¡Suecia! —respondo, quizá con demasiado entusiasmo—. Estocolmo.

—Estocolmo… —Suena como si estuviera decidiendo si un crío le ha mentido o no. Esto tiene mala pinta—. ¿Y a qué te dedicas en Estocolmo?

Revuelvo y vuelco cada cajón de mi cerebro, maldiciéndome por haber elegido uno de los pocos lugares que nunca he visitado.

—Bah, ya sabe —respondo con despreocupación—. Voy a Ikea, escucho a Abba… Paso frío…

Ay, mierda, no. Que a qué me dedico profesionalmente…

—A las ventas —me apresuro a responder—. Soy comercial.

Pero hay algo raro. Y me refiero a algo más que a lo de ir en bicitaxi con un asesino en serie. Se ha extendido un silencio pesado, de esos que dan a entender que el otro está cavilando. Es como si lo oyera unir los puntos: mi historia, mi acento terrible, mi pelo artificial más que obvio.

Vuelve la cabeza un instante y, al momento, repite el gesto y se queda mirando boquiabierto la acera. Cuando sigo su mirada, entiendo por qué.

Grant se encuentra sorprendentemente cerca. Baja corriendo a toda velocidad por la acera, los brazos moviéndose a buen ritmo, la chaqueta ondeando al viento, su cuerpo esquivando por un pelo a los viandantes. Aunque sé que es una bandera roja tremenda y que debería estar fulminándolo con la mirada, me quedo como un pasmarote. Es rápido el tío. Aunque nosotros vamos volando sobre tres ruedas, él viene pisándonos los talones.

Cuando miro otra vez a la Bestia, no tiene los ojos en la calzada, sino fijos en mí. Y en ellos se lee el miedo.

—Os ha mandado él, ¿verdad?

Se diría que el mundo ha enmudecido.

—¿Quién? ¿Mister Page?

El horror se dibuja en sus facciones, y yo me quedo helada. Si el solo nombre le inspira terror a un asesino en serie, mister Page debe de ser un malo malísimo, pero de verdad.

Sin mediar palabra, la Bestia se baja de un salto del sillín, aterriza sobre ambos pies y echa a correr.

—¡¡¡Eh!!! —le grito cual bostoniano en el atasco de la hora punta. Sin nadie al manillar, el bicitaxi va descontrolado y provoca unos cuantos bocinazos y frenazos a su alrededor.

Me abalanzo hacia el manillar y termino con el tronco aplastado contra el sillín y los dedos alargándose desesperados hacia los frenos. Apenas los rozo. Voy derechita hacia una intersección y se me está acabando el tiempo. Cuando me impulso con los pies contra la cabina del bicitaxi, no gano más que un par de centímetros, pero me bastan. Agarro los frenos un nanosegundo antes de saltarme un semáforo en rojo, donde sin lugar a duda se me habría llevado por delante la ambulancia que pasa a toda velocidad.

Giro la cabeza a la derecha justo a tiempo de ver cómo la Bestia del Bicitaxi desaparece por una esquina. Algo por detrás, Grant se ha detenido de golpe y me contempla horrorizado; por lo que se ve, está más interesado en presenciar mi casi desastre que en perseguir a nuestro objetivo. «Joder, joder, joder».

Sin hacer caso del semáforo, que sigue en rojo, me subo al sillín y empiezo a pedalear, provocando una vez más un concierto de bocinazos. Descubro que los bicitaxis no son los vehículos más veloces. En el mejor de los casos, son pesados, torpes y difíciles de manejar. Y este, con los coches gritándome desde el lado equivocado de la calzada y un asesino alejándose más a cada segundo, no es el mejor de los casos, no.

Bajo a trompicones por la calle y, nada más doblar la esquina, me detengo de golpe poco antes de chocar con un bordillo. Miro con desesperación en ambas direcciones.

No está.

El torrente de maldiciones que escapa de mi boca merece una mirada reprobatoria de una mujer madura y muy bien vestida que pasa a mi lado. Un hombre, que va empujando un cochecito, se detiene para taparle los oídos a la criatura y me mira ceñudo. Me

dejo caer sobre el manillar y me froto las sienes mientras intento recuperar la respiración.

Me siento tentada de pensar que la cosa podría haber salido peor. Por supuesto que el peor escenario cuando una se enfrenta a un asesino es que la asesinen. Pero dejarlo escapar cuando te habían pedido explícitamente que lo atraparas no queda muy por detrás.

El sonido de una respiración entrecortada llena mis oídos, y solo cuando aumenta de volumen me doy cuenta de que no soy yo. Al alzar la vista, veo que Grant da varias zancadas hasta alcanzarme, antes de agacharse y apoyar las manos en las rodillas.

—¡Pero ¿qué haces?! —le grito—. ¡¿Dónde está tu bici?!

—La dejé atrás —jadea—. Pensé que así iría más rápido.

—¿Qué era lo que tenías que decirme con tanta urgencia como para echar a perder nuestra puta primera misión?

Por fin levanta la vista, sin dejar de respirar con esfuerzo.

—Anna Matthews —responde—. Creo que la he visto.

Me permito fulminarlo con la mirada un instante más. Acto seguido, señalo la cabina de pasajeros con el pulgar.

—Súbete.

Por supuesto que no me lo creo. Es imposible que se haya topado justo con la mujer que buscamos en una ciudad de millones de personas, al día siguiente de aterrizar en el país; estoy segura de que vio a alguien que encajaba más o menos con la descripción y aprovechó para abortar la misión. Pero, madre mía, estoy deseando dar rienda suelta a la furia acumulada en cuanto compruebe que se ha equivocado.

No es fácil, pero consigo que regresemos con el bicitaxi de una pieza, solo hemos tenido un pequeño percance con un taxi negro cuyo conductor me ha hecho un gesto con dos dedos. Yo le respondo con el mismo sarcástico ademán de paz.

—No significa lo que tú crees —comenta Grant desde atrás—. En este país quiere decir: «Te lo metes por donde te quepa».

Detesto que sepa este tipo de cosas. Bajo el índice y giro la muñeca para hacer una peineta de las nuestras. Y luego se la dirijo a Grant.

—Qué bonito. Gracias —responde.

Me detengo junto a la acera de la librería donde, supuestamente, ha entrado Anna y me bajo del sillín con gesto torpe al tiempo que Grant se apea de la cabina. Antes de llegar a la puerta, me agarra del hombro.

—Mira —dice indicando otro punto de la calle—. Ahí la tienes.

Cuando me giro para dirigir una mirada escéptica hacia la persona en cuestión, me quedo de piedra al contemplar el pelo rizado de una cabeza bien conocida meciéndose mientras se aleja. La mujer se guarda un rotulador en el bolso y echa a trotar hacia un autobús parado. Cuando se vuelve para montarse y la veo de perfil, no hay duda. Es ella.

Me cago en todo lo que se menea.

—¡Anna! —grito echando a correr tras ella. Grant hace lo mismo, y ambos agitamos los brazos mientras la llamamos por su nombre. Pero las puertas del vehículo se cierran antes de llegar a ellas y el autobús baja cada vez más rápido por la calle.

Al pasar a nuestro lado, la veo por la ventana: Anna Matthews sonríe como perdida en una fantasía. Es probable que esté

imaginando nuevas pesadillas con las que torturarnos.

Grant y yo nos quedamos plantados mirando impotentes cómo el autobús se pierde entre el tráfico. Es el tipo de coincidencia que Anna no permitiría a sus personajes, pero aquí la tenemos, escurriéndose entre nuestros dedos.

Hoy tendríamos que haber atrapado a una persona, y resulta que ya se nos han escapado dos. La sola idea me hace sentir una llamarada de irritación que, mezclada con la adrenalina malgastada, me provoca un grito frustrado. Una bandada de palomas cercana se asusta y echa a volar. Grant arruga la cara.

—Intenté avisarte —me dice.

—¿Por qué no la detuviste tú? —salto—. ¡Podrías haberla seguido hasta la tienda!

Me mira atónito.

—¿Te estás enfadando conmigo por no haberte abandonado con un asesino en serie?

—Un asesino en serie ¡al que supuestamente yo debía atrapar! Y supuestamente tú debías ayudarme. Pero no, solo se te ocurre espantarlo con tu numerito a lo *Misión imposible*.

Grant se cuadra de hombros.

—No ha sido culpa mía, ¿sabes? Diría que te delataste con el papel de «turista sueca número uno». Pero si sonabas como el chef de *Los teleñecos*.

—¡Pues claro, porque el chef es sueco!

Grant ejecuta lo que no puedo más que describir como «poner los ojos en blanco con el cuerpo entero» y alza las manos al aire antes de darme la espalda.

—Ha sido culpa tuya y lo sabes —añado—. O vas en busca de Anna o te ciñes al plan, pero no te cargas ambas opciones solo porque no creas que puedo valerme por mí misma.

—¡Claro que sé que puedes valerte por ti misma! —replica acercándose a mí—. Pero la idea era trabajar juntos. ¿Y qué quieres que haga? Tú, como protagonista, al menos tienes una red de seguridad, además de seis años de defensa personal.

—¡Siete!

No es que la respuesta fuera necesaria, pero por una vez no he podido evitar corregirlo yo a él.

—¡Lo que sea! —vocifera—. El caso es que tienes formación y experiencia. ¿Pero yo? Yo tengo un máster en Escritura creativa. ¿Qué voy a hacer, criticar el desarrollo del personaje del villano que me está matando a golpes?

Solo entonces me doy cuenta de que no me está gritando a mí. El deje de terror en su voz indica más bien un clamor, desesperado y lleno de pánico, a la nada.

—No, Grant. —Trato de mantener un tono lo más mesurado posible—. Lo que tenías que hacer era considerar la situación en conjunto y ver qué podía pasar. Y tal vez ofrecer alguna consigna antes de que nos maten a golpes.

—Anda que… —gruñe—. Se ve que no tienes ni la más remota idea de cómo funciona la estructura narrativa.

—Lo único que digo es que cada uno tiene sus virtudes. Y tenemos que aprovecharlas lo mejor posible.

Ya sé que no es consuelo. Grant tiene razón. Aunque mi formación en defensa personal fuera insuficiente, soy la protagonista de esta historia. A menos que se produzca un giro de guion, dudo que Anna

me mate a mitad de la novela. Grant, en cambio, no goza de ese privilegio. Y tampoco puede contar con tener siempre a mano algún artículo de menaje pesado.

—Sabemos dónde estará nuestra autora dentro de una semana —digo—. Hasta entonces, nos esperan numerosos peligros. Así que te propongo un plan.

Grant frunce el ceño.

—¿Dar con ella antes? —Su voz está cubierta por un velo de cautela, del tipo «no quiero hacerme ilusiones al respecto». Lo cual es estupendo, porque ahora mismo se las voy a arruinar.

Niego con la cabeza.

—Ayudarte a que seas capaz de contraatacar. Mañana empezamos a entrenar. Bienvenido a defensa personal para principiantes.

Cuando le doy un golpecito amigable en el hombro, pega un respingo. Lo cual no augura nada bueno.

12

Vale, la mejor manera de abordar la defensa personal es sacar partido a los puntos fuertes de uno —explico mientras cruzo por encima del pecho un brazo para estirarlo. Un brazo cubierto por el enorme logo del carísimo conjunto deportivo con el que parezco un tributo de *Los juegos del hambre* patrocinado por Fendi, que es lo que sucede cuando una compra en Harrods. Grant lleva un pantalón de chándal y una sudadera con capucha, que es lo que sucede cuando uno es Grant.

Damos comienzo al entrenamiento matutino en el jardín trasero de Lesley, lo más parecido a un gimnasio que tiene en casa…, a pesar de que posee dos equipos de cine doméstico, un vestidor entero solo para americanas y una sala llena de instrumentos de músicos famosos que no sabe tocar pero que ganó en subastas solo por fastidiar al resto de los postores. Según él, el concepto de entrenar es un timo inventado por el *lobby* de las cintas de correr. Me lo explicó anoche, justo antes de que Lisa le trajera las pastillas para la tensión y se pusiera a refunfuñar.

—Bueno —le digo a Grant—, ¿cuáles son tus puntos fuertes?

—Soy un as de la puntuación —responde al tiempo que espanta un mosquito de un manotazo.

—Muy gracioso. Ahora dime cómo te va a ayudar eso en una situación de vida o muerte.

—Así, si me apuñalan, podré enumerar el proceso con sus pertinentes comas: me apuñalan, me desangro y, por último, muero. Con la conciencia tranquila, he de añadir.

—Grant…

Suelta un suspiro exasperado antes de responder:

—He corrido un par de carreras de diez kilómetros. ¿Es eso a lo que te refieres? ¿Cómo va a ayudarme, a menos que salga huyendo?

—Bueno, para empezar está bien —respondo, aunque no sé muy bien cómo podríamos aprovecharlo. Las piernas las tiene fuertes; eso ya lo vi ayer mientras perseguía a la Bestia. Y por el vistazo que eché a sus brazos mientras se probaba carísimas camisetas en Harrods, diría que algo más que un par de libros pesados sí que ha levantado en su vida. Pero lo que busco es algo más relacionado con la coordinación del cuerpo entero—. ¿Y de niño? —sugiero—. ¿Practicabas algún deporte como actividad extraescolar? ¿Algún pasatiempo que pueda servirnos?

Vacila un instante. Parpadea.

—No.

Lo miro achicando los ojos. Él permanece impasible, demasiado impasible. Entonces se me dibuja una sonrisa maliciosa en la cara.

—Tienes un pasatiempo que da mogollón de vergüenza, ¿a que sí?

Grant resopla con exagerado desdén antes de responder un hiperbólico no, totalmente a la defensiva. No me hace falta más.

—¿El qué, Grant? ¿Qué podría ser tan terrible? ¿Ballet? Porque el ballet es buenísimo para la coordinación, ¿sabes? Lo practican muchos jugadores profesionales de fútbol americano.

—No es ballet. ¿Podemos cambiar de tema?

—Así que algo hay… —Le dirijo una mirada suspicaz y divertida. Entonces ahogo un grito—. Ahí va, ¿no serás furro?

—¿Fu… qué?

Mi cabeza es una montaña rusa de posibilidades.

—¿Tienes una vitrina en casa llena de figuras de acción que consideras objetos de coleccionista, pero cuando no hay nadie cerca las sacas y haces que se den besitos?

—No. —Tiene el ceño fruncido, pero si no lo conociera tan bien, diría que trata de reprimir una sonrisa.

—Te vuelves loco con los cupones. Presides un club de fans. ¿Eres campeón de *boggle*?

—Me defiendo bastante bien al *boggle* —masculla.

—Pero no eres campeón. Mmm… —Me doy toquecitos en la barbilla—. Tiene que ser otra cosa. Pienso desenmascararte, Grant Hoffman.

Por ahora, me conformo con enseñarle lo básico, como la importancia de ser consciente de la situación, o que gritar algo tan sencillo como «¡atrás!» o «¡detente!» puede contribuir a repeler a un asaltante. Me veo un poco ridícula repitiéndole lo que he aprendido en mis clases. Me siento más como una preescolar jugando a ser maestra el fin de semana que como una maestra de verdad.

Le muestro una sencilla maniobra dos en uno para desviar un puñetazo o un arma, empujando hacia un lado la mano del atacante al tiempo que le golpeas la cara con el talón de la mano y hago que la practique conmigo sin parar.

—Otra vez —le digo cuando da un paso atrás y agita los brazos.

Esboza una mueca y rota el cuello.

—Creo que lo tengo.

—Claro, porque la atacante soy yo. Pero es distinto cuando alguien se te acerca con intención de hacerte daño de verdad. Tienes que grabártelo en la memoria muscular. No basta con practicarlo hasta hacerlo bien; debes repetirlo hasta que sea imposible hacerlo mal. —Ya estoy plagiando de nuevo a Uri.

—Solo nos quedan seis días para conseguirlo. —El escepticismo se lee por toda su cara.

—Me duele tener que decírtelo, pero eso viene a ser unos cinco días, veintitrés horas y cincuenta y nueve segundos más de lo que tardaría alguien en matarte.

—Pero no lo suficiente para reprogramar cada uno de mis instintos y convertirme en una especie de crac de la defensa personal.

—No hay por qué. —Le hago un gesto para que vuelva a levantar los brazos—. Solo tienes que programar tu cuerpo lo suficiente. Lo justo para que, cuando te llegue alguien con un arma, puede que te cagues de miedo, sí. Pero te cagarás y, al mismo tiempo, pivotarás tal y como hemos practicado.

Consigo que acceda a repetir la maniobra diez veces más antes de parar, y no lo hace nada mal. Vale, puede que sus movimientos no sean los más pulidos, y cuando su mano encuentra mi antebrazo parece más una petición cortés para que no lo apuñale que una exigencia desafiante. Pero veo lo mucho que se esfuerza, que hasta frunce el ceño por la concentración. Entonces, en el séptimo intento, por fin responde con más decisión…, aunque sea en la dirección equivocada, y me golpee, con fuerza, en la garganta.

—Mierda. —Arruga la cara cuando doy un paso atrás, tosiendo y farfullando—. Lo siento. ¿Estás bien?

Levanto los dos pulgares mientras intento tomar aire.

—Bien —jadeo—. Voy… por… agua. Tú… sigue…

Me dirijo dando tumbos hasta la barra dispuesta en el jardín y saco una botella de agua del minifrigo. Grant reanuda la maniobra a regañadientes, sin adversario, como si luchara con un fantasma. A pesar de los espasmos en la tráquea, o puede que precisamente por eso…, empiezo a albergar alguna esperanza sobre sus posibilidades de supervivencia.

Oigo un leve gruñido y, al volver la vista hacia la casa, veo emerger a Lisa de entre las sombras. Aunque está nublado, lleva unas gafas de sol extragrandes que me impiden ver sus ojos.

Cuando trago el agua, mi garganta está lo bastante recuperada como para hablar.

—¿Te lo pasaste bien anoche?

Vuelve a gruñir.

—Prohibido mezclar tequila con *Dance Dance Revolution*. Recuérdamelo la próxima vez.

Agarra una botella de agua y se bebe la mitad antes de mirarme con gesto de disculpa.

—Siento que lo de ayer no funcionara.

—Quien lo siente soy yo —respondo—. Bueno, los dos. No fue nuestro mejor momento.

Cuando Lisa agita la mano quitándole importancia al asunto, una docena de anillos de oro reflejan la luz matutina.

—Así son las cosas, guapi. A veces se gana y otras se pierde. Ya sabes lo que se suele decir: perder sin que te aniquile una Bestia es

ganar.

Asiento.

—Sí que se suele decir, sí.

En el otro extremo del jardín, Grant sigue pivotando y golpeando una y otra vez. Lisa lo señala con un gesto de la barbilla.

—¿Y esto?

—Un poco de entrenamiento —respondo—. He pensado que no nos vendría mal.

Entre maniobra y maniobra, Grant nos mira. Lisa agita los dedos a modo de saludo.

—¡Estás que te sales, Grant! —Entonces se me arrima y baja la voz para señalar con tono sugerente—. Y tanto que sí…

La miro sorprendida antes de volverme hacia él. Parece un GIF humano, repitiendo hasta el infinito el mismo movimiento, como si estuviera atascado. Pero a Lisa no le falta razón. Está pillándole el punto: sus movimientos son limpios y precisos; su postura es correcta. Siento una oleada de orgullo por haberle enseñado a hacerlo.

Lisa lo contempla por encima de las gafas de sol. Con una sonrisa pícara, agita un dedo entre Grant y yo al tiempo que pregunta:

—¿Vosotros dos estáis…?

Tardo un segundo en entenderla, y respondo con un pelín más de vehemencia de la que probablemente sería necesaria o justa para Grant.

—No, por Dios. Además, acabamos de conocernos. —Al volverme hacia él, me sobresalto un poco cuando nuestros ojos se cruzan. Me sostiene la mirada un instante antes de retomar el ejercicio, por lo que me pregunto si me habrá oído.

Lisa se encoge de hombros.

—Es más tiempo del que he tardado yo en conocer a alguien, comprometerme y separarme. Aunque es verdad que solo me pasó dos veces, y en Ibiza —aclara antes de terminarse la botella de agua.

Nos interrumpe un sonoro golpe desde el interior de la casa, seguido de una extraña cantinela: «Idiota, idiota, idiota».

Lesley llega volando, aunque es cierto que en su versión es poco más que su habitual caminar elegante, aunque con pisada más firme. Pero su postura se ve más tensa, y estruja un periódico en la mano como si quisiera estrangularlo. Se detiene en mitad del jardín, se pone las gafas de cerca, abre el diario y lee:

—«El cadáver hallado ya ha sido identificado. Se trata de… —tuerce la boca con desagrado— el Destripador del Rickshaw».

Grant ha dejado de practicar, y los tres escuchamos a Lesley en un silencio pasmado. Es él, el asesino que se nos escapó de las manos no hace ni veinticuatro horas, descuartizado en un contenedor de basura y con otro apodo pegadizo. Lesley frunce el ceño mientras lee en voz alta acerca de su descubrimiento y cómo las pruebas de ADN lo vinculan a los asesinatos del bicitaxi.

—¿Pruebas de ADN? —Grant el Escéptico hace acto de presencia —. ¿No deberían tardar más? ¿Y cómo es que ya aparece en el periódico?

—Pregúntaselo a Anna —murmuro.

Empiezo a comprenderlo: Grant y yo no somos los únicos que fallamos ayer. También fue el caso de la Bestia, y por eso lo han matado. ¿Será el castigo por no haber cumplido su misión? Un

escalofrío recorre mi cuerpo como un fantasma cuando me doy cuenta de lo cerca que hemos debido de estar de mister Page.

Pero eso no parece ser lo que más preocupa a Lesley. Su voz adquiere un tono despectivo cuando lee el nombre de la persona que ha identificado el cadáver: el inspector de homicidios Walter Akinyemi.

Lesley arruga el periódico y pretende alejarlo de un puntapié con su bota Chelsea azul de piel de cocodrilo, pero falla miserablemente.

—No podía ser otro que Wally —comenta Lisa con honda empatía al tiempo que niega con la cabeza.

—¿Y cómo que «el Destripador del Rickshaw»? Es la Bestia del Bicitaxi —señala Lesley—. Ya hubo un Destripador, ¿es que no han oído hablar de él?

—¿Quién es Wally?

Lesley y Lisa responden al unísono:

—Mi archienemigo.

—Su archienemigo.

Se me escapa un conato de carcajada, por lo que ambos me miran ceñudos.

—Perdón —me disculpo—. Se me había olvidado que la gente tiene archienemigos en este… —«género»— negocio.

Lesley suelta una carcajada desprovista de humor.

—Tú espera, que ya te ganarás unos cuantos.

Nos ofrece un resumen tan breve de su relación con Wally que sospecho que está omitiendo un montón de detalles. Hubo un tiempo en que colaboraban. Se produjo un incidente. Wally culpó a Lesley, ambos se enemistaron y desde entonces viven enfrentados en una guerra fría en la que uno intenta resolver más crímenes que

el otro; el detective miembro de la policía frente al sabueso extraoficial e independiente.

—Lo importante es que se ha anotado un punto —concluye Lesley —. Nosotros cazaremos al resto de estos rufianes, como que me llamo Lesley Michael Burns… y también, a veces, Banksy.

—No eres Banksy —señala Grant.

—Y, hablando de rufianes —tercia Lisa al tiempo que da un codazo a su compañero—, creo que tienes una buena noticia que compartir, ¿no?

Lesley pasa de una inquietud despreocupada a una despreocupada satisfacción.

—Cierto. Eso. —Nos mira con una sonrisita que ya conocemos bien y que provoca en Grant un atribulado suspiro—. Sacad las cañas, amigos míos. Nos espera un pez bien gordo.

13

Al mirar a Grant, no puedo sino pensar en que no he visto en mi vida a nadie tostar una nubecilla de azúcar tan en contra de su voluntad.

No estamos lo que se dice de acampada. Pero cuando la vida te brinda una cuenta atrás antes de un intento de asesinato y una fogata dentro de un contenedor en un callejón, a tostar se ha dicho.

La diabólica amenaza que nos aguarda esta noche es conocida, según Lesley, como el Terror de las Tiendas, debido a su encantadora costumbre de incendiar campamentos mientras sus residentes duermen. A las dos de la madrugada, cuando llegue a este callejón, verá que sus habitantes habituales se han mudado misteriosamente a otro lugar y que los únicos a los que podría asesinar van a darle para el pelo.

Por ahora, echamos el rato junto al fuego con el fin de aparentar que vivimos aquí y no nos esperamos para nada un ataque, por si acaso estuviera vigilando. Y, si fuera capaz de obviar los sonidos de la ciudad, el frío hormigón y el hecho de que hay alguien cerca que nos quiere muertos, casi podría disfrutar tanto como si estuviéramos haciendo camping.

Grant, por supuesto, no podría. Está deprimido, nervioso y odia esto. Lo sé porque no para de repetirlo.

—Cómo odio esto —murmura por milésima vez mientras las llamas derriten su nubecilla.

—Arriba ese ánimo —le digo levantando una bolsa entera—. Tenemos de sobra.

—Me refiero a todo esto —replica moviendo el brazo en círculo—. Servir de cebo. Esperar sentados a que algún psicópata venga a matarnos sin hacer nada.

—Sin hacer nada, no. Entre los dos, ahora sumamos siete años y un par de días de entrenamiento en defensa personal. Podemos plantarle cara. —O eso es lo que quiero creer, vaya, dado que no tenemos alternativa.

En cualquier caso, no creo que la charla motivacional haya salido como yo quería. Grant contempla el fuego con añoranza, como si deseara adelantarse al Terror y arrojarse él solito a las llamas.

Lo intento de nuevo.

—¿No crees que es demasiado pronto en la trama para que todo salga mal, lo que se dice rematadamente mal? La pifiamos en nuestra primera misión, ¿no sería lógico que esta nos saliera mejor?

—Creo que me estás confundiendo con un pitoniso —responde—. Estoy familiarizado con la novela negra y con la estructura narrativa. Eso no quiere decir que pueda predecir el futuro. Es la gracia de leer, ¿sabes? Que descubres lo que pasa porque no puedes saberlo.

Me meto una nubecilla medio derretida en la boca y hablo mientras introduzco la mano en la bolsa para sacar otra.

—No estoy de acuerdo. A veces, saber hacia dónde se dirige la historia es parte del encanto.

Grant frunce aún más el ceño, algo que no creía posible.

—Explícate.

Podría hablarle de mis libros favoritos, que son predecibles, pero de la mejor manera posible. Una sabe que el extraño encontronazo casual es en realidad el «encuentro cuqui», que la ruptura en el tercer acto no es más que un malentendido temporal. Que el rubio con pico de oro suele ser un imbécil y que el tipo rudo y arisco es el héroe. Que una sentirá el calorcito del amor como en la vida real, y sin que le rompan el corazón.

Pero si hay algo que no necesito esta noche es un debate sobre los méritos de la novela romántica.

Pincho una nubecilla y la acerco a las llamas.

—Lo único que digo es que no todos los géneros son trágicos y cruentos. A veces una lee un libro para disfrutar de un final feliz garantizado, sabiendo que todo va a terminar tan bien que sería imposible en la vida real.

Él se queda callado un momento, mirándome como si yo fuera un sudoku y no acabara de dar con el número correcto.

—Para nuestra desgracia —termina por decir—, no creo que nuestro libro sea de esos.

—No me digas…

La verdad es que casi me da risa comparar lo que nos está sucediendo con una novela de Anna Matthews. El recuento de actos es mucho menor, al menos los de tipo criminal. Y el hombre al que he arrastrado conmigo no es tanto «rudo y arisco» como «nerviosito perdido».

Pero puede que me esté pasando de severa, pienso al ver a Grant frotarse el mentón con gesto distraído. Seguro que habrá a quien le encaje como héroe romántico. Me apostaría algo a que más de un par de estudiantes beben los vientos por él. Esa expresión

preocupada…, imagino que en mejores circunstancias tirará más por lo inquisitivo. Y parece ser de los que escuchan, de los que se interesan por lo que el otro tiene que decir. Sí, es posible que su sentido del humor no sea el del típico héroe mordaz y que prefiera hacer mofa de sí mismo, y no descarto que padezca una verdadera alergia física a la acción. Pero es buena gente, eso está claro. Puede que hasta sea la mejor persona que jamás haya matado a otra de un sartenazo.

Las llamaradas que ocupan el lugar donde solía estar mi nubecilla interrumpen mis cavilaciones y dejo caer el engrudo. Sin mediar palabra, Grant introduce la mano en la bolsa y me tiende otra.

Es una lástima, la verdad. Creo que, si se tratara de un verdadero personaje de ficción, me habría gustado leer sobre él. Y si este fuera otro tipo de libro.

—Es interesante que dijeras… —rota los hombros— que «pifiamos» nuestra primera misión. En plural.

—Sí, bueno, es que me sentía generosa.

La mirada cortante que me dirige me quita las ganas de bromear a su costa.

—Vale —continúo, intentando que no se me note el menor atisbo de diversión—. Podría haberme preparado un poco mejor el personaje. Lo tendré en cuenta para la próxima.

—Y yo intentaré no cargarme el plan. —Por el modo en que lo dice, si achicara los ojos, casi podría convencerme de que en la comisura de su boca asoma una sonrisilla.

—Trato hecho —concluyo.

Grant me tiende la mano, cálida por la cercanía del fuego, y yo se la estrecho. A medida que las llamas se van apagando, nos sumimos

en un silencio que nadie en su sano juicio denominaría cómodo, pero puede que sea algo más agradable que antes. Cuando ya hemos reducido a cenizas nuestras últimas nubecillas, en el teléfono de Grant suena una alarma.

—Creo que es hora de ponernos en marcha —anuncio.

—Ufff —responde.

Me sigue hasta nuestra tienda y, una vez dentro, cierro la cremallera. Dentro no hay nada más que una oscuridad inquietante y un denso aire de suspense. Ahora empieza la espera de verdad. Puede que sea lo más duro: pasar una hora en silencio, fingiendo que dormimos sin enterarnos de nada.

Mientras Grant se acomoda en un rincón, yo sacudo los brazos y estiro las piernas, tratando de mantenerme flexible y en calor. Siento brotar del pecho una oleada de anticipación ya conocida; es una sensación que he aprendido a saborear. Claro que lo habitual es que me sobrevenga antes de lanzarme en tirolina en medio de la selva o de saltar desde un acantilado…, cosas que hago por diversión. Esto es bastante diferente. Pero parece que mi cuerpo no se ha enterado.

Con tan poca luz y nuestra respiración y el distante rumor de la ciudad como único sonido, es difícil saber cuánto tiempo ha pasado. Puede que hayan sido minutos, tal vez horas. Mi única referencia es que Grant jamás había pasado tanto tiempo sin quejarse.

Como si me hubiera leído la mente, rompe el silencio para musitar:

—Sigo odiando todo esto.

—Tú piensa en cosas bonitas —le susurro—. Helados, cachorritos. Lo mucho que moló cuando le hice un *Grand Theft Auto* a tu coche.

A pesar de la oscuridad, distingo el desdén en su mirada de reojo.

—Cómo que «hacer un *Grand Theft Auto*». Lo que hiciste fue robar un coche y punto.

—No, no, pero lo hice como en el videojuego.

—Ya, ya sé que hay un videojuego que se llama así. Pero no es como se dice. Se dice «robar un coche». Es una cuestión de gramát…

—Shhh. —Le agarro el brazo para que se calle y escuche. En algún lugar cerca, la torre de un reloj da las dos y, en ese instante, se oyen unos pasos suaves y puntuales. Un escalofrío me eriza la piel.

Las pisadas se acercan cada vez más, hasta que su sonido parece rodear nuestra hoguera abandonada. Quienquiera que sea la está inspeccionando, evaluando la escena. Luego continúa caminando hacia nosotros, con una lentitud angustiosa, hasta llegar a la entrada. Entonces se detiene.

Se oye un ruido de plástico, como si alguien quitara un tapón, tan bajo que no lo habría percibido si no estuviera prestando atención. Cae un líquido, huele a gasolina. Los pasos continúan a lo largo de la tienda.

Grant y yo esperamos, tal y como habíamos acordado. Si salimos demasiado pronto, nos arriesgamos a dejar escapar a un segundo asesino en serie. Si lo hacemos demasiado tarde, nos convertimos en barbacoa. Los pasos y el vertido de la gasolina describen el perímetro de la tienda, discurren hacia la parte trasera. Cuando el leve chapoteo llega a nuestras espaldas, inspiro hondo y en silencio.

—Ahora —termino por susurrar, casi sin voz. Grant levanta una mano trémula y abre con lentitud la cremallera.

Salimos con cuidado de no pisar los charcos de gasolina, y apenas tenemos tiempo de alejarnos un par de metros cuando vemos una figura menuda, agachada por detrás de la estructura. Está de espaldas a nosotros y tiene la cabeza inclinada mientras vierte con cuidado la gasolina de una garrafa roja, deteniéndose cada pocos metros para empapar bien los laterales. Cuando dobla la última esquina, le hago un gesto de asentimiento a Grant.

Cuando el hombre suelta la garrafa y se saca un mechero del bolsillo, me abalanzo sobre él.

Grita al tiempo que el mechero sale volando por el doble golpe que le he asestado. Pero no se acobarda. Es pequeño pero ágil y, cuando se gira y me clava una mirada febril y desorbitada, entiendo al instante que este no va a huir como la Bestia. El Terror de las Tiendas va a luchar.

Se zafa de mis manos. Esquivo el codo que lanza contra mi cara. Me echa la zancadilla para desestabilizarme. Yo lo derribo tirando del bajo de su mugriento plumífero. Al caer, tropieza con la garrafa de gasolina y el líquido sale por la abertura, formando un ponzoñoso charco a nuestro alrededor. Alarga la mano y araña el suelo con los dedos en garra. Yo le inmovilizo el brazo.

—¡El mechero! —le grito a Grant, que se precipita a alejarlo de sus manos.

Las mías están resbaladizas por la gasolina, y me arden la nariz y los ojos, pero de alguna manera consigo poner al hombre bocabajo y cruzar sus brazos a la espalda. Las fuerzas deben de estar abandonándolo.

—¡Las bridas!

Grant se mete las manos a los bolsillos para buscarlas, pero no es lo bastante rápido. El hombre se agita y se retuerce hasta escapar de mí. Se da la vuelta y, cuando le agarro uno de los brazos, se lo lleva hasta la boca y me muerde la muñeca con sus dientes mellados y medio podridos.

—¡Puaj! —exclamo, aunque podríamos decir que el momento exigiría más bien un «ay».

En esa fracción de segundo de asco y sorpresa, el tipo se desase y se pone en pie.

El Terror sale volando hacia Grant, quien está petrificado. Se produce un momento de vacilación, pero enseguida se arroja hacia él. Grant por fin entra en acción.

—¡¡¡Aaah!!! —chilla con mirada enloquecida al tiempo que ejecuta la maniobra de desviación y ataque con absoluta perfección.

Lo cual habría sido estupendo de haberse encontrado lo bastante cerca del hombre. Pero como media más de un metro de distancia, golpea al aire.

Con todo, el Terror se detiene de golpe ante semejante arrebato, jadeante y casi sin aliento. Acto seguido se vuelve hacia mí con cautela y, por un momento, todos permanecemos inmóviles, como en el juego del pañuelo, esperando a ver quién da el primer paso. El hombre se limpia el sudor del labio superior con la respiración entrecortada. Cambia el peso de pierna y agita los dedos como un pistolero en un *spaghetti western*. Y entonces, por fin, en su rostro se dibuja una sonrisa demencial y el tipo rompe a reír. Su sonido, agudo y chisporroteante, corta el aire nocturno.

Miro a Grant por si se trata de algún cliché típico de la novela criminal y puede darme una pista, pero él enarca las cejas y se

encoge de hombros como diciendo: «Ni idea».

—Qué lástima —dice el Terror sin dejar de reír—, con lo que me gusta el asado de los domingos.

—Estamos a jueves —respondo.

—En alguna parte será domingo.

—No, no funciona así —replica Grant.

Él sigue buscando con discreción las bridas por los bolsillos, pero se detiene cuando el Terror hace un gesto defensivo. Entonces me mira desconcertado. La idea era que redujéramos al asesino para que Lisa y Lesley pudieran interrogarlo, pero me da la impresión de que cualquier movimiento brusco lo espantaría de nuevo, y de verdad que no me apetece que me dé otro mordisco.

Además…, está hablando. Así que decido cambiar de estrategia sin consultarlo con nadie.

—¿Quién es mister Page y qué quiere? —exijo saber.

Seguro que no es la mejor manera de empezar un interrogatorio, pero ya da igual.

El hombre se vuelve de golpe hacia mí con los ojos muy abiertos. Entonces se dobla por la cintura y rompe a reír como un poseso. Miro a Grant, animándolo a intervenir con un gesto de las cejas. Él frunce las suyas.

«Te toca», articulo sin sonido.

Parece que va a negarse, pero en el último momento, aunque lo veo medio mareado, carraspea.

—Escuche —dice poniendo los tensos brazos en jarras—. Podemos hacer las cosas por las buenas… o por las malas.

Guau. Si esto es lo mejor que se le ocurre, no mentía cuando mencionó lo de su bloqueo del escritor.

El Terror se pasa la lengua por encima de los dientes mellados y sonríe de oreja a oreja.

—Por las malas, ¿eh? A ver, cuéntame cómo.

—Te cortaremos la cabeza con un cortaúñas —digo yo.

Me he pasado. Vale, sí, me he pasado. Grant me mira con cara de «pero qué coño dices», y hasta el Terror parece atónito.

—Anda, anda… —Da una palmada y se frota las manos—. Así que pensáis que podéis ganar, ¿eh? ¿Creéis que podéis arrebatarme el premio gordo? —Nos mira al uno y al otro sin dejar de chasquear la lengua—. Todo el dinero y la sangre. Pero solo uno puede ser el mejor, ya lo sabéis. Si me sacáis de la carrera, ¿cuál de los dos matará al otro? —Sorbe por la nariz con fuerza, nos mira un instante y luego me señala—. Apuesto a que aquí la señorita se cargaría a mister Espárrago.

—Pues claro —musito.

—Hey… —sisea Grant.

Cuadro los hombros con intención de resultar autoritaria, pero no amenazante.

—No vamos a matarte —le digo—. Solo queremos información. Si nos acompañas y cooperas…

—¿Entonces qué?

Mmm. Buena pregunta. La respuesta más obvia sería: «Entonces te entregamos a las autoridades para que te pudras en la cárcel», aunque es probable que no contribuya a que coopere. Pero es lo único que se me ocurre. De verdad que, cuando salgamos de esta, debería apuntarme a clases de improvisación.

—Entonces lo que te ocurra no será ni la mitad de terrible de lo que te hará mister Page.

—¡Eso! —exclamo apuntando hacia Grant con un asentimiento entusiasta—. ¿Es que no sabes lo que les hace a quienes fracasan? No deja que lo intenten de nuevo. No da segundas oportunidades.

Nos estamos tirando un poco de farol, ya que no tenemos pruebas como tal de que mister Page matara a la Bestia, pero el destello de pánico en la mirada del Terror es la confirmación que necesitaba. Un atisbo de comprensión asoma en su locura, suficiente para prender una minúscula llama de esperanza en mi interior. Me anima a avanzar un paso.

—Mata a la gente, ¿sabes?

El tipo esboza una sonrisa burlona a pesar de la postura hierática.

—¿Y quién no?

—Se podría afirmar que la mayor parte de la población —tercia Grant.

Avanzo un nuevo paso y esta vez el Terror retrocede acercándose a Grant. Este se queda petrificado al percatarse de ello, mirándonos a mí y a él como si solo ahora se diera cuenta de dónde se ha metido.

—Hoy ya has fracasado —le digo—. Te superamos en número y se te ha acabado el tiempo. Aunque escaparas, mister Page te encontraría. Te mataría, y de una forma muy dolorosa.

—Así que, en vez de eso… —me mira achicando los ojos— quieres que nos aliemos, ¿eh?

—¿Qué? Claro que no, asqueroso.

Arruga la cara hasta formar una grotesca mueca de cachorrillo tristón.

—Pero —prosigo— puedes elegir el tipo de justicia al que prefieres enfrentarte. Y yo diría que las opciones son el sistema legal o un

monstruo que con toda probabilidad te practicará una disección minuciosa y prolongada. Así que te lo preguntaré de nuevo: ¿quién es mister Page?

Jo, hoy estoy que me salgo. Debería haberme puesto con la novela negra hace un montón. Hasta Grant parece impresionado durante medio segundo más o menos.

El Terror abre la boca para responder. El corazón me palpita como un redoble de tambor ante la inminente confesión. Pero entonces, como si se hubiera propuesto crisparme hasta el último nervio, suelta una risita ridícula.

—Podría ser cualquiera: podrías ser tú, ¡podría ser yo!

—Ya, bueno, dudo mucho que seas tú —replica Grant.

—Tienes razón, Espárrago. —Dirige un gesto marcial a Grant antes de volver su mirada de demente hacia mí—. Y, al mismo tiempo, te equivocas por completo. Tú ves dos opciones; yo veo tres.

Y entonces, sin que su sonrisa delirante apenas se borre un instante, se mueve, pero no hacia mí, y tampoco hacia Grant. Echa a andar hacia la derecha, directo a la hoguera, y mete el brazo empapado de gasolina entre las brasas, que se prende de inmediato.

—¡¡¡No!!! —me abalanzo hacia él, pero Grant entra en acción al mismo tiempo, rebasa al hombre en llamas y me hace un placaje antes de que pueda dar ni tres pasos.

—Ni se te ocurra —me dice al oído mientras me sujeta firmemente con los brazos alrededor del cuerpo—. Tú también arderías.

La adrenalina bulle por mis venas y me urge a zafarme de Grant, pero poco a poco me doy cuenta de que está en lo cierto. La ropa me apesta a gasolina. No hay nada que pueda hacer por el hombre

que se está quemando a lo bonzo a menos que quiera flambearme con él.

Mis rodillas ceden y Grant cae al suelo conmigo. Los dos aterrizamos con pesadez sobre los adoquines. El aire está impregnado del calor y el olor de la carne quemada.

Por encima del crepitar de las llamas se oye una fuerte carcajada.

—¡Si no vences a la primera —grita el Terror mientras arde—, muere, muere otra vez!

Es un espectáculo paralizante. Creo que no puedo ni parpadear. Nos quedamos sentados según hemos caído, arrugados como un papel, con los brazos de Grant rodeándome todavía con fuerza; ni siquiera sé si podría moverlos. Cuando me acuerdo de respirar, exhalo un largo y jadeante «joderrr».

Si quedaba la más mínima probabilidad de que esta historia terminase pareciéndose a las anteriores novelas de Anna Matthews, esta escena acaba de cargársela de un tiro en la nuca.

Pienso en Anna en este preciso instante. No debe de tener ni idea de lo que está sucediendo. Hasta donde yo sé, estará escribiéndolo en su sofá con una sudadera manchada de espaguetis, zampando M&M's a puñados sin imaginar ni por un instante que su ficción es nuestra realidad.

Pero no es lo que parece. Lo que parece es que está meciéndose en un sillón de cuero de respaldo alto, acariciando un esponjoso gato blanco y riéndose a crueles carcajadas mientras inventa nuevos horrores para nosotros. Lo que parece es que nos está torturando, lo sabe y le encanta.

Ese es el pensamiento que se me queda grabado mientras veo arder al Terror; el pensamiento que, sospecho, me perseguirá

durante mucho tiempo: a veces, el verdadero villano de la historia es el autor.

14

PREMIO GORDO.

El breve y preciso sonido del rotulador de Lesley poniendo punto al final de la última palabra es un alivio tras el interminable rechinar mientras escribía las enormes letras.

—Y ahora… —dice golpeando la pizarra con los nudillos— recordadme qué más dijo el Terror antes de transformarse en una antorcha humana.

Recuesto la cabeza en el sillón y me hundo en el terciopelo burdeos mientras intento hacer memoria.

—Algo sobre dinero —respondo—. Algo sobre, mmm…

—Sangre —añade Grant por mí.

—Y sobre «ganar». Sobre «ser el mejor» —termino mi frase al tiempo que me yergo en el asiento—. Dijo que solo podía quedar uno.

—Hum… —Lesley, pensativo, se da toquecitos con el rotulador en la barbilla. Cuando quiere darse cuenta es demasiado tarde; chasquea la lengua y se limpia una mancha de tinta roja—. Suena a participante de un *reality*.

—Y que lo digas —añade Lisa, que está cortando un bizcocho sobre la mesita de centro—. ¿No mencionó que no estaba allí para hacer amigos?

—Imagino que lo dio por hecho —responde Grant.

Pensaba que a Lesley y a Lisa les molestaría no poder interrogarlo, pero están de un humor excelente desde que los hemos puesto al corriente. Resulta que obtener información, del tipo que sea y por el medio que sea, es algo que celebrar.

A mí me cuesta un poco más ver el lado bueno, pero lo intento.

—Al menos el tipo y su clasismo de mierda dejarán de aterrorizar Londres.

—Pero si para él el problema no era la gente —repone Lisa—, sino las tiendas de campaña. Conseguimos recuperar su carnet y lo buscamos en Google. Mickey Greenwood, que habría heredado la empresa Tiendas Greenwood si las grandes cadenas no hubieran arruinado el negocio de su papaíto querido. Por lo que se ve, aquello lo volvió un poco tarumba y se propuso demostrar hasta qué punto era mala la calidad de esas tiendas baratas de poliéster inflamable.

Grant frunce el ceño.

—Pero… ¿era consciente de que había gente dentro de las tiendas que quemaba?

Lisa resopla como diciendo: «No me hagas hablar».

—Ay, guapi, como intentes buscar lógica en el razonamiento de un asesino en serie, podemos tirarnos aquí todo el día.

Nos tiende los platos con el bizcocho y trato de inspeccionarlo con discreción. Sí que parece más comestible que la mayoría de sus anteriores experimentos culinarios, pero el listón está bajísimo.

—¿Qué significa todo esto, entonces? —pregunto—. ¿Que el grupo de apoyo para asesinos en serie se ha convertido en una competición?

Lesley asiente.

—Eso parece. *Operación Verdugo*. *Homicida Shore*. *La isla de los facinerosos*.

—*Factor XX*, y las XX son los ojos de los muertos —contribuye Lisa.

—Justo —coincide Lesley, señalándola con el dedo para darse énfasis. Toma un bocado de bizcocho, mastica y traga con cierto esfuerzo—. Mi flor de lis —comenta con tono cariñoso—, ¿por casualidad no habrás confundido la levadura y la harina?

—¡Ja! Una pregunta capciosa. Son lo mismo —responde cruzándose de brazos toda ufana. El trozo de bizcocho que Grant tenía pinchado en el tenedor se desvía de su boca de vuelta al plato. Lisa pone cara compungida—. ¿No lo son?

Grant y yo negamos lentamente con la cabeza. Ella se deja caer derrotada en la butaca.

—Da igual —la consuela Lesley. Acto seguido se mete el resto de su porción en la boca—. Está perfecto. Gracias, Lis.

—¿Podemos volver al tema que nos ocupa? —pregunto—. Ya sabes, ese asunto más urgente, más letal.

—Eso sería debatible, aún no has probado el bizcocho —murmura Grant.

—Así que mister Page está invitando a los asesinos en serie a competir por no sé qué premio —prosigo sin hacerle caso. Llevo nerviosita desde anoche, impaciente por obtener respuestas. Quizá porque corremos contrarreloj en más de un sentido. Quizá porque quiero saber que no vi tostarse a un tipo por nada. Sería bonito que la trama se cierre de alguna manera antes de que Grant y yo tengamos que saltar del barco.

Antes de que «podamos» saltar del barco, quiero decir.

—Tenemos a todos estos tipos intentando demostrar que son el mejor asesino en serie. Y cuando fracasan…

—Los elimina —concluye Lesley. Destapa el rotulador y escribe PERDEDOR = KAPUTT en la pizarra antes de echar a andar—. Pero hasta entonces siguen luchando por ganar el premio. Interesante. ¿Para qué quieren el dinero los asesinos en serie?

—Seguro que para expandir sus operaciones —responde Lisa—. Pensad en el equipamiento que podrían comprar con una fortuna.

—Mejor no pensarlo —murmura Grant con los ojos cerrados, como si desease pasar este trance dormido.

—Y todo el rollo de Facebook… —tercio yo—, ¿por qué lo hace? Parece algo demasiado público para una gente cuyo oficio exige precisamente pasar inadvertido.

—Bueno, no es que haya redes sociales exclusivas para asesinos en serie —explica Lisa—. A menos que… ¿las hay? ¿En la web oscura o algo así?

Lesley gruñe pensativo antes de sacarse el móvil del bolsillo. Al cabo de unos instantes de toquetear la pantalla con los ojos entrecerrados, arruga el entrecejo.

—Bueno, acabo de poner el móvil en modo oscuro y no parece que cambie mucho. Tomad, mirad alguno de vosotros, que sois más jóvenes.

Nos lanza el móvil, que atrapo al vuelo antes de que golpee a Grant en la sien.

—Si el tipo ese supiera cómo funciona la web oscura —señala este—, ¿no creéis que estaría celebrando la competición allí y no en una página de Facebook normal?

—A menos que quiera esconderse a plena vista —apunta Lisa.

Es más probable que tan solo se deba a que Anna Matthews no sabe cómo funciona la web oscura y no tenga interés en averiguarlo. Con todo, la teoría de Lisa me provoca un escalofrío. Lo que sí sabemos es que, de alguna forma, mister Page sigue de cerca todos estos asesinatos, escondido entre bastidores. Ese debe de ser el motivo por el que quiere conocer los detalles antes de que se cometan, para poder juzgarlos y, dado el caso, eliminar a los concursantes. Todo lo ve y todo lo sabe, como un Papá Noel malvado.

El Terror, por pirado que estuviera, tenía razón en una cosa: mister Page podría ser cualquiera. Si Grant y yo adoptamos distintos papeles para acceder a las escenas de los futuros crímenes, ¿quién dice que mister Page no esté haciendo lo mismo?

Lisa interrumpe el hilo de mis pensamientos para recordarle a Lesley que debe ir yéndose.

—Tiene un seminario de criminalística para aficionados —nos explica—. Siempre está con alguna formación, más mono…

—Que es más de lo que hace la policía —añade él.

Cuando se pone una americana negra por encima de la camisa de vestir blanca, tiene un aspecto inusual de tan minimalista. Hasta que no se da la vuelta no veo la gigantesca calavera de estrás en la espalda.

—Gracias por… la comida —le dice a Lisa mientras se aleja, como si fuera físicamente incapaz de llamarlo «bizcocho»—. Mejor no contéis conmigo para cenar; no estoy seguro de la hora a la que volveré. Tengo que hacer una parada técnica en alguna parte para pintar a un niño jugando a las tabas con unas estrellas ninja.

—¡Que no eres Banksy! —exclama Grant a su espalda, pero la puerta se cierra sin que reciba respuesta.

En cuanto Grant se excusa porque quiere tomarse una pastilla para las migrañas y quedarse mirando el techo en su habitación, Lisa suspira y comienza a recoger los platos de postre. Sin embargo, se para al verme todavía sentada en el sillón, de brazos cruzados, y se sienta en el sillón frente a mí.

—¿Estás bien, guapi? —me pregunta con amabilidad—. Lo de anoche fue fuerte, ¿no?

—Sí, bueno…, ese no es el problema —confieso.

Lisa ladea la cabeza y se inclina hacia delante, prestándome atención. Sería una psicóloga excelente, una de esas terapeutas molonas y encantadoras que lleva aros verde lima en las orejas y Doc Martens floreadas para demostrar lo cercana e inofensiva que es.

—No me gustan los asesinatos. —Una advertencia que hasta ahora nunca me había parecido necesaria—. Y preferiría no volver a presenciar una combustión espontánea voluntaria. Es solo que, quitando los detalles cruentos… —Inspiro hondo, sin saber muy bien cómo expresar la idea—. ¿Soy una psicópata por pensar que todo esto es…? No sé…

—¿Divertido? —Lisa me mira con una chispa cómplice en los ojos, y siento cómo me inunda el alivio.

—Sí —confirmo. Noto de inmediato cómo se me destensan los hombros—. Sé que Grant está traumatizado del todo, y tal vez yo también debería. Y, después del mordisco, desde luego que debería tomarme un cóctel de antibióticos. Pero, siendo sincera, durante un minuto sentí un subidón. ¿No te parece horrible?

Lisa me sonríe.

—Si eso te convierte en una psicópata, bienvenida al club. A mí me flipa este rollo. —Se levanta del sillón y se detiene; su sonrisa se torna pícara—. Además, no hay nada que haga subir la adrenalina como un ayudante atractivo, ¿eh?

Ay, que no empiece otra vez.

—Grant no es mi ayudante. Tan solo somos…, no sé, compañeros de equipo.

—Anda ya. Quien lucha es el héroe; quien piensa es el ayudante. —Abro la boca para protestar ante la insinuación de que yo no pienso, pero ella prosigue—: He visto cómo te mira cuando estáis entrenando, como si quisiera impresionarte. Es supercuqui.

—No, yo creo que es la cara que tiene y ya. Es su cara de «no quiero morir».

—Hum. —Recoge uno de los platos y, con gesto reflexivo, empieza a barrer las migajas para dejarlas caer sobre la pila con los demás—. Yo solo te lo digo: una situación estresante, un tío atractivo… No me sorprendería que subiera el termómetro. Puede que resolver crímenes no sea la única diversión a tu alcance. —Me sonríe de oreja a oreja—. Tú piénsatelo.

Y, con las mismas, la Polly Pocket de tamaño natural sale silbando de la sala.

Como no hay noticias del Club de Lectura de West Brompton, hacemos todo lo posible por prepararnos para lo que suceda a continuación. Me paso el día con Grant en el jardín, enseñándole a lanzar un buen puñetazo o a romper bridas con los cordones de los

zapatos. Lesley y Lisa está ocupados rastreando, peinando Facebook y anteriores escenas de crímenes en busca de pistas que hubieran pasado por alto.

Cuando descansamos, Lesley enciende la chimenea de su despacho y nos entregamos a una rutina silenciosa. Él escucha un pódcast de crímenes reales, Lisa busca en Pinterest recetas que cree poder copiar. Grant se pasa la mayor parte del tiempo mirando el teléfono con el ceño fruncido, pero hace alguna pausa ocasional para aniquilarme en una partida de Scrabble.

A veces Lesley nos abandona para asistir a paneles y talleres, y otras Lisa nos abandona para acudir a citas en bares de mala muerte con nombres como Textil, Ilícito o Zapato; de camino a la puerta suele insinuar que a «algunos» también nos vendría bien una velada romántica, y es entonces cuando intento lanzarle una almohada a la cabeza. Por suerte, Grant casi siempre está demasiado ocupado leyendo malas noticias en redes como para enterarse.

Pero lo más normal es que disfrutemos de paz y silencio, los cuatro juntos en el despacho, esperando.

Lo que hace que me suba por las puñeteras paredes.

No es que quiera que haya más intentos de asesinato, pero con el primer encuentro de Anna en una librería cada vez más cerca, aumenta la posibilidad de que la historia acabe sin que el malo haya sido identificado. Cada mañana voy en busca de Lesley para preguntarle: «¿Se sabe algo?». Y cada mañana, él niega con la cabeza y responde algo del tipo: «Nasti de plasti, Rox 'n' Roll», y la bola de angustia en mi estómago crece un poquito más.

Entretanto, Grant está cada vez más animado. Bueno, puede que «animado» sea exagerar, pero pasa menos tiempo rezongando y

más mejorando en nuestras clases de defensa personal. Parece muy decidido y centrado en nuestra próxima oportunidad de escapar. Los remordimientos me reconcomen por sentir algo muy distinto.

Para cuando llega el día del encuentro con Anna, padezco el peor caso de miedo anticipatorio del mundo entero, mientras que Grant baja las escaleras silbando, literalmente.

No quiero ser la nube de tormenta que le arruine el buen humor, así que inspiro hondo y me obligo a caminar con paso alegre para unirme a él en la cocina.

Está hablando por teléfono, sujetándolo entre la oreja y el hombro mientras se unta mantequilla en una tostada. Su aspecto de profesor hoy parece un pelín más informal, con su jersey azul marino por encima de una camiseta en lugar de una camisa abotonada. Y se ha arreglado un poco la barba, como si fuera una elección de estilo y no tanto un signo de cansancio.

Por lo que parece, está hablando con quienquiera que está ocupándose de sus clases en la Universidad de Boston. Le oigo mencionar planes docentes, módulos y otras cosas que estoy segura de que le entusiasman. Cuando me mira, esbozo una sonrisa y, no sé por qué, levanto ambos pulgares. Sus cejas dibujan un gesto de confusión al tiempo que me tiende una taza de café.

—En serio, muchas gracias por todo, chicos —dice al teléfono—. Me siento mucho mejor. Espero que esto no se alargue mucho más. Por cierto, ¿qué tal Arthur? ¿Crees que me echa de menos?

Cuando me fulmina con la mirada, me doy cuenta de que he debido de poner los ojos en blanco de forma demasiado evidente. Entonces se queda petrificado con el cuchillo de la mantequilla flotando en el aire.

—No, lo siento —suelta con brusquedad—. No permiten visitas. Por riesgo de contagio y no sé qué más.

Mientras se despide, echo un vistazo de reojo al móvil. He de admitir que a mí no se me ocurrió notificar a HillCare que no pensaba volver. Pero tampoco se han puesto en contacto conmigo, ni siquiera para despedirme. Ni para ver si seguía viva. Me pregunto cómo será trabajar con gente que te echa de menos cuando no estás.

Grant termina por colgar y se queda mirando la pantalla un segundo.

—Tengo suerte de trabajar con el tío más crédulo que jamás haya conseguido un máster.

—Parece un buen amigo, ¿no? —aventuro—. Te cubre con las clases y le da de comer al gato…

—Así es Steve. Bueno, el departamento entero. Por lo visto, tenían pensado hacerme una visita en grupo al hospital. Casi me da pena que, como entiendo que sucederá, todo vaya a resetearse cuando termine la historia y olviden que he estado ausente, porque me darían una fiesta de bienvenida antológica.

Se me hace muy raro imaginar que esta última semana se borrará de la existencia cuando esto acabe. Como si nunca hubiera conocido a Jack o robado un Uber. Como si nunca hubiera estado aquí con Grant, contando las arrugas que se le forman en la frente cuando cavila, oyendo cómo cruje su tostada cuando la corta en triángulos uniformes. Tengo moratones en el brazo donde me pellizcó sin querer durante un entrenamiento. ¿Desaparecerán? ¿Quedará alguna prueba cuando volvamos a un mundo en el que yo no he

huido de nadie y Grant ha vuelto a casa en su Uber sin contratiempos?

Pienso en ese mundo (uno en el que no hago más que buscar una nueva escapada, en el que Grant va a trabajar y juega al Trivial y asiste a fiestas sin mí) y me resulta extraño y ajeno, un poco como el propio hogar cuando una vuelve de un viaje que le ha cambiado la vida.

—En fin —digo intentando sonar despreocupada pero entusiasta sin conseguir ninguna de las dos cosas—. Hoy es el gran día. Anna Matthews, allá vamos.

—Mmm —responde Grant, los ojos clavados en su tostada antes de darle un bocado.

—Tienes las entradas, ¿verdad?

—Nos inscribí el mismo día en que llegamos —asiente.

—Bien. Genial. Así que vamos esta noche y lo resolvemos todo, allí mismo, con Anna Matthews.

Nos mira a mí y al café que me ha preparado, seguro que preguntándose si debería quitármelo de las manos.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Pues…

Antes de que pueda balbucir una respuesta apropiada (ni idea de cuál podría serlo), las puertaventanas que comunican con el jardín se abren de par en par. Lesley entra con paso alegre y apunta hacia nosotros con una chispa maliciosa en los ojos.

—Roooooxgrant —canturrea con voz aguda, imitando a Sting. Luego se calla para aumentar el efecto dramático antes de anunciar —: Hoy es un gran día.

15

Esta mañana hubo un momento en que creí que Lesley conocía nuestros planes de escabullirnos para ir a nuestro cara a cara con Anna, poner punto final a la historia y hacer que el mundo de Lisa y el suyo se autodestruyera como una estrella al implosionar. Pero no. Para sorpresa de nadie, su idea de «hoy es un gran día» tiene connotaciones mucho más criminales.

Hasta ahora nunca había aparecido un anuncio de asesinato para el mismo día, pero es justo lo que acaba de suceder. Grant y yo estamos escondidos tras unos arbustos frente a una hilera de casas de ladrillo visto, con la esperanza de poder impedir un último asesinato antes de que le supliquemos a Anna que acabe con todo.

El delincuente del día secuestra a repartidores de comida a domicilio, y no ha habido manera de disuadir a Lesley de bautizarlo como el Raptor del Repartidor. El plan consiste en que uno siga la entrega y el otro se adentre en la casa y le dé apoyo en cuanto haya vía libre.

Lo primero que pregunto durante la sesión informativa es cómo ha sido posible que no hayan atrapado todavía al Raptor, visto que hay un historial de seguimiento preciso de los movimientos de sus víctimas.

—Eso es lo raro —explica Lesley—. Hace los pedidos y, cuando las víctimas desaparecen, no queda huella de su último destino en los sistemas de sus empleadores. Ni dirección, ni ruta por GPS ni nada. Así que se diría que es…

—Un fantasma —termino la frase.

—Un hacker, obviamente —señala Grant al tiempo que se le forma entre las cejas esa arruga tan característica.

A veces me mira como si su expresión no llegase a ser del todo de superioridad, porque está demasiado atónito por las cosas que atraviesan el filtro entre mi cerebro y mi boca.

«Obviamente». Qué palabra tan ridícula dadas las circunstancias. Por mucho que deba admitir que la lógica de Grant a menudo resulta útil, y que suele tener razón la mayor parte del tiempo, me reservo el derecho a que me moleste.

A juzgar por la agitación ansiosa y el cambio de peso que percibo en estos momentos junto a mí, no soy la única que está de los nervios.

—No entiendo por qué no podemos usar una moneda y echar a suertes quién va primero —protesta Grant—. El suspense es mucho peor.

—Porque, obviamente… —replico alargando cada una de las sílabas— tendrá que ser quien más se parezca a la víctima potencial. Porque, obviamente, no podemos mandarte a ti si le han dicho que el reparto lo va a hacer Jennifer. Obviamente.

—Ay, no fastidies, ¿todavía no lo has superado? Te dije que lo sentía. Y, en mi defensa, diré que un hacker es una opción muchísimo más obvia que un fantasma.

—Y, en «mi» defensa, si estamos aquí es solo porque a une barista-barra-vidente-barra-entusiasta de los sombreros se le antojó demostrar de qué era capaz. Así que no podemos descartar ninguna opción.

—Vale —reconoce Grant—, pues entonces espero que nuestro entrenamiento también valga contra los espíritus malignos.

A mí me basta que valga, punto. A pesar de su renuencia inicial, esta semana Grant ha sido un alumno de lo más aplicado. Y su progreso ha sido, a decir verdad, notable. Pero ¿será suficiente si es él quien tiene que encarar primero al asesino? Y, si no, ¿seré capaz de llegar a tiempo para socorrerlo?

Lo único que puedo hacer es esperar a que el repartidor que baje por la acera cargando con las bolsas sea mi doble. Con cada segundo que pasa siento un nuevo nudo en el estómago. He pasado demasiado tiempo con Grant. Su ansiedad es contagiosa.

Me da un toque en el hombro y apunta con el dedo. La visión me golpea como un puñetazo.

Por la calle se nos aproxima a toda velocidad un chavalín en bicicleta con un polo verde a juego con una gorra de Pizza Paradise, calada sobre una mata de pelo naranja zanahoria. Sostiene una enorme caja de pizza en equilibrio sobre el manillar. La sangre se me hiela al recordar quién es y hacia dónde se dirige.

—Pues me va a tocar a mí —sentencia Grant, permitiéndose un solo segundo de respiración entrecortada antes de levantarse y salir de entre los arbustos. Lo agarro de la camisa y tiro hacia abajo.

—No te preocupes —digo, como si yo no estuviera preocupada también—. Ya voy yo.

Grant me dirige esa mirada con el ceño fruncido que he aprendido a interpretar como «No seas ridícula».

—Por el aspecto del chiquillo, diría que el asesino estará recibiendo ya una notificación que dice: «Dennis acaba de llegar con tu pedido».

Me encojo de hombros.

—Pues me recojo el pelo por dentro de la gorra. Puedo ser Dennis.

Grant suelta una carcajada desdeñosa.

—Como que una mujer tan guapa va a llamarse Dennis.

De repente, las ganas de discutir se me esfuman.

—¿Cómo?

Él parpadea y fija la mirada en la calle.

—He dicho: «Como que una mujer va a llamarse Dennis».

—Qué va. Lo que has dicho…

—¿Podemos ponernos en marcha de una vez? —me interrumpe a toda prisa—. ¿Por favor?

Estoy demasiado estupefacta para discutir. Grant sale de entre los arbustos y se aleja antes de que pueda centrarme de nuevo. Veo cómo cruza la calle en el momento justo en que el chico baja la pata de apoyo delante de la casa del Raptor.

Grant lo saluda con un gesto y entabla una conversación en apariencia informal que no puedo oír. Como si hubiera un motivo informal para pedir una pizza que no es tuya. En respuesta, el chico arruga el entrecejo y niega con la cabeza.

—Venga… —murmuro—. ¿Cuál es el plan?

Como si me respondiera, Grant se lleva la mano al bolsillo trasero y saca un fajo de billetes. Un soborno, cortesía de Lesley. Esto son

palabras mayores.

O puede que no. El chico se baja de la bici, agarra la pizza con gesto protector y rodea a Grant. Él le cierra el paso y se saca un par de billetes más para aumentar la oferta. Esto tiene muy mala pinta.

El chaval se pone a discutir en voz alta.

—¡Largo de aquí! Déjame hacer mi trabajo. —Su voz resuena por toda la calle. Cuando echa a andar hacia la casa y Grant le vuelve a cerrar el paso, resulta cada vez más inquietante. Como siga así, alguien va a llamar a la policía porque hay un tipo muy raro acosando a un adolescente.

A la mierda. Salgo de mi escondite y atravieso corriendo la calle. Al pasar junto al chico, le arrebato la pizza de las manos y la gorra de la cabeza, al tiempo que le grito a Grant:

—¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

Doblo la esquina a lo que solo puede describirse como una velocidad sobrehumana. Tal vez hasta pudiera clasificarme para las Olimpiadas. Entonces Grant me alcanza con una rapidez humillante. Damos una vuelta entera a la manzana para volver esprintando a nuestro escondite antes de que el chico pueda girar y vernos.

Nos agachamos jadeantes y observamos entre las hojas para no perder de vista al repartidor.

—Algo me dice que no es la primera vez que robas una pizza —musita Grant.

—Sin comentarios. ¿Qué le has dicho: «Dame la pizza y te doy cien libras»?

—Mil.

—¡¿Mil?! —El susurro suena tan fuerte como si estuviéramos en un teatro, por lo que Grant me hace callar. El chaval dobla la esquina

a toda prisa, pero enseguida baja el ritmo. Nos está buscando—. ¿Y no las aceptó? Jo. Espero que lo asciendan.

—Ya lo sé. Recuérdame que luego llame a su jefe, eso si no acabo destripado en un congelador por ahí.

Le doy un golpecito animoso en el hombro. Me cuesta creer que el cagueta de la semana pasada ahora haga chistes. A ver, que sigue siendo un cagueta, pero vaya… chistes: estamos progresando.

El repartidor recorre la calle entera y regresa antes de propinarle una patada a una papelera y soltar un juramento. Esperamos en silencio hasta que acaba por agachar la cabeza, se sube a la bici y se aleja.

—Aquí tienes. —Le pongo la pizza en las manos y la gorra en la cabeza. Grant se la ajusta y, con un último gesto de asentimiento, se pone en pie y se encamina hacia la casa. No obstante, antes de llegar al bordillo, algo me impulsa a llamarlo por su nombre. Él se gira. Yo noto la boca seca—. Nos vemos en nada —digo como una tonta.

Él esboza ese gesto de labios prietos que no acaba de ser una sonrisa y levanta el pulgar. Acto seguido, cruza la calle.

Habíamos acordado que esperaría cinco minutos antes de entrar en la casa, y hago todo lo posible por no pasármelos catalogando cada una de las maniobras de defensa personal que he olvidado enseñarle a Grant. Me limito a esperar sentada entre los arbustos. Así que espero. No pasa nada. Estoy bien.

Cinco minutos no es tanto tiempo. Hay canciones que duran más. He recibido mensajes de voz de mi madre que duran más. Es

probable que pueda aguantar la respiración durante cinco minutos. Me planteo hacerlo, por distraerme, pero entonces me doy cuenta de que ya estaba aguantándola, así que me estoy mareando. Tomo una bocanada de aire y echo un vistazo al móvil.

«Minuto y medio». Ese es el tiempo que ha pasado desde que Grant llamó a la puerta y un anciano encorvado, con un andador y una máscara de oxígeno, abrió y lo invitó a pasar.

Querría creer que nos hemos confundido. Puede que no sea más que un octogenario inofensivo, demasiado frágil para cargar con una pizza. Puede que no se trate de un cebo para atraer a nadie al interior.

Pero las tripas me dicen lo contrario.

Apenas me consuela pensar que, fingiéndose frágil o no, el hombre era anciano y delgado. Grant podría reducirlo. Segurísimo. O al menos podría defenderse durante cinco minutos.

A no ser que el hombre le dispare a bocajarro.

O le arroje una pitón famélica.

O acerque una cerilla a la bombona de oxígeno y la casa entera salga por los aires.

Observo la puerta cerrada. A ver, ¿por qué acordamos cinco minutos? Es un número arbitrario y ridículo. Con las mismas, decido acortarlo a dos. Agarro el móvil y contemplo cómo la pequeña raya roja del segundero gira alrededor de la imagen del reloj hasta que un fuerte impacto al otro lado de la calle me sobresalta.

Al levantar de golpe la cabeza, veo que el anciano está cerrando la puerta con llave desde el exterior. O tal vez debería decir el «ex» anciano. A pesar de unas arrugas de preocupación en la frente que podrían rivalizar con las de Grant, parece décadas más joven que

hace unos momentos. Se toma un segundo en que apoya la espalda en la puerta, murmura algo, se frota las sienes, se incorpora y echa a andar a toda prisa, sin máscara de oxígeno a la vista.

Tengo el estómago en la garganta. Ahora mismo Grant estará herido dentro de la casa, ¿o muerto? ¿Sobrevaloré una barbaridad su capacidad de defenderse?

Cuando el hombre se acerca a la esquina de la calle, me doy cuenta de que estoy a punto de dejar pasar la oportunidad. No puedo permitir que se me escape, pero tampoco puedo dejar atrás a Grant. Me siento como una soga de la que tirasen dos equipos enfrentados. Ojalá pudiera partirme en dos.

Inspiro hondo, tomo una decisión y espero a que el hombre desaparezca por la esquina antes de salir corriendo hacia la casa.

La puerta delantera y las ventanas están cerradas, pero hay una alta cancela por la que se accede a un sendero que lleva a la parte trasera. Arrastro el contenedor de reciclables, me subo y salto por encima. Mi corazón amenaza con romperme las costillas mientras camino hasta un descuidado jardín trasero, lleno de malas hierbas y parterres abandonados. Agarro un gnomo de jardín y lo lanzo contra la ventana, por la que trepo tan rápido que me araño la sien con una esquirla de cristal.

Mis ojos tardan un segundo en adaptarse y ver más allá de las motas de polvo que flotan allí donde penetra la luz. La casa es bastante normalita, vieja pero ordenada, con cierto aire espartano. En el pasillo trasero no hay gran cosa, solo unas cortinas amarillentas cubriendo las ventanas y varios cubos de basura con tapa en un rincón. Echo un vistazo al interior de uno de ellos. Está

repleto de envases de comida rápida: vasos de plástico, cartones de comida china, cajas de pizza rotas. Se me revuelve el estómago.

Recorro el pasillo con cautela y paso leve, pero el lugar parece desierto.

—¿Grant? —susurro, pero no obtengo respuesta. Me muerdo los labios en un intento por respirar por la nariz sin hacer ruido.

Paso por delante de algunas habitaciones descuidadas y casi vacías, pero no veo a nadie. Una cocina sin electrodomésticos, un cuarto de estar con un sofá apolillado y un pequeño televisor de tubo catódico, un cuarto de baño iluminado por una bombilla titilante. Y una desoladora oficina doméstica con un monitor gigante lleno de códigos ininteligibles que proyectan una luz verdosa por la habitación. No podría parecerse más a la típica guarida de un hacker. No es que haya visto una en mi vida, pero aun así.

—Yo te mato, Hoffman —mascullo entre dientes, y rezo por que siga habiendo un Hoffman al que matar.

Una escalera enmoquetada conduce a la segunda planta, pero no me cuadra subir. ¿Quién escondería a sus víctimas en el piso de arriba?

Regreso sobre mis pasos, y con cada nuevo vistazo infructuoso me asusto más.

Con las prisas casi lo paso por alto. No es más que un cuadro, una estampa de flores enmarcada en una pared, justo al lado de una estantería a rebosar de libros sobre negocios y productividad. Pero llama la atención en medio de la sobria austeridad del resto de la casa. Y está torcido.

Cuando lo aparto a un lado, ahí está: un teclado numérico luminoso.

Busco a toda prisa, deslizo los dedos sobre la pintura desconchada hasta dar con una junta en la pared que coincide con los bordes de la estantería. Una puerta oculta.

—Ay, Dios —musito—. ¿Grant? Si puedes oírme, da un golpe en la pared o algo.

Nada. Así que no puede oírme.

O ya no tiene manos. Ay, madre.

Me vuelvo otra vez hacia el teclado y pulso «1234» a la desesperada. Suena un pitido y parpadea una luz roja, lo que significa: «Buen intento, idiota». Pruebo con «4321». Piiiiiii. Pruebo con «6969». Piiiiiii. Juraría que el pitido dura más, que la luz roja parpadea con una pizca más de indignación.

Frustrada, golpeo la pared, pero no suena hueca como habría esperado. No sé cómo será la cámara secreta, pero está reforzada, puede que hasta insonorizada. Eso podría ser bueno; tal vez el silencio no implique que Grant esté muerto o inconsciente. Puede que esté desesperado, enumerando datos personales a voz en grito. Es solo que no puedo oírlo.

O que llego demasiado tarde.

«¡Aguanta, Grant! ¡Ahora mismo te salvo!» es el grito heroico y animoso que querría lanzar hacia la estantería, pero estoy un pelín ocupada tratando de bloquear las imágenes que me vienen a la mente, en las que yace en el suelo, desangrándose, así que lo que me sale es:

—¡¡¡Levanta, Grant!!! ¡¡¡Ahora mismo te asalto!!!

Doy media vuelta en un intento desesperado por dar con el código en algún lugar de la casa. Subo las escaleras de dos en dos.

Entonces oigo cerrarse la puerta delantera. Me quedo pasmada.

Unos pasos pesados me llegan desde el piso inferior, junto con unos murmullos agitados e incomprensibles.

—Venga, Howard, que tú puedes. Al lío.

Oigo una débil palmada, como si alguien se abofeteara en la cara, pero no fuera capaz de hacerlo con ganas.

Me agacho unos centímetros y me aventuro a echar un vistazo entre los barrotes de la escalera. El hombre, de perfil, se frota nervioso la calva con una mano. En la otra lleva una bolsa de papel de estraza, de la que saca una botellita de whisky. Casi me da la risa. Este asesino en serie es tan flojo que ha tenido que abandonar la escena del crimen para ir a buscar un trago con el que infundirse fuerzas. Retira el sello de plástico con mano trémula, quita el tapón y se bebe la mitad antes de romper a toser. Se queda quieto, cierra los ojos y aprieta los labios hasta formar una fina línea.

—No soy un cobarde —afirma, como si estuviera frente a un invisible matoncillo del colegio—. Se acabó lo de Howardo Cobardo. Me llamo Howard ¡y puedo hacerlo!

Con las mismas, se gira bruscamente hacia la cámara escondida y, con un estremecimiento que le recorre toda la espalda, desaparece de mi vista.

Tengo que refrenarme para no salir detrás de él. Por mucho que me gustara dejarlo hecho un Picasso, primero tiene que llevarme hasta Grant.

Respirando despacio para serenar los nervios, bajo a hurtadillas por las escaleras y lo sigo de puntillas. Retrocedo cuando se gira frotándose las manos. Inspira hondo, exhala trémulo y repite: «No soy un cobarde», antes de continuar hacia el cuarto.

Lo sigo de cerca. Me escondo en la cocina cuando da un paso atrás y se pregunta si de verdad quiere entrar. Me agazapo tras la puerta del baño cuando se gira para darle otro trago al whisky. La misma tónica se repite a lo largo del pasillo: él se acobarda y se obliga a continuar; yo lo sigo con una cautela felina. Un paso, dos pasos y me escondo. Un paso, dos pasos, tres pasos… y me escondo. Estoy metida en el armario de los abrigos cuando por fin llega al cuadro de las flores. Entonces se queda inmóvil, con los nudillos blancos alrededor de la botella.

Observo por la rendija de la puerta del armario cómo se deja caer hasta quedar acurrucado con la espalda contra la estantería.

—Escucha, Howard —susurra con aspereza, dando golpes con la cabeza contra una balda. Cae un ejemplar de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, que no le acierta por poco—. Lo único que tienes que hacer es entrar, esposarlo y salir. Ya está. Tampoco hace falta un máster.

«Esposarlo». La palabra me provoca una oleada de alivio. Uno no esposa a alguien muerto o herido de gravedad, ¿no?

¡¿No?!

Apura el whisky que le quedaba y, levantándose sin prisa, cambia la botella de posición en la mano y la sujeta por el cuello. Acto seguido saca con sumo cuidado unas esposas del bolsillo.

Casi puedo paladear el silencio que reina en la casa. Es esa quietud espesa y asfixiante que solo se respira antes de que estalle la tormenta. La marea que retrocede justo antes de un tsunami. Las bocanadas lentas y trémulas de la última chica justo antes de que se desate el horror en una peli de miedo. Yo misma aguanto la respiración; no soy una aficionada.

El hombre permanece inmóvil junto a la puerta oculta, sopesando por última vez si entrar o darse media vuelta.

Y, al final, se decide: va a entrar.

Rompe la botella contra la estantería, y su base se transforma en una corona de cristales. La agarra con fuerza, con determinación. Su dedo se posa en el teclado. Tres pitidos. Luz verde. La puerta se abre.

En algún momento del interminable segundo que tardo en salir del armario y recorrer el pasillo, oigo la voz que tanto deseaba escuchar: «¡Atrás!», seguida de un «ay, mierda» mucho menos seguro. Una llamarada solar se extiende desde el fondo de mi pecho. Grant está bien. Lo suficiente para morirse de miedo, vaya.

Sujeto la puerta oculta justo antes de que se cierre y, al tirar, veo un cuarto mohoso, de paredes de cemento y sin ventanas, iluminado por una bombilla que cuelga del techo. Y ahí, en un rincón, están Howard y Grant forcejeando.

Howard se ha armado de valor suficiente para hacerle a Grant una llave de cabeza y, con torpeza, trata de ponerle las esposas sin que se le caiga la botella rota.

—Calla, hombre —dice mientras intenta en vano agarrarle la muñeca—. Que no voy a hacerte daño.

—Por supuesto que no —digo.

Dos pares de ojos se vuelven hacia mí: los de Grant con súbito alivio, los de Howard horrorizados y muy abiertos. Este sería el momento en el que evalúo la amenaza, reviso mis opciones y me pregunto qué haría Uri. Pero no sucede nada de eso. En su lugar, una especie de Monstruosa Roxie Rabiosa despierta de su letargo y hace que me abalance con un grito de furia.

Mi mente lo borra todo salvo la fuerza de mis extremidades y las partes más vulnerables del cuerpecillo de Howardo Cobardo. El talón de mi mano choca con el puente de su nariz. Mis dedos le aferran la muñeca. Lo que quedaba de la botella se estrella contra el suelo de hormigón. Sacudidas por impacto. Gruñidos de dolor. Retuerzo, sujeto, golpeo. Y, de pronto, se acabó. Lo que empezó como un arrebato furioso acaba con Howard desarmado, gimoteando y con ambas manos esposadas a una tubería en la pared.

Sin aliento, lo examino durante un segundo para asegurarme de que está inmovilizado de veras. Tiembla como un ratoncillo miedoso. No es temible, es patético. Aunque, ahora que lo pienso, ¿no es justo con los hombres patéticos con los que una debe andarse con cuidado?

Me vuelvo hacia Grant, por fin, y lo miro de arriba abajo frenética. Tiene el pelo alborotado y la ropa arrugada, pero por lo demás está igualito que la última vez que lo vi: psicológicamente atormentado pero ileso en lo físico.

El contraste con las imágenes que bullían en mi cabeza es tan grande que me precipito y lo abrazo.

Él se tambalea un poco, porque lo he pillado desprevenido, pero para cuando me doy cuenta de que nosotros no somos de esos y que estoy poniéndonos en una situación incómoda, él me rodea la espalda con los brazos.

—Han sido los cinco minutos más largos de mi vida —dice contra mi pelo.

—No he esperado más que dos. ¿Qué ha pasado?

—Fue… un accidente —gime Howard desde su posición junto a la pared.

—Tú, a callar —le suelto con una mirada despectiva al tiempo que me separo de Grant. Howard se encoge como un niño al que riñera la maestra.

Cuando vuelvo a mirar a Grant, veo un rastro de sangre en su mejilla que no estaba hace un segundo. El estómago me da un vuelco. Su rostro está teñido de preocupación.

—Escucha, tenemos que ir a urgencias —anuncia.

Me había olvidado de la ventana rota con la que me arañé. Me llevo la mano a la sien, pero me arrepiento al instante, ya que la retiro ensangrentada.

—Ay, madre. —La leve punzada se ha convertido en un dolor intenso—. ¿Tan mal estoy? ¿Crees que necesito puntos? —Imagino la aguja penetrando en la piel. Los puntos de sutura atravesándola. Voy a vomitar.

—¿Qué? —Grant frunce el ceño—. No. Estás… —Me toma la barbilla con suavidad y me gira la cabeza para verlo mejor. Tengo toda la cara ardiendo—. Estás bien. No es más que un rasguño. —La dulzura de su voz hace que las ganas de vomitar se reduzcan a unas náuseas levemente amenazantes—. Pero tenemos que llamar a alguien para…

—¡Holiii! —Una voz alegre y con acento extranjero lo interrumpe desde el rincón a mi espalda—. Soy la princesa Diana.

Me giro de golpe.

La persona que nos mira con arrobo no es precisamente la princesa Diana, sino un barbudo de mediana edad esposado a otra tubería al fondo del cuarto. Tiene una camiseta de Café Bombay, un ojo morado y lo que no puede ser más que un traumatismo cerebral de gravedad por determinar.

—Por lo visto, el golpe de hoy era doble —me explica Grant en un aparte, sin dejar de mirar al hombre con preocupación.

—¡Yo no quería! —lloriquea Howard.

—Que te calles —espeto.

El hombre herido del rincón no tiene buena pinta. Al hablar ha debido de recordar que tiene lengua y ahora está intentando tocarse la nariz con ella.

—Creo que el Raptor lo golpeó con la bombona de oxígeno —dice Grant—. Es lo que intentó hacerme a mí, pero lo esquivé, así que se asustó y me metió aquí dentro. Creo que es su *modus operandi*: encierra a la gente y la deja morir.

—¡No es verdad! —protesta Howard—. Yo no lo golpeé. ¡Se resbaló él solo!

Suelto aire como si fuera una olla a presión.

—Te juro por Dios que como vuelvas a decir algo…

—¡Ni siquiera es mi casa! Me perdí y…

Le pego un codazo en la cara sin siquiera volverme.

A Uri no le habría gustado. «Responde solo en caso de amenaza activa», me censuraría. Pero en mi defensa diré que Howard estaba amenazando activamente mis puñeteros nervios.

En cualquier caso, he conseguido que se calle. Demasiado bien, de hecho. Al girarme veo que, contra todo pronóstico, está inconsciente, suspendido de las esposas y ¡roncando! Desde algún lugar de mi mente desconcertada envío un «tienes que estar de broma» a Anna Matthews. Me vuelvo hacia Grant.

—Necesito que sepas que esto jamás de los jamases sucedería en la vida real.

—Tomo nota —responde desconfiado—. Y ahora, ¿qué vamos a hacer con…? —Dirige una mirada nerviosa hacia la otra víctima.

Me acerco con precaución y de puntillas al hombre, dado su frágil estado, pero él se limita a sonreírnos con los ojos vidriosos.

—Buenas —le digo—. Disculpe, pero ¿sabe usted dónde está?

—Sí, ¿no? —Se ríe entre dientes.

—¿Recuerda lo que le ha pasado? —prueba Grant.

El rostro del hombre se ilumina, asiente con fuerza y responde:

—¡Hola!

—Hola. —Grant suspira—. Vale, usted tranquilo, que vamos a buscar ayuda.

Saca el teléfono del bolsillo y se encamina hacia el pasillo. Yo lo agarro antes de que se aleje.

—¿A dónde vas?

—Aquí no hay cobertura —responde señalando el cuarto con un gesto circular—. Debe de ser por las paredes.

—Pero… ¿a quién vas a llamar?

Grant me mira con incredulidad, como si se preguntara si he malinterpretado la situación tanto como para hacer un chiste sobre *Los cazafantasmas*.

—¿A una ambulancia…?

Empieza a marcar y, cuando le arrebato el móvil, me mira estupefacto.

—Piénsalo bien, Grant. ¿Qué vamos a decirles?

—Eso, ¿qué vamos a decirles? —repite el hombre herido. Parece reflexionar al respecto y empieza a rascarse la barbilla con la mano libre, luego asiente como si hubiera alcanzado la sabiduría—. Probablemente palabras.

Grant abre los ojos como platos, pero se obliga a sonreír.

—Una idea estupenda, princesa Diana —responde con suavidad al tiempo que tira de mi codo—. Discúlpenos un momento, ¿eh, su alteza?

El hombre se ríe jovial.

—Por favor —responde agitando la mano con pereza—. La princesa Diana es mi padre. Puedes llamarme Raj.

Grant y yo discutimos entre susurros delante de la puerta.

—¿Estamos seguros de que necesita asistencia médica? Es un personaje de ficción —alego—. Que sepamos, puede que se cure por arte de magia en cuanto abandonemos la escena.

—Pero ahora mismo compartimos escena con él —replica Grant—. ¿De verdad piensas dejarlo así solo porque, en teoría, no es real?

Todos mis argumentos se esfuman al instante.

—No —reconozco.

Es lo mismo que con cualquier otra historia. Hay pequeñas ficciones y hay grandes verdades: las cosas que se quedan contigo mucho después de que hayas olvidado el nombre de los personajes. La esperanza, la prudencia, la importancia de socorrer a un repartidor con un traumatismo. Esas son las cosas que importan.

Con todo, tal y como le advierto a Grant, no va a ser fácil aclarar la situación a los servicios de emergencia. Y, como la policía se inmiscuya…; en fin, ese era el primer punto en la lista de Lesley sobre lo que debíamos evitar. Ni siquiera sé si morir iría por delante.

Grant suelta aire y se pasa una mano por el pelo.

—¿Quizá podríamos acompañarlo hasta el hospital más cercano?

Echo un nuevo vistazo a Raj. Ha empezado a canturrear en voz baja una versión cadenciosa de «Space Oddity». Se diría que está

estupendamente hasta que entra en bucle y no para de repetir la misma pregunta: «Can you hear me, Major Tom?».

Resignada, le devuelvo a Grant su teléfono y hago un gesto señalando el pasillo.

—Ve a llamar. Yo haré compañía a nuestro amigo.

Mientras llegan los servicios de emergencia, Grant camina por el pasillo y discute por teléfono con Lesley, quien, como era de esperar, no está lo que se dice encantado con nuestra decisión de implicar a los cuerpos y fuerzas de seguridad. Pero Grant no cede. Lo de ahí fuera es como una serie de juicios, con sus graves expresiones de desafío y sus gestos afilados y respuestas del tipo: «No, eres tú quien me tiene que escuchar a mí» o «Se acabó la discusión». Casi no oigo ni la mitad de la conversación y, además, estoy intentando prestar más atención a que Raj siga consciente, pero me cuesta no sentirme inspirada. Nunca había visto a Grant tan apasionado por nada. Centrado, sí. Vehemente, siempre. Pero ¿esto? Esta convicción por hacer lo correcto, por defender a alguien necesitado… es digna de admiración. Si me apuran, resulta casi… sexy.

—Me gusta —dice Raj mientras dirige a Grant una mirada sincera y, a la vez, perdida—. Es un mío muy tajo.

—Sí —coincido—. Un tío muy majo.

Raj vuelve su mirada, dulce y vacía, hacia mí y posa la mano en mi hombro con suavidad.

—Y tú —prosigue— tienes un bigote precioso.

Un estruendo reverbera por toda la casa, seguido de gritos: «¡Policía! ¡Que nadie se mueva!». Grant se despide a toda prisa y

cuelga en el momento en que un par de agentes entran en tromba con las armas desenfundadas.

Howard se despierta sobresaltado justo a tiempo de farfullar:

—¡Yo no he sido!

Nos mandan poner las manos en alto mientras examinan la escena. Los oficiales no tardan en echar un vistazo a la habitación: son una mujer con el pelo recogido en una coleta y un hombre joven y pecoso que casi parece un chaval disfrazado por Halloween. Ella pide que acudan los servicios de emergencia médica mientras él avanza para cachear a Howard.

—¡Han sido ellos! —protesta Howard al tiempo que me señala con un gesto de la cabeza—. Yo soy la víctima. Mire, ¡son los únicos que no están esposados! ¡Ellos me asaltaron a mí!

—¿También vinieron a su casa y construyeron una mazmorra del terror antes de llamar a la policía?

Todas las cabezas se giran hacia la voz grave que se oye en el umbral. El hombre fornido con perilla allí parado hace que todos nos quedemos en silencio. Lleva ropa sencilla, una combinación de corbata y camisa almidonada y planchada a la perfección, pero su postura autoritaria y su mirada de acero no dejan lugar a dudas: él es quien manda aquí. Entra en el cuarto con las manos en los bolsillos y observa la escena como un sargento preparando la inspección antes de dirigir un gesto de asentimiento al pecoso.

—Adelante —dice cruzándose de brazos.

—Eeeh, Howard Armstrong —responde el pecoso con voz nasal—, está usted detenido por posible secuestro, además de agresión con lesiones.

—Añada unos cuantos asesinatos —tercio burlona.

—Y piratería informática —suelta Grant desde el pasillo, quizá con una pizca de orgullo de más.

—¡Nooo! —lloriquea Howard.

El joven oficial nos mira a Grant y a mí, traga con dificultad y dice:

—Vale. Secuestro, agresión, etcétera.

Cuando termina de leerle sus derechos a Howard, se queda callado. Los únicos sonidos en el cuarto son los sollozos de Howard, las preguntas que la mujer le hace con tono quedo a Raj y cómo este le responde con lo que parecen varios trinos de pájaro.

El jefe se remueve impaciente y se cruza de brazos con firmeza.

—Desespóselo —ordena al pecoso.

—Sí, señor. Disculpe, señor, pero… creo que me he dejado la llave en el coche.

El jefe, exasperado, alza las manos al aire.

—No me joda, Harris. Pues vaya a por ella.

Harris sale escopetado, dejando una ristra de «sí, señor» y «lo siento, señor» tras de sí. A continuación, el jefe se vuelve hacia mí.

—Ya puede bajar las manos. Y usted también —añade dirigiéndose hacia Grant—. Soy el inspector de homicidios Walter Akinyemi —se presenta—. Necesitaré una declaración de cada uno de ustedes, claro.

—Ay, madre, ¿usted es Wally? —me sale antes de poder pensármelo dos veces.

El modo en que su expresión se transforma es sutil pero peligroso, como ver formarse hielo donde antes solo había un frío goteo.

—Flores —llama con calma a la oficial que quedaba en el cuarto, aunque sin dejar de mirarnos—. Sospecho que Harris se habrá

vuelto a quedar encerrado en el coche patrulla. Vaya a ayudarlo, por favor.

Cuando la mujer sale del cuarto, Wally nos dirige una mirada glacial.

—Cambio de planes —dice con voz áspera—. No necesito su declaración. De hecho, soy yo quien va a declarar algo: los quiero lejos de mi investigación.

—Pero acabamos de atrapar a un criminal —arguye Grant.

—¡No soy un criminal! —solloza Howard—. ¡No lo entienden!

—¡¡¡A callar!!! —vocifera Wally con una explosión pirotécnica de ira que deja a Howard encogido y temblando contra la pared. Acto seguido se vuelve otra vez hacia nosotros, con una calma inquietante—. Sé por qué están aquí. Solo hay una persona en el mundo que me llama Wally, y no pertenece ni de cerca al sistema de justicia penal. Lo que significa que ustedes tampoco. Así que, o cortan todo contacto con Lesley Burns, o verán lo que es bueno.

Se me escapa una carcajada desdeñosa. Por espeluznante que sea todo esto, nadie puede sacarse una amenaza así de la manga. Ni siquiera el superduro inspector Walter Akinyemi.

—Ay… —Solo ahora me percato de su mirada fulminante—. Que lo ha dicho en serio. Perdón.

Wally se inclina hacia nosotros y su voz adquiere una gravedad peligrosa.

—¿Que si es en serio? —comienza por decir—. Ni en sus peores y más oscuras pesadillas serían capaces de imaginar las cosas que he visto durante el servicio. Así que, si poseen el menor instinto de supervivencia, pedazo de memos, darán media vuelta, harán el petate y se largarán de vuelta a casa. O tendrán que atenerse a las

consecuencias… —Esto último lo pronuncia con un destello particularmente malicioso de dientes—. Es más que probable que nos los envíen en una cajita con la etiqueta RESTOS HUMANOS. Y eso si mis colegas son capaces de encontrar el contenedor en el que acabarán y pueden pescarlos, miembro ensangrentado a miembro ensangrentado. —Se echa hacia atrás y se cruza de brazos—. ¿Mejor así?

Tras un interminable momento de náuseas, todo el aire se me escapa de golpe de los pulmones, y tengo la horrenda impresión de que Anna va a describirlo como «Dejó escapar un suspiro que ni sabía que estaba aguantando».

Me miro el brazo.

—Buah, si hasta me ha puesto la piel de gallina. Mire.

Harris y Flores regresan con los servicios de emergencia y, de inmediato, Howard reanuda sus lamentaciones.

—Vale —jadea mientras Harris le cambia sus esposas de secuestrador por las oficiales de la policía—. Fui yo, ¡pero no fue culpa mía! ¡Me lo ordenaron! Les diré…

—¡Ni una palabra más! —La voz de Wally transmite la inminente amenaza de un volcán a punto de estallar. Luego nos clava su punzante mirada a Grant y a mí—. Y menos delante de estos dos idiotas.

No nos quita el ojo de encima hasta que sacan del cuarto a Raj, que está cantando yódel, y a Howard, que no para de gimotear. Entonces, arisco, nos ordena que nos vayamos.

Grant sale pitando hacia el pasillo; yo lo sigo con algo más de renuencia. Me alegro de que Raj esté bien y de que Howard esté fuera de juego. No obstante, esto no ha salido como debía.

Y ahora no tenemos tiempo que perder si queremos llegar a la siguiente parada, Anna Matthews. Muy pronto, todo esto no será más que parte de un pasado ficticio. Yo volveré a mis trabajos temporales y a esperar a vivir entre contrato y contrato. Grant regresará con sus queridos colegas y su gato.

Diría que él sale ganando.

—Hey —nos llama Wally antes de que doblemos la esquina; al girarnos nos topamos con su mirada siniestra—. Díganle a Lesley que se acabó.

Cuando nos disponemos a salir de la casa, Grant se detiene junto a la ventana trasera y contempla el gnomo tirado en el suelo y los trozos de cristal.

—¿Esa es la ventana por la que entraste?

Toco uno de los añicos con la punta del pie.

—Sí.

—¿Justo al lado de una puerta sin cerrar?

Levanto la vista y sí, la puerta solo tiene echado el pestillo, sin girar.

—Aaah.

Grant me mira con asombro antes de negar con la cabeza, y juraría que le oigo soltar una risita casi silenciosa.

Los paramédicos han tendido a Raj en una camilla y se disponen a subirlo a la ambulancia. Imagino que ni se acordará de que nos conoció hace cinco minutos, pero da igual, me despido de él con un gesto de la mano.

—Gracias, Shrek —responde agitando también la suya.

Grant se les acerca a él y al sanitario, posa una mano cuidadosa sobre el hombro de Raj, le desea pronta recuperación y, cuando se

vuelve hacia mí, lo veo pelando una tirita.

—Toma —dice al tiempo que me la coloca sobre el corte de la sien —. Ahora podrás mirarte al espejo sin marearte.

De todas formas, siento una pequeña agitación en el estómago.

De camino al encuentro con Anna, no puedo dejar de preguntarme qué pasará si podemos llegar hasta ella. ¿Me curará la cabeza? ¿La tirita desaparecerá como por encanto? ¿Terminaré por olvidar la sensación de los dedos de Grant rozándome la piel al ponérmela?

De alguna manera, no creo que pueda.

16

Si la pizarra que hay delante de La Trama Perdida no anunciara UNA NOCHE CON ANNA MATTHEWS, diría que el lugar ha salido de su propia mente. Con la fachada verde menta cubierta de sarmientos de glicina y el cálido resplandor que emiten sus ventanas de celosía, es justo el tipo de lugar en el que trabajaría una de sus heroínas.

O al menos una de las heroínas de la «antigua» Anna Matthews. La protagonista afable y resuelta que se dedica a llevar su pequeño negocio intentando no flirtear con el panadero sexy de la puerta de al lado. No la que se ve inmersa en conspiraciones de asesinato igual que la otra se sumerge en una historia de amor.

Esperamos en un silencio tenso al final de la fila para registrarnos. Grant no acaba de decidirse por una postura. Se cruza de brazos. Se mete las manos en los bolsillos. Se cruza de brazos otra vez.

El momento es surrealista, lo que constituye una ironía, dado que es el primer acontecimiento no ficticio que se produce en más de una semana. En algún lugar del establecimiento cuqui que tenemos delante hay una mujer que puede devolvernos nuestras vidas normales con solo mandar un documento de Word a la papelera virtual en un par de clics.

Que pueda y que quiera son dos cosas muy distintas, claro. Pero si nuestra petición de cese prospera, será el fin. Se acabaron Lesley, Lisa y el motivo para que Grant y yo sigamos en contacto. Volveremos a ser dos desconocidos.

—¿Crees que nuestros caminos se cruzarán de nuevo?

Me sobresalto al oír hablar a Grant, y aún más al percatarme de que los dos estábamos pensando lo mismo. Él no me mira, sigue con la vista fija en la mesa de registro a la que vamos acercándonos poco a poco.

El sí con el que querría responder se me atasca en la garganta.

—No lo sé —es lo que me sale, en un trémulo hilo de voz.

Necesito decir algo más, que lo buscaré cuando todo esto acabe, que le prometo no olvidarlo. Quiero proponerle quedar para comer o para dar un paseo. Ir juntos a una librería para echar un vistazo a los títulos y no para accionar algún tipo de palanca de emergencia existencial que desencadene nuestra autodestrucción.

Podríamos ser amigos, quizá. De verdad. Dos personas que no tienen mucho en común más allá de un sueño febril compartido, pero que de todas formas se alegran de conocerse.

Antes de poder hablar, me interrumpe una voz dulce.

—Nombres, por favor.

La joven de la mesa de registro, con su rostro redondo enmarcado por unas trenzas multicolor y las muñecas cubiertas por pulseras de la amistad, nos sonríe. Ella sí que debería ser la protagonista de una novela de Anna Matthews. Si hasta desprende un leve aroma a bollería casera.

Grant da un paso al frente.

—Hoffman —responde—. Grant. Somos dos.

La chica inclina la cabeza sobre la hoja de registro y recorre la lista de nombres con una uña rosa antes de detenerse de golpe sin haber llegado siquiera a la B. Alza la mirada con gravedad y esboza una pálida imitación de su anterior sonrisa.

—¿Me permitís un segundo?

Nos deja a solas con nuestra confusión y serpentea entre el gentío reunido camino del escenario improvisado al fondo de la librería. Una mujer alta de peinado pulcro y blusa de seda dispone botellines de agua junto a cada una de las sillas vacías, girándolas con la precisión de un robot para que la marca quede bien visible.

La joven del registro se le acerca y le susurra algo al oído que hace que levante la cabeza de golpe y nos clave una mirada de acero.

He oído decir a gente que odia las montañas rusas que lo peor es el lento clic-clic cuando se aproximan al punto más alto. La verdad es que nunca lo había entendido, pero ahora, al oír el taconeo de los zapatos de esta mujer cada vez más cerca sobre el parquet, creo que empiezo a pillarlo.

—¿Señor Hoffman? —Su voz es grave y precisa—. Soy Leah Reynolds, la asistente personal de la señora Matthews. Me temo que no vamos a poder permitir su entrada ni la de su acompañante al evento de esta noche.

—¿Cómo? —Su ceño se frunce tanto que casi se enrosca mientras se lleva la mano al bolsillo—. Pero me registré hace más de una semana. Aquí mismo tengo la confirmación. —Cuando toca la pantalla del teléfono para abrir el mensaje de correo electrónico, la mujer lo detiene con mano firme.

—Recibí su petición de registro —responde cortante—. También he recibido dieciocho preocupantes mensajes enviados a la señora Matthews en los que afirma estar atrapado dentro de su historia.

Lo miro boquiabierta. ¿Dieciocho mensajes? Si solo llevamos nueve días en Londres. Sabía que estaba desesperado por salir de aquí, pero… guau.

Grant se sonroja un poco.

—Entonces ¿no los ha visto?

—No, ni los va a ver. —Leah apoya las manos en la mesa que se interpone entre nosotros con gélido profesionalismo—. Yo me encargo de sus comunicaciones mientras trabaja en su próximo proyecto y puedo asegurarles que no le van a llegar. Como comprenderá, recibir una docena de mensajes no solicitados resulta alarmante. Así que he de pedirles que se marchen y que dejen de acosar a mi jefa. Se acabaron las súplicas, las exigencias y los inexplicables poemas. ¿Entendido?

Grant abre la boca para responder, y siento que se está preparando para informar a Leah de que dieciocho mensajes no son una docena. Pero lo que hace es soltar una carcajada desprovista de humor.

—Yo… Se trata de un terrible malentendido —afirma, al tiempo que se pasa una mano por el pelo—. En realidad es bastante gracioso.

—Muy gracioso —repito como un eco.

—No me interesa —replica Leah—, pero si lo desean puedo llamar a seguridad para que los saquen a la fuerza del establecimiento.

Grant la mira con el silencio asombrado de alguien a quien jamás han amenazado con llamar a seguridad.

Leah se cruza de brazos, impasible, y yo le doy a Grant un toque en el hombro.

—Venga —le digo mientras retrocedo—. Vámonos.

De vuelta en la calle, estamos tan estupefactos que los dos permanecemos en silencio un instante.

—Lo siento —decimos a la vez.

De inmediato, Grant me mira con el ceño fruncido. Es la única persona que haya conocido nunca capaz de arrugar el entrecejo de siete formas distintas como mínimo. Con angustia, con enfado, con reprobación, con un gesto específico de «me niego a admitir que moló un montón cuando secuestraste mi Uber». Y otro gesto que no acabo de entender. El de ahora está a medio camino entre la sorpresa y la confusión.

—Debería haberte ayudado mejor a contactar con Anna —digo. Me he pasado todo este tiempo jugando a la heroína de acción mientras él estaba solo enviando señales de auxilio.

—No creo que hubiera servido de mucho —responde señalando a su espalda hacia la asistente personal más aterradora de todo Londres.

—Aun así. Es evidente que te mueres por salir de aquí —digo—. ¿Cómo no vas a querer abandonar un mundo de asesinatos, cuerpos en llamas, sangre y vísceras? —Solo de decirlo se me revuelve el estómago.

—Cuidado —me advierte con dulzura. Al alzar la vista, me topo con su ceño fruncido a lo «ay, no vomites».

Grant no se merece lo que está pasando. Se merece recuperar su cómoda vida, volver a casa y ver a su gato y no tener que zafarse de una llave de cabeza nunca más.

Merece que alguien luche por su tranquilidad igual que él ha luchado a lo largo de esta historia.

—Encontraremos la manera de entrar —le aseguro cada vez más resuelta. Ninguna asistente guardiana de buzones de correo electrónico nos va a impedir recuperar nuestras vidas—. Venga, tiene que haber una ventana o un conducto de aire por el que podamos colarnos, ¿no? O podemos disfrazarnos de camareros y entrar con el servicio.

—A ver, lo primero: estás pensando en una comedia de situación —contesta frotándose la frente—. En una comedia de situación de espías, vaya. Lo segundo: es un encuentro con una autora en una librería independiente. No creo que haya camareros. No creo ni que haya refrescos.

—Vale, pues usaremos la puerta trasera —anuncio encaminándome desesperada de vuelta a la tienda.

—Roxie —me llama.

—Vamos por este callejón. Tiene que haber una forma de…

—Roxie. —Me sujeta del brazo. Cuando me vuelvo para mirarlo a la cara, el corazón me late en algún punto cercano a la garganta—. Déjalo —dice con un tono tan suave como resuelto.

—Pero…

—Demos un paseo —propone de un modo tan inesperado que al principio no sé si lo he oído bien. Pero me suelta el brazo y, con una contundencia nacida del cansancio, añade—: Es lo único que me apetece. Pasear por Londres y admirar la ciudad y disfrutar de una noche tranquila, normal. ¿Podemos hacerlo? ¿Por favor?

No sé qué responder. Un paseo, sin más. Con lo mucho que querría hacer algo por él, buscar la forma de arreglarlo todo. Pero

por ahora, una velada ordinaria, sin pretensiones, es lo mejor que puedo ofrecerle. Así que asiento. Y juntos, sin mediar una palabra más, damos la espalda a la librería y echamos a andar por la acera.

Dejamos atrás tiendas cerradas y restaurantes llenos, caminamos envueltos por el aire fresco, las luces cálidas y el silencio insoportable de Grant. Nunca lo había visto así. Trato de atrapar su mirada con la esperanza de adivinar su estado de ánimo, de averiguar si este Grant silencioso es un Grant derrotado o la calma antes de la tormenta. Pero él tiene la mirada fija en la calle ante nosotros y solo veo su perfil: la mandíbula tensa, los labios prietos, la expresión pensativa.

Al cabo de seis o siete edificios, inspira hondo y tranquilo, como uno haría con el puro aire marino. No diría que está relajado (de eso no podría acusarlo nunca nadie), pero parece reflexivo. Daría cualquier cosa por saber qué se esconde tras ese entrecejo levemente fruncido.

No dice nada hasta que llegamos a las callejuelas adoquinadas de Covent Garden, donde se vuelve hacia mí con semblante serio.

—¿Tienes hambre?

Estudio su rostro en busca de signos de una inminente espiral hacia la perdición, un indicio de crisis, un mero atisbo de ansiedad por lo que podría haber sucedido. Nada.

—No me importaría comer algo —respondo.

Así que nos vemos atraídos por el resplandor ambarino de un restaurante griego, y nuestro paseo se convierte en un paseo con cena.

Acomodados frente a una bandeja de pita y *tzatziki*, estoy a punto de agarrar el toro por los cuernos y preguntarle si se encuentra bien de verdad, cuando me dirige una mirada curiosa.

—¿Cuál sería tu última comida si estuvieras en el corredor de la muerte?

Trago con dificultad.

—¿Crees que esta es nuestra última comida?

—No —contesta—. Solo me preguntaba cuál es tu comida favorita.

Sí que hay una nueva serenidad en él. Tal vez ha olvidado por qué estamos aquí o puede que tan solo esté demasiado cansado para dejarse llevar por el pánico. En cualquier caso, me resulta desconcertante y en cierto modo agradable.

—Churros —respondo—. Churros con Coca.

—¿El refresco o la droga?

—Sí.

Se le escapa un resuello por la nariz que casi podría confundirse con una carcajada.

—No es demasiado nutritivo.

—Voy a morir. ¿Para qué quiero nutrirme?

—Pues tienes razón.

Su primera elección es el pastel de pollo de su madre, pero luego decide que no sería justo pedirle que cocine cuando su hijo está a punto de morir, por lo que opta por un bocadillo italiano de una tiendita cercana a su apartamento.

A continuación le pregunto qué barrita de chocolate le ofrecería a un hombre de las cavernas y poco después estamos enzarzados en una conversación sobre situaciones hipotéticas: qué versos de una canción nos tatuaríamos, qué haríamos con un millón de dólares, a

qué Chica de Oro salvaríamos de un incendio. Conforme transcurre la velada me doy cuenta de lo mucho que desconozco sobre Grant. Que es fan acérrimo de Dorothy Zbornak. Que se crio en Nuevo Hampshire, donde su pasatiempo supersecreto (que se sigue negando a confesarme) no era la magia ni la zumba ni las competiciones de cubo de Rubik. Y que el libro que se llevaría a una isla desierta, y lo reconoce casi a regañadientes, es *El hobbit*.

—Me sorprende —admito al tiempo que me sirvo de un plato de *souvlaki*—. Creía que eras más de novela negra. ¿A que al final secuestré al profesor equivocado?

Se encoge de hombros sin dejar de masticar.

—De pequeño no leía novela criminal. Eso era cosa de mi padre. —Se concentra en trocear su pita—. Empecé a leer los libros de su colección cuando murió hace unos años. Y resultó que me gustan. —Antes de poder ofrecerle mis condolencias, levanta la vista y me sonríe con amargura—. Supongo que ahí fue cuando por fin descubrí que teníamos algo en común, ¿sabes?

La tensión en su voz me provoca una oleada de tristeza. Yo nunca he tenido ese problema con mis padres. Puede que me juzguen por los intereses que comparto con el otro, sí: mi padre pone los ojos en blanco con mis novelas románticas; mamá querría que no disfrutara tanto del peligro. Pero, al final, siempre tengo algo en común con los dos.

—Lo siento —digo—. Los padres son complicados.

Me preocupa haber dicho algo inadecuado, porque con dos progenitores vivos no puedo tener la menor idea de cómo se siente Grant, pero él enarca las cejas como diciendo «y tanto» al tiempo que repite:

—Sí, los padres son complicados.

Se queda mirando su plato mientras remueve la comida con el tenedor. Veo que hay algo que le gustaría añadir, pero que todavía no está preparado para hacerlo. Así que soy yo quien rompe el silencio.

—«Follar, casarse, matar», versión presidentes de Estados Unidos.

Suelta una carcajada y, de inmediato, volvemos a lo nuestro y nos ponemos a debatir si es mejor casarse con alguien por su atractivo físico, sus políticas o su capacidad para permitir ponerte Grant Grant como nombre legal.

Después de cenar, decidimos que, ya que hemos llegado hasta aquí, bien podemos volver paseando a casa de Lesley. A medida que los edificios de piedra blanca se tornan minimalistas establecimientos con fachadas de cristal para luego volver a los edificios, me doy cuenta de que es la primera vez que veo el Londres real, no como escenario de un trepidante thriller, sino como ciudad. Una urbe de verdad, llena de gente de verdad, de lugares y de pequeños detalles. Las placas azules que señalan dónde vivieron y murieron personas ilustres. El eco de las risas que nos llegan desde los restaurantes. Pasamos por delante de los teatros del West End, de la National Gallery, de Trafalgar Square.

—Sin querer, hemos tomado una ruta de lo más turística —comenta Grant.

—Será porque no nos salimos de las calles principales —respondo —. Creo que tendríamos que alejarnos del camino más transitado para descubrir las joyas escondidas.

Grant mira con desconfianza una callejuela sombría.

—Puede que para la próxima —reconoce—. Por ahora, el camino más transitado me parece estupendo para evitar que nos asesinen.

—Grant, si todavía no has aprendido que te pueden asesinar en cualquier momento y en cualquier lugar, yo ya no sé qué decirte.

Me dirige una mueca burlona y proseguimos por la calle bien iluminada, pero da la casualidad de que hasta la vía más principal se guarda alguna que otra joya bajo la manga. Encontramos decenas de memoriales y estatuas por el camino y nos entretenemos intentando adivinar sus orígenes. Las historias que yo me imagino tienden a ser ridículas; las de Grant son más plausibles, aunque de vez en cuando me sorprende inventando alguna barbaridad. Con todo, pone tal cara de póquer que me trago sus embustes una y otra vez.

—Por cierto, quería darte las gracias —dice cuando nos hemos detenido a leer la inscripción de una estatua de alguien que resulta no ser Guillermo Grillywiggings, inventor de la grillera doméstica— por haberme salvado el pellejo antes.

—Ah. —Casi se me había olvidado cómo empezó la jornada, cómo por unos instantes creí que no volvería a ver vivo a Grant y cómo hizo que todo lo demás careciera de importancia. De pronto me siento cohibida e incómoda—. No ha sido nada —respondo con demasiada despreocupación al tiempo que doy un puntapié a un guijarro—. Yo… esto… te cubro las espaldas.

—Y yo a ti.

Le ofrezco una pequeña sonrisa de agradecimiento. Casi me la devuelve, pero entonces arruga la cara.

—Ayyy, no me mires así —se queja.

—¿Así cómo?

—Así como diciendo: «Gracias, Grant, es muy mono que creas que podrías batirte con alguien». Lo intento, ¿vale?

—¡Claro que lo intentas! Y lo estás haciendo genial.

—No es que no tenga mis puntos fuertes. Si nos enfrentáramos a alguien que fuera más de mi estilo… —intenta poner cara de tío duro, pero no parece capaz de mantenerla—, que se ande con cuidado.

—Total —añado yo—. Si alguna vez nos encontrásemos a un asesino en serie dispuesto a cortarnos la cabeza a menos que respondamos a tres acertijos, serías la única persona que querría a mi lado.

Grant sonríe de oreja a oreja, y la risa nos sale a borbotones hasta que retrocede y deja tras de sí un par de sonrisas, como la superficie de un lago que volviera a la calma.

Desvío la vista por encima de su hombro.

—No mires —le digo, lo que hace que se vuelva de golpe—. Ahora sí que estamos hechos un buen par de turistas.

Como para confirmar mis palabras, el Big Ben da la hora ante nosotros. Puede que sea un cliché, pero nos da igual, vamos corriendo a buscar un lugar en el puente de Westminster desde el que admirar el colosal reloj, bañado en una gloriosa luz dorada. No puedo evitar soltar un suspiro.

—Bueno, puede que no nos hayamos encontrado una fiesta caníbal en el metro…

—Yo estaba pensando más bien en un acogedor pub local, pero vale.

—En cualquier caso, no estoy segura de que pudiéramos decir que hemos estado en Londres si no hubiéramos visto el Big Ben al

menos una vez.

—Lo que estamos viendo, de hecho, es la Elizabeth Tower —replica Grant más Grant que nunca—. El Big Ben es la campana del interior.

Me siento tentada de resoplar con fastidio solo de oír el «de hecho», sin embargo, algo en su forma de decirlo hace que me pare. De pronto pienso que tal vez su intención no sea hacerse el listo. Puede que tan solo sea listo e incapaz de impedir que todos los datos que guarda en la cabeza escapen de vez en cuando. Y he de admitir que he aprendido un montonazo de cosas con él.

—Lo siento —suelta de pronto, y no creo que se refiera a su sabiondez.

—No pasa nada.

—Sí, sí que pasa. No debería haber enviado todos esos correos electrónicos. Es que estaba asustadísimo. Me sentía impotente y desesperado por salir de aquí, me volví un poco loco y lo he echado todo a perder. También para ti.

Me quedo callada un segundo. No creo que sea él quien deba sentirse culpable. Pero no sé qué responder. Carraspeo.

—¿No habías escrito una quintilla, un soneto o algo así?

Grant arruga la frente y se pasa la mano por el mentón.

—Sí. Como ya te he dicho, me sentía impotente y desesperado.

—Imagino que no me dejarías echar un vistazo… —Espero a que me dirija una mirada de «vete a freír espárragos», pero no. En su lugar, aunque se le nota avergonzado, se saca el móvil del bolsillo y toquetea la pantalla antes de tendérmelo, mirando a otro lado.

—Es lo suyo.

Bajo por la pulcra fila de mensajes, dieciocho nada menos, y empiezo a leer. Al comienzo parecen bastante razonables, o todo lo razonables que uno puede esperar dadas las circunstancias, pero luego la cosa degenera.

Estimada señora Matthews:
Sé que esto le parecerá increíble, pero le ruego que siga leyendo. Me llamo Grant Hoffman y he sido secuestrado por su protagonista, Roxie Mitchell. Por algún motivo, todo lo que usted escribe nos sucede a los dos en la realidad, y parece evidente que, de continuar la historia, nos veremos en grave peligro. ¿Estaría dispuesta a que nos viéramos para hablar del asunto? Nos encontramos en Londres (probablemente porque usted ha ambientado su libro aquí), por lo que podría adaptarme a su agenda, siempre y cuando no planee en su trama un asesinato que coincida con ese momento.

Atentamente,

Grant Hoffman

Señora Matthews:
Sé lo que pretende con la escena de Harrods, pero no me dejo comprar tan así como así. Necesito salir de aquí, por lo que le ruego que pare de escribir. Está usted poniendo en peligro a seres humanos reales. Tengo una vida. Tengo un gato. ¿Es que eso no significa nada para usted?

Atentamente,

Grant Hoffman

Anna: NO QUIERO SER PRESA DE LA BESTIA. PARE DE UNA VEZ, POR FAVOR.

Atentamente,

Grant Hoffman

Toc, toc.
¿Quién es?
Un personaje secundario accidental metido en una desastrosa novela de crímenes desatados que acaba de ver a un tipo ¡QUEMARSE A LO BONZO!
Por favor, acabe con esto.

Atentamente,

Grant Hoffman

Las rosas son rojas;
las violetas, azules,
sáqueme de aquí de una puta vez
(con todo respeto).

Atentamente,

Grant Hoffman

Basta, basta, basta, basta
por favor, basta, basta, basTA, BASTA

BASTA, BASTA, BASTA, BASTA

Atentamente,

Grant Hoffman

—Un haiku —digo—. Muy bonito.

Grant asiente.

—E incluye un acróstico. Si lo lees de arriba abajo dice SOCORROSOCORRO.

Pero no es ese mensaje el que me llama la atención. Salto hasta el último, fechado el 7 de marzo, hace tres días.

Mire, yo también soy escritor. Lo entiendo. Tiene usted una protagonista fantástica que debe de ser tan estupenda de escribir como lo es de leer. Es enérgica, divertida e ingeniosa, y aunque es el caos personificado y es tan valiente que roza lo patológico, estoy seguro de que tiene pensada alguna manera de explicarlo. Pero mucho me temo que nunca lo averiguaremos porque va a conseguir que nos maten a los dos.
¿Podría responderme al menos?

Atentamente,

Grant Hoffman

Cuando levanto la vista, doy gracias al ver que Grant tiene la mirada perdida en el agua. Tengo la cara como una estufa y es probable que se me note.

—Me gusta esto —dice al tiempo que una brisa suave le acaricia el pelo—. Bueno, ya sabes, cuando es una simple ciudad y no la capital

mundial de los asesinatos en serie.

—Cosa que no sucede a menudo. —Le devuelvo el teléfono—. La temporada de asesinatos en Londres va de marzo a febrero. Por eso todos los villanos de las pelis son británicos.

—Ah… —Grant asiente—. ¿Con un breve parón a lo *Love Actually* en Navidad?

—Por supuesto.

El paseo de vuelta a casa de Lesley es largo, y más largo resulta cuando nos desviamos varias veces al tomar la dirección equivocada antes de terminar por rendirnos y consultar el camino. Aun así, cuando vislumbramos las cálidas luces de la casa, dudamos si entrar. Puede que sea porque hace una noche preciosa, tranquila e inusualmente templada. O tan solo porque cuando atravesemos las puertas, nos encontraremos de vuelta en una trama de asesinatos, y preferiríamos saborear los últimos instantes de lo que sea que está siendo esta noche.

«Una vida entera de normalidad», dijo Grant en Boston. En su momento me sonó a condena. Pero si esta ha sido una noche de normalidad, es posible que la normalidad sea bonita. Puede que hasta maravillosa.

Así que, aferrándonos a la normalidad un poco más, decidimos aprovechar que tenemos las llaves del reino de Lesley y vamos a explorar el jardín privado al otro lado de la calle.

—Siempre he querido sentarme en uno de estos jardines —explico mientras me acomodo en un banco para admirar el sereno verdor. Los setos de hoja perenne nos protegen de las calles alrededor; los árboles desnudos se recortan contra las casas señoriales—. Desde que vi a Hugh Grant y a Julia Roberts colarse en uno en *Notting Hill*.

—¿Y? —pregunta Grant, sentado a mi lado—. ¿Es tal y como esperabas?

Ladeo la cabeza y reflexiono.

—Está bien. Un poco anticlimático, creo. No es tan divertido cuando una no salta la verja.

Grant asiente; la sombra de una sonrisilla asoma en la comisura de su boca.

—Ya, no esperaba menos de ti.

De pronto me viene a la memoria el último correo que le envió a Anna. «Enérgica, divertida e ingeniosa». También dijo que soy un caos y que tengo algo patológico, pero da igual. Vuelve a surgir una pregunta que me reconcome desde que estuvimos en el puente.

—¿Por qué dejaste de escribir a Anna?

Grant permanece callado un instante, parece examinar el césped a nuestros pies.

—Bueno, en primer lugar, porque íbamos a verla —responde—. Y, de todas formas, tampoco me contestaba, así que no tenía demasiado sentido seguir intentándolo.

Asiento, sin saber si debería hacer la pregunta obvia, pero incapaz de contenerme:

—¿Y en segundo lugar?

Cuando alza la mirada, su silencio se extiende durante más tiempo. A pesar de la oscuridad, noto cómo sus ojos están fijos en mí, como si quisiera elegir las siguientes palabras con el máximo cuidado. Al rato, aparta la vista y dice:

—Creo que me ha venido bien estar aquí. De algún modo, lo necesitaba.

Vuelve a poner esa cara, como si tuviera algo más que decir. Esta vez sí espero.

—Mi padre solía decir: «El que vale, vale; y el que no, enseña» —termina por confesarme—. Refiriéndose, en concreto, a mí. Mi madre siempre repetía que era de broma, pero había un fondo de verdad. Él tenía otros planes para mí y lo decepcioné.

»Pero quería demostrar que estaba equivocado. Pensé que lo conseguiría si lograba algo lo bastante significativo. Entrar en una buena universidad o que me ofrecieran un buen contrato a pesar de mi título supuestamente inútil. Escribir la gran novela americana. Al final, mi padre tendría que admitir que su hijo no era un fracasado.

A pesar de la oscuridad, veo el dolor dibujado en sus facciones. La tensión de mandíbula. El peso que carga.

—En cualquier caso, le dio un infarto y se acabó. Nunca conseguí hacerle cambiar de idea. Fue como si al reloj se le hubiera agotado la pila y todo lo que pensaba de mí se hubiera quedado inmóvil. Me vi incapaz de recordar por qué hacía las cosas, por qué escribía. Así que lo dejé, y terminé dándole la razón. Apenas… existía. Apenas participaba en mi propia vida, como si todo estuviera velado de gris.

Pienso en el Grant angustiado y agotado que conocí en Boston, vomitando datos sobre su vida desde el asiento trasero. Un grito de auxilio que en realidad no entendí. Puede que él tampoco lo entendiera en ese momento. Vuelve a mirarme a los ojos.

—Estos últimos diez días han sido los más aterradores de mi vida. Pero, hasta cierto punto, he terminado por preguntarme qué da más miedo: seguir aquí o volver a como estaban las cosas.

—¿Y? —pregunto en un hilo de voz, como si tuviera una canica atascada en la garganta.

Grant se encoge de hombros.

—No tengo ni idea. Pero creo que haberme hecho la pregunta ya significa mucho. Y sí que sé que, durante estos últimos diez días, al menos, por fin he hecho algo.

Ojalá supiera qué decir. Me alegro de haber escuchado sus palabras, de haber ido completando esta imagen de Grant como en un kit de pintar por números. Siento una punzada de pena por lo que perdió, y otra de furia por la injusticia que supone. Por pensar que alguien lo haya considerado una decepción. «El que vale, vale…». Esas palabras debieron de calar hondo para llevarlo hasta donde lo llevaron.

—Son chorradas, ¿vale? —termino por decir—. Enseñar es valioso. Y resulta duro, y terrorífico. Uri lleva años intentando convencerme para dar clases en el gimnasio. Una vez a la semana, como mínimo, me pide que me saque el certificado y siempre le doy alguna razón por la que no puedo. Pero la verdad es que me muero de miedo.

—Y yo que pensaba que no le tenías miedo a nada.

«Valiente», así fue como me describió en su mensaje a Anna; al recordarlo me sonrojo de nuevo. Si él supiera…

—Me encanta practicar defensa personal —respondo—. Y si lo de enseñarla no funcionara…, no quiero arruinar algo que me gusta. —Sonrío—. Puede que el que no valga para enseñar se dedique a los trabajos temporales.

Me obligo a decirlo entre risas, pero no me borra la incómoda sensación de estar compartiendo demasiado de mí, ni tampoco la expresión pensativa de Grant.

—Eres buena enseñando —afirma—. Sigo vivo, ¿no? Eso tiene que contar.

Oírselo decir significa mucho, aunque no estoy segura de qué. Tengo una especie de sensación extraña, como si hubiera dicho y oído demasiado, y debiéramos dar marcha atrás hasta que Grant deje de mirarme como lo hace.

—Así que tu padre quería que hicieras algo distinto. ¿Crees que tendría esto en mente?

Grant deja escapar una carcajada desdeñosa.

—Seguro que su idea iba más en la línea de que me sumara a mi hermano Ted y lleváramos juntos el negocio familiar.

—Ah… —asiento—. Así que lo que quería era que te unieras a la mafia.

—Claro, siempre que para ti cuente como mafia una ferretería en la que lo más dramático jamás sucedido es que Ted se clavó sin querer a una pared con una pistola de clavos. —Resopla; se trata una vez más de esa especie de carcajada medio reprimida. Me pregunto cómo será cuando se ría de verdad—. Aun así, creo que le habría gustado esta historia. Y, si te soy totalmente sincero… Dios, sé que me arrepentiré de lo que voy a decir, pero… —me mira vacilante y suspira— es posible que, en los últimos tiempos, no haya detestado cada segundo de esto.

Es como si alguien me hubiera retirado de los hombros una pesada manta.

—Me alegro mucho de que lo hayas dicho porque, lo siento, pero, si te soy totalmente sincera, creo que a mí me está encantando.

Sigue pareciéndome terrible admitir algo así, y en cierta medida espero que me mire con un nuevo ceño fruncido: el de «me siento traicionado». Pero tan solo asiente.

—Sí, ya lo sé.

—¿Que lo sabes? ¿Cómo?

—Porque cada vez que estamos en peligro mortal, te brillan los ojos. Hasta el punto de que, cuando sonríes ahora, entro de inmediato en modo de lucha o huida.

Una sonrisita pugna por asomar a mis labios, por lo que me los muerdo.

—Y entonces ¿qué? —pregunto—. Si ninguno de los dos detestamos esto, ¿seguimos adelante? ¿Con sus peligros y todo?

Hay una parte de mí que cree que cambiará de idea, por lo que quiero darle la opción de hacerlo. Pero, al cabo de un momento de silencio, responde con decisión:

—Dentro de una semana tenemos una nueva oportunidad de ver a Anna. Si para entonces la trama no ha concluido y la cosa va fatal, lo intentamos otra vez. Pero puede que no haga falta. Puede que esté bien.

Quiero alegrarme, y sé que terminaré haciéndolo. Pero primero me permito asombrarme por el hecho de que Grant, el hombre que pasó los primeros días desde que nos conocimos asegurándose de que supiera que lo había arrastrado hasta el decimoséptimo círculo del infierno, ahora piensa que una historia de asesinos en serie podría estar «bien». Debe de leer el escepticismo en mi cara, porque añade:

—No me malinterpretes. Ha sido realmente perturbador vivir de cerca mucho de lo sucedido en esta historia, pero ¿desde la perspectiva del lector? Posee cierta ligereza. Los villanos de opereta, las gracias de Lesley, y Lisa…, toda ella. No estoy seguro de que esto sea una novela negra pura y dura. Podría ser más bien como una comedia negra.

El alivio me inunda una vez más. «Ligereza». Me encanta la ligereza. Me conformo.

—Podrías decir que soy muy graciosa y punto —replico dándole un golpecito en el hombro—. Sé que lo piensas. He leído tus correos.

Grant pone los ojos en blanco y se da media vuelta.

—Solo intentaba hacerle la pelota a Anna para que nos dejara marchar.

La idea de que Grant le haya hecho la pelota a nadie en la vida es tan ridícula que no puedo sino clavarle una mirada y enarcar las cejas. Él me la sostiene, como si fuera un reto, pero acaba por rendirse.

—Vale, a veces tienes cierta gracia.

—Y molo un montón —añado—. Sobre todo cuando me marco un *Grand Theft*…

—Pensándolo mejor, preferiría pasear entre el tráfico.

Cuando Grant se levanta del banco, no puedo evitar soltar una risita por este juego tonto al que estamos jugando y tirarle de la manga para que se vuelva a sentar. Finjo cerrarme la boca con cremallera, cerrarla con llave y guardarme la llave en el bolsillo interior de la cazadora. Con los ojos entrecerrados, él me lo abre, acerca la mano y hace el gesto de lanzar la llave muy lejos.

Me encojo de hombros.

—Vale, tengo una de repuesto.

—Vale. —Grant esboza una sonrisa renuente.

Pues ya está. Una semana más así. El corazón me da un pequeño vuelco al pensar en todo a lo que no vamos a renunciar todavía. Las persecuciones, el seguir de incógnito, los puñetazos. Lesley y Lisa. Todo el peligro. Toda la intriga.

Y nosotros dos. Grant y yo contra un anárquico mundo ficticio. Enfrentándonos al peligro juntos, viéndonos arrinconados y encontrando la salida una vez más. Puede que, con suerte, hasta haya más noches como esta: momentos robados de quietud, sentados uno al lado del otro. Más cerca de lo que jamás creí que me sentiría cómoda, pero inexplicablemente tranquila. Puede que un poco perdida en otro mundo, en su mundo, pero sin demasiadas ganas de buscar la forma de salir de él.

Es justo entonces, en ese jardín iluminado por la luna, sin otro sonido que el de los pájaros adormilados y el rumor de las hojas y el silencio perfectamente común de la noche a nuestro alrededor, con Gran sonriendo para sí y lo bastante cerca de mí como para oír su corazón, cuando por fin me doy cuenta de algo: estoy metida en un buen lío.

17

Es un bonito día en la ciudad de Londres y he salido a correr, y todo está bien, pero que estupendamente bien, porque no me he pillado por Grant y por eso salgo a correr como siempre, con normalidad. ¿La noche esa en el parque, en la que apenas he pensado durante los tres días y once horas transcurridos desde entonces? Aquello no fue más que un pequeño desliz debido a esos raros momentitos de vulnerabilidad y no se va a repetir. Porque todo ha vuelto a la normalidad. Y no me he pillado por Grant. Y lo sé por la absoluta normalidad con la que he salido a correr.

Paso junto a un autobús estacionado en medio de la calle. Qué curioso. Entonces me doy cuenta de que no está aparcado, sino circulando a una velocidad normal y que soy yo quien, de hecho, lo ha adelantado.

Solo al detenerme de golpe me percato de que mis pulmones están tratando de incinerarme desde el interior. Joder. Esto no está funcionando.

Apoyo la espalda en un edificio a la sombra y siento el frescor de los ladrillos. En ese instante de silencio, solo interrumpido por mi respiración entrecortada y mi corazón palpitante, la mentira se derrumba como un castillo de arena.

Me he pillado por Grant como una imbécil.

No puede ser. Por lo general, yo no permito que estas cosas pasen. Un poco de flirteo en vacaciones está fenomenal, pero ¿sentimientos? ¿Sentimientos de verdad, y por alguien que vive en la misma ciudad que yo (si es que alguna vez volvemos, claro)? Podrían verse rechazados o, lo que es peor, correspondidos. Y los sentimientos correspondidos tienen la manía de convertirse en relaciones. Y las relaciones tienen la manía de romperle el corazón a la gente y arruinarle la vida.

Motivo por el que, normalmente, se me da de vicio mantener alejado el corazón. Pero Grant se me ha colado por dentro. Me ha pillado con la guardia baja, me ha engañado para que lo conozca y lo aprecie antes de poder darme cuenta de que podría haber algo entre nosotros.

Y lo peor es que no puedo huir y punto. Estamos atrapados en esta historia a vida o muerte, y la atracción irá a peor, lo sé. Tenemos que seguir entrenando a diario. Hemos practicado la mayoría de las maniobras de defensa básicas, así que ahora cada mañana tengo que buscar movimientos que enseñarle y que no impliquen un contacto físico cercano. Me he pasado dos días enteros mostrándole cómo quitarle un arma a alguien de una patada, lo que casi nunca es la respuesta. Hemos dedicado horas a conceptos vagos como «usar lo que uno tenga a mano» o «mantener el efecto sorpresa», evitando, por supuesto, cosas como «intentar escapar cuando una está aplastada contra el suelo por un rival hasta que el momento da un giro radical y, de pronto, os estáis besando».

Y luego tenemos a Lisa, con su vista de lince y su movimiento de cejas cada vez que Grant y yo nos atrevemos a mirar al otro, aunque sea de reojo.

Le escribo un mensaje de texto a Steph («SOCORRO, me he pillado por un tío»), pero lo borro, porque sé lo que me va a decir. Algo del tipo: «¿Prefieres que en la boda lea un fragmento de la carta a los Corintios o de *Crepúsculo: Amanecer*?».

Me obligo a inspirar por la nariz y exhalar por la boca. Decido que todo va a ir bien. Que todo está bien, porque soy una adulta con autocontrol. ¿Qué más da que me haya pillado un poquitín? No tiene por qué enterarse nadie. Hasta puedo convencerme para que se me pase. Grant no es más que mi cómplice en la típica historia de dos compañeros que resuelven crímenes. O que los impiden, vaya. Me gusta, pero como colega; es sobre todo una cuestión de instinto de supervivencia. No hay más. Me lo repito como si fuera un mantra: «No hay más».

Continúo corriendo sin prisa («sin prisa, ¡sin prisa!, ¡¡¡sin prisa!!!», me advierto en silencio) y me concentro en los motivos por los que no siento nada por Grant. Lo juzga todo. Es un sabiondo. Y un manojo de nervios. Lo veo en la forma en que se frota el mentón, en que le tiemblan las manos un poco cuando está ansioso. Pero de todas formas lo intenta. Siempre lo intenta. Y en sus ojos aparece una expresión resuelta, aunque esté muerto de miedo, porque está decidido a ayudarme y a estar siempre a mi lado. No podría desear un mejor compañero de equipo en esta historia; no hay nadie que me haga sentir tan inundada de sol como él cuando esboza esa sonrisa renuente… Vale, sí, no. Esto tampoco está funcionando.

Corro hasta llegar al cementerio. No sé si será de mal gusto correr por un cementerio, pero tal vez reflexionar sobre la mortalidad y encontrarme entre difuntos y empaparme de su sabiduría me dará un pequeño respiro.

Me siento de lo más irritada con todos los difuntos y lo poco que me están ayudando cuando, por fin, veo algo que me saca del torbellino en que se ha convertido mi cerebro. Sentado sobre una mantita delante de una pequeña lápida, con un libro en la mano y un bolso de viaje de cuero al lado, está Lesley.

Sorprendido, suelta el libro cuando me ve aproximarme.

—Anda, no esperaba verte por aquí —dice.

—He salido a correr un rato —respondo jadeante.

Lesley enarca las cejas.

—¿Hasta aquí? Estamos a más de quince kilómetros de casa.

Madre mía. ¿Quince kilómetros?

—Yo… necesitaba despejar la mente un poco.

Se hace a un lado y da una palmada en la mantita, sobre la que me dejo caer a plomo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

Desliza el pulgar por el libro.

—Siempre le leía a mi hermana. No vi el motivo para dejar de hacerlo. Ah, perdón… —Deja el libro y vuelve el rostro de la lápida a mí y otra vez a la lápida—. Roxi, Agnes. Agnes, Roxie.

—Esto… encantada —le digo con apuro a la lápida.

—No puede oírte —señala Lesley mojándose un dedo con la lengua antes de pasar la página—. Está muerta.

Entonces comienza a leer en voz alta un capítulo de un *cozy mystery* sobre una maestra galesa que se convierte en detective. Al principio me veo como una intrusa en un lugar sagrado, pero a medida que Lesley prosigue con la historia, poniendo voces y todo, me siento honrada de presenciar este pequeño ritual.

Lesley llega al momento de suspense con que acaba el capítulo y coloca un gastado marcapáginas en el punto correspondiente.

—Continuará —dice con la vista fija en la lápida antes de darle una palmadita.

La inscripción es pequeña y humilde, no dice más que EN CARIÑOSO RECUERDO DE AGNES MARY BURNS, 6 DE MAYO DE 1952 - 23 DE OCTUBRE DE 1960. Solo tenía ocho años. La mayoría de las lápidas a su alrededor están descuidadas, cubiertas de musgo y moho, pero la de Agnes está limpia y bien conservada.

Lesley ha sido una vívida presencia desde que nos conocimos, pero este momento añade nuevos matices a la imagen que tengo de él. Con todas sus idas y venidas, con el ajetreo de sus talleres y la búsqueda de pistas y esas sesiones de arte callejero de incógnito que pueden o no haber tenido lugar, me pregunto con qué frecuencia habrá logrado escabullirse para venir a leerle a Agnes.

—Habría podido convertirse en una verdadera investigadora —comenta Lesley sacándome de mis pensamientos—. De niños resolvíamos misterios, ¿sabes? Quién se había comido la última galleta, quién rompió una ventana…, ese tipo de cosas. Nos hacíamos llamar Detective Higgins y Detective Wiggins. Al final yo me aburría y detenía a nuestro perro como sospechoso, pero Aggie no cejaba. Bajaba con paso firme por la calle e interrogaba hasta al último vecino. Una vez hizo llorar al cartero con tantas preguntas. —Se ríe por lo bajo al recordarlo—. Nunca supe cómo era posible que alguien tan pequeño poseyera una chispa tan grande. En eso, Lisa me recuerda a ella.

—¿Qué sucedió? —pregunto en voz baja; no quiero extralimitarme.

Lesley retira un poco de tierra de la lápida antes de responder:

—Cáncer. El asesino más cruel que haya conocido jamás. Despiadado y sin motivo. —Suspira—. Yo crecí y amasé una gran fortuna y me aburrí de ver cumplidos mis sueños. Así que imaginé que también podría ver cumplido el suyo.

Siento una punzada cuando cala en mi interior lo que Lesley busca en realidad con esta historia de resolver crímenes. No es la venganza ni la gloria, tan solo la cercanía con un ser amado y perdido. Por muchos años que hayan pasado, Lesley no quiere cerrar el libro de su niñez y olvidar la vida que su hermana habría vivido. Puede que, como detective, sea un tanto torpe, pero no puedo evitar sentir que, a pesar de todo, Agnes estaría orgullosa de él.

Solo entonces me percato de que, en realidad, Agnes nunca ha existido. Que ni siquiera Lesley, sentado frente a mí con un libro en las manos salpicadas de manchas solares, mirándome a través de sus gafas con unos ojos rodeados de patas de gallo, existe. En realidad no. Y como odio la sola idea, la descarto. De todos modos, ¿qué es la realidad? Puede que Lesley y yo no ocupemos la misma, pero por ahora me alegro de vivir en la suya.

Visto que estamos compartiendo un momento de confidencias, me atrevo a hacerle una pregunta más.

—¿Qué pasó con Wally?

Lesley arruga la nariz con desagrado.

—Le gustaría olvidar que una vez formamos equipo. Éramos compañeros, aunque uno de nosotros era policía y el otro jamás habría deseado nada tan aburrido para sí. Todo en secreto, claro. Las operaciones que yo llevo a cabo no siempre son lo que se dice legítimas.

—Qué me dices…

—Mis métodos —Lesley ríe por lo bajo— no le suponían mayor problema cuando lo beneficiaban. Pero se produce un pequeño contratiempo durante la persecución de un sospechoso y, de pronto, soy «un lastre» y «un obstáculo para la justicia». —Pone los ojos en blanco—. En serio, por estrellar un coche patrulla. Ni que no tuvieran más. —Borra el recuerdo con un gesto de la mano—. En fin, mejor así. Me puse por mi cuenta, contraté a Lisa y aquí estamos. Al final me va mejor sin las trabas que Wally me ponía. Por ejemplo, mira lo del grupo de Facebook: lo descubrí cuando a un asesino idiota se le cayó el teléfono en la escena del crimen. Otro lo llamaría manipular pruebas; yo lo llamo un filón. Si Wally lo hubiera encontrado, lo habría envuelto en plástico y cinta roja, y habría dejado que se pudriera en el almacén de la policía.

Chasquea la lengua y niega con la cabeza, apenado por la situación.

—Te garantizo que, si Grant y tú no le hubierais avisado, jamás habría atrapado al Raptor. Se limitaría a investigar en los círculos habituales, sin arrestar a nadie y amenazando con arrestarme a mí por interferir con la justicia.

—¿Por qué no lo hace? —pregunto—. Sin ofender, pero diría que tiene base para detenerte.

—Por favor… —Lesley se carcajea—. Me debe demasiado, y jamás se arriesgaría a revelar el secreto tras sus anteriores éxitos. Ahora prefiere fracasar solo que triunfar con mi ayuda. Es como si no quisiera que se resolvieran los crímenes.

Vuelvo a recordar mi encuentro con Wally, cómo parecía especialmente furioso porque alguien hubiera dado con una pista

clave para su investigación. Cómo hizo callar a Howard cuando estaba a punto de darnos información sobre mister Page.

Lesley se da una generosa palmada en el muslo y se vuelve hacia mí con expresión optimista.

—En fin, eso es agua pasada. ¿Quién necesita a un policía acabado cuando tiene a un equipo estrella de cazadores de asesinos?

—Hasta ahora hemos cazado un total de cero asesinos —señalo.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, estamos haciéndolo genial —repone—. Uno de estos días le entregaremos a mister Page y Wally se dará cuenta de lo mucho que metió la pata.

Siento una oleada de orgullo por nuestra pequeña tropa. Sea real o no, es agradable formar parte de algo y poder ayudar a Lesley en su búsqueda de la redención.

Me señala con un gesto de la barbilla.

—Te toca, Dwayne «The Rox» Johnson. ¿Qué hay en esa cabecita tuya?

—Ah… —Me estaba gustando lo de no pensar en mis propios problemas, pero se acabó la pausa—. Es una tontería.

—Seguro —responde Lesley—. Una tontería que te ha hecho correr quince kilómetros.

Hay algo en sus ojos y en el modo en que ladea la cabeza que me hace preguntarme si no sabrá más de lo que da a entender. Pero, de ser así, se conforma con guardárselo. Al cabo de un instante de silencio, se levanta de la mantita y sacude la rodilla rígida.

—Tengo que instalar un banco —comenta con un gruñido—. Con lo que me gusta un buen banco.

Se retira un par de briznas del pantalón antes de ayudarme a levantarme. Yo recojo la mantita y empezamos a doblarla juntos.

—No quiero meterme donde nadie me llama —señala mientras unimos las esquinas—, pero te voy a dar un consejo para las cosas que te hacen querer huir.

—¿Cuál?

Me mira por encima de las gafas con una chispa en sus ojos azul grisáceo.

—Prueba a no huir y ver qué pasa.

Cuando salimos a la calle, Lesley llama a un taxi con un gesto. Es solo para mí. Él participará en una convención sobre crímenes sin resolver en Birmingham hasta mañana por la tarde, a menos que algo emocionante lo haga regresar antes, pero me asegura que hasta entonces Lisa vigilará el fuerte.

Lo veo encaminarse a grandes zancadas hacia la estación de metro con su bolsa de viaje, el libro y la mantita bajo el brazo. «No es real», me recuerdo. Pero mientras me alejo en taxi y Lesley se suma a la corriente de peatones, siento una calidez en mi pecho, una nueva y minúscula punzada, al preguntarme cuánto tardará en esfumarse por completo.

Ni siquiera me ha dado tiempo a cerrar la puerta cuando aparece Lisa y me provoca un tirón al arrastrarme del codo hasta el despacho de Lesley.

—¡Llegas en el momento perfecto! —canturrea antes de volverse y gritar—: ¡Grant! ¡Al despacho!

El pánico me atraviesa como un disparo cuando lo veo bajar las escaleras con paso lento y una expresión aprensiva que se alivia un poco cuando me ve.

—Hola —me saluda al llegar al pie. Esboza una sonrisa, leve pero sincera, que convierte mi corazón en uno de esos emojis con corazoncitos en los ojos; demasiados corazones para un corazón solo.

—Hola. —Intento comportarme con desenfado, pero me paso y le arreo un puñetazo en el hombro. Él frunce el ceño y se frota el punto dolorido—. Perdón. Es la adrenalina de entrenar.

Nos acomodamos en el sofá frente a Lisa, Grant en su lugar habitual y yo tan lejos que puede que quede encajada entre el cojín y el reposabrazos. Lisa está sentada en el borde de su asiento y tamborilea con su manicura lila sobre las rodillas. Parece a punto de estallar en una explosión de confeti.

—Entiendo que hay una nueva misión —dice Grant.

—¡¡¡Sí!!! —canturrea.

Que Lisa esté emocionada no es nada nuevo, pero esta vez parece distinto. Es como si hubiera mutado en un colibrí alimentado con Peta Zetas. Ya estoy viendo a la editora de Anna pidiéndole que le baje el tono en general.

Hago un gesto a Lisa para que vaya al grano.

—¿En qué consiste?

Reprime una sonrisa, deja escapar un gritito y sus ojos verdes van de mi cara a la de Grant. Inhala y exhala, tratando de serenarse, y hace todo lo posible por continuar con cara inexpresiva.

—Tenéis que ir a un romántico *bed and breakfast* en los Cotswolds, ¡este fin de semana!

18

Lisa, que ha aprendido del mejor, ha bautizado a este asesino como el Ejecutante de Amantes. Se trata de un tipo solitario al que dejaron, por lo que su objetivo son las parejas locas de amor, como no podría ser de otra manera. Las estrangula, les abre el pecho y les arranca el corazón.

Lo que cada vez se me antoja más como la forma ideal de pasar un fin de semana.

—Mañana por la noche es la fecha fijada para el crimen —nos explica Lisa—, por lo que Lesley irá directo desde la conferencia y nos veremos allí. Vosotros dos partiréis hoy para ir preparándolo todo: os registráis, reconocéis a los objetivos, lo de siempre. ¡Os he conseguido la última habitación disponible, pedazo de suertudos!

Yo no lo llamaría suerte. Suerte sería que me cayera encima un yunque para no poder ir.

—Bueno… —prosigue Lisa, tratando de parecer seria, aunque sigue sonriendo de oreja a oreja—, es el Fin de Semana de los Enamorados en el hostal.

«Mátame, camión».

—Así que habrá un montón de potenciales víctimas. Es vital, literalmente, que seáis los más tortolitos para llamar la atención del Ejecutante, ¿entendido?

Grant mira en mi dirección; yo sigo con la vista fija al frente, intentando hacer caso omiso de cada centímetro que nos separa.

—No os pueden superar —continúa—. Participad en todas las actividades, daos la mano, mostraos felices hasta la náusea cuando estéis rodeados del resto de los clientes. —Se inclina hacia delante y baja la voz—: Una vez a solas, en fin, ya depende de vosotros.

Nos guiña el ojo. El ojo nos lo guiña de verdad.

—Puaj —replico mirándola con los míos como platos.

—¿«Puaj»? —Grant me mira ofendido antes de volverse hacia Lisa —. Entendido. Cariñitos por el día, camas separadas por la noche.

Lisa calla.

—¿Qué pasa? —quiero saber.

Nuestra asistente levanta la vista al techo y abre la boca para hablar, pero vacila. Parece no tener prisa en escoger las palabras. Un horror incipiente comienza a correr por mis venas como agua helada.

—Habrá camas separadas en la habitación… —digo con lentitud—, ¿verdad?

Una sonrisilla pícara de falsa inocencia va aflorando en su cara.

—Es un lugar muy popular, ¿vale? Y está concebido para…

—¿Cuántas camas hay, Lisa?

—Una —termina por admitir. En su sonrisa se dibuja una falsísima curva de disculpa, pero no lo siente en absoluto. Si escuchara con atención, seguro que oía la canción de «Casamentera» sonando en su cabeza.

Pero, por lo que se ve, no consigo ir más allá del zumbido que siento en los oídos.

—No pasa nada —señala Grant mientras se incorpora—. Somos adultos. Podemos compartir una cama sin que se desate el apocalipsis. —Me tiende la mano para ayudarme a levantarme del sofá, pero finjo no verla y lo hago sola.

—Si tú lo dices… —gorjea Lisa poniéndose en pie—. Pero recordad: sed monísimos, dad vergüenza ajena, haced que ese celoso asqueroso os quiera muertos. ¿Entendido? Entendido.

Sale trotando de la habitación antes de que pueda protestar.

—Bueno, debería ser divertido —comenta Grant.

No sé si es sarcasmo o lo dice de veras, y no sé qué preferiría. La cabeza me da vueltas. No puedo mirarlo a los ojos.

—Mmm —gruño antes de excusarme e irme a preparar la maleta.

Me siento mareada mientras camino hacia mi cuarto. Para cuando llego, cierro la puerta y apoyo la espalda en ella, casi no puedo respirar. Uno pensaría que un giro de guion es como ir en un tren que de pronto cambia de vía, pero no. La sensación es otra. Se parece más a perder el pie mientras bajas las escaleras y precipitarte al abismo.

Cuando has leído suficientes novelas románticas, terminas por aprender que hay cosas que no suceden en ningún otro género. Como enamorarte de un amigo anónimo por correspondencia o quedarte atrapada en un ascensor con tu archienemigo buenorro.

O tener que hacerte pasar por la pareja de alguna persona y compartir cama con ella.

Lo cual significa que Anna Matthews no ha abandonado por completo su género habitual; tan solo le está dando un nuevo enfoque. Esto no es un thriller criminal, ni siquiera es una comedia

criminal. En algún punto de esta mezcla frankensteiniana de géneros, también está escribiendo una historia de amor.

Y, en el fondo, hay un personaje al que ha creado con este único fin: Grant.

No está aquí por casualidad. Nunca ha sido un espectador inocente que se ha visto inmerso en esta pesadilla de manera accidental. Formaba parte del plan de Anna desde el principio, está diseñado para conquistarme con sus sonrisas renuentes, su aguda inteligencia y su inquebrantable camaradería.

No me he pillado; me han tendido una trampa. Y he caído como una tonta.

19

La posada de Bluebird Hill, una mansión de piedra escondida entre colinas y árboles que ya muestran los colores de la primavera, es una fantasía envuelta en hiedra.

La odio con todas mis fuerzas.

Además del plan para impedir los asesinatos, yo también he trazado uno: resistirme al romance en toda ocasión. No voy a caer víctima de los trucos de Anna. Aunque tenga que fingir en aras de la lucha contra el crimen, dejaré mis emociones de lado. No hay otra.

Nos registramos con las identidades que nos han asignado: Rebecca Vaughn y Nathan Baker, una planificadora de eventos y un médico que se han tomado un descanso de su ajetreada vida en Nueva York. En realidad lo que nos han asignado son los nombres; el resto me lo he ido inventando mientras trataba de distraerme para no marearme durante el trayecto de dos horas por el lado equivocado de la carretera. No sabría decir si he fracasado o si mis náuseas se deben a otros motivos.

—¡Muy bien! Vuestra habitación es la del Abejorro —nos explica Wendy, la alegre propietaria, cuando nos entrega las llaves en la recepción. Hace poco que abrió el establecimiento con su marido Paul, y no para de cantar las alabanzas del lugar y asegurarnos que

nos va a encantar—. La última reservada para este fin de semana, pero, si se me permite la expresión, ¡una de las mejores!

—¿Y seguro que solo hay una cama? —pregunto.

Grant me mira y carraspea con fuerza.

—¡En efecto! Una preciosa cama de matrimonio antigua. Muy acogedora. —Nos guiña un ojo.

Como alguien más lo haga, se lo voy a sacar de cuajo; así tendrá motivos para guiñar.

—Es que… —sonrío—, aunque nos amamos con locura, preferimos dormir separados. Ya sabe que la distancia hace que los corazones latan más fuerte y todas esas cosas. ¿Tal vez haya un sofá en la habitación, o podamos poner un catre para él en alguna parte?

—¿O para ella? —replica Grant dándome una palmadita en el hombro con más fuerza de la estrictamente necesaria.

Wendy sigue sonriendo radiante cual sol matutino, aunque algo cohibida.

—¡Qué modernos! Sofá no hay, pero como nos estamos preparando para el Fin de Semana de las Reuniones Familiares, hemos pedido un montón de camas supletorias.

Me relajo un poco. Puede que esté exagerando.

—Aunque todavía no han llegado.

Pues no.

Grant le asegura a Wendy que todo está bien y le da las gracias antes de alargar la mano para tomar la mía mientras nos alejamos. Me la guardo en el bolsillo.

—Roxie… —me advierte entre dientes.

—Rebecca —siseo yo.

—Tienes que interpretar tu papel.

Saco la mano a regañadientes y se la doy con flojedad, pero él la toma en un gesto cálido y firme. Grant tiene muy buenas manos: dignas y fuertes, con dedos que quedarían de fábula danzando sobre las teclas de un piano o manchadas de tinta mientras sostienen una estilográfica. También resultan peligrosamente confortables alrededor de las mías.

En nuestra habitación, para sorpresa de nadie, abunda la decoración apícola. Y cuando digo que abunda es que abunda. Todo encantador y de buen gusto, por descontado, pero no creo que haya un solo objeto que no tenga un abejorro grabado, pintado, bordado, tallado o plasmado de alguna otra forma. La única excepción es la cama, cuyo cabecero de madera no solo tiene grabadas abejas, también cigüeñas. Muy sutil.

Soltamos el equipaje y revisamos la estrategia, que consiste en una lista de irritantes bobadas de parejas. Llamarnos por algún apelativo cariñoso, darnos de comer, referirnos a «nosotros» más de lo necesario… Las voy repasando mientras camino por el cuarto.

—¿Algo más? Pero que sea de verdad irritante.

—¿Más que intentar conversar con alguien que va de un lado a otro como un *pinball* humano?

Me paro y lo fulmino con la mirada.

—En caso de duda, supongo que podemos hacer lo que los demás, pero exagerándolo —dice antes de detenerse—. ¿Qué opinas de besarnos?

—No. ¿Qué? —Los oídos me pitan y me siento como si me hubiera tragado un balón—. No creo que sea necesario.

Grant achica los ojos.

—¿Por qué estás tan rara?

—No estoy rara. —Estoy rarísima.

—Sí que lo estás. Mira, no me puedo creer que sea yo quien vaya a decir esto, pero tienes que calmarte. Si la imagen de parejita feliz no cuela, el tipo este va a intentar matar a otra. Así que, sea lo que sea lo que te pasa, supéralo, ¿vale?

Me pilla de sorpresa; puede que hasta me moleste un poco, lo cual podría jugar a mi favor: las cosas no pueden ponerse demasiado románticas si me concentro en sacarlo de quicio.

—Vale —respondo.

Grant asiente cortante.

—Bien.

Suelto un suspiro exasperado y me precipito hacia la puerta, agarrándole de la mano por el camino.

Tras nuestro paseo al atardecer, hemos hecho recuento: diez huéspedes emparejados, un lago con seis botes de pedales, un jacuzzi en una rosaleda, dos cobertizos (uno con caballos y otro con bicicletas) y cero seres solitarios con pinta de asesino.

Por un segundo me pareció advertir una pista. Había una mujer sentada sola en un banco, pero enseguida se le acomodó al lado un hombre con dos chocolates calientes y le tendió uno. Ella ahogó un gritito de emoción.

—¡Gracias! —exclamó con voz cursi—. Espera, aléjate y ven otra vez para que pueda grabarlo.

La mujer sacó el teléfono y él se apartó del encuadre para revivir la escena; luego se besaron durante más de un minuto y medio en modo selfi. Diría que son la pareja a batir.

La ronda de reconocimiento continúa a la hora del cóctel en el patio, resplandeciente con sus braseros de sobremesa y sus guirnaldas de luces. Mientras observamos con discreción a cada recién llegado, con un par de copas de cabernet en la mano, Grant alarga la suya por encima de la mesita de café y cubre la mía. En respuesta, le doy un buen trago a mi vino.

—¿Qué haces? —masculla Grant sin dejar de sonreír—. Nada de beber. Debemos permanecer alerta.

Por el amor de Dios, de verdad que tengo que calmarme. Bajo la copa y escupo con delicadeza el vino en ella. Grant me da una palmadita en la mano.

—Qué elegancia.

Estoy a punto de soltarle un improperio cuando alguien me llama la atención: un hombre de mediana edad con gafas y expresión agradable, solo. Camina con parsimonia hasta una mesa vacía con un cóctel y un libro en rústica.

—Hey —llamo a Grant—. A las tres en punto. —Él mira en sentido contrario—. Las «otras» tres en punto.

Los ojos de mi compañero se desvían en todas las direcciones posibles antes de posarse sobre el huésped solitario.

—Para mí son las nueve en punto —murmura—. Las posiciones del reloj no funcionan cuando uno está enfrente…

—Lo que tú digas. ¿Podría ser nuestro hombre?

Miramos de reojo al tipo, que se acomoda y se pone a leer y a dar sorbitos.

—No lo sé —reconoce Grant—. Parece demasiado feliz.

Entiendo a qué se refiere. Con las arruguitas alrededor de los ojos y orondo cual Papá Noel, transmite una honda satisfacción con su

vida. No parece afectado por verse solo en un mar de parejitas acarameladas que se susurran bobaditas.

Lo que, ahora que lo pienso, sí que hace que parezca un psicópata.

—¿Formará parte de su papel? —sugiero.

—Puede —responde Grant en voz baja—. ¿Qué está leyendo? ¿Es algo que leería un asesino?

—¿Y qué leería exactamente un asesino, Grant?

—No lo sé, Roxie. —Suelta un suspiro exasperado—. Lo que quiero decir es que tal vez active nuestras alarmas.

—Ahora que lo dices, sí que parece *Asesinato para dummies*. Ah, no, espera, que es *Guía fácil para apuñalar a la gente hasta matarla*.

—Vale, perdóname por pensar que deberíamos prestar atención a los detalles. Estamos dentro de una novela negra, ¿sabes? Podría haber pistas por todas partes. Podría haber mensajes ocultos. Podría… Huy, nos está mirando.

A decir verdad, hemos empezado nosotros, él tan solo nos ha descubierto. Grant y yo le dirigimos sendas sonrisas enormes y dentonas al tiempo que levantamos nuestras copas. El tipo mira a su espalda para ver con quién brindamos y, como no hay nadie, nos sonríe alegre y levanta la suya.

—Vale —digo—. Creo que es nuestro objetivo.

Grant no pierde el tiempo y, con descaro, entrelaza nuestros dedos, lo que me provoca una sacudida. Es que me ha pillado desprevenida, solo eso.

—Relájate —me dice al tiempo que me sacude un poco la mano. Sonríe, aunque distingo una chispa de advertencia en sus ojos—. Tal vez podrías mirarme como si nos conociéramos de algo.

—Tal vez podrías no decirme cómo debo comportarme —respondo con dulzura, subiendo con los dedos por su brazo hasta clavarle uno en el hombro.

Pero Grant, por una vez en la vida, se muestra imperturbable. Me toma la mano y se inclina despacio por encima de la mesa. Las guirnaldas luminosas salpican sus ojos de motas doradas.

Mi corazón desbocado se acelera aún más conforme Grant se me acerca y sus ojos se detienen en mis labios. Me sujeta la barbilla con un dedo y me alza la cara hacia la suya. Me aterroriza que se haya olvidado de la prohibición de besarnos, pero, con todo, no puedo evitar cerrar los ojos por la anticipación. Entonces su boca se desvía hacia mi oído.

—¿Está mirando? —me susurra, y su cálido aliento me provoca un escalofrío involuntario.

—¿Qué… quién…?

Ah, vale, sí. Miro de reojo la mesa del hombre.

—Mierda —exclamo con voz algo ahogada—. Se ha ido.

—Maldita sea. —Grant se deja caer en la silla—. Puede que lo hayamos puesto demasiado incómodo.

Recorro el patio con la mirada, aunque no lo veo por ninguna parte. La pareja del chocolate caliente de antes está justo detrás de nosotros, compartiendo una nueva serie de besos babosos delante del teléfono.

—Puede que no hayamos sido nosotros.

Grant sigue la dirección de mi mirada y arruga la cara.

—Tenemos que hacerlo mejor —señala, y el traidor de mi corazón da un vuelco.

El patio se va despejando, así que sugiero que busquemos a mister Solitario, pero porque soy de lo más diligente con mi trabajo, no porque intente posponer el regreso a nuestra habitación con una única cama. No se lo ve por ninguna parte. Recorremos la propiedad entera hasta que nuestros pasos se ralentizan y se nos acaban los lugares que registrar. No nos queda otra que dar la jornada por concluida.

Cuando llegamos a la habitación, ya me han traído las almohadas extra que pedí, por lo que las dispongo a lo largo del centro de la cama como tabique. Grant me mira confuso.

—¿Qué? —Empiezo a ahuecarlas—. Me gusta tener espacio personal cuando duermo, Grant. Denúnciame si quieres.

—Lo que tú digas.

La verdad es que, a partir de ahí, no decimos gran cosa. Nos turnamos en silencio a la hora de cambiarnos y lavarnos los dientes; luego nos retiramos a nuestros respectivos lados de la cama. Grant alarga la mano para apagar la luz.

—Buenas noches —dice.

—Buenas noches.

Cuando me despierto por la mañana y veo que las almohadas siguen intactas y yo estoy en mi lado y Grant en el suyo, pienso: «Bien, como tiene que ser».

20

Ahora que he dormido junto a Grant y sobrevivido sin mayores contratiempos, me siento un poco más tranquila. Esta mañana, no lo veo todo tan negro.

Lo cual no es poca cosa, visto que hoy es el Día del Asesinato.

Decidimos desayunar en el comedor, pues es el mejor lugar para empezar a buscar a nuestro lobo solitario. Cuando ya me dispongo a salir, Grant apoya la mano en la puerta antes de que pueda abrirla.

—Espera, ¿qué vamos a decir cuando lo encontremos? ¿Cuál es el plan?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Improvisar. —Grant deja escapar una leve carcajada áspera que no me gusta demasiado—. ¿He dicho algo gracioso?

Se rasca la coronilla mirándome con expresión inocente.

—Es solo que… ¿estás segura de que no quieres tener a mano algún tema de conversación? Sin ofender, pero no eres la mejor actriz de improvisación del mundo.

Resoplo con desdén.

—Lo primero: eso es porque Ryan Stiles es el mejor actor de improvisación. Segundo: si te estás refiriendo al Suecogate, eso sucedió hará unos ocho o diez capítulos por lo menos. Y tercero: tengo experiencia de sobra escuchando comentarios

condescendientes en relaciones. Lo tengo controlado, me conozco el percal.

—Me parece bien. —Alza las manos en un gesto de rendición—. A diferencia de conocer el idioma sueco, porque ni sabías lo que era Suecia.

De camino a la puerta, practico mi habilidad para el arte dramático lanzándole una mirada asesina sin que apenas asome la diversión en mis ojos.

La búsqueda de nuestro objetivo no se alarga demasiado; de inmediato lo vemos en el comedor, rodeado de parejas que charlan mientras comen tortillas y macedonias. Está sentado en una mesa para cuatro con un vaso de zumo de naranja, un plato con tostadas y un ordenador portátil como toda compañía. Grant y yo nos acercamos de la mano. Se me da fenomenal hacer caso omiso de la corriente que me asciende por el brazo cuando me toca. He decidido que todo está bien. Mientras mantenga la guardia alta y me concentre en la misión, no me distraeré. Esto no es más que un papel. No es nada.

Además, fingir estar enamorada podría ser un juego peligroso, pero ¿fingir ser la peor persona de la historia? Eso sí puedo hacerlo.

—Perdone —digo con una voz demasiado alegre para esta hora previa a la cafeína—. ¿Estos asientos están libres?

El hombre alza la vista sorprendido. Hay tres mesas vacías a nuestro alrededor, como mínimo, pero sonríe y señala las sillas frente a él con un gesto.

—¡Todas suyas!

Le damos las gracias con profusión y nos sentamos en el momento en que Paul llega para tomar nota del desayuno. Grant

pide gofres para compartir. Yo añado café y me vuelvo hacia nuestro compañero de mesa, que teclea feliz frente a nosotros.

—Soy Rebecca —digo, antes de darle una palmadita a Grant en el brazo— y este es Nathan.

El hombre sonríe y nos tiende la mano.

—Encantado de conoceros. Yo soy Martin.

—Un placer, Martin —El hombre me estrecha la mano con firmeza. Cuesta imaginar que esas amigables extremidades sean capaces de acabar con la vida de nadie. Me figuro que eso significa que es bueno en lo suyo—. Y bien, ¿qué te trae a la posada de Bluebird Hill? ¿Y justo el Fin de Semana de los Enamorados?

—¡Una feliz casualidad! —Cierra el portátil entre risitas—. Reservé la estancia antes de que anunciaran el tema del fin de semana. Parece un sitio estupendo para una escapada en pareja.

—Sí que lo es —responde Grant. Le dirijo el tipo de sonrisa reservada a los presentadores de televisión de los años cincuenta, pero la que él me devuelve es sincera. Es una sonrisa que implica que nuestra cama no estuvo dividida por almohadas anoche, y que recuerda lo que allí sucedió con ternura. Me rodea los hombros con el brazo y se vuelve hacia Martin—. Tal vez para la próxima. ¿Tienes a alguna persona especial esperándote en casa?

—Me temo que soy yo solo —responde con la jovialidad acostumbrada—. Bueno, tengo a mi gato, Frankie. Normalmente es la única compañía que necesito.

—¿Sabes? Siempre he pensado que los hombres con gato son los héroes más subestimados de este mundo —dice Grant.

Martin y él se ríen.

—Y yo siempre digo —tercio— que si tanto le gustan los gatos, debería casarse con uno. ¡Me sorprende que no lo haya intentado!

Grant se limita a reír más fuerte y me atrae hacia él. Las carcajadas de Martin amainan hasta quedar reducidas a un leve rumor.

—Eso no quiere decir, por supuesto, que no esté dispuesto a renunciar a la vida de soltero con gato si apareciera la chica apropiada.

Me carcajeo con odiosa superioridad.

—¿Y quién te lo reprocharía? No hay nada como encontrar a tu media naranja. —Alargo la mano hacia la mejilla de Grant, pero fallo, le toco una oreja con torpeza y, al querer corregir la trayectoria, me paso y le meto el dedo en el ojo. Noto cómo intenta no encogerse.

—Realmente es… la sensación más maravillosa —se obliga a añadir antes de apartar mi mano y entrelazarla con la suya.

—Me alegro por vosotros —responde Martin, y parece decirlo en serio. Se apoya en los reposabrazos y se inclina hacia delante—. ¿Cómo os conocisteis?

—Ay, fue muy gracioso —contesto, y miro a Grant. No me puedo creer que se nos olvidara acordar esta parte—. ¿Quieres contárselo tú, cari?

Grant le sonríe a Martin.

—Todo empezó cuando robó el taxi en el que iba.

—Por accidente —corrijo, sonriente. Agarro a Grant de los hombros y lo sacudo con vigor—. Y él pensó de inmediato que era la mujer más molona del mundo. ¿A que sí, amorcito?

Él se ríe.

—No recuerdo haberlo dicho así…

—Anda que no. Palabra por palabra. —Me vuelvo otra vez hacia Martin y le doy un toque en su portátil—. Bueno, ¿y has decidido trabajar a tope durante este viaje a solas?

Se sonroja un poco.

—De hecho, me he organizado una especie de retiro de escritura.

—¿Eres escritor? —pregunta Grant con interés genuino. Demasiado genuino—. Fuera de bromas. Yo soy…

—Neurocirujano —le recuerdo enarcando las cejas—. Que no se parece en nada al oficio de escritor, ¿verdad, cariñín?

—Verdad —responde retomando el personaje—. Aunque me han llegado a llamar el Ernest Hemingway del quirófano.

—Ah, ¿sí? —Martin se inclina con interés—. ¡Qué interesante! ¿En qué sentido?

La expresión petrificada de Grant es agradable, pero tras sus ojos veo el pánico de quien se ha pasado de la raya con la improvisación.

—En que soy muy bueno —termina por responder.

—Sí que lo es —añado, al tiempo que me arrimo a toquetearle el cuello de la camisa—. De hecho, me salvó la vida. Fue así como nos enamoramos.

Martin frunce levemente el ceño.

—¿No decías que os conocisteis en un taxi?

—Sí, pero me bajé enseguida —me apresuro a responder—. Fue accidentado. —Martin asiente con un gesto de confusión cortés, antes de volver a concentrarse en su tostada. No puedo resistir la oportunidad de acercarme al oído de Grant y susurrar—: Así es como se hacen las cosas.

Paul nos trae el desayuno y seguimos charlando con Martin, sin dejar de recurrir a todas nuestras armas. El problema es que Grant y

yo debemos de tener un concepto de «arma» distinto. Yo empleo ese tipo de afecto performativo diseñado para sacar de quicio al de enfrente; Grant es demasiado sincero e íntimo. Mientras que yo no paro de llamarlo «cariñito» y de lanzarle indirectas a Martin sobre su soltería, Grant tan solo mantiene la cercanía conmigo: juguetea con mi pelo, me acaricia la espalda. ¡Pero si Martin ni siquiera puede verme la espalda! El único momento en que Grant participa de mi estrategia es cuando me acerca un pedacito de gofre a la boca y luego me limpia un poco de sirope de los labios con la yema del pulgar. Pero su leve carcajada hace que el gesto resulte más dulce que cursi y que el corazón me dé un desafortunado vuelco.

Aun así, si fuera una observadora independiente, imagino que ahora mismo estaría pensando: «Buscaos una habitación». Pero Martin ni se inmuta. De no sospechar nada, diría que está encantado con nosotros.

Solo cuando empieza a decirnos que ha sido un absoluto placer desayunar con nosotros y se excusa porque quiere ir a montar en bici, me pregunto si estamos empezando a irritarlo.

—Pásalo bien —le dice Grant con un atisbo de decepción en la voz.

Tras despedirse de él con un gesto de la mano, vuelve a rodearme los hombros con el brazo y a acariciarme el cuello. Soy muy consciente de mi piel y la suya, y es una lástima que en nuestras misiones anteriores no haya habido más contacto físico.

Y la sola idea dispara una alarma en mi cerebro, en el que de pronto suenan las sirenas y ondea una enorme bandera roja.

Ahora que Martin no está, solo queda Grant.

Y cuando solo queda Grant, cada sentimiento se ve multiplicado por mil. Un roce accidental se vuelve eléctrico. Cada cruce de miradas me corta la respiración. Hasta compartir espacio con él resulta peligroso.

Mientras contempla a Martin alejarse, sus ojos se topan con los míos y se fija en mi expresión preocupada.

—¿Qué pasa?

—Vamos a fastidiarle el paseo en bicicleta —digo al tiempo que me zafo de Grant—. Por supuesto.

En la vida me he encontrado a nadie tan fastidiosamente imperturbable como Martin. Cualquiera pensaría que el que se te peguen un par de desconocidos pesados e interrumpan tu bucólica soledad te irritaría un poco, pero a él no. Él acepta la compañía de buen grado. Cuando sacamos las bicis estaba silbando. Y ahora sonríe de oreja a oreja con el rostro al sol, cual bigotuda fräulein Maria, mientras pedaleamos por la campiña.

Ha decidido apostar al largo plazo y a mí la paciencia se me va agotando por segundos.

—¿Podías bajar un poco la velocidad? —le ruego a Grant en un momento en que Martin no nos oye. Espero que nuestra bicicleta tándem turquesa sea tan molesta de ver como lo es de montar—. No puedo seguir el ritmo de esas piernas kilométricas que tienes.

—Sabes que en realidad no tienes por qué pedalear, ¿no? —dice por encima del hombro—. Puedes estar ahí sentada y disfrutar de las vistas y no criticarme sin parar.

—No sé si te das cuenta, Grant, pero mis principales vistas son de tu espalda y tus hombros. —De las que estoy intentando por todos los medios no disfrutar.

Cuando Martin llega a nuestra altura, rompemos a reír como psicópatas.

—Anda, mira —digo dándole un golpecito a Grant en el brazo.

—Ay, los jóvenes enamorados… —dice Martin al pasar junto a nosotros.

Cuando regresamos, Grant se quita el casco que ha insistido en ponerse y me ha obligado a ponerme a mí, y cuando sus dedos rozan mi barbilla con suavidad, me cuesta Dios y ayuda no apartarlo de un manotazo o atraerlo más hacia mí.

Antes de ir a echarse una siesta, Martin nos desea una tarde espléndida con una sinceridad que me dan ganas de sacudirlo por los hombros y gritarle: «¡¡¡Mátanos de una vez!!!». El pánico se arremolina en mi estómago ante la perspectiva de quedarme a solas con Grant.

Por suerte, la pareja que estuvo enrollándose en el patio nos arrincona junto al jardín. Se nos presentan como Heather y Nicholas Fiorello, o @fiorellosinlove.

—Casi seiscientos mil seguidores en Instagram —dice Nicholas, y tanto él como su mujer cruzan los dedos de inmaculada manicura.

A pesar de que supuestamente «se mueren» por trabar amistad con otras parejas, apenas nos dejan meter baza durante más de media hora: nos cuentan la historia de su marca…, es decir, de su relación. Es un no parar de «estilo de vida» por aquí y «autenticidad» por allá hasta que Heather me lleva a un aparte para hablar entre chicas.

—Bueno —comienza por decir con un tono tan sombrío como si me comunicase un diagnóstico fatal—. No he podido evitar darme cuenta de que no llevas alianza en el anular.

—Ah —respondo mirándome la mano, que luce de lo más normal —. Sí, pero los médicos dicen que no es grave.

—¡Ja! Qué graciosa. —Al sonreír, me deslumbra con sus dientes de blancura imposible, aunque no se le forma una sola arruga de expresión en la cara—. Ahora en serio, que no te haya hecho la propuesta no quiere decir que no vaya a hacértela. —Apoya una comprensiva mano en mi brazo—. Pero hay un montón de formas de animarlo, ¿sabes? Publiqué una serie en nuestro Insta: «Soltar indirectas sobre anillos de compromiso, darle un ultimátum a tu novio», ese tipo de cosas. —Toca la pantalla de su teléfono, pero se detiene para dirigirme una mirada astuta—. Por supuesto, nosotros ya teníamos nuestra proposición programada, pero el contenido es el contenido.

Dirijo una mirada a Grant, que frunce el ceño mientras soporta una perorata. Imagino que Nicholas está intentando convencerlo de lanzar un pódcast.

—Estaba pensando en acusarlo de malversación y chantajearlo para que me proponga matrimonio. ¿Crees que funcionará?

—Ajá… —responde sin escucharme—. Te etiquetaré. ¿Cuál es tu nombre de perfil?

Le respondo que es @consuertefuturaseñoradenathanbaker. Cuando no lo encuentra, le digo que me habrán bloqueado una vez más por ser demasiado adorable.

—A los envidiosos les encanta denunciarme la cuenta —añado—. Ya sabes cómo es la gente.

—Y tanto —responde negando con la cabeza en gesto de solidaridad—. De todas formas, no te preocupes demasiado por Nathan. Cuando un hombre mira como él te mira a ti, ya lo has pescado. Lo único que tienes que hacer es recoger el sedal.

Sin querer, observo al hombre que acaban de comparar con un pez condenado a muerte. Me sobresalto cuando mis ojos se cruzan con los suyos, pero él no aparta la mirada. Hay en ella una sutil dulzura que hace que sienta cómo se agrieta el suelo bajo mis pies. Pero cuando abre los ojos en una silenciosa llamada de auxilio mientras Nicholas sigue hablando sin parar, las ganas de reír hacen que todo vuelva a la normalidad.

En cualquier caso, aunque conseguimos librarnos de los Fiorello, las palabras de Heather se me han clavado muy hondo. «Cuando un hombre mira como él te mira a ti». Nuestros ojos apenas se cruzaron un instante, pero ha bastado para desestabilizar mi centro de gravedad. Ahora evito a toda costa el contacto visual, al mismo tiempo que lo miro de reojo en busca de esa sensación.

Insisto en llenar la tarde con las más platónicas de las actividades románticas que ofrece el Fin de Semana de los Enamorados: bádminton, pintura al aire libre, una vuelta al lago en el bote de pedales. Mientras tanto, hago todo lo posible por controlarme. Grant no es real. «No es real, no es real, no es real».

Solo que, en algún momento, ese mantra ha pasado de ser un recordatorio a un lamento. Lo veo inspirar el aire fresco con los ojos cerrados al sol o reír ante sus horrorosos intentos de pintar los jardines y pienso que nunca lo había visto tan relajado, pero que todo es mentira. No es real, y ni siquiera lo sabe. No termino de decidir qué sería peor: la crueldad de decírselo o la traición de

guardar el secreto. Me siento culpable, y desolada, y furiosa por haber permitido que me importe tanto.

Mi única opción es levantar un sólido muro de extravagancia tras el que protegerme. Tras diez minutos de jugar, yo sola, a «adivina cuánto durará cada pareja» (un año es mi predicción más generosa), la tranquila satisfacción de Grant se ha convertido en irritación. Mucho mejor. Si no se lo pasa bien y no parece que yo le caiga demasiado bien, todo duele menos. Nos encaminamos hacia el estanque manteniendo una sana distancia entre nosotros, suficiente para que mis nervios se serenen y para retomar nuestro papel si Martin apareciera.

—¿Y si no fuera él? —pregunto mirando a mi alrededor. La propiedad está salpicada de parejas que pasean sonrientes del brazo y con la cabeza apoyada en el hombro del otro. Qué hartura de pasear, por favor—. ¿Estamos seguros de que es una persona sola? Tengo la impresión de que esto está llenito de psicópatas.

—No son psicópatas. Son enamorados —responde Grant.

—Es lo mismo.

—Guau —señala con tono monótono al tiempo que me rebasa—. Cinismo. Eso es nuevo.

—Míralos, Grant. —Aprieto el paso para ponerme a su lado—. No es natural que una persona se obsesione tanto con otra. Es como si hubieran venido a darse palmaditas en la espalda por ser mejores que los demás. Detesto hasta hacerme pasar por uno de ellos. Es repelente y un rollo.

Grant se vuelve hacia mí, por lo que me detengo de golpe y me falta poco para chocarme con su pecho. Intento por todos los medios no parecer acalorada.

—En serio, Roxie, la que está un poco repelente ahora mismo eres tú.

Me quedo boquiabierta.

—¡Tú sí que eres repelente! —Esto es casi como decirle: «Rebota, rebota y en tu cara explota», pero a tiempos desesperados, respuestas desesperadas.

Me dirige una mirada lacónica y baja la voz.

—Lo estás pasando mal, lo entiendo. Yo tampoco puedo decir que me lo esté pasando en grande. Pero ¿es necesario que te pases refunfuñando cada segundo de cada minuto o crees que podrías parar para respirar de vez en cuando?

—¡Mira quién fue a hablar! —siseo—. La primera semana que pasamos aquí no hiciste más que quejarte.

—De los asesinos —susurra con aspereza mientras me fulmina con la mirada y baja la cabeza para ponerla a mi altura—. Lo único que haces tú es burlarte de gente que se está divirtiendo.

—¡Porque son insufribles!

—Porque son felices —replica cortando de un tijeretazo mi siguiente queja—. No sé cuál será tu problema, pero no se lo cargues a nadie. Si alguien aquí tiene complejo de superioridad, esa eres tú. Madura.

Me siento como si me hubiera abofeteado.

—Vete a la mierda, Grant.

Lo aparto de un empujón y camino como aturdida hacia el patio, con la mente llena de ruido estático. Por primera vez que recuerde, solo deseo volver a casa. No quiero seguir con esto. Casi ni sé por qué estamos aquí.

Entonces, al alzar la vista, me encuentro a Martin. Charla animado en medio del patio con Heather y Nicholas, radiantes y abrazados como si posaran para el catálogo de JCPenney.

Me giro de golpe, sorprendida por que sea Grant quien esta vez me alcanza. Parece algo mohíno, y en su entrecejo ha aparecido una nueva arruga, pero no tengo tiempo para descifrarla. Cuando abre la boca, lo corto.

—Martin… —murmuro señalándolo con un gesto de la cabeza—. Tenemos que hacer algo.

—¿El qué? —Grant frunce el ceño.

—No lo sé. ¡Algo! —me obligo a mascullar.

Nuestra reunión estratégica pronto se convierte en un intercambio de afiladas pullas entre susurros.

—Ni siquiera está mirando. ¿Qué quieres que haga?

—Me da igual.

—¿Por qué tengo que pensarlo yo?

—Grant, te juro por Dios…

Y entonces, con un «hay que joderse» entre dientes, me agarra el puño entre sus manos e hinca una rodilla.

—Rebecca Gwendolyn Vaughn… —Su voz reverbera en el aire, retumba en los muros de piedra y provoca un silencio inmediato y algún gritito ahogado en el patio. Hago todo lo posible por fingir sorpresa y me tapo la boca con la mano.

—¿Gwendolyn? —siseo. Aunque ha funcionado. Todos los presentes, Martin incluido, están pendientes de nuestra escenita.

Grant baja la voz para que solo nosotros dos podamos oírla y fuerza una mueca que, a distancia, espero que parezca una sonrisa.

—¿Me harías, por favor te lo pido, el hombre más feliz de la tierra aceptando clavarme un tenedor en la sien cuando vayamos a cenar?

—¡¡¡Sí!!! —chillo y, cuando una ovación jubilosa se extiende por el patio, me hundo las uñas en la palma de la mano—. ¡Sí, sí, mil veces sí!

Según Wendy y Paul, un compromiso en la propiedad es motivo de celebración con una cena de estilo familiar.

Aunque, según se ve, no es suficiente para que Heather ceda la atención un solo instante.

Poco después de que nos reunamos en el comedor iluminado con velas, observa mi mano con el entrecejo arrugado y me pregunta con honda preocupación dónde he dejado el anillo. Luego interrumpe nuestra falsa historia (todavía lo están puliendo en Nueva York, pero Nathan estaba demasiado enamorado como para esperar) para contarnos cómo Nicholas le propuso matrimonio a ella. Lo que lleva a Nicholas a darnos una charla sobre el coste del anillo, el corte, los quilates y el signo zodiacal. Lo que lleva a que los dos reciten una lista detallada de todas las marcas de joyería fina con las que colaboran. En breve, este es «El Show de Heather y Nicholas».

Y por mí, bien, ya que no tengo ganas de charla. Grant y yo estamos tensos, sentados el uno junto al otro, sin ganas de tocarle las narices a Martin. Aunque tampoco es que Heather y Nicholas lo estén consiguiendo. Tras cuarenta y cinco minutos de parloteo, Martin sigue tan campante, disfrutando de su pollo asado y escuchándolos con tranquilidad.

Al cabo de un rato, sin embargo, Wendy parece dispuesta a desviar la atención del grupo, por lo que rellena todas las copas de vino.

—¿Qué tal si brindamos de nuevo por los prometidos?

Grant y yo sonreímos agradecidos al tiempo que levantamos las copas.

—Y por los prometidos en general —añade Heather, recorriendo todo el comedor con la mirada y esa sonrisa de plástico suya—. ¿Sabéis? Nicholas y yo nos alegramos mucho al saber de este fin de semana ¡porque ya no se ven eventos para parejas! Siempre es «No sé qué para solteros», siempre. Como si el mundo quisiera que la gente se quedara sola. —Emite una risita cascabelera y hace girar el rosado en la copa—. Qué alegría mirar a mi alrededor y ver que no somos los únicos que siguen enamorados.

—Lo cual no quiere decir que nuestros amigos solteros no sean bienvenidos —tercia Wendy con un amable asentimiento hacia Martin, quien hace un gesto restándole importancia, con una sonrisa de lo más animada.

—Oh, por mí no os preocupéis —dice—. Está siendo una estancia estupenda. ¡Verme rodeado de amor es tan maravilloso como imagino que sería experimentarlo en persona!

Pues sí. No hay duda de que hoy va a asesinar a alguien.

—Mmm. —Heather toma un sorbo y asiente mirando a Martin—. Y nosotros nos alegramos de tenerte aquí, por supuesto. Que un hombre viva y escriba en noble soledad tiene algo de sumamente digno, ¿verdad? Aunque… —mastica un bocado de patata asada y ladea la cabeza, pensativa— en el caso de las mujeres es una verdadera lástima. No es natural que nosotras estemos solas. Y, sin

embargo, tenemos a todas esas solteras que alardean de su supuesta independencia como si no fuera lo más triste del mundo.

Intento recordarme que Heather no es más que un instrumento para que avance la trama, diseñada literalmente para que sea una imbécil y, en consecuencia, no merece mi ira. Pero no funciona. De todas formas, la odio.

Antes de que pueda decidir si arrearle en la cabeza con la mano abierta o con una jarra de agua, Nicholas interviene:

—El hombre desea que lo necesiten —sentencia al tiempo que corta su pollo—. Todas esas tonterías de «no necesito a un hombre»… te cortan el rollo.

Bueno, pues ya está. Son las peores personas que haya conocido nunca. Incluso teniendo en cuenta que hay un asesino en serie sentado a la mesa con nosotros.

—Tienes toda la razón —coincide Heather acariciándole el hombro. Levanta su copa con una sonrisa condescendiente y añade—: La que diga que «no necesita a nadie» —dibuja unas comillas en el aire— nunca encontrará a nadie.

Con cada nueva palabra que brota de sus bocas sonrientes noto cómo se forma una nueva grieta en la fachada de mi personaje.

—Tal vez sea un mayor honor que te elija alguien que no te necesita, pero que aun así te quiere —replica una voz.

El silencio se extiende por el comedor al tiempo que todas las cabezas se vuelven hacia Grant, pero él no aparta la mirada de los Fiorello.

—Una persona que no espera sentada a que le den permiso para vivir la vida, con historias que contar. Yo me consideraría afortunado de ser a quien ella quisiera contárselas.

El silencio se vuelve atónito en mi caso, horrorizado en el de los Fiorello y una mezcla de aprobación y perplejidad en el resto de la mesa. Grant balbucea antes de controlar de nuevo su voz.

—Yo… me considero afortunado, digo —añade—, de estar con alguien así.

Martin levanta la copa.

—¡De estar prometido, querrás decir!

—Eso —se corrige Grant con la voz velada por una carcajada tímida.

Cuando la conversación en la mesa se desvía hacia temas más inocuos (una vez acallados los Fiorello, que cenan con remilgo), Grant inclina la cabeza hacia mí.

—Lo siento —murmura. Y no creo que se refiera a lo que acaba de suceder.

—Gracias —respondo. Y no me refiero a su disculpa.

Quienes están aquí esta noche son Rebecca y Nathan, no nosotros. Y, ahora mismo, me siento bien haciendo de Rebecca y Nathan. Mi mundo no se va a derrumbar porque lo admita. Por eso, representando nuestro papel, me recuesto en su pecho cálido y él me acaricia la espalda con dulzura antes de rodearme con el brazo.

Pero conforme la cena continúa con su agradable murmullo a nuestro alrededor y yo me siento más cómoda y tranquila en esta situación, con sus dedos distraídos rozándome el brazo, todo fingimiento acaba por esfumarse.

Llevamos metidos en esto casi dos semanas; dos semanas de subidones de adrenalina constantes, alternando el horror con el frenesí. Sin embargo, esto es nuevo. Es la primera vez que me siento de veras en paz. Satisfecha. Apoyada.

Y hace que me dé cuenta de que lo que tengo aquí, lo que tengo de verdad, por debajo de todas las mentiras y los alias, por debajo incluso de estos estúpidos sentimientos, es un amigo.

No sé si la idea me calienta el corazón o me lo rompe.

21

Tenía que ser Martin quien lo echara todo a perder.

Como se acerca la hora h (de «hasesinato»), Grant y yo nos acercamos a él después de cenar con la esperanza de que nos invite a las últimas etapas de su plan. Tal vez a una última copita y a un estrangulamiento en el patio desierto, o a un buen ahorcamiento en el cobertizo de las bicis. Pero no, nos da la enhorabuena a toda prisa y se excusa porque quiere probar el jacuzzi.

Así que ahora tenemos que ir a remojarnos también.

Es curioso que la perspectiva de compartir semejante cercanía con Grant, con mucha menos ropa de lo habitual, me devuelva a mi anterior y desastroso estado de pánico. Mientras él se cambia en nuestro cuarto de baño, yo me planteo si le parecerá raro que me meta en la bañera con una camiseta extragrande, como un niño quemado por el sol en la playa. O un jersey. Tal vez podría convencerlo de hacer lo mismo.

Y, como si los dioses de la proximidad forzada terminaran por darme un respiro, me suena el móvil. Me levanto de un salto a cogerlo y corro hacia la puerta.

—Tengo que contestar —alzo la voz para que Grant me oiga—. Le echaré un ojo a Martin.

Salgo al pasillo y me doy un instante para exhalar antes de responder al teléfono.

—Hola —digo mientras recorro el pasillo con paso pesado.

—¡Hola, hola! —me saluda Steph. Cómo me alegro de oír su voz —. Solo tengo un minuto, pero quería anunciarte que *A medio hornear* será nuestro próximo libro de Anna Matthews, porque acabo de encontrarme un ejemplar en la biblioteca de intercambio que hay delante del hospital.

Nuestro club de lectura. Sí. En los últimos tiempos me cuesta creer que yo antes leyera estas movidas por simple diversión y que luego siguiera con mi vida sin que las cosas se fueran por completo de madre.

Me viene una idea a la cabeza que me hace detenerme de golpe frente a la puerta del patio.

—¿Has visto el post de Instagram de Anna?

—No. Ya sabes mi regla: no seguir a nadie que no conozca en la vida real. Absorbe demasiado tiempo. ¿Por? ¿Está trabajando en algo nuevo?

De pronto me invade la amargura. Bastante mal está que me esté pasando esto, pero es aún peor que no pueda contárselo a mi mejor amiga. A menos que quiera que me dé una amable charla sobre los beneficios de los antipsicóticos, vaya.

—Ya veremos —digo intentando que no se me note cómo rechino los dientes—. En fin, *A medio hornear* suena bien. Lo tomaré en préstamo cuando vuelva.

—¿Volver? ¡No me habías dicho nada! ¿Dónde andas, haciendo parapente en el desierto australiano? ¿De *rallies* en Sudáfrica?

—Casi —respondo, al tiempo que me adentro en la noche. El aire es fresco y resuenan el canto de los grillos y el viento en los árboles. Un largo sendero serpentea entre los rosales durmientes y los setos de boj, al final del cual, metiéndose en un jacuzzi iluminado, está Martin. Ni puede oírme ni está mirando hacia aquí, pero da igual: me escondo detrás de un macetero y bajo la voz—. Estoy cerca de Londres. Es un… viaje de trabajo.

—¿De trabajo? ¿Desde cuándo os pagan viajes a los temporales? A menos que… —Ahoga un grito—. ¿Por fin has aceptado el curro en el gimnasio?

—No —replico con un puntito de irritación—. ¿Y desde cuándo tienen que viajar por trabajo los profesores de defensa personal?

—¡Yo qué sé! Tú eres la experta. Solo quiero saber por qué demonios no aceptas un trabajo que es, literalmente, perfecto para ti.

No, otra vez no.

—¡Porque no! —Las palabras me salen atronadoras como un solo de trompeta, y me vuelvo hacia Martin para asegurarme de que no se ha enterado. Está tan relajado que parece en trance, meciéndose al son de una música que solo él puede oír—. Estoy demasiado ocupada.

—Mmm —dice Steph.

—Y dar clases no es lo mío.

—Claro.

—Y el gimnasio queda muy lejos de mi apartamento.

—Te has ido hasta Londres por un trabajo que ni siquiera te gusta, pero vale.

Resoplo frustrada.

—¡Es que no quiero!

—Está bien. —Steph suspira—. Si tú lo dices… Pero ¿quieres que te diga lo que pienso yo?

—No —repongo, confiando en que, por mi tono, entienda que lo que en realidad quiero decir es «En cierto modo, sí».

—Creo que uno de estos días vas a tener que preguntarte si hay alguna diferencia entre no querer hacer algo y tener miedo de hacerlo.

—Lo que tú digas, Brené Brown —replico, en plan «no estoy enfadada contigo, pero se acabó esta conversación»—. De todas formas, ¿tú no tenías un trabajo al que ir? Los niños de San Diego no van a extirparse el apéndice solos, ¿sabes? Espero…

Steph suelta una carcajada.

—No, hoy es solo una canica atascada en la nariz. Pero superatascada.

Nos despedimos y nos decimos lo mucho que nos queremos, y cuelgo tan desalentada como antes. Solo por una vez en esta semana, me encantaría tener una conversación que no hurgue en el punto flaco de mis inseguridades más profundas.

El caso es que Steph es mi mejor amiga. Que me tenga calada es lo lógico. Pero cuando Grant y yo estábamos en el jardín de Lesley, le abrí mi alma de forma voluntaria. La verdad es que no lo entiendo, tal vez sea que algunos temas resultan más fáciles de abordar con gente que no te conoce tan bien. Aunque mi sensación no fue esa. Sentí como si me conociera. Y, durante un minuto, me pareció que quería que me conociese mejor. Y justo ahí reside el peligro de todo esto.

No, tachémoslo. El verdadero peligro está metido en esa bañera. Es en eso en lo que debo concentrarme. Nada más.

Y así, al cabo de unos minutos, en bañador y albornoz blanco de felpa, Grant y yo contemplamos tiritando el sendero empedrado que conduce al lugar donde nuestro Ejecutante de Amantes se remoja mientras espera, con la cara bañada de un inquietante azul por el resplandor del jacuzzi.

—Creo que ya ha llegado —comento en voz baja, formando una nubecilla en el aire nocturno—. El gran desenlace. El momento definitivo. La hora de sacar nuestras mejores armas y acabar con este tipo.

—¿Alguna vez te han dicho que te preparas para los intentos de asesinato como un entrenador de baloncesto universitario júnior antes de un partido?

—Todo el tiempo.

Grant inhala hondo.

—Vale. —Exhala—. Entonces salgamos ahí fuera y demos el ciento diez por ciento.

Extiende la mano y yo se la doy. Caminamos en silencio, deteniéndonos únicamente para quitarnos el albornoz. Mi plan de no mirar a Grant por debajo de la barbilla se esfuma en el momento en que desnuda su torso ante mí y sus hombros se mueven cuando deja la prenda en un banco. No conocía los detalles de su silueta por debajo de sus típicos jerséis y sudaderas, pero ahora me siento como si hubiera estado perdiendo el tiempo. Todo lo nuevo (su estómago fibroso, el leve rastro de vello en el pecho, los huecos en su cuello y sus clavículas) son la perfecta continuación de las partes que ya conocía.

Cuando me obligo a subir hasta sus ojos, veo con sorpresa que él también me estaba contemplando. Sus ojos se deslizan por mi cuerpo estudiándome. Cuando por fin se cruzan nuestras miradas, transmiten un mensaje sin palabras, algo que no puedo identificar aunque lo siento en cada centímetro de mi piel. Pero entonces Grant se vuelve hacia Martin y lo recuerdo: nuestra misión. La misión es lo primero. «Nada de excitarse», que toca ser una plasta. Eso sí puedo hacerlo.

Martin se sobresalta cuando nos metemos en el jacuzzi flanqueándolo y demasiado cerca como para que se sienta cómodo.

—¡Pero si es nuestro amigo Martin! —canturreo.

Parece algo sobresaltado, pero su mirada pasa del uno al otro y nos ofrece una sonrisa cortés.

—Hola, pareja.

—Espero que no te importe que nos unamos —dice Grant—. Cuando te vimos aquí tan solo, pensamos: «Hey, ahí hay un hombre al que le vendría bien algo de compañía». —Grant sacude a Martin por los hombros para darse énfasis. La sonrisa del sacudido se debilita por momentos.

—Sí —responde—. Nada mejor que un buen baño bajo las estrellas, en silencio…

—Claro, claro. Pero ¿sabes qué es mejor? —Me inclino por delante de Martin para dirigir una mirada dulce a Grant—. El cariñoso abrazo de tu persona favorita.

—Ay, tesoro. —Grant alarga la mano por detrás de Martin para dármela y, al hacerlo, le golpea la cabeza. Por fin, Martin no parece demasiado contento. Estamos llegando al momento del asesinato, y se nota.

—Nathan —le digo a Grant—, ¿qué es lo que más te gusta del amor?

—Uff, son tantas cosas —responde tras exhalar un suspiro reflexivo—. Quizá que nunca más tengamos que ir de vacaciones solos.

—Cierto —respondo—. A mí, personalmente, lo que más me gusta es que, si uno de los dos muriera de forma inesperada, no lo encontrarían semanas más tarde, medio devorado por un gato.

Grant pone cara de palo y me mira como preguntando: «¿En serio?». Yo me encojo de hombros a modo de disculpa.

Entretanto, Martin tiene los ojos fijos en el agua burbujeante y su boca forma una curva macabra que apenas se asemeja a una sonrisa. No diría que es una mueca homicida, pero se le va acercando.

—Y el sexo —digo de golpe. Martin se sobresalta y me mira azorado—. El sexo, salvaje y maravilloso, que practicamos sin parar. Cuéntaselo, cariñín.

—Oh, guau… —responde Grant con los ojos como platos. Yo reprimo una carcajada. Él choca el hombro con el de Martin y me señala con la barbilla—. Aquí donde la ves es un verdadero cohete en el… lecho conyugal.

«¿Lecho conyugal?», articulo sin voz, reprimiendo a duras penas la risa. Grant me lanza una advertencia muda, con los labios apretados, pero puedo ver el temblor de la carcajada reprimida en sus hombros.

—Sí —añado tratando de mantener la voz serena—. Una vez que empezamos… es un no parar.

Martin carraspea.

—Vaya, admiro vuestra… franqueza.

Una expresión pétrea ha aflorado en su rostro, pero aún no es suficiente. No lo entiendo. Estamos siendo los tíos más pesados que hayan pisado la faz de la tierra, pero él sigue sin intentar matarnos. ¿Qué más haría falta para sacarlo de sus casillas?

—¿Quieres saber un secreto? —le pregunta Grant. Martin pone cara de «gracias, pero no»; yo intento no parecer demasiado intrigada—. La clave está en los preliminares. Tienes que disfrutar del momento. Un baile lento, un masaje… ¿A que doy unos masajes estupendos, amorcito?

—Hum —respondo, algo descolocada—. Tiene unos dedos mágicos, sí.

Se produce una pausa en la que Grant no me quita los ojos de encima, y la temperatura del agua parece penetrar en mi riego sanguíneo.

—De hecho —prosigue—, ahora mismo diría que tienes los hombros tensos. ¿Por qué no vienes aquí, tesoro?

La respiración se me corta. «¿En serio?». Grant esboza un leve asentimiento antes de mirar de reojo a Martin, quien por fin empieza a fruncir el ceño. Esto va muy bien. Y no significa nada: forma parte del trabajo y punto.

Me muevo con cautela bajo el agua para colocarme delante de Grant. Él me aparta el pelo con gesto cuidadoso sobre el hombro y se calienta las manos exhalando sobre las palmas, como si no llevásemos todos un buen rato metidos en una bañera a casi cuarenta grados.

Empieza con algo sencillo, un movimiento de tajo karateka con la ventaja añadida de que salpica a Martin cada pocos segundos. Veo

de soslayo cómo arruga la cara, por lo que cierro los ojos para no echarme a reír. Sin estímulos visuales, solo puedo concentrarme en las sensaciones y, aunque no son más que breves puntos de presión en la parte superior de la espalda y los hombros, es muy agradable. Grant tenía razón. Estaba tensa.

Pero es cuando empieza a masajearme cuando descubro el talento que posee. Sus pulgares trazan lentos círculos en la base de mi nuca mientras sus dedos se deslizan por mis hombros. Hasta el último resto de estrés en mis músculos se va diluyendo ante su tacto suave aunque insistente, además de absolutamente sublime.

No bromeaba. Sí que es bueno con los masajes. Lo que me hace preguntarme qué otras cosas me habrá dicho en serio.

«Disfrutar del momento»… ¿No bromeaba? ¿Sería así si de veras estuviéramos juntos: caricias lentas e indulgentes, y cada vez más intensas? No me cuesta imaginarlo. Aún más, puedo sentirlo, ahora mismo, en la languidez con que sus manos se deslizan por mi espalda, se introducen bajo la cinta de mi biquini o acarician mis costillas con la yema de los dedos. Solo que, si esto fuera real, no se detendría ahí. Me atraería hacia él y sentiría su pecho en mi espalda, sus labios en mi cuello, sus dedos avanzando… constantes, sin prisa, reverentes.

Pero, una vez más, también está esa pasión que he visto encenderse en él cuando la ocasión lo requiere. ¿Se dejaría llevar por ella? ¿Abandonaría todo autocontrol y se entregaría al hambre y al calor? También puedo verlo, y lo fácil que sería dejar que las ascuas prendieran y se alzaran las llamaradas entre los dos. Lo único que tendríamos que hacer es dejar de luchar contra ello. Y sería

como si se desatara una tormenta, una tempestad de pulsos acelerados, besos voraces y…

Sus manos se detienen sobre mi espalda y solo entonces me doy cuenta del sonido que acaba de escapar de mis labios. Era un suspiro, seguro. Puede que hasta pronunciara su nombre.

Giro la cabeza para comprobar si me ha oído y, dado el caso, dar marcha atrás. Pero sus ojos hacen que me detenga. Se clavan en los míos con una languidez y un calor que me llevan a pensar que no soy la única que se ha entregado a esta fantasía. Entonces su mirada desciende y se me corta la respiración. Si avanzara un par de centímetros, mi nariz rozaría la suya.

Sé que dijimos que nada de besarse, pero a ver… ¿Qué mal haría que nos besásemos una sola vez, metidos en el papel, por aliviar la tensión?

Cuando acorto la distancia entre nosotros, Grant me rodea el torso con los brazos y me atrae hacia él. Siento su aliento susurrante sobre mi labio inferior y, entonces, su boca…

—¡Parad!

Ay, Dios. Martin. Es verdad. Retrocedo de golpe, con todos los músculos en tensión, y veo a nuestro vecino tan ruborizado que las mejillas se le han puesto moradas. ¿Hemos… cumplido nuestra misión? ¿O es que me ha oído llamar a Grant por su nombre? ¿Se habrá dado cuenta de que es una trampa?

—Sois una pareja estupenda —dice, los ojos cerrados con fuerza —. Ha sido un placer charlar con vosotros y os deseo todo lo mejor. ¡Pero no voy a participar!

El silencio que se extiende podría ser como la aguja sobre un disco rayado.

—¿Perdón? —pregunta Grant con voz estrangulada.

—Oooh…. —se me escapa según me voy dando cuenta—. No habrás venido a…

—¡No! —chilla Martin poniéndose en pie—. He venido en busca de paz y silencio para pensar en mi escritura. No deseo nada más. Y ahora, si me disculpáis, me iré a hacer eso mismo en otra parte. Buenas noches.

Sale de la bañera salpicando a nuestro alrededor antes de envolverse con enfado en una toalla. Acto seguido, se pierde con paso rápido en la noche, y juraría que lo oigo refunfuñar que «siempre pasa lo mismo».

Grant y yo nos volvemos el uno hacia el otro, boquiabiertos y sin palabras. Hasta que, de pronto, estallamos en carcajadas histéricas. Es ese tipo de risa que te da dolor de tripa, que hace que se te salten las lágrimas y te agita como un terremoto, y parecería que vamos a romper el jacuzzi.

Grant se tapa la boca con las manos mientras sus hombros se convulsionan.

—¿Así que todo este tiempo ha estado pensando que ligábamos con él?

—Creo que estoy viviendo una experiencia extracorpórea. —Mi voz suena a graznido.

Repasamos todas las interacciones y, con cada una de ellas, vamos perdiendo cada vez más el control. El brindis con Martin en el patio. Nuestra agresiva cordialidad durante el desayuno. El renuente sándwich humano del jacuzzi.

—La verdad es que tenía toda la pinta de que queríamos echarle un polvo —jadeo.

—Ay, madre —dice Grant enjugándose los ojos. Cuando la hilaridad se esfuma como la niebla al sol, me mira con una ceja fruncida—. ¿Crees que será alguien más? Solo hay parejas y todas parecían bastante normales, pero… ¿nos habremos equivocado?

Niego con la cabeza. Contradiciendo mi arrebato de antes, hasta yo he de admitir que el resto de las parejas me parecen genuinas. Bueno, casi.

—Los Fiorello son los únicos que consideraría anormales, pero he visto el número de seguidores que tienen. Jamás se arriesgarían a perder patrocinadores por algo tan controvertido como una serie de asesinatos.

—Además, están ahí mismo. —Grant señala hacia el pie de la colina, donde las siluetas inconfundibles de Heather y Nicholas discuten sobre dónde colocar un aro de luz para hacerse una serie de fotos nocturnas.

Una lechuza ulula desde algún lugar en la distancia iluminada por la luna. Los sonidos de las risas y un tema de jazz al piano nos llegan entremezclados desde el interior. Grant levanta el brazo para echar un vistazo a su reloj de pulsera, y yo tengo que reprimir una sonrisilla. Por supuesto que no se lo ha quitado para meterse en un jacuzzi.

—Creo que es posible que nadie trate de matarnos esta noche —anuncia.

Me levanto para alcanzar el albornoz y sacar el móvil del bolsillo.

—Diría que tienes razón —coincido mostrándole el mensaje de texto que acabo de recibir de Lisa.

AAAH, han borrado el post del Ejecutante! Misión cancelada. Pues nada, disfrutad del finde! ;) Besis

Grant se desinfla del alivio y yo decido que ya me ocuparé de Lisa y de su guiñito malintencionado más tarde. Ahora, las prioridades: inesperadamente, tengo la noche libre. En una lujosa posada campestre. Con una habitación y todos sus artículos de cortesía a cargo de una tarjeta de crédito que no es la mía.

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y me giro hacia Grant.

—¿Te apetece arrasar el minibar?

Grant deja caer la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—Sí, por favor.

Es increíble lo bien surtido que está el minibar de nuestra habitación, que tiene desde pequeñas botellas de vino hasta chupitos de vodka y whisky.

O lo estaba, antes de que llegáramos nosotros.

Nos hemos duchado y cambiado, y yo me estoy secando el pelo con una toalla cuando Grant se me presenta delante de la puerta del baño con las manos a la espalda.

—Elige —dice, por lo que señalo su brazo izquierdo. Me tiende una botellita de vodka. Debe de verme en la cara que no es mi bebida favorita, porque de inmediato me tiende la de whisky—. Por una noche libre de asesinatos —brinda levantando su botella.

—Y libre de orgías con Martin —brindo yo, haciéndola chocar con la mía.

—Eso que nos perdemos, seguro. —Cuando ambos hemos acabado nuestras bebidas, Grant carraspea—. Hablando del jacuzzi…

—Todo ha salido genial —me apresuro a contestar, con el whisky abrasándome garganta abajo. Voy a por otra botella—. Nuestras

actuaciones están mejorando. O al menos han colado con Martin.

Grant asiente y me dirige una mirada que me lleva a pensar que, si lo intentara, podría ver el discurrir de sus pensamientos tras sus ojos.

—Sí —termina por decir—. Una actuación de lo más sólida.

Se produce un instante de silencio que parece un pelín cargado de más. Puede que sea el contacto visual. Puede que el recuerdo de sus manos sobre mi piel. Al final, digo:

—¿Qué opinión te merecen los juegos de beber?

Grant sonríe:

—Me encantan.

Empezamos con «yo nunca» y luego pasamos a algo parecido al *beer pong*, aunque en realidad tan solo intentamos encestar un caramelo de menta en la copa de vino del otro. Los dos ganamos. O los dos perdemos; no lo tengo demasiado claro.

A partir de ahí, la definición de «juego de beber» es cada vez más vaga. El «más o menos vino *pong*» se convierte en charadas borrachas y luego en mímica beoda de escenas de pelis. Grant tiene memorizado desde hace siglos el monólogo del «maddimonio» de *La princesa prometida*. Yo lo deleito con una interpretación de «Love Is a Battlefield» a lo *El sueño de mi vida*, subiéndome de un salto a la cama para recrear el baile de las pataditas de Jennifer Garner, con coleta y bufanda improvisada incluidas.

Ponemos una lista de reproducción de clásicos de los ochenta en el móvil de Grant y saltamos, bailamos, tocamos guitarras invisibles por el cuarto hasta que nos desplomamos en el suelo con las espaldas apoyadas en los pies de la cama.

Nos sumergimos en un agradable y cómodo silencio; los pensamientos discurren lentos por los meandros de mi mente.

—Siento haberte dicho que eras un mierda —digo.

Grant, que todavía no ha recuperado del todo el resuello, se vuelve hacia mí.

—Lo que hiciste fue mandarme a la mierda.

—Sí, probablemente era lo que quería.

—Vale. Y yo siento haberte dicho que maduraras.

Al cabo de un minuto, digo:

—No creo que sea mejor que nadie. No odio a la gente que está pasando el fin de semana aquí.

—Sé que no —responde—. Lo que odias es el romance.

Suelto una carcajada aguda.

—No odio el romance. ¿No sabes por qué empezó todo esto? Porque deseé protagonizar una novela romántica. —Me río por lo bajo al recordarlo. Qué cándida jovenzuela era entonces, dos semanas atrás.

Pero Grant no se ríe. Me observa con curiosidad, lo que me recuerda que no, no lo sabía, porque he evitado a toda costa contárselo. Pero bueno, ya es demasiado tarde.

—¿Que deseaste protagonizar una novela romántica? —Estudia mi rostro como si estuviera reconfigurando la imagen mental que tiene de mí—. Así que lo de Anna Matthews no fue un accidente. Querías meterte en uno de sus libros a propósito.

Me recuesto contra la cama.

—Me encantan sus novelas románticas. Una sabe que todo va a salir siempre bien. El amor espera a la vuelta de la esquina y va a funcionar y a ser adorable. Pensé que podría meterme en una,

disfrutar de una pequeña historia romántica con Jack y volver a salir. Más fácil, imposible. Me daba un gustazo y ya. Pero ¿qué pasó? Que casi me apuñalan. —Me río con amargura—. Menudo novio de libro.

Veo cómo le cambia la cara a Grant al comprender por fin cómo empezó todo esto. Por qué estaba con Jack, quién creía que era. Y no me gusta. Va a empezar a juzgarme… o, lo que es peor, a tenerme lástima. Entonces choca su rodilla con la mía.

—Al menos no era un novio de verdad —comenta—. Imagino que, de haberlo sido, me habría costado mucho más aceptar lo de su homicidio.

Le hago una pedorreta.

—Los novios de verdad no son mucho mejores. Lo único que hacen es devorar tu corazón como desayuno y cagarlo a la hora de comer.

Ni siquiera me dice que no tiene sentido. Es que es un encanto.

—¿Lo dices por experiencia?

Es una pregunta que normalmente me provocaría una respuesta refleja: «No quiero hablar de ellos», pero con Grant sí quiero hablarlo. Puede que sea el alcohol. O puede que sea porque es él.

—Nada grave —respondo—. Tuve un novio idiota en el instituto y le permití que me hiciera sentir mucho más inepta de lo que habría debido.

Estoy dispuesta a pasar página, pero Grant hace que me quede parada. Le han aparecido esas arrugas en la frente, las de «te estoy escuchando de verdad».

—¿Qué sucedió?

—Era un maestro de la manipulación —le cuento—. Me engañó y me hizo creer que estaba enamorado de mí.

—¿Cómo?

—Diciéndome que estaba enamorado de mí.

Grant arruga la cara.

—Ya. Con eso basta. En especial cuando eres adolescente.

Asiento.

—Me gustaba de verdad. Y estaba tan contenta de ser por fin la novia de alguien que no me di cuenta de que poco a poco me iba convirtiendo en una maceta o un cojín decorativo. Me quedaba sentada en su sótano mientras él se pasaba las horas jugando a videojuegos, como si para mí fuera un honor que me quisiera a su lado, cuando en realidad él no sabía cómo decirme que me largara.

—¿Y cómo acabasteis cortando? —pregunta Grant.

—No cortamos. Hemos cumplido quince años de felicidad sotanil.

—Ja —replica, aunque sin reírse. Sigue con sus ojos fijos en los míos, paciente.

Suelto el aire.

—Le pidió a otra chica que fuera con él al baile de graduación —le explico—. En vez de cortar conmigo. Imaginó que pillaría el mensaje y así no le haría falta dejarme. Porque, y aquí cito sus palabras, no quería herir mis sentimientos.

—Dios… Menudo imbécil.

—¿Quieres saber lo peor? Que seguí pensando que estábamos juntos hasta una hora antes. Él me había dicho: «Supongo que nos veremos por allí», y yo entendí que era como pareja. Hasta tenía vestido y todo. Y entonces abrí Facebook y vi que había publicado fotos con una chica que llevaba un vestido a juego con su corbata.

Me río, pero siento ese familiar reguero de vergüenza serpenteando por mi interior. Me digo que algo raro me tiene que

pasar para que, a los treinta, un desengaño de instituto todavía sea la única herida romántica que he recibido. Que debería haberse visto superado por algún dolor más adulto. Que me hubiera engañado un contable, por ejemplo. No es tanto que el recuerdo me duela, sino que es el único que está ahí, esperando, como una fractura que hubiera sanado hace mucho, pero que aún me advirtiera cuando amenaza tormenta.

—Lo siento —me dice Grant con la misma sinceridad que si me hubiera sucedido ayer.

—Yo no —respondo—. Si no hubiera hecho una idiotez tan gorda, quién sabe cuánto tiempo habría seguido con él. A veces creo que es lo que más me molesta de todo el asunto; que no quiero volver a quedarme atrapada con alguien. Es como mi madre y mi padre: son unos progenitores increíbles y los quiero un montón, pero son muy infelices juntos y no hacen nada por cambiar la situación. A veces me preocupa que sea algo genético, el instinto de quedarte donde estás aunque no deberías. La idea de que, si no me ando con cuidado, acabaré como ellos: atrapada, desgraciada y totalmente incapaz de reunir el valor para irme.

La mirada de Grant es impertérrita.

—Eso no puedes saberlo. Y si hay una cosa que sé que tienes, siempre, es valor.

«Siempre». Menuda palabrita. Intento obviar la punzada que me provoca.

—En fin, que no soy la única —digo—. He visto a demasiada gente destrozada por el amor. Mis amigos. Mis padres. Todos los participantes de *The Bachelor*. En la vida real, la gente sufre. —Me vuelvo para mirarlo mejor y me aparto el pelo de la cara—. ¿De

veras crees que todos los que están aquí este fin de semana van a tener un final feliz?

Grant se encoge de hombros.

—No sé si todo el mundo, pero… sí, ¿por qué no? La mayoría de ellos parecen bastante felices.

—¿Hasta los Fiorello?

—Huy, no. A esos les doy tres meses como mucho.

Se me escapa una carcajada a pesar del calorcillo rosado que me inunda al recordar cómo Grant me defendió delante de ellos. Dijo que yo tenía historias que contar. Que sería un honor ser el elegido a quien quisiera contárselas.

Ojalá pudiera elegirlo.

Pero ese pensamiento es solo para mí.

—No creo que una relación, para ser buena, necesite durar para siempre —termina por comentar Grant—. A ver, sí, eso sería lo ideal. Pero aunque no salga así, el final no tiene por qué invalidar las partes buenas. —Me mira y baja la cabeza un poco, como si fuera a revelarme un secreto—. Aunque al final usen tu corazón para cagarse encima, sigo pensando que tiene más ventajas que inconvenientes entregárselo a alguien.

Cómo me gustaría creerlo. Ahora mismo tengo un montón de deseos. ¿Dónde está le Regalante cuando una le necesita?

—Da igual —respondo—. No estoy hecha para algo así. Tú mírame. —Él lo hace. Lo siento—. Tengo treinta años y la experiencia en relaciones de una chavala de dieciséis, quitando algún que otro rollete de vacaciones. No sabría ni por dónde empezar. ¿Quién querría salir con alguien así?

La pregunta es retórica, lo juro. O pretendía que lo fuera, aunque en alguna parte, una minúscula parte de mí desespere por obtener una respuesta.

Pero entonces Grant responde:

—Yo.

Lo dice con convicción, con la misma llaneza con que pronunciaría cualquier otra palabra que brotara de su boca.

—Yo saldría contigo. De hecho, ya he salido contigo, y ha sido maravilloso.

—No, no —digo desmoralizada—. No me refiero a salir a cenar, me refiero a salir de salir. En plan novios.

—Ah, ¿te refieres a la típica definición de noviazgo de instituto?

—Justo.

Grant se queda parado y se rasca la nuca con indolencia.

—En ese caso, imagino que tendré que pasarte una nota que diga: «¿Quieres salir conmigo?» con una casilla para el sí y otra para el no.

«Está borracho», me digo. Pero yo también.

—Y yo marcaría el sí —respondo—. Pero luego me daría un ataque de pánico y lo borraría. Pero lo habría escrito a boli. Así que me daría otro ataque y me comería la nota.

A Grant se le forman unas arruguitas en los rabillos de los ojos y se le curva la boca.

—Eres más rara que un perro verde —dice con dulzura.

Suelto una carcajada desdeñosa y encojo los hombros.

—Lo que soy es una cobarde.

—¿Una cobarde? —Grant se vuelve y quedamos cara a cara, los dos cruzados de piernas frente al otro—. Roxie —me mira a los ojos

—, te he visto empujar a inmolarse a un asesino en serie. Y estoy casi seguro de que disfrutaste.

Con un gruñido, escondo la cabeza entre las manos. Grant no lo pilla. Y ahora ha hecho que parezca una pirada.

—Hey. —Tira de mis muñecas antes de mirarme con solemnidad —. Tengo que decirte una cosa.

En algún lugar del fondo de mi mente, la Roxie sobria grita: «¡Huye, huye, huye!», pero la Roxie borracha la encierra en el armario escobero.

—¿Decirme qué? —musito.

Sin dejar de sujetarme con fuerza las muñecas, apoya la barbilla en mis nudillos pensativo. Estudia mis ojos, vacilante, como si no supiera si decírmelo o no, pero en lo único en lo que yo puedo pensar es en que, sin darse cuenta, su boca está pegada a mi mano y que sería estupendo que lo estuviera haciendo a propósito.

Entonces, con un hondo suspiro, se echa hacia atrás, cierra los ojos y dice:

—La verdad es que moló muchísimo cómo le hiciste un *Grand Theft Auto* al taxi.

Me aparto de golpe con el frenesí de quien ha ganado diez mil loterías.

—¡¡¡Sí!!! —chillo—. ¡Lo sabía, joder! ¡¡¡Cómo lo sabía!!!

El subidón del triunfo es embriagador, puede que aún más que el alcohol, lo que me lleva a tomar su cara entre las manos y plantarle un besito ridículo en la frente arrugada antes de ponerme en pie para dar la vuelta de la victoria por el cuarto.

Él, derrotado, se deja caer en la cama y apoya los brazos sin fuerza sobre las rodillas dobladas, pero cuando alza la vista hacia mí,

veo asomar una sonrisa en la comisura de su boca.

Me desplomo a su lado y levanto la mano para chocarle los cinco. Él imita mi gesto, pero los dos fallamos y acabamos dándonos una palmada en el antebrazo. La risa es mareante, de esa que me hace perder el equilibrio, y me da la impresión de que la habitación no exactamente da vueltas, pero sí se mece un poquitín.

Cuando recupero el aliento y todo parece dejar de moverse, me doy cuenta de que tengo la cabeza apoyada en el hombro de Grant. Sé que no debería, pero no soy capaz de apartarme. Me da tanta serenidad notar cómo inhala y exhala. Entonces él apoya con suavidad la suya en la mía y, si antes ya era una batalla separarme, ahora es escalar el Everest.

Cinco segundos, decido. Me daré cinco segundos para disfrutar del momento. Uno… Dos… Tres… Cuatro… Cinco.

… Seis.

… Siete. ¿Por qué no?

Cuando por fin levanto la cabeza y lo miro, su cara está muy cerca de la mía.

Y luego aún más.

Me doy cuenta de que estoy mirándole la boca, contemplando cómo sus labios se abren una pizca al inhalar. Me obligo a apartar la mirada y subir hasta sus ojos, pero puede que sea aún peor. Hay algo en ellos que no sé cómo definir, pero que de alguna manera conozco a la perfección.

Estamos bailando demasiado cerca del borde de algo…

Y ahí están, por fin, las alarmas a las que tan acostumbrada estoy, abriéndose paso entre la neblina de la ebriedad como una sirena. Me

pongo en pie con torpeza y agarro otras dos botellitas que descansaban en la cómoda antes de lanzarle una.

—¡Por Pat Benatar! —exclamo, antes de poner otra vez la música.

Cuando nos vence el sueño, lo veo todo más o menos borroso. Pero aunque los pensamientos se me empiezan a escapar como pájaros que echasen a volar hacia el crepúsculo, dos de ellos permanecen conmigo: el recuerdo de los labios de Grant sobre mis manos y el de los míos en su frente. Dos casi besos que no acaban de sumar uno entero. Y, a continuación, lo único que queda es una certeza.

Llegará un momento en que los «casi» y los «no acaban de» no serán suficiente.

22

Falta poco para las seis cuando la habitación en la que me encuentro vuelve a verse enfocada. La lluvia ha pintado una acuarela de azules grisáceos al otro lado de la ventana, y la contemplo en una difusa semiconsciencia, acurrucada como estoy en el lecho más mullido jamás inventado. Mi cuerpo no siente sino la suavidad y la calidez del sólido peso a mi espalda.

Al girarme con las extremidades y los párpados pesados, me quedo totalmente inmóvil en cuanto percibo mi entorno.

Cualquier parecido a la Gran Muralla de Almohadas sería pura coincidencia, después de que anoche mutaran en munición para la Gran Batalla Achispada, como (a duras penas) recuerdo. Y si la cama siguiera dividida en dos zonas, desde luego que Grant se encuentra en la mía. Continúa dormido, su respiración profunda y serena, su brazo curvado sobre mi cintura. Soy más o menos consciente de que no debería permitirlo, pero estoy demasiado grogui y cómoda para moverme.

Lo que sí me permito es esbozar una sonrisa en la privacidad del momento. Nunca le había visto la cara tan relajada. La leve sombra de una arruga en el entrecejo es la única prueba de que el fruncimiento es su estado natural. Alargo el dedo para trazarla con

suavidad. «Me gusta su cara». El pensamiento aflora en algún lugar de mi mente desprotegida. «Me gusta mucho».

Cuando la yema de mi dedo entra en contacto con su piel, Grant se remueve y, de forma refleja, su mano se tensa un instante contra mi espalda. Aparto la mía como si me hubiera dado un calambre; la precaución ha tardado demasiado en aparecer. Grant parpadea para desterrar el sueño de sus ojos hasta que su mirada se posa como una manta calentita sobre mí. No puedo moverme; no puedo respirar.

—Hola. —Su voz posee esa ronquera de quien no está despierto del todo.

—Hola.

La leve arruga termina de fruncirse del todo cuando Grant me mira.

—¿Me estabas tocando la cara?

—No —miento con brusquedad. En mi interior crece algo parecido al pánico, recargando todos los centros de alarma de mi cerebro. Su brazo sigue rodeándome. El calor de su cuerpo aumenta mi temperatura. Su cara, una vez más, está demasiado cerca de la mía.

Los recuerdos de anoche ahora fluyen como un torrente: los bailes por toda la habitación, los dos desplomándonos en el suelo, nuestras rodillas en contacto cuando nos sentamos el uno al lado del otro. «Yo. Yo saldría contigo».

Ay, madre. Es como si me hubiera tirado de cabeza a un tanque de remordimiento. Me aparto de él, me quito el nórdico de encima lo más rápido posible y me levanto de la cama de un salto.

Pero saltar, por lo que se ve, es la mejor forma de que te asalten a la vez todos los síntomas de la resaca. La cabeza me retumba y me

da vueltas. Me vienen las náuseas. Siento las piernas frías. ¿Eso también es síntoma de la resaca?

De algún rincón en la aturdida papilla que es mi cerebro surge un nuevo recuerdo de la noche anterior, al ritmo de los distantes y persistentes compases de «Love Is a Battlefield»: estoy bailando en la cama con una bufanda alrededor del cuello.

Pero yo no traje ninguna bufanda.

Bajo la vista mientras el horror se apodera de mí. No llevo más que una camiseta y las bragas.

Me giro en el momento justo para ver a Grant sacar de debajo de él el pantalón de mi pijama de franela; cuando levanta la vista hacia mí se ve que se lo está pasando en grande.

No me lo puedo creer. Luché contra el cliché de una sola cama y ganó el cliché. Y encima sin pantalones.

—¡No me mires! —exclamo tironeando de la camiseta para taparme el trasero mientras salgo zumbando hacia el cuarto de baño, donde tengo intención de pasar el resto de mi vida.

Pero cuando me encierro para maldecir cada una de las decisiones que he tomado, no es el bailecito sin pantalones lo que me corroe de la vergüenza, sino el recuerdo de lo que pasó después. Cuando le confesé mi estúpido deseo. Y lamenté mi vida amorosa. «Soy una cobarde».

Quien invente un ibuprofeno que trate la vulnerabilidad de la resaca, además del resto de los síntomas, va a hacerse de oro conmigo.

Cuando volvemos a Londres, soy una mujer con una misión, y esta es arrancarle la cabeza a Lisa.

Entro como un vendaval en la casa, con las gafas de sol puestas y en la mano la botella de Gatorade (o su peculiar equivalente británico) que a regañadientes dejé que Grant me comprara en una gasolinera. Por lo que se ve, creyó que eso me haría dejar de gruñir: «No vuelvo a beber en la vida». Se equivocaba.

Me precipito a la cocina y encuentro a Lisa sentada frente a la isla con un plato de galletas al lado, hojeando una revista como si fuera la viva imagen de la inocencia.

—Tú… —bramo.

—¡Roxie! —gorjea—. ¿Ha estado bien el finde?

—«¿Ha estado bien el finde?» —la imito con una vocecilla que hasta un colegial consideraría inmadura—. Cómo te atreves. Te he calado, Lisa. Ya puedes dejar de poner ojitos de cordera.

No deja de sonreír, pero palidece un poco.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —responde.

—No existe ningún Ejecutante de Amantes. Nunca ha existido. Todo este rollo del Fin de Semana de los Enamorados, lo de una sola cama, lo de la estúpida campiña preciosa bajo las estrellas… ¡Solo querías hacer de casamentera!

Su sonrisa angelical se transforma en una decididamente más pícara al tiempo que levanta las manos a la defensiva.

—Lo creas o no, guapi, el cosmos no es mi jurisdicción. Si las estrellas hicieron que te pusieras romanticona, eso es cosa de tu conciencia. —Radiante de escandalizada emoción, se inclina hacia delante como si fuéramos un par de amigas compartiendo un cotilleo —. ¿Y pasó algo?

—Basta. ¡Basta! —Me noto las mejillas ardiendo—. No, no pasó nada. Porque no hay nada que tenga que pasar. Hemos venido a pararles los pies a unos asesinos en serie, no a alimentar tus fantasías de «¿acabarán o no juntos?». ¡No soy tu marioneta, joder! ¡Soy una persona real!

Me doy cuenta de que le estoy gritando al techo, por lo que vuelvo a fulminar con la mirada a Lisa, que se encoge al instante.

—¿Por quéééé? —gimotea—. Mira, siento haberos engañado, pero solo estoy dándole un empujoncito a lo inevitable, ¿no? ¡No me digas que no sentís algo el uno por el otro!

—Eso da igual —respondo, aunque de inmediato me arrepiento de no haberlo negado.

—En absoluto. —Lisa da una palmada sobre la encimera. Me horroriza ver que está cogiendo carrerilla—. ¿No entiendes lo poco común que es que dos personas sientan lo mismo la una por la otra? ¿Que las estrellas se alineen de tal manera? Por el amor de Dios, Roxie. El último hombre al que amé me acompañó a una fiesta, se olvidó de que me había llevado en coche y se largó con otra. Así de invisible era para él. —Se pasa el dorso de la mano por los ojos; el dolor se lee con claridad en su semblante—. Mataría por importarle a alguien como tú le importas a Grant.

—Bueno, pues yo no soy tú —replico, empeñada en no empatizar con ella—. Y aquí no se ha alineado ninguna estrella. Somos dos desconocidos que han acabado formando equipo en unas circunstancias disparatadas. Eso es todo. Así que deja de entrometerte.

Al oír los pasos de Grant por el pasillo, las dos nos quedamos calladas, sin dejar de lanzarnos cuchillos con los ojos. Cuando entra,

se detiene a mitad de camino del frigorífico con la típica incomodidad que uno siente al ver que acaba de interrumpir. Así que se desvía hacia la bandeja que se está enfriando junto al horno, agarra una galleta y se larga hacia la puerta. Veo el instante en que se percata de su error, pero se detiene con el bocado a medio masticar y observa el resto de la galleta en su mano.

—Están… buenas, Lisa.

Se la ve asombrada de verdad por el cumplido y, cuando lo mira, los ojos se empañan de nuevo. Se levanta de un salto y lo rodea con los brazos.

—Gracias —dice, con la voz amortiguada por la camisa de Grant. Él me mira aturdido con media galleta todavía en la boca, antes de darle una tensa palmadita en la espalda. Ella me lanza una mirada furibunda al apartarse—. ¿Ves, Roxie? Esto es un buen hombre.

Con una sonrisa azorada, Grant toma otra galleta y se larga de la cocina.

Lisa niega con la cabeza mientras retoma la revista.

—Unos desconocidos que han acabado formando equipo en unas circunstancias disparatadas —murmura antes de lanzarme una mirada áspera—. Como si esa no fuera la receta exacta para toda gran historia de amor desde el principio de los tiempos.

Ne tengo tiempo de contestarle como se merece porque la puerta se abre de golpe. Lesley llega con una velocidad y un nerviosismo inusitados, y apoya una mano en la encimera mientras intenta recobrar el aliento.

—El … Desenmascara… dor de… Nuevos Ricos —jadea—. Y no es un simulacro.

23

Estoy en guerra conmigo misma mientras me preparo en mi cuarto para la gala de Hartley Gardens, y no solo porque no soy capaz de hacerme la raya a derechas. Una mitad de mi cara dice: «Acércate y mírame a los ojos»; la otra: «Mi mamá no me dejó maquillarme hasta hoy». Pero en realidad da igual, con el panorama que tengo por delante.

Por un lado, maldigo a Anna Matthews por hacerme esto. Una fiesta de gala es un cliché más viejo que el hilo negro, lo que me recuerda una vez más que soy un simple peón en su juego.

Pero mientras me aliso el vestido delante del espejo, tengo que reconocer el lado positivo: me encanta el momento de ponerme guapa. Y con este vestido rojo sangre con la espalda al aire y una abertura de infarto, me cuesta no sentirme como una especie de espía supermodelo. ¡Si hasta llevo un liguero sexy para ocultar el móvil! En realidad es una cinta de gimnasio tuneada a lo MacGyver con unas gomas del pelo, pero yo me entiendo.

Hoy he recibido un cursillo acelerado sobre el comportamiento de los nuevos ricos con el objetivo de conocer todas las tácticas para atraer al Desenmascarador en la gala de esta noche.

Lesley dirigió la formación, señalando con el puntero sobre su pizarra blanca las imágenes de referencia, lo que debemos hacer o

evitar, así como los temas de conversación adecuados.

El rico de toda la vida es callado, acartonado, altanero.

El nuevo rico es estridente, tosco, ostentoso.

Lo que debemos hacer: mencionar a todos los famosos que conocemos, lucirnos con descaro, llamar la atención.

Lo que debemos evitar: ser tan vulgares que nos acaben echando.

Así que, empingorotados al máximo, nos preparamos para ir al Victoria and Albert Museum en un Lamborghini amarillo que Lesley ha alquilado para la ocasión. Nos ha registrado como Zachary y Savannah Beaumont, y ya nos tenía las alianzas listas hasta que yo le insistí en que los Beaumont fueran hermanos, herederos enfrentados por la fortuna de una cadena californiana de batidos de fruta. ¿Ves, Anna? Yo también sé jugar a esto.

Y además he invertido mis horas en convertirme en una estadounidense rica y desesperada por codearse con la élite londinense, aunque con tutoriales de belleza en YouTube en vez de una escuadra de maquilladores. Tras unas cuantas maniobras de defensa para comprobar el margen de movimiento que me permite el vestido, estoy lista.

Salgo a toda prisa de mi habitación y corro por el pasillo. Soy la última en llegar al vestíbulo, a juzgar por los sonidos de las discusiones sobre estrategia en voz baja y los pasos nerviosos que me alcanzan por las escaleras.

He dejado atrás la mitad de los peldaños cuando la visión de Grant me detiene en seco. No es alguien a quien llamaría desastrado en ningún caso, pero decir que gana cuando se arregla sería quedarme corta. Lleva un esmoquin tradicional, no verde, con el pelo apartado de la cara de un modo que parece elegante pero

descuidado. Y aunque no para de toquetear el flamante Rolex que sustituye su habitual reloj de pulsera de cuero marrón, es la viva imagen del clásico héroe de romance. Me puedo conceder un segundito para admirarlo en secreto antes de volver a mi resentimiento habitual, ¿verdad?

Entonces me ve, y me vuelve a mirar, y su nerviosismo se esfuma. O puede que me lo mande a mí por telepatía, porque desde luego que el corazón se me acelera.

Lo único que dice, y tan bajo que ni siquiera sé con seguridad si lo ha hecho a propósito, es:

—Guau.

«Guau». Tal vez sea lo más manido que podía salir de su boca, pero que se lo cuenten a mi sistema nervioso. Su mirada es como una caricia sobre mi piel; su voz reverbera en mi interior como el viento en un cañón. «Guau». En lo que a mí respecta, es como si él hubiera acuñado la palabra.

Siento que debería responder algo: «Guau, igualmente», «No estás mal, supongo», «¿Qué pasa, *bro*?». Pero me parece que tengo una roca atascada en la garganta. Apenas soy consciente del silbido que suelta Lesley.

—Vaya, vaya… —Lisa se cruza de brazos y empieza a examinarnos —. ¡Anda que no tenéis peligro con esa pinta!

Sus palabras hacen que vuelva en mí de golpe.

—No deberíamos parecer peligrosos —le recuerdo—. Lo que debemos parecer es trozos de salchicha en una trampa para cangrejos.

Me mira con una ceja enarcada y resopla.

—Vale. Grant, dile a Roxie que parece una salchicha.

Grant me contempla durante un par de ardientes segundos más antes de volverse con decisión hacia Lisa.

—Danos los anillos.

Yo entro en modo pánico.

—¿Qué?

Grant acepta el estuche de terciopelo que le tiende y se pone en el dedo una alianza de oro.

—Según te ves, nadie va a creer que seamos hermanos —explica.

—¿Alguna vez has oído hablar de adoptados, idiota? —Las palabras me salen más ásperas de lo que quería, pero no es momento de galanterías, sino de acabar con esta mierda de una vez por todas.

Grant me dirige una breve mirada impasible mientras se acerca y saca otros dos anillos del estuche.

—A lo que me refiero es a cómo voy a mirarte yo según estás. Con ese vestido.

Me quedo sin palabras y él aprovecha para tomarme la mano izquierda y deslizar sin ceremonia por mi dedo los dos anillos: una alianza a juego con la suya y un diamante indecente, del tamaño de un coche compacto. Rezo por que mi mano no esté tan caliente al tacto como siento la cara.

—Si acaso, ponerle ojitos a la hermana podría considerarse más de ricos de toda la vida que otra cosa —suelta Lesley, lo que tampoco ayuda.

—No podemos hacernos pasar por novios dos veces seguidas —protesto. Esto es demasiado, incluso para Anna Matthews.

—No vamos a hacernos pasar por novios —contesta Grant antes de sacudir levemente mi mano recién anillada—. Vamos a hacernos

pasar por un matrimonio. Y, si te hace sentir mejor, podríamos estar a punto de divorciarnos.

Deja caer mi mano, pero la visión de una alianza a juego en la suya me hace sentir como si nos hubieran esposado el uno al otro.

De pronto, la idea de disfrutar de la compañía de un asesino en serie me es bienvenida. Hasta me alivia. Es como una ducha fría o una buena bofetada.

—Si queréis mi opinión —tercia Lesley, aunque nadie se la ha pedido—, haceros pasar por pareja constituye una ventaja a la hora de comportaros con mal gusto. Podéis discutir en las galerías, liaros en la pista de baile… Ese tipo de cosas.

—Puaj —respondo, puede que demasiado alto, bloqueando la imagen mental antes de que las mejillas se me sonrojen.

—Una vez más, muchas gracias —dice Grant.

Lesley se cala una ridícula gorra de plato y nos abre la puerta.

—Muy bien, par de dos, a ver si os relajáis un poquito. Haced lo que os plazca: bailad sobre las mesas, tirad la bebida al suelo, presumid de que conocéis a Banksy… Siempre y cuando seáis lo bastante maleducados como para incitar a un noble taimado a asesinaros, ¿vale?

Grant y yo refunfuñamos al mismo tiempo:

—Hecho.

—No eres Banksy.

Lesley sale para acompañarnos hasta el coche y, al pasar junto a Lisa, esta tose y evita el contacto visual.

—Grant y Roxie son nooovioooos… —canturrea para el cuello de su camisa.

Suelto un «puaj» profundamente frustrado antes de adentrarme en la noche.

—Pero sin ofender —comenta Grant a mi espalda.

La verdad es que el Victoria and Albert Museum hace que la Biblioteca Pública de Boston parezca una caja de zapatos. Es una catedral entre los museos, coronada por imponentes columnas y arcadas que brillan doradas contra el cielo del anochecer. Siendo sincera, visto desde la perspectiva del Desenmascarador, lo entiendo. Si yo fuera un esnob con tendencia a la espectacularidad y una sed de sangre insaciable, aquí es donde también querría dar el golpe.

Tras registrarnos en la entrada, Grant me conduce hasta el bar con la mano posada en la parte baja de mi espalda, y yo recurro a mi entrenamiento para concentrarme en la misión: «Estoy presente. Tengo el control. No estoy de pronto más pendiente de que mi vestido no tiene espalda que de otra cosa».

Con todo, no me vendría mal un buen chupito de tequila para calmar los nervios.

La primera fase de nuestro plan, sin embargo, es sobornar al camarero para que nos sirva *ginger ale* cada vez que le pidamos champán. El motivo es doble: así tenemos una excusa para poner a la vista un fajo de billetes y, además, daremos la imagen de estar excediéndonos, pero conservando la cabeza fría.

La segunda fase es evaluar la escena e identificar a los sospechosos. Con nuestro falso espumoso en la mano, nos dividiremos para abarcar más territorio, deambulando bajo la cúpula del magnífico vestíbulo y lanzándonos alguna mirada de vez en

cuando. Pero solo para no perdernos de vista, por supuesto. No queremos que el Desenmascarador nos desenmascare a solas. Puede que me quede embobada mientras Grant se ajusta los gemelos y recorre con mirada analítica los rostros de los presentes, pero me doy cuenta de que no soy la única que sigue sus movimientos: se ha topado con más de un golpe de melena o una sonrisa de admiración por parte de señoras envueltas en seda. Y aunque no les devuelve más que un cortés gesto de asentimiento, un peculiar hormigueo me asciende por la espalda. Creo que podemos dar por concluida la segunda fase.

Grant y yo nos reunimos en la galería, pero no tenemos ninguna pista. La mayoría de los presentes no son un dechado de amabilidad, cierto, pero tampoco hay nadie que nos haya dado vibras de asesino. Así que pasamos a la tercera fase o, como a mí me gusta llamarla, El Viejo Espectáculo de los Nuevos Ricos.

Nos movemos por el vestíbulo y entablamos conversaciones al azar, o nos colamos en las ya entabladas. Grant se quita la chaqueta. Yo intento deslumbrarlos con mi anillo. Presumimos, dejamos caer apellidos de postín, hacemos comentarios pasivo-agresivos sobre nuestro turbulento matrimonio. Sacamos todos los trucos habidos y por haber, y convertimos la gala en nuestra Olimpiada personal de incomodar al prójimo.

«Heredar está bien, si uno prefiere esas cosas. Pero ¿ha oído hablar del Dogecoin?».

«¿Que eres lord? ¡Yo también! ¿En qué web dices que compraste el título?».

«Como mi querido amigo, el gran Mario López, me dijo una vez…».

Las personas a quienes honramos con nuestra presencia no nos quieren cerca; eso está más claro que el agua. Pero tampoco parecemos molestarlos tanto como para querernos muertos.

Lo que sí hemos conseguido, en cambio, es divertirnos de lo lindo. Al cabo de una hora y varias copas de *ginger ale*, casi se me ha olvidado que esto no solo es un gran concurso por ver si Grant o yo exageramos más que el otro. Es que es la monda.

Y diría que voy ganando, a juzgar por lo mucho que a Grant le cuesta mantener la cara de palo mientras agasajo a nuestras últimas víctimas con anécdotas de nuestros viajes por Europa. Voy contando con los dedos las ciudades y pronunciándolas lo peor posible: Paaaari, Barseilouna, Monte Cahlou.

—No olvides nuestra escapada a Suecia —tercia Grant con una sonrisilla—. Recuérdame qué es lo que más te gustó del país.

—Huy, fueron tantas cosas… —respondo, sonriendo de oreja a oreja a nuestros nuevos amigos, poco impresionados y bastante aburridos—. ¿Por dónde empezar? ¿Su monarquía constitucional? ¿Su rica historia de estado del bienestar, con sanidad universal y educación superior? ¿O el lema real: *För Sverige—i tiden*?

Grant se atraganta con la bebida. Le dirijo una sonrisa melosa y le digo con la mirada: «Me vas a dar tú a mí lecciones de Google, piltrafilla».

El caballero a mi lado asiente con aprobación y responde:

—¡Ah, otra nordófila! *Vilken är din favoritstad i Sverige?*

—Y tanto —respondo haciendo chocar mi copa de champán con la suya—. Brindo por ello.

—Discúlpenos —se excusa Grant, que apenas puede contener la risa mientras tira de mi codo para alejarme del grupo.

En momentos como este, cuando jugamos y hacemos reír al otro, diría que se me olvida lo que antes me preocupaba tanto. Sí, ya sé que estamos enredados en una maraña imposible de ficción y realidad. Y sí, al ver a Grant con la camisa remangada y la pajarita deshecha, he dejado de negar la palpable atracción que siento hacia él. Pero ahora mismo no parece tan peligroso. Y es agradable estar a su lado, sin más. Es divertido. Sin presión, sin nervios.

Hasta que, pensativo, mira hacia el centro de la estancia, donde se acaba de instalar un cuarteto de cuerda, y dice:

—Deberíamos bailar.

La zona frente a los músicos está desierta; los invitados bien se han sentado en las mesas alrededor, bien pasean por las galerías, seguro que decidiendo si un Mondrian no les pegaría con los cortinajes de *jacquard* antiguos.

—No creo que… —vacilo.

—No hay nadie más bailando —baja la voz—. Podemos atraer la atención sin dar demasiado el espectáculo.

Por desgracia, tiene razón. Hacer cosas inocuas pero que «no se hacen» parece la manera decente de que esta tropa nos considere indecentes.

Tomo con renuencia la mano que me ha tendido y salimos juntos a la pista. Los nervios se me ponen de punta mientras intento hacer memoria de cómo se hace esto. ¿Cuándo fue la última vez que bailé en pareja, pero de verdad, no en un club o un bar o con cierto grado de embriaguez? ¿En la fiesta para antiguos alumnos del instituto, hace ya media vida?

Dudo que mis oxidados movimientos adolescentes estén a la altura de una gala de etiqueta para las altas esferas de la sociedad

londinense. Voy a tener que confesarle a Grant que no sé qué estoy haciendo, y lo odio. No quiero que se vea obligado a enseñarme o explicarme nada.

No quiero necesitarlo.

Pero lo único que hace es levantar mi mano derecha en la suya y colocarme la izquierda con suavidad alrededor de su hombro antes de rodearme la espalda con el brazo y atraerme hacia él. Y, de pronto, estamos meciéndonos al compás de la música y parece que, al final, sí que sé bailar.

Me esfuerzo por serenar mi respiración, por calmar mis pulsaciones.

—¿Alguien nos mira? —pregunto en un lamentable intento por distraerme.

Grant ladea sutilmente la cabeza para ver mejor a los asistentes, por lo que me roza el pelo. De inmediato, un escalofrío me recorre la nuca.

—Unas cuantas personas —me susurra al oído.

—¿Alguien con pinta de querer hacernos picadillo?

—Y yo que casi había olvidado a lo que habíamos venido… —gruñe.

—Estate a lo que hay que estar, Hoffman.

Grant inclina la cabeza levemente, con sus ojos clavados en los míos. Puedo distinguir cada variación de sus vivos iris castaños, como quien contase los anillos de un árbol.

—Para usted soy el señor Beaumont, señora Beaumont.

El instinto me pide soltarle un exabrupto, pero no se me ocurre nada. Ya no creo que estemos abocados al divorcio imaginario. No

con la forma en que nos miramos; no con la forma en que no soy capaz de distinguir los latidos de su corazón de los míos.

—Oh, oh; esto se pone interesante —me anuncia, por lo que el cuerpo entero se me tensa. Entonces me da un toquecito con los dedos en la espalda—. Relájate. Quería decir que viene más gente a bailar.

Suelto el aire de golpe.

—Por Dios, Grant. No me vengas con «oh, oh; esto se pone interesante» cuando hay un asesino en serie por aquí suelto.

—Vale, pues deja que lo reformule —dice—: Oh, oh; ya no somos los únicos liándola en la pista de baile.

Me paro, confusa, y me echo hacia atrás para verle bien la cara.

—¿Cómo que «liándola»?

Grant (oh, sorpresa sorprendente) frunce el ceño.

—Pues… liándola, como Lesley nos propuso, ¿no? Dar el espectáculo.

De verdad que yo no quiero reírme, pero no puedo evitarlo. Además, siento una chispita de satisfacción porque, por una vez, yo sé algo que él no. Los labios de Grant se curvan formando una sonrisa.

—¿No hemos estado liándola todo este tiempo en la pista de baile?

Niego con la cabeza.

—Lesley no dijo «liarla» en la pista de baile —respondo entre risas —, sino «liándonos» en la pista de baile.

—Aaah…

Me daría de tortas por el modo en que se me ha cortado la respiración. Es solo que no lo oyó bien. No hace falta ponerse tonta.

—Ya sabes, besándonos —respondo, y la expresión de Grant se altera, aunque muy muy poco. Juraría que sus ojos bajan un instante hasta mi boca antes de volver a subir.

—Cosa que no queremos hacer —termina por decir.

—Desde luego que no —miento.

Bailamos en silencio mientras a nuestro alrededor llegan cada vez más invitados, formando parejas que se deslizan con elegancia por la pista. Es evidente que bailar en estas galas es algo socialmente aceptable, siempre que no seas el primero en hacerlo.

—Aunque… —dice Grant, y el pulso se me acelera.

—¿Aunque…?

—Ya no estamos lo que se dice llamando la atención —señala—. Así que podría ayudar, eso es todo.

«¡Dile que no! —me grita la mente—. ¡Dale un cabezazo! ¡Así sí que llamaréis la atención!».

—Podría… —es lo que la idiota de mi boca responde.

—Solo por la misión —se apresura a responder—. Y luego no volveré a tocarte, te lo prometo.

Trago saliva.

—Vale.

Grant deja escapar un pesado suspiro.

—Bueno —dice con voz suave—. Esto… no es nada.

Lo que yo interpreto como «nada» es un beso teatral, un morreo exagerado y vacío en busca del máximo efecto dramático.

En cambio, Grant me atrae con dulzura. Levanta los dedos y los desliza sobre mi sien para apartarme el pelo, se curvan sobre mi oreja antes de posarse sobre mi cuello y rodearme con suavidad el

mentón con el pulgar. Sus ojos buscan los míos justo un instante antes de descender hasta mi boca.

Cuando se inclina, cierro los ojos de forma instintiva. El aire parece tan cargado de electricidad estática que me espero una descarga. Pero cuando sus labios se encuentran con los míos, lo hacen con una facilidad que me pilla desprevenida. La sensación es tan bienvenida y tan familiar como cuando una se mete en la cama al final de un largo día.

Al principio me rindo a la sensación. ¿Cómo no hacerlo? Me siento ingrávida y, al mismo tiempo, como si todo mi ser se concentrase en cada milímetro que Grant está tocando. La mano que se desliza por mi pelo hasta curvarse sobre mi cuello. Su otro brazo, que me rodea la cintura con mayor firmeza. El roce de su barba incipiente, la suave insistencia de sus labios, que me besan como si yo fuera el hogar al que está deseando regresar.

Un hogar que no es… real.

El pensamiento racional entra en funcionamiento como un generador de respaldo que respondiese con retraso al corte de electricidad que se ha producido en mi cerebro.

Me aparto dando un brusco paso atrás, por lo que me pillo el bajo del vestido con el tacón. Tropiezo con un hombre malencarado de pelo relamido y zapatos tipo Oxford.

—¡Joder! Perdón, perdón.

Cuando me vuelvo hacia Grant, parece desconcertado y sigue con los brazos extendidos, como si no acabara de entender por qué ya no me estrecha entre ellos.

Se acabó lo que se daba. Tengo que salir de aquí, necesito huir de esta situación.

Me dirijo hacia la puerta sin la menor idea de adónde ir, pero eso da igual, siempre y cuando sea lejos. Tengo que hacer algo. Esto tiene que acabarse. Quiero irme.

Bajo los escalones con el vestido recogido de cualquier forma y salgo disparada a la calle. Falta poco para que un Mini Cooper me lleve por delante, por lo que toca el claxon con fuerza. Yo sigo corriendo. Imagino que si corro hasta quedarme sin aliento tampoco podré pensar.

Como la estrategia no me da resultado, pues sigo sintiendo la mano de Grant en la espalda y sus labios en los míos, y como el corazón se me encoge por el anhelo de haber prolongado aquel beso, y como me doy cuenta de que corro por delante de unas casas de columnas blancas igualitas a una delante de la cual Anna Matthews posaba en una foto de Instagram, una nueva oleada de indignación me inunda y rompo a chillar.

—¡Anna! —la llamo mientras recorro con paso marcial la pintoresca calle y me hago bocina con las manos—. ¡Anna Matthews!

Sé que no tiene sentido. Sé que hay un millón de casas como esa en Londres y que podría vivir en cualquiera de ellas. Pero la lógica no tiene nada que hacer frente a mi desesperación. Y ante la remota posibilidad de que pudiera estar cerca y oírme, de que pudiera explicárselo todo y que le pusiera fin. Porque tiene que hacerlo. Porque como no lo haga y tenga que volver allí dentro…

Cuando oigo mi nombre, se me eriza toda la piel de la espalda desnuda. No me doy la vuelta. Sigo gritando.

—¡Solo necesito un segundo de tu tiempo! ¡Sal, por favor!

Por un lado, sé que ningún adulto responsable acudiría si un desconocido desquiciado grita su nombre en medio de la calle. Sobre todo un adulto responsable inmerso en la escritura de una novela sobre asesinos en serie.

Pero, por otro, me he quedado sin ideas. No tengo más opciones. Está venciéndome, lo siento.

—¡Anna!

He llegado al final de la calle y, al doblar la esquina, me topo con… otra igual que la anterior, una hilera infinita de casas idénticas.

—Roxie.

Grant posa una mano en mi hombro y me obliga a volverme hacia él. No quiero mirarlo, pero mis ojos quedan atrapados en los suyos, que me escrutan confundidos.

—¿Qué acaba de pasar?

—¡No puedo más! —suelto de golpe, como si unas compuertas se abrieran en mi interior—. Lo de bailar y lo de tocarnos, y lo de una sola cama y lo de las charlas de madrugada y…

El retumbar de un trueno venido de ninguna parte me corta en medio de la frase, y empieza a jarrear. Así que ahora no solo tengo que mirar cara a cara a Grant. He de hacerlo bajo la lluvia. Tiene el pelo mojado, y las gotas forman regueros por su cuello abajo, y la camisa se le pega al cuerpo de un modo que no es justo. Y él sigue sin quitarme los ojos de encima.

—¿Te estás quedando conmigo? —les grito a las nubes, en vano —. ¡Joder! ¿En serio? ¡Es que no eres ni creativa!

—¿De quién demonios hablas? —me grita por encima del ruido de la lluvia.

—Todo esto está en el libro, Grant —respondo—. En algún lugar, en una casita cortada por el mismo patrón, igualita que estas, pero desde la que, por supuesto, ¡¡ino me puede oír!!! —Aquí realmente vocifero como una descosida, en parte por rabia y en parte con la esperanza de que por fin funcione—. Todo esto está escrito. La lluvia, la fiesta, el asesino oculto. Y tú, Grant. Tú formas parte de esto. Tú estás dentro de la historia, escrito en ella. No eres real.

Me mira con perplejidad, el ceño más fruncido que nunca. Siento un enorme vacío en el pecho.

—¿Qué…? —Su boca se mueve como si intentara formar una pregunta, pero no acaba de conseguirlo—. ¿Qué estás…? —Se queda callado. No parpadea, con los ojos clavados en mí como canicas mientras la lluvia cae sobre nosotros en la calle desierta—. ¿Cómo lo sabes?

Este momento es una tortura y, aun así, daría cualquier cosa por prolongarlo, porque significaría que puedo evitar el que viene a continuación. Pero estoy en un callejón sin salida; no me queda otra que decirle la verdad.

—Porque… —respondo en un hilo de voz— tú eres el interés amoroso.

24

La gran revelación queda flotando en el aire. La expresión de Grant es indescifrable mientras trata de procesar lo que acabo de decir. Es ese tipo de momento tenso, profundo y empapado que cualquier novela romántica desearía tener entre sus páginas.

Es un calvario.

Jamás me he sentido tan idiota. Todos estos años intentando proteger mis emociones, levantando muros y evitando que me rompan el corazón, ¿y qué hago? Voy y me enamoro de un personaje de ficción que se va a esfumar en cuanto acabe la historia.

Peor aún, también he hecho añicos su realidad al decirle la verdad. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Quedarme ahí plantada y permitir que me besara? ¿Dejarle creer que podría haber algo real entre los dos? ¿Seguir deseando que fuera verdad?

Grant termina por dejar escapar una carcajada amarga.

—No, no lo soy —contesta—. No lo soy. Es como dijo le Regalante: me he visto arrastrado al interior del agujero negro por error. Soy una persona real. Tengo una vida.

—Crees que la tienes, eso es todo. —Odio cada palabra que pronuncio—. Pero no es más que una historia de fondo. Los

personajes no saben que lo son. Mira a Lisa y a Lesley. ¿Crees que notan que no son reales?

Puedo verlo titilar en sus ojos: la verdad empieza a abrirse paso.

—Pero… ¿el interés amoroso? —Niega con la cabeza y me mira con escepticismo—. ¿Cómo voy a ser el interés amoroso? Si no hacemos más que discutir. La mitad del tiempo eres cruel conmigo.

—Vale, está visto que no has leído una novela romántica en la vida —murmuro.

—Bueno, pues ilústrame —responde, y veo cómo la frustración le arruga el entrecejo—. ¿Qué hace que estés tan segura?

El corazón se me encoge.

—He leído un millón de estas novelas —explico—. Conozco todos los signos. Lo de compartir cama en la posada, lo de fingir ser pareja, lo de la gran revelación bajo la lluvia. ¡Cero sutileza, la verdad! —Esto último lo exclamo mirando al cielo, como si Anna Matthews fuera una especie de dios omnisciente a quien le viniera bien un consejillo de vez en cuando.

Las gotas de lluvia chorrean por las mejillas de Grant mientras me observa con intensidad. Es el mismo silencio cargado de la noche en que fracasamos en nuestro intento de ver a Anna, solo que esta vez es él quien está a punto de resquebrajarse. Cuando te das cuenta de que todo lo que conoces es una mentira, te rompes en mil pedazos.

Toma aire.

—Vale —dice.

Me quedo mirándolo.

—¿Cómo que «vale»?

—Pues eso —asiente—. Que vale. Vale, soy un personaje y nada de mi pasado ha sucedido en realidad, y esto es lo único verdadero

en mi vida. En cierto modo, es casi un alivio.

—¿«Un alivio»? —Ahora me ha convertido en un simple papagayo incrédulo. A ver si me queda claro: este hombre no es real; nada de su pasado, ni su trabajo, ni su familia, ni su dichoso gato existen de verdad. Son meros detalles entretejidos en el tapiz de este ser urdido por su autora… ¿Y dice que es un «alivio»?—. Grant, te acabo de decir que toda tu vida es pura ficción. ¿Por qué no estás histérico perdido?

No acabo de interpretar su expresión, es como si él también tratara de entenderlo. Aunque su silencio no parece tanto petrificado por un cortocircuito como fruto de una calma genuina.

—Es como si…, de alguna manera, ya lo supiera —responde. La lucidez ilumina sus ojos cuando me mira—. Aquella noche en la casa de la playa, traté de escapar. Hice el intento en cuanto subiste por las escaleras. Llegué hasta la cocina, pero al abrir la puerta, me quedé paralizado. Empecé a pensar en la vida a la que tendría que volver y… nada. Aun con familia y amigos y un buen trabajo, mi vida me pareció vacía. Como si pasara por ella como un sonámbulo.

»Pero entonces tú te subiste al taxi y te juro que una voz en mi cabeza dijo: "Gracias a Dios, por fin pasa algo". Y, desde entonces, me he sentido más despierto, más vivo, de lo que pueda siquiera recordar. Así que sí. Es un alivio descubrir que estoy aquí porque tengo que estar… a tu lado. Pero déjame preguntarte una cosa —dice, con sus ojos fijos en los míos—. ¿Me estás diciendo que todo lo que hay entre nosotros se reduce a clichés y convenciones de género?

—Sí —respondo.

—Y que únicamente se debe a que está escrito así. Porque es así como se desarrollan estas historias…

Asiento.

—Y, en consecuencia, no estarías sintiendo todo esto de verdad, ¿correcto?

«Correcto —tendría que responder—. No estoy sintiendo nada. Una observación muy astuta, Grant, espectacular hombre empapado que no me provoca la menor sensación».

Pero no lo hago. No digo nada de eso. Intento responder, creo, pero continúo boquiabierta, sin articular palabra alguna mientras lo miro. Él apenas entrecierra los ojos, que me queman a pesar de la lluvia helada.

—¿Correcto? —pregunta de nuevo.

Y, de pronto, ni siquiera importa que no se me ocurra una respuesta, porque es demasiado tarde. Veo el momento en que lo comprende.

Grant da un paso lento pero decisivo hacia mí. Yo, por instinto, doy uno hacia atrás.

—Solo hay un problema —digo—. No necesito un interés amoroso. No lo quiero.

—Eso no es lo que me pareció en el *bed and breakfast* —responde con voz suave—. Cuando me confesaste lo que deseabas en realidad.

—Eso no importa. No debería haber pedido aquel deseo. No sabía que sería así y yo… no puedo. Esto no puede suceder.

—¿Por qué no?

—¿Que por qué no? Porque no existes, Grant.

—Claro que existo. —Lo dice con una certeza que no puedo sino envidiarle. Yo ahora mismo no tengo ninguna certeza—. Puede que no en el mismo sentido que tú, vale. Pero estoy aquí, delante de ti, ¿no?

Contemplo cómo su aliento forma una nube en el aire, cómo la lluvia corre por la curva de su cuello mientras su silueta se recorta en contraste con la luz de las farolas. Una cosa es cierta. Grant está aquí. De un modo más palpable e innegable que nadie a quien haya conocido. Es como si su presencia fuera la clave que sostiene toda mi realidad. Y cuando desaparezca, porque lo hará, todo se vendrá abajo y solo quedarán escombros.

Se acerca hacia mí.

—Puede que solo sea un personaje secundario en tu historia —dice—, pero para mí soy una persona. Una con recuerdos, pensamientos, sentimientos, todo. Y últimamente esos sentimientos, cuando no son de absoluto pánico o terror, giran en torno a ti.

—¡Pero es solo porque te han escrito así!

—¿Y? —Aún tiene el descaro de parecer exasperado—. ¿Tan distinto es de la vida real? Hay gente que cree en el destino, ¿no?

—También hay gente que cree en el capibara, Grant. Eso no quiere decir que exista.

—Lo que intento dec… Un momento, ¿el capibara? —Una vez más, arruga toda la cara—. ¿No estarás pensando en el chupacabras?

—¡¡¡Bastaaa!!! —les chillo a las estrellas sobre nuestra cabeza.

—Vale, vale. —Grant se pasa una mano por la cara antes de volver a mirarme con la mandíbula tensa—. Lo único que digo es que el modo en que haya sucedido no hace que todo sea mentira. Hay muchas parejas con sentimientos reales que creen que fue una

especie de mano cósmica la que los unió. Llámese destino, universo o Dios. La nuestra parece ser la de una londinense cincuentona con varios premios de Goodreads y una asistente personal terrorífica. ¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¡Millones de «y qués»! —Ya sé que las ganas de corregir mi gramática lo reconcomen, y el solo hecho de que las reprima me da a entender lo grave que es la cuestión—. Para empezar, cuando esto acabe no volveremos a vernos.

—Eso también podría pasar en la vida real. No significa que no merezca la pena.

—Es que no me gusta que me manipulen —gruño.

—¿Quién dice que te estén manipulando?

No sé qué sería peor: que me estuvieran engañando para que sienta lo que siento, o que no pueda echarle la culpa a nadie más que a mí.

—Sé que me están manipulando —afirmo—. Porque yo no hago estas cosas. En la vida real, yo no me dejo llevar. Cuando dependo solo de mí, no siento nada así.

Su mirada no pierde un ápice de intensidad, pero asoma entremezclada una especie de dulzura.

—¿No estás cansada de depender solo de ti?

Claro que lo estoy. Estoy extenuada, al borde del colapso. Y claro que puedo imaginarme dejándome llevar, sumergiéndome en esta parte de la historia como si fuera un cálido baño. Pero ¿no es eso lo que hace una rana antes de que la hiervan viva? Las palabras de Lesley ahora parecen burlarse de mí: «Prueba a no huir y ver qué pasa». Ya sé yo lo que pasa: una despedida dolorosa, un corazón roto y una avalancha de remordimientos. Quedaría destruida.

—No puedo —digo—. Lo siento, pero no.

Como si este desastre no bastara, las lágrimas comienzan a quemarme y a nublarme la vista. Necesito largarme para que Grant no las vea. Pero antes de que pueda intentarlo siguiera, alarga la mano y me agarra de la muñeca con una caricia insoportablemente tierna. Su voz suena tan baja que casi se pierde en la noche.

—¿De qué tienes miedo?

—De nada —le espeto arrebatándole mi brazo.

Grant ladea la cabeza como diciendo: «Venga ya, Roxie».

—Los dos sabemos que no es verdad.

Algo se tensa dentro de mi pecho. He leído a cientos de héroes románticos, pero Grant es el único que ha sabido leerme a mí. Un millón de protestas atraviesan mi mente, pero cada una de ellas muere en mis labios. ¿Dónde se ha metido mi espíritu luchador? ¿Quién es esta versión triste y rota de mí, que se deja vapulear por la lluvia mientras intenta no echarse a llorar?

Grant da un paso más, pero esta vez no puedo moverme.

—Olvídalo —me dice—. Tengo una pregunta mejor: ¿qué quieres?

Menuda pregunta. Ese es justo el problema, no hay nada que querer. No hay una opción mejor, solo un vertiginoso tiovivo de escenarios en los que todos salimos perdiendo. Si dejo de oponer resistencia y digo que lo quiero a él, me quedaré destrozada cuando esta historia acabe. Si sigo negándolo, estaré destrozada hasta entonces. Parte de mí desearía no haber pedido jamás aquel deseo, no haber conocido nunca a Grant, pero otra parte se muere de pena solo de pensarlo.

¿Que qué quiero?

Quiero que me convenza. Quiero creer, igual que lo cree él, que esto merece la pena pese a su inevitable final. Quiero tener un corazón más fuerte, uno que pueda sobrevivir a todo lo que le suceda. Quiero ser capaz de confiar en mí lo suficiente para intentarlo. Pasar con Grant el tiempo que se nos conceda. Decir que sí, por una vez.

Quiero ser una persona distinta.

Grant espera, paciente, buscando una respuesta en mis ojos. No sé si la hay. Está a medio suspiro de mi boca. Si se acerca un poco más, se acabó. Todo cambiará, y quiero y no quiero a la vez. Noto que voy a decir algo, pero no tengo ni idea de cuáles serán mis palabras.

—Yo…

Un dolor lacerante se extiende por mi brazo.

Grant se encoge al mismo tiempo.

Bajo la vista confusa, y me tambaleo mientras extraigo un penacho rojo de mi piel, del que sobresale una pequeña aguja. Las luces de las farolas danzan sobre la acera encharcada. Una densa pesadez me envuelve y me arrastra a algún lugar oscuro. Alargo la mano hacia donde debería estar Grant, y puede que las yemas de mis dedos rocen algo, pero la neblina en mi mente es demasiado espesa.

Lo último que vislumbro es la punta de unos zapatos Oxford que se aproximan hacia mí. Luego todo se vuelve negro.

25

Lo primero que noto es el olor: whisky, humo de madera y moho. La cabeza me retumba y no es culpa del aroma que flota en el aire, aunque tampoco creo que ayude. Siento como si las extremidades no fueran mías y me cuesta una batalla abrir los ojos. Una mezcolanza de tonos marrones me nubla la vista y tardo bastante en distinguir remotamente algo. Pero, de pronto, lo que estaba mirando aparece enfocado de golpe y el estómago se me cae a los pies.

Un león. Uno de verdad. Con las fauces abiertas, los ojos amarillos y aspecto hambriento.

Aquí acaba todo. No he entrenado para esto y, aunque lo hubiera hecho, sigo sin poder moverme. Soy pasto para los leones, un pequeño tentempié que no va a ser capaz ni de defenderse. Solo entonces alguien me toca la mano.

«Grant».

Sus dedos apenas rozan los míos, pero bastan para sacarme de la espiral de desolación. Nos han atado juntos a un par de pesadas sillas de madera y estamos sujetos por los pies, las manos y la cintura por una gruesa soga; también nos han tapado la boca con cinta adhesiva. El león, ahora lo veo, no es más que una cabeza, disecada y suspendida de la pared, acompañada de una cebra, un guepardo y lo que parece el cuerno de un rinoceronte.

La estancia en la que nos encontramos sufre el peso de su propia opulencia: el papel decorativo se está pelando por las esquinas, los apliques en las paredes están sucios. El fuego crepita en la chimenea. Es todo muy rollo mansión encantada. Allá donde miro hay trofeos de caza, viejos retratos al óleo de aspecto inquietante, espadas antiguas… y ninguna ventana.

Grant y yo, aturullados, nos preguntamos si estamos bien y respondemos que sí con la voz amortiguada por nuestras mordazas. Por supuesto, el listón de «estar bien» queda bastante bajo cuando a uno lo han drogado y atado en una especie de cripta-guarida de señoro.

Buscar en mi cabeza métodos para escapar es como abrirse paso por una ciénaga. Por un breve y glorioso instante, recuerdo lo primero que hay que hacer: «Inspira hondo e hínchate todo lo que puedas». Pero enseguida me doy cuenta de que eso hay que realizarlo «mientras» te atan, para que al exhalar y relajar los músculos haya cierta holgura en las cuerdas. Como en aquel momento mis músculos tenían la misma tensión que un espárrago recocido, estoy atada y bien atada. Sujeta a los reposabrazos desde las muñecas hasta los codos, ni siquiera alcanzo los nudos. Soy igualita que una cándida joven en una peli antigua en blanco y negro. Lo único que me falta es una vía de tren y el aciago chucu, chucu de la locomotora en la distancia.

En su lugar, lo que se oyen son pisadas. Lejanas al principio y luego justo al otro lado de la puerta. Me quedo paralizada. Le siguen un chirrido de llaves y un clic cuando la cerradura se abre y la puerta hace otro tanto.

Lo primero que veo son los zapatos, seguidos de un almidonado esmoquin y un rostro enmarcado por una cabellera engominada. El tipo con quien me choqué en la gala.

Nos dirige una sonrisa de superioridad mientras se guarda un manojo de llaves de aspecto antiguo.

—Bienvenidos, amigos míos —nos dice con una voz aterciopelada que se me desliza cuello abajo como unas gélidas uñas. Se acerca a un amarillento globo terráqueo en un rincón de la sala y, al abrirlo, veo un surtido de botellas y vasos de cristal. Mientras se sirve un whisky, prosigue—: Confío en que os sintáis frescos tras la pequeña siesta. Supongo que notaréis cierto hormigueo, pero no os preocupéis, que no os va a pasar nada. Por ahora.

Cuando se gira hacia nosotros, suelta una risita con la boca cerrada desprovista de humor que, si no le saliera tan bien, sonaría al típico cliché del villano. Sus ojos brillan por encima del borde del vaso, pero frunce el ceño a mitad del trago.

—Disculpadme —dice—. Qué terrible descortesía por mi parte no haberme presentado. Soy Alistair Walton-Hornsby, decimosexto conde de Colchester. —Sus pasos lentos crujen sobre el suelo mientras se aproxima hacia nosotros. Se inclina tanto que su aliento a alcohol me quema en los ojos—. ¿Y vosotros sois…?

Puede que esté maniatada, pero no sé cuántas oportunidades más se nos ofrecerán de tenerlo lo bastante cerca. Además, vi algo parecido en *Los ángeles de Charlie*. Levanto todo mi peso de la silla para saltar y destrozarla al caer a plomo sobre el suelo, así se romperán las patas y liberaré mis piernas.

Pero resulta que *Los ángeles de Charlie* me mintieron. Las patas resisten.

Lo que sí que consigo es que una de ellas aterrice en el pie de Alistair, que da un paso atrás y emite un gruñido de dolor que rápidamente se convierte en una mirada aviesa. Acto seguido, me cruza la cara con un fuerte bofetón. El grito de Grant se ve amortiguado por la cinta adhesiva cuando trata de echársele encima, en vano, escupiendo fuego por los ojos.

Alistair se ríe.

—Un valiente paladín —observa—. Qué reconfortante. —Agarra una silla tallada situada en el otro extremo de la sala y la arrastra hasta nosotros con un chirrido grave de madera, como el que haría un ataúd al cerrarse. A continuación se sienta frente a los dos—. Decidme, ¿os gustaría saber por qué os he traído aquí esta noche?

Grant y yo callamos, por motivos evidentes, y el tipo chasquea la lengua en un reproche burlón.

—Huy, es verdad —dice antes de alargar las manos y arrancarnos la cinta adhesiva de la boca a ambos a la vez, provocando que estallemos en maldiciones por el dolor—. Intentémoslo de nuevo: ¿os gustaría saber por qué os he traído aquí esta noche? —Esta vez habla con lentitud y un tono mesurado que nos da a entender el límite de su paciencia. Se hace trompetilla con la mano junto a la oreja.

—¿Por qué? —respondemos los dos, lacónicos.

—Cómo me alegra que me lo preguntéis. —Se levanta y echa a andar por la sala—. Veréis, soy miembro de una gran tradición de británicos. De un linaje de caballeros con título cuyos ancestros allanaron el camino para lograr una sociedad de modales, nobleza y decencia. De hidalguía y respetabilidad.

Grant se ríe desdeñoso.

—Y de esnobismo, endogamia y caza de especies protegidas que os hacen sentir inferiores.

Alistair enarca una ceja.

—Veo que has conocido a Harold —señala acercándose hasta el león disecado para rascarle bajo el hocico como si fuera un gato doméstico—. Di lo que quieras, pero tu ignorancia es evidente. Estáis aquí porque representáis un marcado contraste con el legado de la aristocracia. Sois bravucones, irreverentes, no tenéis reparos en entregaros a la exhibición más vulgar de la pasión.

Esta última palabra la escupe como si fuera veneno. «Pasión». Se enrosca a mi alrededor como enredadera y despierta el recuerdo de Grant bajo la lluvia. Su mirada ferviente, su mano sobre mi brazo. Su seguridad. Su fuerza.

«Céntrate». Necesito centrarme. La frialdad con que Alistair nos observa parece ayudarme.

—¿Y qué? —respondo—. ¿Por qué traernos aquí? ¿Por qué no nos has disparado en medio de la calle, ya que eres tan buen tirador?

Alistair chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Por favor…, ¿como un delincuente cualquiera? ¿Qué honor presentaría esa acción?

—No tanto como el honor que presenta drogar a la gente y arrastrarla hasta una mazmorra —replica Grant.

—No, no. —Alistair suspira—. No lo entendéis. Solo el cazador novel tiende una simple trampa a su presa. Ahí no hay victoria alguna. No, mi buen amigo, esto es una prueba. Una que solo yo os puedo ofrecer. —Me mira con sus pálidos ojos echando chispas. Es repugnante—. ¿Y sabéis por qué?

—¿Porque eres Allison Walmart-Joroba, decimonoveno conde de A Quién Coño Le Importa?

—Muy buena —tercia Grant.

—Porque… —se responde a sí mismo Alistair sin hacer caso de mi comentario— soy uno de los últimos en apreciar las viejas usanzas. En saber qué constituye la verdadera nobleza, una distinción que solo puede heredarse o ganarse.

Cuando se encamina hacia la chimenea, Grant y yo intercambiamos una mirada nerviosa.

—El arte del duelo —prosigue con parsimonia— es una de las numerosas nobles costumbres perdidas por el cruel paso del tiempo. —Se acerca al borde exterior de la chimenea y alarga las manos hacia las dos espadas cruzadas por encima de la repisa. Las agarra con cuidado de las empuñaduras y las levanta de los soportes antes de regresar a nuestro lado—. Es decir, perdidas para todos salvo para los verdaderos caballeros.

Con una rápida serie de movimientos repentinos y altamente improbables, corta las sogas alrededor del torso de Grant antes de liberarle las muñecas y los tobillos. El temor va creciendo en mi interior como una inundación.

—Esto no es una sentencia de muerte, ¿ves? —dice Alistair—. Es una oportunidad para demostrar que me equivoco y que eres un hombre de mérito. Puedes batirte en duelo por tu vida y la de ella.

Cuando le tiende una de las espadas a Grant, este parpadea antes de soltar una carcajada áspera e incrédula.

—Tienes que estar de coña.

La mirada de Alistair se vuelve pétrea cuando le arroja la espada. Cierro los ojos del miedo cuando Grant la atrapa con tanta torpeza

que le falta poco para cortarse con la hoja.

—Pero yo no sé…

Alistair chasquea la lengua.

—Ten algo de fe, hombre. Es una espada larga, no un monociclo. —Estudia su arma con interés mientras camina con tranquilidad hasta el centro de la sala—. Además, ¿crees que el rey Arturo sabía cómo sacar Excalibur de la piedra?

—Déjame a mí —salto, aunque no he blandido una espada en la vida, y no digamos batirme en duelo con una. Aun así, mis practicados instintos de defensa deberían servir para algo. O puede que, simplemente, obtenga una bonita y limpia decapitación.

Pero Grant me mira serio y niega con la cabeza.

Me siento mareada cuando se levanta y se coloca frente a Alistair. Esto no es justo. Ninguno de mis entrenamientos sería aplicable a un ataque propio del siglo XVIII. Empiezo a retorcerme para librarme de las ataduras, pero son firmes.

—Imagino que no te apetecerá contarme cuáles son las reglas —dice Grant. Sujeta el arma con aprensión, como si esperase que el manual sobre *Cómo luchar con espadas* fuera a caerle del cielo.

—Las reglas son sencillas —responde Alistair cortando el aire con un par de movimientos certeros—. Si ganas, sois libres. Los dos. Y si gano yo, estáis muertos. —Sonríe y baja la voz hasta casi susurrar —: Pero que lo sepas, siempre gano yo.

Grant levanta la espada con renuencia; parece un niño con un churro de natación.

Alistair se sitúa en posición y dirige a Grant una fatídica sonrisa de suficiencia.

No puedo mirar. Cierro los ojos con fuerza y en vano clavo los dedos en las sogas alrededor de mis manos, no tanto con la esperanza de soltarme como por la necesidad de hacer algo. Cualquier cosa que me abstraiga del horror a punto de desplegarse ante mí: el olor acre de la sangre en el aire, el sonido de la hoja al cortar la piel. La bilis me sube por la garganta.

Un choque ensordecedor amenaza con partirme en dos, y tardo un instante en darme cuenta de qué sonido se trata: metal contra metal. No es un golpe mortal, sino uno desviado. Cuando medio abro un ojo, veo a Alistair pasmado por la sorpresa. Grant hace rodar los hombros y parece un poquitín más alto. Alistair se precipita con la espada por delante y, una vez más, Grant bloquea el golpe… con facilidad, como si espantara una mosca. La confusión nubla el semblante del aristócrata.

Ya no hay rastro de desazón en los ojos de Grant, reemplazada por una imperturbable concentración.

—Esto no son espadas largas, por cierto —dice con desenfado—. Son espadas roperas.

Con un rugido de indignación, Alistair da rienda suelta a toda su furia. Se produce un caos de metales entrechocando y extremidades en movimiento mientras avanzan y retroceden en alternancia. Yo los observo perpleja desde el margen.

Mira por dónde.

Imagino que así queda resuelto el misterio del extraño talento oculto de Grant.

Él se mueve con decisión, modificando el ángulo de su espada hacia aquí o hacia allá para defenderse y atacar a Alistair. Es la viva imagen de la concentración; los antebrazos se flexionan bajo las

mangas enrolladas, los ojos brillan con resuelta intensidad. Es como si su mundo se hubiera estrechado hasta enfocarse únicamente en el movimiento de su cuerpo y el arma en su mano.

Y, lo que es más, se lo está pasando en grande. En sus ojos brilla una chispa especial y en su boca luce una sonrisa. Algo ha prendido en su interior y parece más vivo que nunca. Jamás había visto nada tan sexy.

Alistair no parece estar de acuerdo; su rostro se contrae por el asco y la rabia.

—¿Quién eres, el cuarto mosquetero secreto?

—Los mosqueteros siempre fueron cuatro —protesta Grant entre mandoble y mandoble, antes de bloquear de nuevo la espada de Alistair con un gruñido—. El título… —clonc— es… —clonc— ¡equívoco!

En un acceso de furia, Alistair empuña la espada como si fuera un bate de béisbol y golpea la silla antigua que había arrastrado antes, lo que envía una lluvia de astillas hacia la cabeza de Grant. Este la esquiva con rapidez antes de dirigir un espadazo hacia las piernas de Alistair.

El aristócrata evita la hoja con un salto antes de bajar su espada con todas sus fuerzas. Grant tiene el tiempo justo de salvar el pescuezo, literalmente, sujetando su espada con ambas manos para desviar la de Alistair.

Este se tambalea hacia atrás y fulmina con la mirada a mi compañero.

—¿Cómo es posible? —brama.

—Se llama «pasatiempo» —responde Grant, al tiempo que agita su espada con una floritura chulísima—. Deberías probar alguno que

no implique maldad.

Llegados a este punto, empiezo a pensar que tal vez podría buscar la manera de liberarme de las sogas, pero no puedo despegar los ojos de Grant. Este hombre no puede ser el mismo que una vez me chilló todos sus datos personales desde el asiento trasero de un Kia Rio robado. «¡Soy profesor! ¡Tengo un gato!». Pero ni una palabra de «soy el Zorro de Nueva Inglaterra»…

Se producen nuevas desviaciones y choques, nuevos zas y cloncs y probablemente un nuevo montón de términos técnicos de esgrima que desconozco. Yo qué sé. Alistair casi ruge por lo mucho que le está costando vencer a Grant. Ambos sudan por el esfuerzo y el opresivo calor del fuego.

Pero Grant ahora le lleva la delantera, y su inexorable ofensiva está haciendo que Alistair retroceda poco a poco hacia la chimenea.

—Puedes luchar cuanto quieras —masculla Alistair—. Jamás diré *touché*.

—Acabas de decirlo —contesta Grant.

Y, con un gruñido esforzado y un giro de muñeca ejecutado a la perfección, hace que la espada de Alistair salga volando antes de agarrarlo del cuello de la camisa y hundir la punta de su propia espada primero en la tela y luego en la repisa de la chimenea.

Clavado por la camisa y la chaqueta. Alistair bailotea con torpeza para evitar que las llamas le laman los pies. Grant corre hacia mí. Yo no puedo más que mirarlo boquiabierta.

Su rostro se arruga con preocupación al tocarme con suavidad la mejilla; sus ojos se detienen en el punto donde sé que se me está formando un moratón.

—¿Estás bien?

Asiento, aturdida, y él se gira para ir a agarrar la otra espada. Alistair sigue retorciéndose delante del fuego, tratando de liberarse. Grant vuelve hasta mí y corta con cuidado las sogas que me atan a la silla. Cuando se dispone a soltarme las piernas, me sonríe con la respiración algo entrecortada.

—¿Has visto qué giro de muñeca?

—Eh, sí, Grant, he visto el giro de muñeca —respondo con voz aguda y aflautada. No sé ni por dónde empezar a comprender lo que he visto o lo que me ha provocado—. No lo entiendo… Dijiste que no sabías…

—Ya —responde al tiempo que me libera los brazos—. Tú misma lo dijiste: hay que mantener el efecto sorpresa. Vamos. —Deja la espada a un lado y me tiende una mano que tomo sin dudar para ponerme en pie como buenamente puedo.

—Espera —le digo deteniéndome de golpe. Me doy media vuelta y camino con paso firme hasta el villano de Bond de baratillo, clavado a la repisa como un kebab. Sin mediar palabra, le arreo un puñetazo en la nariz. El hueso cruje contra mi puño y me provoca una náusea.

—¡Ahí lo llevas! —exclama Grant antes de darme un apretón celebratorio en el hombro mientras nos dirigimos hacia la puerta.

Una vez fuera, cierro la puerta de golpe y maldigo que no tenga cerrojo. Sin las llaves, no hay forma de cerrarla. Oigo un rasguido de tela en el interior, seguido de un fuerte golpe: Alistair se ha soltado.

—Corre —digo.

Nos giramos y subimos volando las escaleras para desembocar en un pasillo en penumbra; trastabillamos sobre la moqueta apolillada cuando oímos abrirse la puerta por debajo de nuestros pies. Atravesamos el decrépito vestíbulo huyendo de los pasos

retumbantes. Me subo el vestido hasta los muslos para poder correr mejor y me llevo una agradable sorpresa al ver que el móvil sigue sujeto a mi pierna.

Marco el número de Lesley mientras bajamos por la escalinata de entrada y salimos a la calle. Responde Lisa.

—Ay, Dios. ¿Estáis…?

—Voy a compartir nuestra ubicación —le suelto, tratando de correr y pulsar la pantalla al mismo tiempo—. Estamos huyendo del asesino. Daos prisa.

Al colgar, aventuro una mirada a nuestras espaldas y veo que Alistair todavía no ha salido. Entonces me vuelvo hacia Grant.

—¡¿Esgrima?! —mascullo mientras recorremos la calle como una flecha—. ¡¿Tu pasatiempo secreto era la esgrima?! ¿Y no se te ocurrió mencionarlo?

Grant resopla.

—¡No se me ocurrió que fuera a hacer falta!

—¡¡¡¿Esgrima?!!! —chillo de nuevo.

—¿Podríamos hablar del tema más tarde?

No tengo intención de dejar que se escaquee con tanta facilidad, pero un sonido al otro lado de la calle nos llama la atención. No se trata de una puerta abriéndose, sino del zumbido mecánico del portón de un garaje. Alistair sale a la calle en un baqueteado Mercedes negro y acelera en nuestra dirección.

—Mierda.

Doblo la esquina con Grant y lo agarro del brazo para empujarlo hacia un callejón por el que espero que no quepa el coche. A juzgar por el chirrido de neumáticos que oigo a continuación, no he tenido tanta suerte. No me hace falta mirar atrás para saber que, en su

persecución, Alistair está chocando con cubos de basura y bicicletas aparcadas.

—Lesley y Lisa vienen de camino —le grito a Grant por encima del ruido—. Si pudiéramos conducir a Alistair a algún lugar donde pudieran atraparlo…

—Vale —me grita él señalando hacia una calle lateral.

En una especie de juego de resistencia, obligamos a Alistair a perseguirnos sin fin, asegurándonos de que no nos pierda de vista, pero que tampoco nos atrape. El pecho me empieza a arder, me quema la garganta, y no sé cuánto tiempo más podré seguir cuando, por fin, oigo el ahúúúga inconfundible de la bocina del coche de Lesley. Lisa y él entran en la calle, una manzana por detrás de Alistair. Ninguna visión fue tan bienvenida.

Grant y yo accedemos a la calle principal, esquivando en nuestra carrera vallas de obra y carteles de PUENTE CERRADO, PROHIBIDA LA ENTRADA en busca de un lugar donde arrinconar a Alistair. Entramos en otro callejón, aprovechando unos pocos instantes preciosos cuando Alistair se ve interrumpido por el tráfico en un cruce, sin dejar de presionar el claxon. Contemplo el río al otro lado de la calle, donde una hilera de conos naranja chillón advierte a los conductores que tomen otro camino. Se me ocurre algo.

—Quédate aquí —le digo a Grant al tiempo que vuelvo a guardarme el móvil—. Voy a conducirlo hacia el puente.

—¿Cómo? Te alcanzará en nada.

—No si salto.

Grant abre los ojos como platos.

—No puedes…

—He hecho *puenting* millones de veces —respondo—. Es lo mismo. Pero sin cuerda.

—¡Las cuerdas son importantes!

—Estaré bien —respondo con decisión.

Espero que entienda el resto. La situación, las señales…, todo parece anunciar con claridad lo que debo hacer. Puedo imaginar que, como protagonista que soy de esta historia, sobreviviré a una caída al río, pero no puedo prometerle lo mismo a Grant, sea mi interés amoroso o no. Y no pienso permitir que Anna demuestre lo atrevida que se ha vuelto cargándoselo.

Como el tráfico comienza a moverse, me arriesgo a regresar a la calle principal para que Alistair me vea y dejo a Grant atrás. Esquivo coches y viandantes mientras atravieso la calzada y corro hacia el puente clausurado. El coche de Alistair ruge a mi espalda.

Rebaso los conos hasta que una serie de bloques de hormigón me impiden el paso. Oigo cómo Alistair, al acelerar hacia mí, se los lleva por delante. No miro atrás. Salto la barrera que cierra el paseo peatonal, me subo a la barandilla y bajo la vista al agua oscura.

Es imposible saber a qué distancia se encuentra la superficie. La adrenalina se me dispara ante la idea de lanzarme al abismo. Estoy a punto de saltar cuando alguien me toma la mano.

Al girarme de golpe, me encuentro a Grant más pálido que nunca bajo la luz de las farolas y casi sin aliento, colocándose a mi lado. Se yergue con vacilación, mira el agua con miedo y luego clava sus ojos en los míos.

—Juntos —dice.

Debería negarme, pero no tenemos tiempo. Tan solo trago el nudo que tengo en la garganta y asiento. Me sobresalto al oír un

estruendo y, al volverme, veo a Alistair, con el rostro enrojecido y furioso, bajarse del coche, estampado contra los bloques de hormigón. Un poco más lejos, Lesley dobla la esquina en dirección hacia el puente desierto.

Me giro hacia Grant y le aprieto la mano.

—Ahora.

—Mierda.

Y entonces, justo un instante antes de que Alistair pueda atraparnos, saltamos.

Todo se queda en silencio mientras caemos a través de la oscuridad. El aire escapa de mis pulmones y el estómago me da un vuelco. Por un momento, no existimos más que Grant y yo, dados de la mano.

Entonces me golpea el agua. El gélido impacto es como hormigón: sólido en el primer contacto, para luego disolverse al engullirme por entero. El frío y el choque me desorientan tanto que no sé cuál es el fondo y cuál la superficie. Intento nadar hacia donde creo que se encuentra esta, con los pulmones en batalla. Todo a mi alrededor es negrura y aguas turbulentas que me hacen arder los ojos y me muerden la piel.

Cuando asoma mi cabeza, inspiro en una gran bocanada, como si surgiera de entre los muertos. Mis brazos y piernas se mueven sin mi intervención, pues mi mente está absorta por el milagro que supone volver a recibir oxígeno. Tardo un momento en darme cuenta.

Estoy sola en el agua.

Llamo a gritos a Grant con voz ronca. La única respuesta son el rumor del tráfico por encima y el oleaje a mi alrededor. El pánico se

apodera de mí como nunca, ni en esta historia ni en la vida entera. Hasta que oigo un chapoteo a mis espaldas y otra bocanada vivificante y trascendental.

De forma instintiva, alargo el brazo hacia Grant, que me lo agarra. Ninguno de los dos parece capaz de hablar. Tan solo podemos respirar y mantenernos a flote, buscando los contornos del otro para asegurarnos de que se encuentra bien.

Nos soltamos para nadar hacia la orilla. La corriente es fuerte y nos aleja cada vez más del puente, por lo que nos cuesta el doble de lo que tardaríamos en línea recta. Pero, cuando por fin lo conseguimos, nos desplomamos el uno junto al otro sobre los guijarros de la orilla, escupiendo agua y tiritando de la cabeza a los pies.

La pierna me vibra. Las manos me tiemblan tanto que tengo que esforzarme por sacar el móvil de su escondrijo. Es un mensaje de texto de Lisa:

LO TENEMOS!!!

Dejo caer el teléfono y vuelvo a tumbarme sobre la tierra mientras el alivio me atraviesa todo el cuerpo. Poco a poco vuelvo a sentir las extremidades y el frío del aire sustituye al del agua. Pero mi corazón sigue acelerado y mi respiración entrecortada.

Cuando cierro los ojos, todo lo sucedido esta noche pasa por mi mente como una película al doble de velocidad. El baile, la lluvia, la lucha de espadas. Los ojos de Grant sobre los míos, sus dedos en mi pelo, su mano en la mía.

Abro los ojos y vuelvo la cabeza para contemplarlo. Él hace lo mismo y su mirada abandona el cielo nocturno por mí. El corazón me palpita con fuerza en el pecho, un ariete contra una muralla que no tiene la menor opción de resistir.

Por segunda vez esta noche, me encuentro frente a un precipicio. El silencio es pesado, como si el mundo entero contuviera el aliento, como si el tiempo se hubiera detenido, como si la página estuviera en blanco. Podría pasar cualquier cosa, podría serlo todo o no ser nada.

—A la mierda —musito.

—Gracias a Dios.

No estoy segura de si me agarra él o si me abalanzo yo o si somos los dos, pero nuestros labios se encuentran en un choque fervoroso. Entonces me doy cuenta de que estaba equivocada: no era oxígeno lo que necesitaba, era esto. Se enredan nuestras extremidades, nuestras ropas empapadas, nuestro cabello chorreando y nuestras manos ansiosas, y no soy capaz de recordar por qué hemos hecho nada que no fuera esto.

Sus brazos me rodean y me acercan más a él mientras su boca se funde con la mía. Hundo los dedos en su pelo mojado y siento estremecer cada punto de contacto entre nuestros cuerpos. Grant recorre mi mentón, mi cuello, mi cintura. Sus manos se deslizan sobre mis caderas, trazando mis contornos en la oscuridad. ¿De veras antes albergaba dudas sobre lo que deseaba? Ahora no hago otra cosa sino desear, y todo lo que deseo es más.

Ni siquiera soy consciente de que hemos rodado por el suelo hasta que Grant echa la espalda hacia atrás, con los ojos soltando chispas que caen como rocío sobre mí, sus manos apoyadas a ambos lados

de mis hombros. Alargo los dedos hacia un lado de su cara con la intención de atraerlo de nuevo hacia mí, pero me pierdo por un instante, sin poder dejar de mirarlo. Y, en ese segundo de silencio, con sus ojos fijos en los míos, apenas gira la cabeza y posa un leve beso sobre la palma de mi mano. Es tan dulce, tan suave y tan tierno que el estómago me da un nuevo vuelco, aún peor que cuando caímos al Támesis. Puedo sentir cómo su boca se curva en una sonrisa bajo mi mano.

Y entonces siento cómo frunce el ceño de golpe para luego poner cara de asco. Recoge algo que hay junto a mi brazo.

—Joderrr —exclama retrocediendo ante la visión de la jeringuilla hipodérmica que sostiene en la mano. La lanza muy lejos y se pone en pie antes de ayudarme para que haga lo mismo—. ¿Qué te parece si buscamos algún lugar menos tetánico?

Reprimo una sonrisilla.

—Siempre y cuando lo sea un poquitín… —respondo—. No querría que te aburrieras.

El buen humor regresa a su rostro.

—¿Contigo? Nunca.

Entrelazamos los dedos y Grant me da un nuevo beso en los nudillos que me derrite el corazón. A continuación subimos por el terraplén dados de la mano, sin poder, o puede que sin querer, soltarnos del otro.

26

A saber cómo llegamos de vuelta a la casa. En cuanto estamos dentro, nos arrojamos de nuevo en brazos del otro, recuperando todo el fervor de la orilla del río como si tan solo lo hubiéramos mantenido en suspenso desde entonces. Nos separamos apenas un instante para comprobar que no hay nadie cerca, llamando a Lesley y a Lisa por sus nombres entre besos hambrientos. Pero no están. Siguen interrogando a Alistair en la Casa Falsa y, por mí, que se queden allí mil años.

—¿Vamos arriba? —pregunto, y la voz me sale en un susurro apresurado.

Grant asiente y yo me doy la vuelta para subir, pero él me sujeta de la cintura y me gira de nuevo hacia él.

—Ascensor —murmura contra mis labios. Recorremos a ciegas el pasillo sin dejar de enrollarnos, como una pareja de adolescentes treintañeros en una serie de The CW, riéndonos cuando me pega la espalda a la pared y, al mismo tiempo, pulsa el botón.

El frenesí continúa hasta que llegamos a la puerta de mi dormitorio, donde Grant se echa hacia atrás con cierto esfuerzo y desliza sus manos hasta mi cintura.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —pregunta con la respiración entrecortada—. ¿Aunque no sea real?

Pienso en las mejores escenas románticas que he leído, en todos esos besos perfectos y esos grandes gestos. En los estremecimientos que me provocaban. En que las leía una y otra vez hasta memorizarlas, hasta que el revoloteo en mi pecho amainaba y terminaba convirtiéndose en una vaga punzada. Ahora, con Grant, ese estremecimiento no hace sino crecer con cada beso y cada caricia.

—Es real —respondo—. En este momento es real.

Exhala con alivio quedo. Me percato de que me está mirando de esa extraña forma, con ese fruncimiento del entrecejo que nunca llegué a entender. Pero ahora lo comprendo. Es el modo en que me mira cuando quiere besarme.

Y ahora es la forma en que me mira justo antes de hacerlo.

Esta vez, sus labios se cierran sobre los míos con una suave determinación que siento hasta en la punta de los pies, un beso que no devora, sino que saborea. Se mire por donde se mire, constituye una paradoja: es seguro y tentativo, pregunta y respuesta. Demasiado bueno para ser verdad y demasiado real para ser imaginario.

Agarro el pomo de la puerta y, de pronto, estamos en mi dormitorio. Por fin, creo que nunca me he alegrado tanto de ver mi cama… Pero Grant tira de mí hacia el cuarto de baño.

Se separa de mí un instante para abrir el grifo de la ducha y, cuando regresa, responde a mi mirada de curiosidad con una sonrisa tan tierna que se me olvida hasta respirar.

—Ese río daba asco —explica retirándome un mechón húmedo de la cara antes de inclinarse de nuevo hacia mí—. Y, la verdad —dice entre besos—, no quiero que… contraigas… —su boca se hunde aún

más en la mía, recreándose antes de apartarse de nuevo— alguna bacteria carnívora.

Rompo a reír. Ay, madre. ¿Cómo puedo desear tanto a alguien, incluso cuando se ha puesto a hablar de bichos comecarne?

Claro que, pienso de pronto, lo que me provoca una pequeña burbuja de vertiginosa alegría, de no ser así, no sería Grant.

Contemplo la cascada de agua por un momento. No es que carezca de experiencia en encuentros «peculiares»: una góndola en los Alpes suizos, un cobertizo de socorristas en Costa Rica, una plantación de cactus (no demasiado bien pensada y, en consecuencia, espinosamente dolorosa) en Joshua Tree. Pero nunca me he duchado con nadie. Me parece superíntimo lo de invitar a alguien a un ritual tan privado y desnudo.

Grant da un paso atrás, lo que interpreto como que no le importa si prefiero ducharme sola. No me doy cuenta de que no quiero hasta que mi brazo se tensa negándose a soltarle la mano.

Él me mira un segundo con la ceja enarcada formando una pregunta antes de dar un paso al frente. Nos encontramos en un beso lento; sus manos se deslizan bajo los finos tirantes de mi vestido y siguen su trayectoria hasta los intrincados cruces que forman sobre mi espalda. Sus dedos acarician mi piel con levedad, sin prisa, trazando caminos sobre mis costados y a lo largo de mi cintura.

—Te advierto… —consigo decir en medio de un beso, ya sin aliento— que este vestido es complicado. Meterme dentro ya me costó lo suyo.

—Eso suena a desafío —responde con una sonrisa contra mis labios—. Y lo acepto de buen grado.

Cuando se aparta, el frío de la repentina distancia entre nosotros se ve compensado al instante por el calor de su mirada pensativa. Y eso no es nada frente al subidón que siento cuando se arrodilla para agarrarme el bajo del vestido. Lo hace como lo hace todo, con atención y con cuidado, levantando la tela por encima de mi piel al tiempo que desliza sus manos a ambos lados de mi cuerpo. Se detiene un instante en mis caderas y ríe por lo bajo al soltarme el liguero con que me sujetaba el teléfono. Un escalofrío recorre mi piel expuesta, no sé si por el aire o por la devota atención que me presta Grant. Cuando llega a mis costillas, levanto los brazos y me saca el vestido por encima de la cabeza.

Su mirada está algo velada y su grave expresión de deseo me deja sin aliento.

—Eres increíble —dice.

—Y tú llevas puesta demasiada ropa —respondo.

Tiro de él hacia mí y lo beso mientras deslizo mis manos por el cuello de su camisa mojada para descender por su pecho, desabotonándolo por el camino. Me tomo mi tiempo en quitársela, deleitándome en los fibrosos músculos de sus brazos bajo mis palmas.

No es la primera vez que lo veo descamisado, pero sí que puedo admirarlo y tocarlo de verdad y sin vergüenza. Es delgado pero sólido, con esa complexión de fuerza callada que tiene menos que ver con una rutina de *fitness* específica y más con el confort con que habita su cuerpo.

Aunque, una vez más, puede que su fuerza no sea tan callada, porque de pronto me agarra de las caderas y me alza hasta

sentarme sobre el tocador. La sorpresa hace que se me escape un sonido entre un chillido y un suspiro que nos hace reír a ambos.

Con mis ojos a la altura de los suyos es mucho más fácil apreciarlo en toda su magnitud. Tiro de él hacia mí, rodeo sus caderas con mis piernas y siento la extensión de su espalda bajo mis dedos. Su boca aterriza sobre la mía antes de descender dejando un rastro de besos en mi mentón y mi cuello. Solo eso bastaría para sentirme mareada, para que me costase respirar, aunque también podría deberse al vaho que llena el cuarto de baño.

—Creo que nos hemos dejado el agua de la ducha corriendo —musito.

—Si tú lo dices… —responde Grant—. Ahora mismo no sé ni dónde estoy.

Reímos de nuevo cuando nos damos cuenta de que no estamos en la mejor posición para seguir desvistiéndonos el uno al otro, pero tampoco nos apetece parar ni movernos. Sus dedos pasan por debajo de los laterales de mis bragas; los míos se deslizan hasta el botón de sus pantalones.

Es una mezcla extraña de deseo y mareo, de alelamiento y torpeza que, de alguna manera, no frena la atracción entre los dos. Si acaso, solo hace que la escena gane claridad, transformando este territorio inexplorado en algo más familiar.

Esa idea me reconforta incluso cuando nos hemos deshecho de toda la ropa y las carcajadas se han esfumado. No somos más que nosotros dos, pienso. Nos conocemos. Lo conozco. Así que, a pesar de que mi corazón está desbocado, a pesar de que esto es nuevo y da un poco de miedo, es miedo del bueno, de ese que me gusta.

Como cuando saltas desde un precipicio. Grant es el borde rocoso y también el océano que espera recogerme debajo.

Lo beso de nuevo y me dejo llevar. No sabía que pudiera ser así. No sé si en la vida real podría hacerlo. Pero, ahora mismo, lo que existe entre nosotros es vívido y cegador, y no me puedo creer que en algún momento quisiera reprimirlo.

Grant da un paso atrás y, mirando de reojo la ducha, me tiende la mano.

Yo sonrío y se la doy.

Más tarde, cuando la noche se ha transformado en un remolino de deseo y sensaciones, de pelo mojado, respiración entrecortada y manos aferradas a sábanas, me pregunto si siempre será así entre el héroe y la heroína de las novelas románticas, si en algún lugar oculto entre la tinta y el papel ellos dos lo sentirán. Y no me refiero al pasar de las páginas, sino a la sangre acelerada, al calor de una piel contra otra, al deseo, a la necesidad. Si todas esas metáforas y esos símiles tan bellos apenas pueden rozar la superficie de lo que se siente en realidad.

Porque es como…

Bueno, esta vez no soy yo quien debe describirlo o leerlo.

Por una vez, solo tengo que vivirlo y sentirlo. Y lo que siento desafía toda descripción, rebasa el entendimiento y me envía a un lugar en el que no hay más palabras en mi cabeza salvo «él», «yo», «nosotros», resonando en un eco continuo en cada rincón de mi ser.

27

Puede que sea un cliché (la heroína romántica en la cama, en los brazos del héroe, envuelta entre sábanas y probablemente con un «guau» recién musitado todavía en los labios), pero no me importa. He perdido la noción del tiempo y el espacio, de la ficción y la realidad y de todo lo demás.

Mi mente está inmersa por completo en lo bien que me siento, aquí con Grant, y en lo impensable que ahora me resulta que no acabáramos antes así, con su pulso palpitando cálido bajo mis dedos, los suyos recorriendo mi brazo con pereza, arriba y abajo, hasta que levanta mi mano y la observa.

—Di lo que quieras sobre Zach Beaumont —comenta contemplando el gigantesco diamante que todavía adorna mi dedo —, pero me apuesto algo a que todos los joyeros lo adoran.

Gruño al ver semejante pedrusco, me lo saco del dedo y lo arrojo a la otra punta de la habitación.

—Y Savannah podría fichar por los Red Sox —añade.

Me acurruco contra él mientras exhalo un suspiro satisfecho.

—Lo creas o no, esta no es mi primera vez. En tercero de primaria, Brock Kowalski me propuso matrimonio con un anillo de caramelo. Se lo tiré a la cabeza.

—Ya, es que no te veo con un Brock. Diría que tomaste la decisión correcta.

—Lo sé. Fue la propuesta rechazada con la que cualquier chica sueña.

Grant me toma la mano y entrelaza poco a poco nuestros dedos. Sin esa monstruosidad en el anular, no llevo más que una fina alianza de oro a juego con la suya.

Es extraño, pienso, ver nuestras manos juntas. No me disgusta ese pequeño hilo dorado que lucimos y nos identifica como pareja. Qué curioso que la versión ficticia de algo resulte tan dulce cuando la realidad me daría urticaria.

—Bueno —dice Grant besándome el hombro—, ahora que hemos cruzado al género en el que eres experta, ¿qué crees que va a pasar?

—¿La verdad? —Suelto un hondo suspiro pensativo—. Sexo sin fin, espero. Se acabó la trama. Ahora toca solo porno.

Su risa retumba en mi interior.

—No seré yo quien se queje.

—Con alguna que otra interrupción para cenas y paseos nocturnos.

—Y turismo —añade—. Con todo el tiempo que hemos pasado en Londres, todavía nos quedan muchísimas cosas por ver. Espero que haya un capítulo entero consagrado a nuestra visita al London Eye.

—Y a ti quejándote de los errores en la información del British Museum.

—Y a ti intentando en vano hacer reír a la guardia real.

—Ahí es donde te equivocas —le digo—. Lo conseguiría fijo.

Grant sonríe y es un momento que me gustaría pausar para poder vivirlo un poquitín más de tiempo. Todos estos instantes, de hecho, estos pequeños escenarios que estamos inventando, en los que Grant y yo hacemos cosas normales, sin estructura narrativa a la que ceñirnos. La idea me atrae, pero también me duele un poquitín.

Grant se vuelve hacia mí y apoya la cabeza en el brazo.

—¿Crees que nos habríamos conocido en la vida real? Si no fuera por el libro, digo. Si las cosas fueran distintas.

Me quedo pensando. Si nuestras vidas normales fueran «la vida real», los dos seguiríamos como si tal cosa en el mismo plano de la existencia. A pocos kilómetros de distancia, pero sin saber nada del otro.

—No lo sé —respondo—. Imagino que nunca hemos frecuentado los mismos círculos.

—Ya. La verdad es que los buscadores de emociones fuertes y los equipos de Trivial universitarios no suelen coincidir.

No es solo eso, lo sé. Si nos hubiéramos cruzado por casualidad, sospecho que ahí habría acabado la cosa. Nunca me habría permitido tanta cercanía. Como alternativa, es bastante triste.

—Habría sido una lástima —digo—. No conocerte. Me habría perdido algo estupendo.

Grant sonríe.

—Yo también.

—Y, tal vez, que las cosas sucedieran como sucedieron haya sido lo mejor —añado—. Aunque hubiese sido distinto, si hubiéramos llegado a conocernos, no habríamos tenido un encuentro cuqui tan molón.

Grant me mira dudoso.

—¿Llamarías «encuentro cuqui» a aquello?

—Por supuesto —contesto—. Chico llama a Uber; chica roba Uber; la vida del chico pasa por delante de sus ojos y narra toda la secuencia a voz en grito. El clásico encuentro cuqui.

—Yo más bien lo llamaría «encuentro horripilante».

—Bueno, quedemos en que fue un «encuentro chulo».

—Venga, va, un encuentro chulo —concede.

No hay más vuelta de hoja, esto va a doler cuando acabe. Pero no puedo pensar en ello. Yo solita me he hecho la cama, y luego la he deshecho con Grant, y ahora mismo estoy convencida de que el montón de sábanas es un sitio estupendo en el que quedarse, siempre que sea con él.

Y al menos hay un elemento de certidumbre. Puede que esto tenga que acabar cuando acabe el libro, pero es un romance; no voy a dejar de gustarle y ya. No vamos a alejarnos poco a poco hasta que ya no nos reconozcamos. Seremos felices hasta el final, y la ruptura será limpia, no un millar de pequeñas grietas.

Cuando Grant posa una mano en mi hombro y, sin darse cuenta, empieza a trazar con el pulgar pequeños círculos sobre mi piel, todo pensamiento sobre tramas y arcos narrativos se evapora de mi mente. El interés amoroso, el héroe romántico, el novio de libro…, todas esas denominaciones se esfuman y no queda más que Grant. Él, cuyo tacto hace que me hierva la sangre como aceite en una sartén caliente. Con quien puedo hablar de absolutamente todo. Quien me hace preguntarme por qué nos referimos al romance como «más que una amistad» cuando las dos cosas pueden coexistir de un modo tan bonito en la misma persona.

—Háblame de tu vida antes de esto —le pido.

Grant arruga la cara.

—No era real —responde—. Da lo mismo.

—No da lo mismo. Si era real para ti, lo es para mí. Quiero saber de ti.

Una sonrisita le curva la boca y cualquier otra protesta desaparece con un suspiro.

—¿Qué quieres saber?

—Uff, no sé —contesto—. ¿Tal vez cómo te convertiste en campeón de esgrima y por qué no me lo contaste hasta ahora?

Grant hunde la cabeza en la almohada con un gruñido. Yo le pego con la mía.

—¡Venga, Grant!

—Qué voy a ser campeón —responde con la voz amortiguada—. Si acaso, estoy bastante oxidado. Es solo que el Alistair ese era malísimo.

—Corta con lo de la falsa modestia, capitán Hook. Si eres un protagonista de capa y espada.

Mueve la cabeza lo justo para mirarme de soslayo con un solo ojo.

—¿Capitán Hook? ¿Con ese me comparas? Al menos podías haber mencionado a Jack Sparrow.

—No. No te veo llevando raya en el ojo.

—Pero sí un garfio, ¿no?

—Venga, ¿cómo aprendiste a luchar así? Si no me lo cuentas, voy a imaginarme lo peor, por ejemplo, que eres un pirata de verdad. O un asesino en serie, como Alistair. O que una bruja te maldijo con un talento anacrónico. O…

—Vale —me corta incorporándose sobre los codos con esa expresión de «no quiero sonreír». Vacila un momento, como si ya

estuviera arrepintiéndose de lo que va a contarme—. Empecé porque participaba en juegos de rol en vivo en el instituto. ¿Contenta?

Al principio no puedo ni hablar. El regocijo me impide toda reacción.

—Grant. Soy tan pero que tan feliz. —Lo imagino un adolescente desgarbado, ataviado con una cota de malla fabricada con arandelas de refresco y armas de cartón, y es imposible no reír por lo bajo de puro gozo. Él vuelve a hundir la cara en la almohada—. Guau, juegos de rol en vivo. Y yo que imaginaba que estarías en el equipo de esgrima o algo…

Se queda callado un momento.

—Sí —responde con lentitud—. Esa… habría sido una alternativa más normal.

—¿Quién quiere normalidad? Cuéntamelo todo sobre tus juegos de rol. —Me pongo bocabajo, con las rodillas dobladas y los pies en alto, y le doy un pequeño codazo para que se gire—. ¿Cómo era la vida del rolero? ¿Eras el chaval más «enrolado» del instituto?

Grant suspira hondo y me mira.

—Para empezar, ese adjetivo ni existe. Cosa que sé que sabes, porque tu competencia lingüística es excelente.

—¡Jo, «enrólate», tío! —le digo chasqueando los dedos con falsa irritación. Él esboza una sonrisa—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque es muy friki. No es lo que se dice material para el héroe de un thriller criminal.

—Bueno, pero dejando de lado por un momento que tu frikismo nos ha salvado la vida y que sentir pasión por algo es lo más sexy

del mundo, ¿por qué te daría vergüenza ser un friki? No estamos en los noventa. Los frikis ahora mismo son los populares.

—Eso díselo a mi padre —responde. Se queda callado un momento antes de soltar una carcajada amarga—. Mira, una cosa buena. Si nunca existió, supongo que técnicamente ya no está muerto.

Me lanza una mirada sardónica; yo me limito a esperar a que continúe. Al cabo de un momento baja la vista y centra todo su interés en la costura de la funda de su almohada.

—Creo que lo avergonzaba —termina por decir tirando de un hilo suelto—. Quería un hijo que jugara al fútbol americano y le salió uno que se pasaba los fines de semana correteando por los bosques con sus amigos como si fueran extras de bajo presupuesto de *Los caballeros de la mesa cuadrada*.

—Que imagino que, para empezar, ya sería de bajo presupuesto —señalo.

—Justo. —Por un momento aparece un tierno velo de nostalgia en sus ojos, pero se esfuma enseguida—. Mi padre y yo éramos demasiado distintos. Yo no estaba hecho para convertirme en quien él quería que fuera. Pero las cosas no se pusieron mal de verdad hasta que le dije que iba a ir a la universidad en lugar de ponerme a trabajar con él en la tienda. —Suelta un pesado suspiro—. La dichosa tienda.

—¿Qué pasó? —le pregunto con suavidad.

—Bueno, para que te sitúes, solía llamarse Hoffman e Hijos —me cuenta—. Que no es poca cosa, teniendo en cuenta que le puso el nombre antes de que naciéramos ninguno. Y que terminó teniendo una hija también. Pero esperaba que nosotros, Ted y yo en concreto,

siguiéramos sus pasos. A sus ojos, uno no era un hombre de verdad a menos que tuviera pasión por saberse cada tipo de destornillador y su nombre completo oficial.

—Menuda ridiculez, ¿no? —digo—. Lo único que hay que saber es que hay uno plano y otro con una crucecita…

—Gracias —responde—. En fin, que cuando lo llamé para contarle lo de la universidad, se quedó callado. Y luego dijo: «Pues muy bien», y colgó. La siguiente vez que volví a casa, había pintado el cartel y ya solo decía Hoffman e Hijo. Que, a ver, era lo suyo. Hoffman e Hijo era una descripción perfectamente precisa de quién llevaba la tienda. Pero me pareció que pretendía demostrar algo. Con Ted estaba de lo más simpático, pero hervía de resentimiento cada vez que yo intentaba hablar con él. Era insoportable. Así que dejé de intentarlo, aunque con la esperanza de que cambiara de opinión sobre mí. Pensé que tan solo necesitaba tiempo, que un día me llamaría y diría que iba siendo hora de que habláramos, o que me preguntaría qué tal me iba, sin más. Pero cuando por fin sonó el teléfono, era mi madre, llorando. —Su expresión se ha nublado y una honda arruga de dolor atraviesa su entrecejo.

—Ay, Grant —digo tomándole la mano—. Lo siento mucho.

Inspira hondo.

—Es solo que detesto que todo acabara así. Siempre pensé que tendría la oportunidad de arreglar las cosas de alguna manera. Mucho antes de que nos dejara, ya lo echaba de menos. Sí, podía ser testarudo y estrecho de miras, pero no era solo eso. También era divertido e inteligente, y se dejaba la piel por construir algo de lo que estar orgulloso. Yo estaba orgulloso de él. Y habría querido decírselo. Y también estaba furioso, y eso también habría querido

decírselo. Pero, de pronto, era demasiado tarde. Es solo… —Se aclara la garganta y, cuando vuelve a hablar, su voz suena ronca—. Ese no es el final que habría querido.

El pecho me duele al verlo así. En la vida real, a veces pasan cosas malas, y la mala suerte no es más que eso. Pero la vida de Grant y todo lo que ha sucedido en ella estaba prediseñado. Alguien le ha hecho todo esto a propósito y ¿para qué? ¿Para tener una buena historia? Desearía más que nada en el mundo poder darle otra.

—Puede que este no sea el final —digo.

—No, está más muerto que muerto. Si no, no habría cabido en la urna.

—No me refiero a eso —contesto—. Puede que ya no esté aquí, pero eso no significa que vuestra historia haya acabado. Tal vez el resto consista en cómo lo recuerdas tú. No como héroe o villano, sino como un padre humano que podría haber sido mejor y también peor. Puedes aferrarte a las cosas que amabas de él, aunque los recuerdos todavía duelan.

Se queda un momento sin hablar, tan solo asiente en silencio y observa mi mano en la suya, sobre cuyos nudillos desliza el pulgar.

—Gracias.

Le doy un apretón.

—¿Sabes? Una vez un tipo, que además de un bombón era listísimo, me dijo que el final de una relación no tiene por qué negar lo bueno que tuvo. Puede que también sea aplicable a padres e hijos. —Es un consejo que no terminé de creerme cuando me lo dio, pero ahora me encaja. Estar aquí con él es algo tan bueno que no puedo imaginar que nada en el futuro pueda empañarlo—. Puede

que hasta sea aplicable a secuestradoras y secuestrados de libro que acaban gustándose un montón.

Me mira de un modo que antes me habría hecho retroceder, pero ahora quiero recrearme en sus ojos.

—Pero que un montón —susurra.

Ya me está doliendo que esto tenga un final. Pero si pudiera recordar estas mismas palabras siempre que quisiera, y la forma en que las pronunció, con la solemnidad de una promesa y su mirada profunda sosteniendo la mía y envolviéndome en su calor, puede que compense un poco lo demás. Puede que no sea tan terrible.

—En cualquier caso —digo obligándome a regresar al presente—, espero que ahora puedas estar orgulloso de tu pasatiempo secreto. Es increíble, Grant. Si tu padre no lo pensaba, puede que sea porque no tuvo el privilegio de ver cómo le «roleabas» a un tío en toda la cara.

—Quien le «roleó» en toda la cara fuiste tú —replica Grant, antes de ladear la cabeza en un gesto de asentimiento—. Aunque yo le «rolée» bien «roleado» todo lo demás.

—Somos un equipo de lo más «enrolado», tú y yo.

Grant sonríe y me rodea los hombros con un brazo. Yo me acurruco contra él. Quiero memorizar todo esto, todo él. Quiero guardármelo y atesorarlo.

—Es una lástima que solo desearas estar en un libro —comenta Grant con una carcajada débil—. Si no, podríamos haber tenido una secuela. O una saga entera.

La idea, agridulce, hace que me asome una sonrisa en la cara, pero se desvanece cuando mi mente empieza a recopilar fragmentos.

—No… no estoy segura de que solo deseara estar en un libro.

Grant me mira con curiosidad mientras yo hago memoria del momento en que todo comenzó: la esquina de una calle, un ser mágico y un deseo exasperado, irónico y secretamente desesperado. Algo parecido a la esperanza comienza a aflorar en mi interior.

—Lo que deseé fue convertirme en la próxima protagonista de Anna Matthews —indico.

—Lo que podría traducirse en más de un libro —reconoce Grant, mientras se le ilumina el rostro—. Más de esto.

—Más de nosotros —afirmo, deseosa de que mis palabras se hagan realidad. Pero una punzada de preocupación se me clava en el fondo de la garganta—. Aunque, ¿de verdad querríamos hacerlo? Dudo mucho que escriba una secuela sobre nosotros dos disfrutando de unas tranquilas vacaciones en las Bahamas. Somos personajes de thriller, ¿sabes?

—De thriller romántico —me corrige antes de levantarme la mano y besármela. Luego me mira con tanta intensidad que, por un momento, creo que he cometido un error al recordarle en qué tipo de historia estamos inmersos: no todo son sábanas enredadas y conversaciones de almohada. Me preparo mentalmente para oírle decir «¿Sabes qué? Olvídalo. No lo quiero. Nadie merece que pase por esto». Pero cuando habla, lo hace con voz tierna—: Si la única forma de que sigamos juntos es persiguiendo a asesinos en serie, espero que el mundo esté lleno de ellos.

Casi querría reír al comparar a este Grant con el que conocí aquel día, pero tengo un inesperado nudo en la garganta por la emoción.

—Sé que suena a locura —añade—, pero, aunque todo lo demás sea una pesadilla, me siento mejor cuando estoy contigo. Haces que

desee aceptar lo que la trama nos ponga delante. Huir de asesinos, descender por la fachada de rascacielos, saltar de aviones en marcha… Aquí estoy, dispuesto a todo.

Sus arrugas de preocupación se han vuelto aún más profundas por la mera mención de esas hipotéticas aventuras, pero sigue siendo lo más romántico que nadie me haya dicho nunca. De hecho, justo por eso lo es mucho más. Y diría que «romántico» no es la palabra adecuada. Ese grado de cuidado, ese estar dispuesto a enfrentarse a los propios miedos si supone pasar más tiempo juntos… es otra cosa. Es algo más.

Y yo siento lo mismo. No me importa cómo sea la historia mientras sea nuestra. Aunque la trama resulte una pesadilla para mí: la aburridísima investigación de un delito de guante blanco o una misión en secreto en una tranquila residencia de ancianos. Por lo que a mí respecta, que nos metan en un *cozy mystery* ambientado en una comunidad amish. Si está Grant, me vale.

Podría decirle todo esto. Podría decirle que yo también accedería aunque suponga que más tarde me duela. Y me duela de verdad. Como nunca. Por pasar más tiempo con él, accedería.

Pero no consigo que las palabras salgan por mi boca. Lo que hago es enarcar las cejas y decirle:

—¿Que por mí saltarías de un avión? Guau. Espero que con paracaídas, al menos.

—Tú eres mi paracaídas —responde con una sinceridad que me provoca mariposas en el estómago, aunque mi cerebro no termine de procesarlo—. Tú eres el motivo por el que podría saltar. Todo lo que este libro nos ha puesto delante…, sin ti yo no habría sido capaz de hacer nada. No sé cómo, pero sin que resulte menos terrorífico sí

consigues que crea que puedo hacerlo. Logras que me sienta capaz de hacer cosas que, según las leyes de la física y del sentido común, no debería.

El corazón me palpita de un modo que no estoy segura de que sea normal y la voz apenas me sale en un susurro, pero aun así digo:

—Así que, en ese sentido, soy como las metanfetaminas.

—Shhh. —Me pone un dedo sobre los labios—. Me alegro de que sea contigo con quien estoy en este libro. Es lo único que intento decir.

El pecho se me encoge hasta el punto de dolerme. Esto significa mucho, aunque creo que Grant se equivoca en algo. Es él quien siempre salta primero al decir exactamente lo que piensa y lo que siente con total franqueza. Ojalá yo pudiera ser así.

Aunque tal vez pueda.

Quizá él pueda ser mi paracaídas.

—Yo también me alegro de que sea contigo.

Y entonces no queda nada que no podamos decirnos con sus brazos rodeándome, mi cabeza en su pecho y la sincronía de nuestra respiración. Simple silencio, cómodo y compartido.

Cuando quiero darme cuenta, está casi amaneciendo y nos despiertan unos golpes urgentes en la puerta. Las voces amortiguadas de Lesley y Lisa, que se oyen desde el pasillo, me traen de vuelta a la realidad. O a la ficción, dado el caso.

—¡Yujuuu! —canturrea Lesley—. ¡Lissy Elliot y Banksy han vueltooo!

Le tapo la boca a Grant con la mano antes de que diga una maldita palabra. Lisa se suma con un «¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!» más frenético y preciso.

Salgo como un cohete de la cama y me pongo lo primero que diga: «He mantenido cero relaciones sexuales esta noche; no sé de qué me hablas». Grant se incorpora de golpe y recorre el dormitorio con la mirada, buscando dónde esconderse antes de decidirse por hacerlo bajo el nórdico. En cuanto me planto un pantalón de chándal y una camiseta, arrugo la ropa de cama para que el escondrijo de Grant resulte un pelín menos obvio antes de abrir la puerta una rendija.

Lesley está tan tranquilo y controlado como siempre, pero hay un nuevo brillo en sus ojos. Lisa, en cambio, o está emocionadísima o se le han metido las bragas por el trasero.

—Ay, menos mal que has abierto la puerta, ya que no respondes al teléfono —dice Lesley—. Solo venía a decirte que…

—¡¡¡Ha hablado!!! —chilla Lisa—. Bueno, más o menos. ¡Pero lo tenemos! Y va a cantar hasta *La traviata*, ¡lo presiento!

Parpadeo tratando de aclarar el estupor que supone entrar de golpe una vez más en la trama. Casi se me había olvidado que anoche teníamos otro objetivo que quitarnos la ropa el uno al otro.

Lesley me observa y frunce el ceño.

—Huy —dice—. Te han dado pero bien.

—¿Cómo? —Retrocedo un paso.

—Tu mejilla —responde apuntando hacia mi cara.

—Mi mejilla… —Me llevo la mano a toda prisa hacia ese lugar que había olvidado por completo—. Ah, sí. Me han dado. Pero estoy bien.

Lesley asiente una sola vez.

—Me alegro.

Carraspeo y trato de concentrarme en nuestra tarea de resolver crímenes más allá de la puerta de mi dormitorio.

—¿Dónde está Alistair?

—En la Casa Falsa —responde Lisa con un gesto despreocupado de la mano—. Encerradito y listo para confesar. Ahora mismo te lo contamos. ¿Podemos entrar?

Se me corta la respiración mientras busco una excusa creíble, pero Lesley le pone la mano en el hombro.

—Esta conversación es más adecuada para el despacho —explica —. Nos vemos allí en…, no sé, ¿cinco, diez minutos? —Me mira por encima de las gafas antes de dar media vuelta.

Entonces se detiene un instante y alza la voz para que se le oiga en el dormitorio.

—Buenos días, Grant.

«Niégalo, niégalo, niégalo», dice mi cerebro, pero antes de poder hacerlo, oigo a mis espaldas un crujido de sábanas a modo de rendición y a mi nórdico decir con toda claridad:

—Buenos días.

Lesley se marcha con paso elegante; Lisa se queda inmóvil junto al umbral. Abre los ojos como platos y su mandíbula desciende con gesto tan dramático que me pregunto si seguirá unida a su cráneo.

—Ay, cállate —digo cerrándole la puerta en las narices en el preciso instante en que emite un chillido ensordecedor.

28

Completamente vestidos y sentados en el sofá a una respetable distancia entre nosotros, Grant y yo escuchamos en silencio a Lesley mientras nos cuenta sus aventuras nocturnas. Lisa, radiante de felicidad, corretea por la sala sirviendo el té e interviniendo para dar énfasis a las mejores partes.

Atraparon a Alistair con relativa facilidad, aunque se negó a decir nada en cuanto estuvo en la Casa Falsa. Lesley y Lisa se pasaron la noche probando todos los métodos de interrogatorio que se les ocurrían salvo la tortura. Después de horas y horas en balde, por fin, consiguieron algo.

—Todo gracias a esta lunática —dice Lesley sacudiendo a Lisa por los hombros—. Cuando debía de haberos llamado ya unas treinta veces, por fin logró que hablara.

—Yo ni lo sospechaba, pero resulta que se me da fenomenal la guerra psicológica —explica Lisa con voz alegre—. ¿Quién lo iba a imaginar?

Se me escapa una carcajada al intentar visualizar a Lisa intimidando a nadie para sacarle información.

—¿Qué hiciste, cantarle «Un elefante se balanceaba» hasta que suplicó clemencia?

Me lanza una mirada punzante.

—Por favor, Roxie, que soy una adulta. Fue «El árbol de la montaña».

Al final, solo lo hartó lo suficiente para que le ofreciera un dato: la dirección de correo electrónico para acceder a su cuenta de Facebook. Insistió en que no sabía quién era mister Page, pero que había recibido varios mensajes suyos por privado con detalles sobre la competición. Puede que ahí tengamos un hilo del que tirar.

—Vale —dice Grant—. Así que tenemos una dirección de correo electrónico. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Adivinar la contraseña?

Lisa y Lesley intercambian una mirada de «Esto no le va a gustar a Grant».

—La cuestión es, Grantullón —dice Lesley—, que está dispuesto a decírnosla, pero con una condición.

Por el tono que emplea, entiendo que no va a ser donar un millón de dólares a Unicef.

—Quiere que os llevemos a vosotros a la Casa Falsa para hablar con él —anuncia Lisa.

Grant se recuesta en el sofá. Yo me cruzo de brazos.

—¿Qué os hace creer que no quiera atraernos para tener una segunda oportunidad de matarnos?

—Ah —Lesley suelta una risita—, seguro que es lo que quiere.

—Pero no podrá hacerlo —nos asegura Lisa—. Está bien controlado. Además, ya lo vencisteis una vez; si se diera el caso, lo haríais de nuevo. Lo cual me recuerda: ¿cómo lo conseguisteis?

En el otro lado del sofá reina el silencio, por lo que carraspeo y miro a Grant hasta que entiende que no voy a permitir que su gran triunfo pase inadvertido.

—Eeeh… me enfrenté yo a él —comenta de pasada, como quien menciona que ha ido a la frutería.

—En un duelo —añado yo, incapaz de reprimir una sonrisa de oreja a oreja cuando la emoción me invade de nuevo—. Con espadas. Hasta Alistair dijo que era como un mosquetero sexy.

—No dijo nada de «sexy» —me corrige Grant.

—Pero seguro que lo pensó.

Lisa da una palmada y rompe en alabanzas y exclamaciones de deleite con los ojos brillantes. Lesley no dice nada, pero avanza hacia Grant y levanta brioso la mano abierta para chocarle los cinco con toda la ceremonia de un Premio Nobel. Grant se sonroja levemente, pero le noto que está intentando reprimir una sonrisa.

—Bueno —dice Lesley cuando vuelve a seguir con su té—. ¿Quién se apunta a una charla con el Desenmascarador?

Grant y yo levantamos la mano (él con un poco más de renuencia), mientras que Lisa levanta las dos y chilla: «¡Yo, yo, yo!», antes de ponerse en pie de un salto y salir corriendo del despacho como si alguien le hubiera metido un petardo por el trasero.

Lesley la mira con cariño y se termina el resto de su té en silencio. Cuando ha desaparecido de nuestra vista, entrecierra los ojos, se pasa la lengua por los dientes y ladea la cabeza con curiosidad.

—Granuloso —observa—. Una cosa hay que reconocerle, esta chica tiene talento para arruinar un té de formas nuevas e ingeniosas.

—Y, sin embargo, jamás le rechazas una taza —señala Grant.

Lesley sonríe.

—Cuánta razón tienes, Grant Jeté.

No sé por qué creía que la Casa Falsa sería una especie de caja de acero ultramoderna en las afueras, pero de camino recorremos calles residenciales a cada cual más pintoresca. Pasamos junto a puertas pintadas de azul turquesa, amarillo limón y rojo frambuesa, con bicicletas aparcadas en los jardines delanteros y camelias rosadas en flor. Todo parece nuevo y alegre, fresco como la primera página de un cuaderno por estrenar.

Puede que sea que la primavera flota en el aire o que estamos a punto de coronar un hito en la resolución de los crímenes. Pero, más que nada, se debe al hombre que me da la mano.

Grant y yo nos hemos quedado atrás, felices de interponer cierta distancia con Lisa, que se ha pasado la mayoría del paseo lanzándonos miraditas y dando codazos atolondrados a Lesley.

Ahora que nos hemos parado al final de la calle, Lesley se inclina sobre una valla de hierro forjado, el sol reflejado en sus gafas de aviador, y Lisa salta sobre uno y otro pie como si sus zapatos estuvieran hechos de bengalas.

Grant suelta un largo suspiro.

—No acaba de gustarme esto de Alistair —dice—. ¿Y si él es mister Page? ¿El cabecilla haciéndose pasar por otro payaso más? Podría ser capaz de mucho más de lo que aparenta.

Intento no hacer caso de la intranquilidad que me provocan sus palabras.

—No va a pasarnos nada. —Le aprieto la mano—. Puede que Alistair tan solo quiera volver a verte. Después de lo de anoche, yo también querría.

—No sé si te acordarás —responde tratando de no sonreír—, pero precisamente Alistair no fue invitado a esa parte de la noche.

—¡Antes de esa parte! —El calor me sube por las mejillas.

Lisa debe de haberse dado cuenta, a pesar de encontrarse a una manzana de distancia. De verdad que no puede contenerse: se pone a bailotear como si se hiciera pis.

No, espera, le acaba de tender la mano con urgencia a Lesley, sin parar de dar saltitos mientras él rebusca las llaves en el bolsillo de la chaqueta, y sale disparada en cuanto se las pone en la mano. Sí que se hacía pis. Me vuelvo hacia Grant.

—Puede que quiera la revancha, o que le enseñes a blandir mejor la espada. O puede que tan solo desee comer palomitas y suspirar mientras luces esos magníficos antebrazos y haces cosas sexis de espadachín.

—¿Magníficos antebrazos? —Grant reprime una sonrisilla—. Continúa.

—Lo único que digo es que, si me ponen delante mangas subidas y metales entrechocando, no me hace falta más.

—Interesante —responde con una chispa maliciosa en los ojos—. Así que… —Se aleja un poco y, con teatralidad y pícara chulería, empieza a remangarse la sudadera.

—Oh, Grant, por favor, que estamos en público —susurro escandalizada. Puede que lo diga medio en broma. O un tercio.

—Siento interrumpir —nos llama Lesley desde el final de la calle—, pero si ya os habéis puesto ojitos lo suficiente, par de tórtolos, tal vez podríamos ponernos en marcha.

—Iríamos mucho más rápido si «alguien» me hubiera dejado conducir el Jaguar, tal y como me prometió —respondo alzando la voz.

Él hace un gesto de desdén. Grant reprime una carcajada antes de rodearme con el brazo y echar a andar de nuevo. Yo le abrazo la cintura con el mío, incapaz de dejar de sonreír.

Cuando llegamos adonde se encuentra Lesley, nos informa sobre lo que vamos a encontrarnos. Alistair está encerrado en lo que describe como una celda improvisada, aunque a mí más bien me suena a un apartamento que costaría un par de miles de dólares en Boston. Cuenta con una cama, un cuarto de baño y hasta un televisor.

—Pero no puede alcanzar el mando a distancia —aclara Lesley—. Le he dejado puesto el canal infantil de la BBC a todo trapo. Supongo que o lo volverá loco o lo rehabilitará. Veremos.

Lisa prometió que nos esperaría antes de ir a ver a Alistair. Es probable que, mientras hablamos, esté puliendo su imitación de Fergie por si el tipo vacila a la hora de cumplir su parte del trato.

Cuando por fin llegamos al final de la calle tranquila, ahí está. La Casa Falsa parece de todo menos eso. De hecho, presenta todas las características de una casa bien mantenida, con cortinas en todas las ventanas y una colección de macetas esmaltadas en azul con plantas verdeantes en la parte delantera. Cuando entremos, no me cabe duda de que nos envolverán nuevas muestras de ese estilo lesleyano rarito y hogareño que he aprendido a reconocer y amar.

Pero no nos da tiempo.

Todo vuelca hacia un lado, o eso es lo único que siento al principio. Además del estallido de luz, sonido y calor que se extiende por toda la casa, tan fuerte que silencia el resto.

El aire pita. Tardo unos segundos en recobrar la visión y distinguir lo que me rodea: trozos de cemento, añicos de cristal y astillas de

madera desperdigados. Estoy tendida en el suelo con los pulmones ardiendo. Hay humo por todas partes. Me duele la cabeza. Cuando intento incorporarme, un dolor afilado me atraviesa la mano; veo un fragmento de cristal que sobresale y sangre manando de la palma. Lo extraigo con dedos temblorosos y lo arrojo a un lado antes de ponerme en pie, tambaleante y mareada. El mundo se mece como un barco bajo mis pies. «Grant. Lesley». Intento llamarlos, atrapada en el aire lleno de cenizas como un insecto en una telaraña, pero una tormenta se desata en mi interior y vomito en la acera.

Solo cuando levanto la cabeza en busca de aire, noto una mano sobre mi hombro. El alivio corta la náusea como un chute de oxígeno. Grant tose y tiene un arañazo desde la sien hasta la mejilla, pero está entero.

—¿Bien? —es lo único que consigo decir.

Él asiente; todavía intenta respirar con normalidad.

—¿Tú?

En cuanto murmuro una especie de afirmación, nos derrumbamos juntos y contemplamos en silencio lo que solía ser la Casa Falsa.

La estructura como tal sigue en pie, pero ya no es más que una cáscara. Las llamas asoman por las ventanas reventadas, cuyos cristales rotos se asemejan a colmillos.

La puerta ha desaparecido, sustituida por un agujero negro y humeante. No veo nada del interior. Dudo que todavía exista.

«Lisa».

Ay, no.

Algo cruje bajo el pie de Grant y este se queda paralizado. Se inclina para recogerlo y, al levantarse, sostiene los restos de unas

gafas de aviador, rajadas y cubiertas de hollín. Alza hacia mí los ojos llenos de miedo.

Recorro la escena con mirada nerviosa, pero ni rastro de Lesley. Ninguna figura esbelta entre la neblina, ningún bulto en el suelo. Estamos solos aquí fuera. Las sirenas comienzan a ulular en la distancia.

—No —musita Grant contemplando la casa en llamas—. Oh, no.

—Había entrado —digo. Quería expresarlo en forma de pregunta para que Grant pudiera negarlo. Pero lo sé. Sé cuál sería la respuesta.

Ambos nos precipitamos con sensación de impotencia, como si no estuviéramos seguros de si deberíamos entrar o impedir que el otro lo haga. Pero antes de que ninguno pueda dar otro paso, nos llega un sonido desde el interior de la casa, un ruido áspero y cortante. Algo cambia entre las sombras del humo. Se vuelve más sólido, más real, y por último vemos recortarse de pronto a Lesley y a Lisa en el umbral. Están manchados de hollín y caminan con torpeza, con el brazo de ella sobre los hombros de él.

—Yujuuu… —tose Lesley.

Grant y yo nos arrojamos sobre ellos, envolviéndolos en un abrazo de grupo al tiempo que los arrastramos hacia el aire limpio de la calle. En mi mente no hago más que contarnos una y otra vez: uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro. Los cuatro estamos de vuelta en la acera, y nos damos un aire a Winona Ryder al final de *Escuela de jóvenes asesinos*, pero el caso es que seguimos aquí, juntos.

Por ahora, claro. El estómago se me revuelve de pensarlo.

Porque, mientras la Casa Falsa arde y el eco de quién, qué y por qué ha sucedido se entremezcla con el humo, la ceniza y las llamas, una cosa está clarísima: alguien viene a por nosotros. No sé si esto será una trampa, un mensaje…, pero da igual; esto cambia las reglas del juego. No me hace falta ser una experta en novela negra para saber que es el tipo de crisis sensacional que un autor se guardaría para el momento justo. Solo puede significar una cosa.

El final debe de estar cerca.

29

Horas más tarde, una vez que han extinguido el incendio y los oficiales han comenzado a investigar (para desgracia de Lesley), nos encontramos de nuevo en la casa señorial, sentados sobre los escalones delanteros y sumidos en un silencio perplejo.

Tenemos muchas más preguntas que respuestas, incluso con los pocos datos que Lisa ha conseguido proporcionarnos pese a su estado de shock. No llegó a ver el origen de la explosión, solo oyó un pitido distante antes de que todo saltara por los aires y se viera derribada por la ola expansiva. Ha sido un milagro que escapara de la zona mortal, al menos físicamente. Mentalmente todavía no acaba de estar entre nosotros.

—¿No hay posibilidad de que haya sido un accidente? —pregunto, aunque ya sé la respuesta—. ¿Un problema en la cocina, en el cableado o algo así?

—Me temo que no —contesta Lesley.

La mirada que me lanza Grant confirma todos mis miedos. Era hora de que sucediera algo así. Es el principio del fin.

Al tragar saliva me duele, pues todavía tengo la garganta seca.

—Fue mister Page —aventuro—, intentando librarse de Alistair, o de nosotros, o ambas cosas.

—Eso creo yo también —confirma Grant—, a menos que Alistair nos atrajera para luego hacernos salir volando.

—No habría podido —explica Lesley—. Lo cacheamos antes de encerrarlo; no llevaba explosivos encima. Unos zapatos horripilantes y una cantidad de gomina que debería ser ilegal, sí, pero nada incendiario.

Lisa toma una trémula bocanada de aire con los ojos anegados.

—Iba a sacarlo de allí —hipa—. A Alistair. Sé que era malvado, pero nadie merece morir así. Pero el fuego… No pude acceder… No he podido…

Lesley le da un afectuoso apretón en el hombro cuando rompe en sollozos.

—Has hecho lo que has podido —le dice—. Ahora lo importante es que todos estamos a salvo.

—Curiosa definición de «a salvo» la tuya —gruñe una voz desde la calle. De pie en la acera vemos alzarse una imponente figura que nos tapa el sol.

Por Dios, ¿es que por una vez no podría entrar Wally en escena diciendo algo normal, del tipo «hola» o «perdón por interrumpir»?

—Ah —responde Lesley con una sonrisa tensa—. Un detalle que por fin aparezcas. Me preguntaba por qué habrías dejado investigar el incendio de esta mañana a tus subordinados. ¿Te has quedado dormido?

—Mis colegas están más que cualificados para responder a un incendio doméstico normal —dice Wally. A continuación da un lento y dramático paso al frente y se cruza de brazos con gesto amenazante—. Pero tú y yo sabemos que este no es un incendio doméstico normal.

—Ah, ¿sí? —ironiza nuestro amigo—. Y yo que pensaba que tú eras el genio y yo una mera molestia.

—Normalmente sí, pero hoy, por una vez, tienes la oportunidad de servir para algo. —Wally se saca una pequeña libreta del bolsillo interior de la chaqueta—. No te importará, seguro, que te haga algunas preguntas sobre el incidente.

—Ojalá pudiera —responde Lesley—, pero me dijeron que me mantuviera al margen del trabajo de la policía.

Wally suelta una risita lúgubre.

—Creo que por esta vez podemos hacer una excepción. Te propongo algo: tú me dices lo que sabes y yo hago la vista gorda sobre todos los delitos que has cometido a lo largo de los años…

Mientras los dos se fulminan con la mirada, Grant se me arrima y comenta:

—¿Por qué tengo la impresión de que Anna está escribiendo esto mientras tiene puesta de fondo una serie policiaca de las malas?

El duelo de miraditas no parece que vaya a aflojar.

—Eso o porno del cutre —murmuro antes de ponerme en pie y abrir la puerta—. Bueno, vosotros dos, a ver si terminái s de una vez con el concurso de quién es más duro.

Media hora más tarde, en el despacho, Wally y Lesley se lanzan miradas furibundas desde ambos extremos de la mesita de centro mientras Grant, Lisa y yo los observamos en los márgenes. La situación es tan absurda que el dolor de verlo roza lo físico; las tácticas de intimidación de Wally no son nada en comparación con el arte de Lesley para ofrecer respuestas inútiles. Es como ver a dos

personas jugando al tenis, solo que uno de los contrincantes, en vez de golpear la pelota, la coge y la tira a la basura.

—¿Qué hacías cuando se produjo el incendio? —pregunta Wally.

—Intentar no abrasarme —responde Lesley.

—¿Tuviste algo que ver con el incendio?

—Sí, si contamos que casi me abraso.

—El edificio en cuestión estaba considerado tu «segunda residencia». Dime, ¿cuál es el propósito de contar con más de una residencia?

—Tener una sustituta si la otra explota.

Con cada nueva pregunta, la sonrisita de suficiencia de Wally se va tensando y su postura se vuelve un poco más rígida. Aun así, su compostura es impresionante.

—¿Hay algo que creas que los investigadores vayan a encontrar en la escena del incendio? —pregunta—. ¿Algo que te reconcoma por dentro y quieras confesar ya?

—Posiblemente los restos de mi medalla de plata de las Olimpiadas de Preguntas Estúpidas —responde Lesley—. Pero no te preocupes, que la de oro sigue a salvo contigo.

Wally se inclina hacia delante y achica los ojos.

—¿Intentas ocultar algo?

—¿Y tú? ¿Intentas ocultar algo?

Wally pulsa el botón de su bolígrafo y empieza a garabatear en su libreta.

—«El sospechoso se niega a colaborar» —dice sin mirar la página —. Podría detenerte solo por eso, ¿sabes?

—¿Podría? —le susurro a Grant.

—Es probable que no —murmura—, pero no creo que nadie espere exactitud en los procedimientos tratándose de Anna Matthews.

Wally se pone en pie y se guarda la libreta.

—¿Sabes qué, amigo? Que estoy harto. No sé qué está pasando aquí, si esto ha sido cosa tuya o te las has ingeniado para convertirte en un objetivo, pero es evidente que sigues liándola por ahí. Enhorabuena, se me han agotado las advertencias. ¿Quieres que te maten? Que así sea. Pásatelo bomba.

Sale como un vendaval y tan solo se detiene para fulminarnos con la mirada a Grant y a mí, al tiempo que menea la cabeza con desaprobación.

Lisa se dirige hacia el sofá y, con los ojos todavía velados, se deja caer junto a Lesley. Él nos recorre con la vista y se queda mirando nuestra ropa sucia y nuestros rostros preocupados.

—Bueno, menudo día, ¿eh? ¿Qué os parece si nos relajamos con algo de comer y una taza de té? Yo me ocupo. Vosotros tomaos unos minutos para descansar y adecentaros.

Le da una palmadita a Lisa en la rodilla y ella le besa en la mejilla.

—Gracias —responde trémula.

Él se pone en pie y, mientras se dirige hacia la puerta, se detiene para sacudirse un poco de ceniza de la chaqueta morada. Chasquea la lengua al ver que le ha dejado marca.

—Versace —señala negando disgustado con la cabeza, antes de desaparecer camino de la cocina.

Una vez duchada y cambiada de ropa, encuentro a Grant en el jardín trasero. Está pensativo.

—Más te vale no estar aquí fuera resolviendo todo el misterio sin mí —le digo mientras me siento a su lado en el banco de teca.

—No podría aunque quisiera —responde—. No tengo información suficiente.

Yo diría que tiene «demasiada» información; los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, por no hablar de estas dos semanas, a mí se me están embarullando en la cabeza.

—¿Podría ser Wally? —pregunto—. Mister Page, digo. Puede que toda esta investigación sea una pantalla de humo. Puede que él hiciera saltar la Casa Falsa por los aires para librarse de Lesley.

—Puede… —responde Grant ladeando la cabeza mientras cavila—. Pero creo que montar una competición de asesinos en serie con el salario de un detective de policía sería demasiado, incluso para la ficción.

—Cierto. —Me quedo pensando con la mirada perdida en el glorioso jardín primaveral. Frondoso e inmaculado, debe de ser obra de un paisajista carísimo. Una idea me revuelve el estómago.

—¿No creerás que es…? —Señalo hacia la casa con la cabeza, sin querer terminar la frase.

—¿Lesley? —Las cejas de Grant salen disparadas hacia arriba—. No. ¡No! Por Dios, espero que no. Es cierto que tiene el dinero, pero…

—Es demasiado achuchable, ¿verdad?

—Desde luego —responde—. Si Anna lo convirtiera en el malo se le echarían encima hordas de lectores furiosos.

—Vale, así que no es Lesley —decido con alivio, aunque eso significa que seguimos buscando a ciegas—. Bueno, puede que no haga falta averiguarlo ahora mismo. Que sepamos, puede haber otras quinientas misiones esperándonos.

Grant asiente. Yo lo imito. Es bonito imaginar que los cuatro seguiremos juntos indefinidamente, dando caza a los villanos e impidiendo sus crímenes sin acercarnos demasiado a su resolución. Sin acercarnos demasiado a nuestra despedida.

Pero sería engañarnos.

Suelto aire con lentitud y contemplo la tarde queda.

—No va a haber más misiones —afirmo.

—No —coincide Grant—. No lo creo.

—Aquí es donde las cosas se ponen feas —continúo—. Y van a ir a peor.

Veo de reojo cómo asiente, con la mirada perdida en la distancia, más allá del jardín.

Siempre he sabido que llegaríamos a esto. Lo que no sabía era que me sentiría así al ver cómo enfilamos el tercer acto, deseando más que nada en el mundo poder dar marcha atrás. Querría dar media vuelta y alejarme de la acción que se avecina y quedarme en algún lugar tranquilo, un lugar en el que solo estemos Grant y yo, contándonos secretos o discutiendo bajo la lluvia o paseando por la ciudad. Los momentos de normalidad, descubro con sorpresa, han sido mis favoritos en esta historia.

Pero eso va a cambiar pronto. La historia se acerca a su fin y no hay forma de saber si habrá continuación.

—Tengo que darte la razón en una cosa —dice Grant—. Puede que no haya sido a cámara lenta, pero dijiste que habría una explosión.

Pienso en el día en que lo auguré, que ahora me parece tan lejano. No tenía ni idea. Jamás habría imaginado que la explosión de una casa sería la menor de mis preocupaciones.

Apoyo la cabeza en el hombro de Grant, que me rodea con el brazo. Me besa la coronilla y ambos nos quedamos en silencio.

Mientras el tiempo se nos escapa, intento no preocuparme, no sentir que cada latido de nuestro corazón es un segundo en la cuenta atrás. Desearía más que nada que esto, este instante precioso, fuera una escena interminable. Anna Matthews podría pasarse el resto de su carrera describiendo lo que siento aquí, junto a Grant, y jamás se le agotarían las ideas. Los dos podríamos vivir para siempre en este puñado de momentos.

Pero el caso es que los escritores tienen la manía de regalar a sus personajes pequeños y frágiles instantes de felicidad para luego aplastarlos de un martillazo.

O, en este caso, de un grito desde el interior de la casa que nos hiela la sangre.

Grant y yo nos levantamos de un salto y echamos a correr hacia la cocina. Primero veo a Lisa, con el pelo mojado de la ducha, arrodillada en el suelo. Y, junto a ella, Lesley, tendido en el suelo con los ojos vidriosos y la tez tan gris como la ceniza que todavía le cubre la ropa y el pelo.

30

Mi primer cursillo de defensa personal incluía un módulo de reanimación cardiopulmonar y primeros auxilios, con idea de que así, en caso de crisis, estaríamos más preparadas no solo para salvarnos a nosotras mismas, sino también a los demás.

Te enseñan todo lo que hay que hacer. Dos respiraciones, treinta compresiones, cien pulsaciones por minuto. Te dicen que alguien debe llamar a emergencias y te explican cómo comprobar si la víctima respira y cómo colocar las manos.

Lo que no te dicen es qué pasa cuando todo es en vano. No te cuentan cómo agotas hasta la última de tus energías intentando desesperadamente devolver la vida a un hombre que ya lleva muerto diez minutos. Cómo no paras de llamarlo por su nombre en vez de contar las compresiones, cómo le suplicas: «Venga, Lesley, despierta, Lesley, vuelve». Cómo sabes que todo ha terminado antes de que lo comprendan tus brazos. Cómo, llegado el momento, alguien tendrá que separarte de su cuerpo y dejar que los sanitarios lo intenten, o contemplar cómo agachan la cabeza y murmuran cosas del tipo «parada cardiaca prolongada» y «concluir reanimación».

Cómo puedes hacerlo todo bien y que siga siendo insuficiente. Insuficiente para salvarlo e insuficiente para prepararte ante el

hecho de que cuando lo saquen de la casa sea en una camilla, pero con la cara cubierta por una sábana.

Cómo lo único peor que el incesante destello de las luces azules de la ambulancia delante de casa es ver que las apagan cuando los servicios de emergencia terminan de cargar la camilla y se marchan sin color ni sonido alguno, sin fanfarrias.

No sé cuánto tiempo nos quedamos de pie en el vestíbulo, contemplando la puerta delantera como si esperásemos que Lesley la atravesara en cualquier momento. De alguna manera acabamos en su despacho, lo que quizá sea aún peor. Su ausencia se siente por todas partes: en su butaca vacía, en su chimenea sin encender, en su escritorio dispuesto tal y como lo dejó, con el portátil abierto, los cuadernos desperdigados y la pluma destapada. Como si acabara de salir a tomarse un pequeño descanso.

Cuando se levanta del sofá, Lisa tiene la mirada empañada y desenfocada.

—Té —dice, al tiempo que camina como una zombi hacia el hervidor eléctrico del aparador—. Voy a preparar té.

—No hace falta —digo.

—A mí sí —responde sin darse la vuelta.

Escuchamos bullir el agua en el hervidor y el tintinear de las tazas y los platillos. Lisa sisea cuando se escalda y maldice cuando se le cae el azúcar. No me sorprendo cuando una taza se le escurre de las manos y acaba estrellándose contra el suelo. Se queda inmóvil un instante antes de volverse hacia nosotros.

—Tengo que ir a comprar más tazas.

Grant se levanta.

—Lisa, no es neces…

—Sí, sí —responde—. Porque las tazas están en la tienda. Y no aquí. Y es adonde tengo que ir. Así que…

Cuando sale corriendo, deja atrás tres tazas llenas hasta el borde y otra hecha trizas sobre el suelo. Solo una vez que ha cerrado la puerta a su espalda, cuando pasa por delante de la ventana, se derrumba entre sollozos. La sola visión me rompe por dentro.

Una avalancha de sentimientos me desborda. Grant me aferra contra él y lloro como hacía mucho tiempo que no lloraba.

Qué es real y qué es ficticio… ya no importa. Aun cuando esté de vuelta en Boston y las piezas de mi vida vuelvan a encajar, eso no cambiará el hecho de que todo esto ha pasado. Lo recordaré todo: la fuerza de los brazos de Grant rodeándome, el corazón destrozado de Lisa. Y nunca dejaré de echar de menos a Lesley. Lo sucedido ha dejado en mí un millar de marcas invisibles que siempre llevaré conmigo. Si esto no es real, no sé qué más podría serlo.

Mucho después de que mis lágrimas ya secas hayan dejado un rastro salado en mi cara y de que la luz del exterior se haya teñido de dorado, continúo acurrucada contra Grant. Su respiración es honda y serena mientras me acaricia el pelo con gesto distraído.

—¿Sabes una cosa? —dice en voz baja—. Empiezo a creer que tal vez sí fuera Banksy. En este universo, al menos.

Se me escapa una carcajada, porque lo primero que me viene a la cabeza es la pose victoriosa que Lesley adoptará cuando se entere. Y entonces lo recuerdo todo de nuevo, y las lágrimas vuelven.

—No es una coincidencia —señalo. Quería que fuera una pregunta, pero me ha salido una afirmación—. La gente no muere de un repentino ataque al corazón a las pocas horas de sobrevivir a una explosión, ¿verdad?

—La gente quizá —responde—. Los personajes… no, no tanto.

La implicación queda flotando, pesada, en el aire. Aunque ninguno de los dos lo dice en voz alta, siento cómo las preguntas nos consumen, exigiendo respuestas que todavía no queremos encarar: qué significa todo esto, qué va a suceder a continuación.

Aunque tampoco hace falta esperar demasiado.

Una solitaria nota electrónica suena en el móvil de Lesley, que sigue reposando en el escritorio. Grant se levanta a mirar. Coge el teléfono y me dirige una sonrisa triste.

—No tiene contraseña —dice—. Muy propio de Lesley.

Entonces empieza a pulsar aquí y allá para averiguar la causa de la notificación y se queda petrificado. Me mira con los ojos como platos, sin articular palabra.

Corro hasta él y leo el nuevo mensaje privado de Facebook que ilumina la pantalla.

> AHORA QUE LA COMPETICIÓN SE ACERCA A SU FIN, TAMBIÉN TERMINA NUESTRO PEQUEÑO JUEGO DEL GATO Y EL RATÓN. ¿QUÉ OS PARECE SI NOS VEMOS LAS CARAS PARA LA GRAN FINAL?
> «LOS HOMBRES QUE JURAN AMOR ETERNO A VECES TIENEN LAS PEORES INTENCIONES DEL MUNDO»,
> *LOS TRES MOSQUETEROS*, ALEXANDRE DUMAS, p. 318, cap. 12.
> ISBN: 5149283-018742
> MR PAGE

De pronto me siento como si estuviera en el fondo del mar; la presión aumenta a medida que descifro el mensaje. Ya está. Es la confrontación final.

Mañana. A mediodía.

Miro a Grant con inquietud, pero él sigue contemplando la pantalla con el ceño fruncido.

—Esa cita sí es real, del libro —apunta con la voz velada cual densa neblina, como si intentara comprender un texto antiguo.

Cuando la puerta delantera se abre, mi atención se desvía y el corazón se me encoge de pensar en cargar a Lisa con una nueva preocupación. Pero cuando entra con los ojos hinchados y enrojecidos, diría que su estado ya va más allá del dolor.

—Acabo de hablar con los investigadores —dice con la voz opacada al tiempo que levanta con cansancio el móvil que lleva en la mano. Traga con dificultad—. No han encontrado restos humanos en la Casa Falsa.

En mi mente se dispara una alarma ululante y grave como una sirena antiaérea ante una afirmación que, en cualquier otra circunstancia, habría sido una excelente noticia.

—¿Alistair?

Niega con la cabeza.

—No estaba allí.

31

Estoy convencida de que, si alguna vez una novela negra ha mostrado a los protagonistas durmiendo plácidamente la víspera de la gran confrontación final, mentía. Grant y yo llevamos toda la noche diseñando y debatiendo estrategias, analizando hasta la extenuación cada ínfimo detalle y momento de las últimas dos semanas, y sigue sin parecernos suficiente preparación. Hemos convertido su cuarto en un museo de pósits con sospechosos, clichés, pruebas y maniobras de distracción pegados a toda superficie disponible. En estos momentos observo el muro de las teorías, demasiado agotada para seguir pensando y demasiado nerviosa para irme a dormir. Grant se coloca a mi espalda y me rodea los hombros con los brazos.

—¿Y si nos equivocamos? —le pregunto mientras poso las manos en sus antebrazos.

—Imagino que Anna nos pondrá contra las cuerdas y tendrá que inventarse algún milagro para sacarnos de allí.

—Nada de presión.

—Exacto. Nada de presión.

Me apoyo en su pecho y cierro los ojos; él descansa la barbilla sobre mi cabeza. Al cabo de un momento, se yergue e inspira hondo.

—Solo una cosa: es posible que yo no llegue al final del libro.

Me giro para mirarlo, con la sensación de que alguien me hubiera deslizado un dedo gélido por la columna.

—No digas eso.

—Es la verdad —responde—. Los protagonistas suelen salir vivos. Los intereses amorosos… no siempre.

—Sí, siempre. Toda novela romántica necesita un final feliz.

—Pero esta no es, estrictamente, una novela romántica. Es una mezcla, así que puede que no podamos fiarnos de las convenciones del género. Que sepamos, podría matarme para sentar las bases de una secuela alimentada por la venganza.

—Eso no va a suceder. Me niego a seguir sin ti.

Grant me mira como si tratara de memorizarme. Lo siento en cada célula de mi cuerpo.

—Lo que intento decir, ahora que todavía tengo la oportunidad, es que… da igual cómo acabe esto, para mí ha merecido la pena. Solo quería que lo supieras.

Un escalofrío me atraviesa por dentro y me eriza la piel. Quiero que lo retire, que me prometa que estará a mi lado hasta el final. Pero no puedo discutírselo, porque siento lo mismo. Pase lo que pase, habrá merecido la pena.

Así que, por una vez, no me enfrento. No huyo. No entro en pánico. Me limito a quedarme sentada en silencio, con mi mano en la suya, a pesar de la amenaza de acabar con el corazón roto. Sigo a su lado mientras pueda.

El episodio final de todo concurso exige sacar el arsenal de armas completo para crear drama: escenarios llenos de confeti, platós iluminados con antorchas, islas privadas que los perdedores deben abandonar entre lágrimas cuando el helicóptero llega a sus orillas barridas por el viento. Habría preferido cualquiera de esos ejemplos antes que la estación de metro abandonada que ha elegido mister Page, pero a cada uno sus gustos.

También me habría encantado disponer de más tiempo de preparación (mental y emocional, si no logística), pero las cosas van a hacerse a la manera de Lesley y Anna Matthews: con dieciocho horas de planificación y en el bolsillo tan solo unas bridas y los teléfonos. Con eso bastará, porque tiene que bastar.

Lisa nos conduce hasta la antigua estación de Moseley Green cual guía turística de muy mal agüero, repasando por quinta vez todos los detalles. Yo intento, al menos, fingir escucharla. Noto el cerebro machacado y anegado, por no hablar de mi corazón, que siento como si hubiera pasado por una trituradora de papel.

—Recordad: mantened el teléfono en manos libres para que pueda oírlo todo —nos recomienda nuestra compañera—. Vosotros haced que siga hablando. Yo no estaré lejos y la comisaría queda a un par de manzanas. Una vez que oigan lo que pasa, no les quedará otra que mandar a sus mejores hombres. Por fin entenderán que Lesley tenía razón.

Su nombre me atraviesa como una dolorosa hacha. Se suponía que este iba a ser su gran momento de reivindicación. Tendría que estar aquí.

Lisa se detiene en una esquina.

—Hemos llegado —anuncia sacando el teléfono—. Vamos a iniciar la llamada. ¿Grant?

—Lo tengo —respondo al tiempo que marco su número. Ella contesta y se silencia; yo me lo guardo en el bolsillo.

—Bueno. —Se vuelve hacia nosotros y nos mira con seriedad—. No voy a decir adiós, porque nos veremos dentro de nada, ¿vale?

Asiento con la garganta como papel de lija.

Lisa se arroja contra nosotros en un brusco abrazo de grupo para luego separarse y posar las manos llenas de anillos en nuestros hombros.

—En momentos como este, desearía habernos puesto un nombre de grupo y haber inventado un saludo secreto supermolón —suspira.

—También puedes desearnos suerte y ya —señala Grant.

—La mejor de las suertes —responde lanzándonos besos al aire antes de que nos alejemos.

La anodina puerta al otro lado de la calle está discretamente sujeta con un libro: *Los tres mosqueteros*. Es como la versión asesina en serie de un globo de cumpleaños atado al buzón, diciéndote que has llegado a la fiesta.

Nos detenemos una vez dentro para que nuestros ojos se acostumbren. La tenue luz es de ese tono amarillento tan específico de las escenas postapocalípticas, y las paredes están desconchadas y húmedas. Más que en una historia de crímenes, se diría que estamos en una de zombis.

—¿Estás seguro de querer seguir adelante? —le pregunto a Grant, que inspira hondo y asiente.

—Sí, bastante seguro.

—Uf, «bastante» seguro. Bueno, eso es…

El beso con el que me silencia me pilla por sorpresa. Es el «cállate» más dulce que jamás haya recibido. Me toma la cara entre las manos y sus dedos se deslizan por mi pelo. Hay cierta urgencia en el modo en que sus labios atrapan los míos, pero tras ella también hay algo de trágico. Para cuando se separa de mí, tengo la garganta estrangulada por la emoción.

—No me hagas esto —le pido—. No me beses como si fuera la última vez.

—Recuerda lo que dije —responde deslizando los pulgares sobre mis mejillas—. Ha merecido la pena.

Su mano baja por mi brazo hasta encontrar mi mano.

Un fogonazo de dolor se extiende por mi pecho como un relámpago mientras continuamos caminando hasta el punto de encuentro. «Secuelas —trato de convencerme—. Libro tras libro tras libro. Una serie entera». Pero sé con desgarradora certeza que estos momentos juntos podrían ser los últimos. La aventura final de Roxie y Grant.

La estación es un laberinto de pasillos y túneles que reverberan en cada azulejo roto y nos conducen hasta una polvorienta escalera que desciende en espiral y a la que siguen aún más túneles. Pero al fin llegamos al lugar.

El andén subterráneo parece parte del pecio del Titanic, envuelto como está en la fantasmagórica luz verde de una única bombilla titilante. Cada extremo del túnel se pierde en una inquietante negrura, tan profunda que parece sólida y que nos encierra en su interior como si de muros de piedra se tratara.

Esperamos en silencio, casi sin respirar. Una rata corre por el suelo y se escabulle. Los dos nos tensamos cuando un tren silba cerca del

andén olvidado hasta que su sonido se pierde en el vacío.

Entonces se oyen pasos. Quedos al principio; cada vez más fuertes. El paso firme de quien llega dispuesto a matar y se dirige inconfundiblemente hacia nosotros.

Inspiro para reunir fuerzas.

—Nos vemos en el siguiente capítulo, Hoffman —susurro.

—Allí nos vemos, Mitchell.

Conforme las últimas pisadas incorpóreas resuenan en el túnel, me yergo para enfrentarme al tan esperado mister Page.

Al doblar la esquina, aparece Lisa.

32

Ahora, al ver a Lisa, el entorno desierto y abandonado cobra sentido: le pega. Toda su burbujeante calidez ha desaparecido, sustituida por algo infinitamente más oscuro. Su sonrisa maliciosa ahora es una línea dura y gélida, sus ojos brillan como cuchillos. En sus manos de manicura impecable sostiene las pistolas de Lesley, cada una de ellas apuntando hacia uno de nosotros.

—Diría que ya podéis colgar —sugiere—, aunque tal vez sea mejor que no hagáis ningún movimiento, ¿no? —Esboza una sonrisita que apesta a falsa disculpa—. Ya os dije que nos veríamos dentro de nada.

Sus palabras resuenan en las paredes y su eco se extiende por la estación desierta. Lisa enarca las cejas, esperando una respuesta por nuestra parte, pero nos hemos quedado mudos. Yo la miro, incapaz de parpadear, con los puños cerrados. Siento el corazón palpitar en los oídos. Ella deja escapar un suspiro exasperado.

—¿Ni siquiera vais a preguntar cómo es posible? Qué decepción. Al fin y al cabo, estoy bastante orgullosa: menudo techo de cristal que he roto. Lleváis todo el tiempo buscando a un hombre. —Ríe con frialdad—. No es «mister» Page, idiotas. Es M. R. Page. Melisa Roant.

Su nombre corta el aire como un sable; no queda más que silencio hasta que añade:

—Y luego Page, claro, «página». Como las de los libros. Porque es un club de lectura. ¿Lo pilláis? —Nos mira de forma alternativa como si esperase que la felicitáramos.

—¿Por qué? —es lo único que digo, con una voz tan baja que parece de ultratumba.

Lisa pestañea, los labios prietos como si se estuviera pensando la respuesta.

—¿Os acordáis del hombre al que amaba? —pregunta—. ¿El que me abandonó? Craig. Él fue el primero. Veréis, antes de conocerlo, yo era un desastre: estaba desesperada por encontrar el amor, por que alguien me eligiera. Daba pena. Incluso después de que me dejara, yo seguía albergando una esperanza inútil. Al día siguiente me presenté en su apartamento, creyendo que se disculparía. Me habría bastado con el mínimo signo de remordimiento, pero no. Él me miró por encima del hombro y me despidió como si no valiera nada. Como si no fuera un ser humano con un corazón palpitante y sentimientos heridos, sino un insecto. Una molestia.

»Pero no podía dejarlo así, creyéndose que había ganado. Así que decidí que, si se negaba a arrepentirse de cómo me había tratado… —emite un suspiro que se funde en una sonrisa melancólica—, tendría que obligarlo yo.

Se encoge, como diciendo «ups», antes de continuar:

—La verdad es que se me fue un poco la mano con él, el pobre. Pero lo que aprendí sobre mí en aquel momento, de pie frente a su cadáver, con su sangre en mis manos, sintiéndome más ligera y más libre…, aquello era impagable. Quería más. Pensé en todas las

personas que me habían hecho daño, los ex que me habían engañado, los profesores que me habían suspendido, los camareros que me habían puesto descafeinado, y me los fui cargando uno a uno. Jamás me había sentido tan viva. Encontrar tu pasión es algo precioso.

»Pero también es muy solitario, sobre todo cuando no se lo puedes contar a nadie. Esa es la perdición de tantos asesinos: están tan desesperados por que alguien reconozca su genialidad que empiezan a alardear y a dejar pistas para la policía y, cuando quieren darse cuenta, los han pillado.

»Yo no soy tan tonta. Empecé a buscar una solución alternativa, alguna manera de compartir mi talento sin delatarme. Pensé en abrir un pódcast o un blog anónimo, pero me pareció demasiado arriesgado. Intenté ficcionalizar mis hazañas; escribí mi historia en forma de novela bajo seudónimo y la compartí con mi club de lectura, pero la pusieron verde. Así que los maté a todos y pasé al plan b.

—Otro club de lectura —respondo lacónica—. Pero falso, lleno de gente como tú.

—Exacto —responde radiante—. Un grupo de apoyo para asesinos en serie. Un lugar en el que pudiéramos conectar, levantarnos el ánimo, compartir nuestros logros con personas que nos comprendieran. Al principio no fue fácil; cuesta dar con gente que prefiere pasar inadvertida. Pero al final, a base de un montón de contactos y el viejo método del boca a boca, se convirtió en la belleza que es hoy en día: una comunidad floreciente y unida por el amor a la venganza.

—¿Venganza de qué? —replico—. La mayoría de los asesinos que nos hemos encontrado parecían hacerlo por gusto.

Lisa exhala con tristeza.

—Sabía que lo dirías. Estás empeñada en verlos tan solo como monstruos sedientos de sangre. Pero si te fijaras bien, si los conocieras como yo los conozco, lo entenderías. Verías quiénes son en realidad, personas que buscan justicia. Howard, que se habría convertido en un magnate si el repartidor de comida no le hubiera provocado una intoxicación la noche antes de su examen de admisión en el máster de ADE. Vincent, el ciclista que se cansó de ver sus rutas favoritas ocupadas por los turistas. Y Jack, harto de que le dieran calabazas tantas lectoras de romántica con estándares imposibles. —Pone los ojos en blanco—. Personalmente, me alegro de que a ese lo quitaras de en medio. Como si respetar, comunicarse y no cargarse a tus citas fueran estándares inalcanzables.

Dios. Detesto cuando la gente horrible presenta unos argumentos buenísimos.

—Eso no explica la competición —dice Grant.

—Ahora llego —responde Lisa, como si la impaciencia de Grant fuera la peor ofensa cometida aquí—. Mirad, por un tiempo las cosas iban a pedir de boca en el grupo. La operación debía ser beneficiosa para todos, teníamos un espacio seguro en el que fardar para no tener que hacerlo en otro sitio. Pero llegó un momento en que no era suficiente. Los miembros se estaban poniendo chulitos: tentaban a la policía con letras recortadas de revistas, abandonaban pruebas cruciales. Un tío hasta se dejó el móvil en la escena del crimen. Fue así como Lesley se enteró de nuestra existencia.

»Una mente menos privilegiada habría pensado que la respuesta era sacar a Lesley de la ecuación, pero yo no. Yo investigué un poco y descubrí que había publicado un anuncio porque buscaba un asistente personal. "Menuda oportunidad", pensé. Podría presentarme sin darse cuenta a nuevos postulantes, al tiempo que yo lo alejaría lo suficiente del rastro de nuestros miembros como para garantizar la seguridad del grupo. *Voilà*. Así nació nuestro equipo de ensueño.

»Pero eso no resolvía el problema de fondo, el motivo por el que mis colegas se estaban saltando las reglas. Es el viejo riesgo laboral de siempre: el asesino desea notoriedad. Y con que cazaran a uno de los nuestros, todos saldríamos perdiendo.

»Fue entonces cuando, viendo *La Voz* una noche, tuve una epifanía: ¿acaso hay mejor reclamo que el que te consideren el mejor en tu campo? Si hay algo por lo que competir, ¿no habrá muchas menos posibilidades de que busques el reconocimiento en otra parte? Así fue como empezó, como un incentivo para que mis compañeros no perdieran el foco. Para que tuvieran la vista puesta en el premio, por así decirlo: el premio, sí, pero sobre todo el honor de ser "el más grande".

—Y entiendo que el dinero del premio se lo robaste a Lesley —digo.

—En parte —responde—. Ventajas de tener un jefe rico con una ciberseguridad lamentable. Pero también cobro por participar en la competición. Y quedaba eximido todo aquel que también fuera hacker siempre que me ayudara a vaciarle las cuentas a la víctima. —Abre los brazos de par en par en un gesto triunfal—. Me gusta pensar que soy la jefaza definitiva.

—¿En serio? —replico—. Porque a mí me parece que eres una sabandija infecta.

Lisa sonríe.

—Que viene a ser lo mismo.

—El símil no les va a hacer demasiada gracia a los lectores… —musita Grant.

—En fin —continúa Lisa—. Volvamos a lo que nos ocupa: el gran desenlace. Es hora de proclamar al ganador.

—Pero no tiene sentido —me quejo—. ¿Por qué nos invitas a la final? Esta era una competición para asesinos en serie. Grant y yo no participamos.

Me dirige una larga sonrisa de lástima, de esas que uno regala a un alma cándida.

—Me temo —responde con lentitud— que solo puedes hablar por ti, guapi.

«Silencio» me resulta insuficiente para describir el momento tras esas palabras. Es como si el andén entero hubiera dejado de respirar.

—Ese gusto por el romance que te tiene cegada me ha venido de maravilla —responde Lisa—. Te ha mantenido lo bastante distraída como para no averiguar lo que me traía entre manos. Pero da la casualidad de que no es lo único que has pasado por alto. Vale que yo soy la mala malísima —afirma con desenvoltura, como si no fuera nada nuevo—, pero creo que vas a sorprenderte con el verdadero giro de guion, que está en el bolsillo de mi abrigo. —Se mueve como si fuera a extraer algo, pero se da cuenta de que todavía sostiene las armas y suspira—. Hazme el favor de sacar mi móvil, anda, Rox. Que tengo las manos ocupadas.

Lanzo una mirada a Grant, que observa a Lisa con los ojos echando chispas bajo el ceño fruncido. Siento un hormigueo en la espalda mientras camino hacia Lisa y hago lo que me ha pedido.

Me dice su contraseña y me pide que abra los mensajes de Facebook. Los de MR Page, vaya. Y justo ahí, en lo más alto, aparece un hilo de mensajes de Grant Hoffman.

Lisa esboza un gesto de asentimiento.

—Léelos en alto, porfa.

Miro a Grant con incredulidad antes de aclararme la garganta y empezar a leer sus mensajes uno a uno.

> Tenemos que hablar. Sé quién eres.
> Sé que eres mister Page. Sé lo que estás haciendo y quiero participar.
> Puedo ganar la competición. Deja que te lo demuestre.
> Maté a Jack, Lisa. Maté a la Bestia. Maté a Lesley. Sabes en qué nos diferenciamos ellos y yo? En que yo soy listo, soy cuidadoso y sigo vivo.
> Dame una oportunidad.
> Acabaré con Roxie. Vas a ver cómo la engaño y luego a ver si me dices que no soy el mejor.

El teléfono se me cae de la mano y el sonido al impactar contra el suelo reverbera por todo el túnel.

—Lo sé —reconoce Lisa—. Me quedé tan sorprendida como tú cuando todos esos mensajes me llegaron ayer. Grant, tan ansioso y balbuceante como parecía. ¿Quién iba a imaginar de lo que era capaz?

Grant se vuelve hacia mí con mirada ardiente.

—Roxie…

—Ay, no, permíteme que siga —lo interrumpe Lisa—. A ver si lo he entendido bien. Verás, Grant empezó como hemos empezado tantos

otros, un pobre y solitario perdedor sin poder ni propósito. Pero todo cambió una noche fatídica en la que «por accidente» le reventó el cráneo al pobre Jack Smith. Solo que… ¿fue un accidente? Si lo fue, ¿por qué se sintió taaan bien? ¿Por qué, en el fondo, antes de asestar el golpe fatal, sabiendo que podía detenerse, simplemente… no quiso… hacerlo?

»Y luego nos conoció a Lesley y a mí, y se enteró de la existencia del grupo de Facebook y, de pronto, lo entendió: no estaba solo. Había otros como él, gente que se había sentido revivir gracias al frenesí de los asesinatos. Y cuando se enteró de que hay una competición en marcha, bueno… Si lo piensas bien, es típico de Grant: siempre tiene que tener razón, siempre tiene que quedar por encima de los demás. ¿Cómo iba a resistirse ante la oportunidad de demostrar que es "el mejor de todos"?

Sonríe de oreja a oreja a Grant, que podría incinerarla con las llamaradas que echa por los ojos.

—Pero, Grant, solo hay un pequeño problema —continúa Lisa, apuntándole de nuevo con una de las pistolas—. Una cosa es engañar a tu objetivo previsto. Las artimañas siempre han sido una de las armas clásicas de los asesinos en serie, por supuesto. Pero hacerlo conmigo, fingir que eras uno de los pequeños justicieros de Lesley cuando todo este tiempo deseabas entrar en la competición…, eso no lo puedo permitir. La comunidad se basa en la confianza. Por eso nunca podrás pertenecer a ella, y mucho menos declararte el mejor.

Entonces me señala a mí de un modo que podría resultar halagador si no fuera por el arma en la mano.

—Pero tú, Roxie, puede que tú sí tengas lo que hay que tener. Eres imprevisible, claro, pero sé reconocer un talento raro cuando lo veo. Has salido airosa frente a algunos de los participantes más prometedores. Eres osada. Temeraria. Y, sobre todo, eres como yo. Ahora sabes lo que es verte traicionada por un hombre, haberte dejado llevar por el corazón. Puede que no cuentes con el historial de asesinatos necesario, pero ese no es más que un detallito. Y nunca es tarde para empezar… Así que aquí tienes tu oportunidad. Puedo dispararos a los dos y considerar todo esto un experimento fallido. O bien…

Con una dramática floritura, desvía hacia Grant el arma con la que me apuntaba, de modo que ahora es el objetivo de ambas. Sus manos se alzan en un gesto defensivo.

—Podría disparar a Grant siguiendo tus órdenes. Puedes recuperar tu poder y unirte a mí para mostrar al mundo de qué es capaz una mujer despechada. Así que, ¿qué me dices? ¿Acabo con este capullo e inauguramos tu carrera de venganza por todo lo alto?

Cuando amartilla las pistolas, el chasquido retumba por todo el túnel. Luego se vuelve hacia mí.

—¿O queréis caer los dos juntos? —Desvía el arma una y otra vez, alternando entre Grant y yo—. ¿Queréis marcaros un *Romeo y Julieta* o dejáis esas mierdas para los libros, que es donde tienen que estar?

Desde donde me encuentro, tan cerca de Lisa y con ambas armas apuntando a Grant, podría quitárselas de las manos de una patada. Podría desarmarla y salir del atolladero con una tercera vía.

Sin embargo, miro a Grant, que contempla a Lisa con incredulidad. Luego me mira a mí. El héroe romántico. El interés amoroso. El

hombre que luchó conmigo y por mí, que escuchó mis secretos y me contó los suyos. El que saltó cuando yo salté. «Juntos».

El hombre que mintió, como dice Lisa. Y a la cara. Una y otra vez.

—Hazlo —respondo—. Dispárale.

Mientras sus labios se curvan en una sonrisa triunfal, Lisa estira los brazos y se prepara para matar.

Ni siquiera mira a Grant cuando aprieta el gatillo.

33

En el túnel reverbera el eco de un chasquido hueco.

Grant frunce el ceño, con las manos todavía elevadas en un gesto de rendición.

—Hum —dice—. Qué raro.

Lisa, confusa y enfadada, prueba de nuevo. Clic.

—Huy, superraro —coincido—. Casi como si alguien le hubiera visto las intenciones y hubiera descargado a Higgins y a Wiggins antes de salir de casa. ¿Crees que habrá sido eso, Grant?

—Sí, la verdad es que fue justo así.

La cara de Lisa se contrae en una mezcla de rabia y estupefacción.

—¿Cómo? —sisea.

—Aquí tengo que reconocer que fue cosa de Grant —respondo—. Es muy bueno sacando conclusiones.

—Todo gracias a una vida pensando demasiado —explica al tiempo que baja las manos—. Empecemos por este preciso instante: tú sabes que podemos hacerte frente, en lo que a defensa personal se refiere. O, más bien, Roxie puede hacerte frente.

—Aunque has mejorado muchísimo —apunto.

—Tengo una muy buena maestra —responde.

—Y, además, muy molona.

—La más molona.

—Puaj —exclama Lisa con repugnancia.

Grant carraspea.

—En fin, que te superamos en número y, desde luego, no te ibas a arriesgar a que te diéramos una paliza o que escapáramos, así que tenía sentido que optaras por las pistolas.

—Dos —continúo yo—. Una por cada uno de nosotros. Y así sería más difícil desarmarte.

Lisa me fulmina con la mirada.

—¿Y por qué estás tan segura de que Grant está de tu parte?

—Para empezar, por una cuestión básica de confianza. —Él me sonríe, yo le sonrío, y Lisa emite un sonido de arcada. Me vuelvo hacia ella de golpe—. Además, da la casualidad de que sé que Grant jamás omitiría un signo de interrogación. Tenlo en cuenta la próxima vez que intentes incriminarlo con mensajes falsos.

—Presumir de que tienes amigos hackers tampoco ha sido lo más inteligente —añade Grant—. Pero gracias por recordarme que cambie la contraseña.

Lisa cierra los ojos un instante mientras exhala el más exasperado de los suspiros antes de bajar las inútiles armas.

—Vale —admite—. Impresionante lo vuestro. Pero no explica cómo supisteis que era yo.

—Tuvimos que ir reduciendo las posibilidades —dice Grant—. Wally tenía muchas de las papeletas, con toda la hostilidad que mostraba hacia Lesley. Pero no encajaba con su pasado.

—Lesley sabía demasiado —explico—, por lo que Wally se lo habría cargado hacía un montón. Lo único que le importaba era la justicia, y que se aplicara de la forma adecuada.

—Alistair también era una posibilidad —prosigue Grant—, y es evidente que tú querías que así lo creyéramos, con la cita de *Los tres mosqueteros* y su supuesta desaparición de la Casa Falsa. Pero el caso es que él ni siquiera había leído el libro. Supongo que lo amenazaste para que se sometiera al interrogatorio y luego, al final, mentiste sobre su huida.

—Ah, ¿eso crees? —La voz de Lisa, teñida de sarcasmo, adopta un tono gravísimo al tiempo que le clava una mirada despectiva—. Pues no, Grant, explotó.

—Y luego estaba su casa decrépita y su coche hecho polvo —señalo yo—. Puede que fuera un aristócrata, pero no tenía un penique.

Grant asiente.

—No se habría podido permitir todo este espectáculo. Él jugaba para ganar.

—Así que nos quedabas tú —le digo a Lisa.

Me mira con el ceño fruncido, como una especie de imitadora barata de Grant.

—Podría haber sido cualquiera —responde—. Alguna otra persona. Un completo desconocido.

—No —la contradice Grant—. Tenía que ser alguien que conociéramos. Uno no se saca de la manga un nuevo villano al final; sería demasiado anticlimático. Además, tu nombre es un anagrama de «la mentirosa»: un recurso pelín trillado para mi gusto, pero da igual…

—Jo, estás supersexy cuando piensas demasiado —digo en voz baja.

Sin mirarme siquiera, Grant se sube deliberadamente las mangas de la camisa hasta los codos. Mi caballero con su brillante armadura de forro polar.

Lisa, entretanto, mira a Grant sin entender nada.

—¿De qué coño hablas?

Grant hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Ni te molestes en entenderlo.

—Tenías la mala costumbre de desaparecer en los momentos clave —respondo yo—. Cuando murió la Bestia del Bicitaxi. Cuando nos escribía MR Page.

—Y luego lo de la Casa Falsa —añade Grant—. Qué casualidad que tuvieras que entrar antes que nadie, así conseguiste tiempo suficiente para hacerte la víctima.

—Esa parte te encantó, ¿eh? —le pregunto—. Darnos a entender que no eras más que una inocentona algo rarita. Pobre Lisa, con su vejiga diminuta y sus lágrimas de cocodrilo y sus *cupcakes* terribles. Eras un monstruo vestido de hada buena.

Los recuerdos ahora escuecen como una herida abierta, todos esos días en que creímos que era nuestra compañera algo atolondrada. Nuestra amiga. Aunque ese era el objetivo de Anna: que no detectáramos el rastro.

—Lo que nos lleva a Lesley —continúa Grant con voz gélida—. Verás, no creo que seas tan mala cocinando, horneando o preparando el té. Creo que, de hecho, eres buenísima a la hora de hacerlo solo un poquitín mal. Lo justo para que, llegado el momento, pudieras echarle algo al té de Lesley y que este apenas se diera cuenta, como sucedió ayer con el desayuno.

Al oírlo, las facciones de Lisa se endurecen y sus hombros se cuadran.

—Su medicina puede provocar un paro cardiaco —responde impertérrita—. No fue culpa mía.

—Pero ¿no fue culpa tuya que se tomara la dosis mensual de una sola vez? —La contemplo con dureza, pero ella evita mi mirada—. Lo comprobamos anoche, cuando nos dimos cuenta. Todas sus pastillas habían desaparecido.

Lisa aprieta los labios con firmeza y cierra los puños alrededor de las pistolas a los costados.

—Él te quería —le digo reprimiendo la enorme pena que me sube hasta la garganta—. Te consideraba parte de su familia.

—Yo nunca se lo pedí. —Cuando me mira a los ojos, su frialdad está a punto de paralizarme. Entre el dolor y la furia, de pronto me alegro de que Lesley no haya tenido que verla así. Y que no haya tenido que experimentar esta traición. Por cruel que Anna Matthews haya sido, al menos ahí ha tenido piedad de él.

Lisa deja escapar un largo suspiro.

—Yo no quería tener que matarlo, ¿vale? —Nos mira a Grant y a mí como si deseara que la comprendiéramos—. A pesar de todo, terminé tomándole cariño. Pero se estaba acercando demasiado a la verdad. A veces una tiene que matar a quien no se lo merece para luego poder matar a quienes sí. ¡Es el clásico dilema del tranvía!

—No diría yo que es la versión «clásica» del dilema —puntualiza Grant.

—No había otra —suspira, como si estuviera empezando a hartarse de esta conversación y de nuestra necesidad de contradecirla—. Mirad, bastante tenía ya sin que él complicara aún

más las cosas. La competición se me estaba yendo de madre. Los participantes se estaban rajando y hablando de más y pifiándola de todas las formas imaginables. Y, mientras tanto, la única persona lo bastante dura y valiente para ganar ni siquiera competía. —Se queda mirándome con fijeza.

Increíble. Todavía cree que puede ganarme para su causa.

—Tienes que estar de broma —le digo.

—En absoluto —responde—. Eres la persona más valiente en toda esta operación. Puede que la más valiente que haya conocido nunca. Te has enfrentado a asesinos con las manos vacías y saltado de un puente sin pensártelo dos veces. Jamás has dudado. Jamás has mostrado el menor miedo.

Da un paso hacia mí.

—No es demasiado tarde para que cambies de bando. Vale que Grant no te ha traicionado, pero eso solo significa que no te ha traicionado todavía. No permitas que él te frene. —Sus ojos brillan enfervorecidos y su boca esboza una sonrisa—. Piensa en toda la gente horrible con la que podrías acabar. Hombres infieles. Sinvergüenzas. Consejeros amorosos para tíos heteros en YouTube. Podría ser tu mentora. Nos asociaríamos, llevaríamos el grupo juntas y seríamos más fuertes que nunca. —Ahoga un chillido—. ¡Podríamos hacernos llamar las Jefazas de la Muerte!

—Uf, es que eres lo peorcito —gruño—. Y, además, no has entendido nada. Yo no soy la valiente. Es Grant.

Lisa suelta una carcajada despectiva y nos mira al uno y al otro.

—¿Grant? ¿Este Grant? —Lo señala con un gesto de la barbilla, mientras él aprieta los puños para que no le tiemblen. Hasta me lanza una mirada escéptica. Lisa se ríe—. Qué va, guapi.

—Guapi tu madre —espeto—. Y me reafirmo en lo dicho. Sí, yo hago un montón de chorradas sin pensármelo dos veces. Pero eso no es ser valiente. Porque no me da ningún miedo. Pero ¿Grant? Él lleva aterrorizado semanas. ¡Semanas! Por el amor de Dios, si es profesor de filología, lo que él querría es estar leyendo en casa con su gato, no ofreciéndose como cebo a unos criminales. Y, sin embargo, aquí lo tienes, mirando al peligro de frente a pesar de que él sí se lo piensa dos veces. Y tres y cuatro, y muchísimas más, probablemente demasiadas para la salud mental de cualquiera. Pero aquí sigue. Eso sí que es ser valiente. Dar la cara a pesar del miedo.

Lisa me contempla pasmada, por lo que Grant aprovecha para carraspear y dar un pequeño paso al frente.

—Esto…, perdón por interrumpir —me dice—. Lo que has dicho es todo un detalle por tu parte y significa mucho para mí. Pero se diría que me estás nominando para que me convierta en el nuevo pupilo de Lisa, y solo quería dejar claro que no quiero serlo.

—No, es que iba a aprovechar el discursito para concluir que ahora, gracias a nuestra combinación de valentía y conocimientos técnicos, íbamos a acabar con ella —le digo.

—Ah, vale. Pues continúa.

Me vuelvo hacia Lisa, pero ya se me ha ido el santo al cielo. Suspiro.

—En fin, que la cuestión es esa. Que vamos a acabar contigo.

Lisa arruga el entrecejo. En la distancia, a nivel de la calle, se empieza a oír una sirena.

—Oh —añado—. Y parece que Wally viene de camino. Supongo que ya puedes colgar, Grant.

Este se saca el móvil del bolsillo y corta la llamada por la que ha estado transmitiendo toda nuestra conversación a la policía.

—Gracias por la idea de la llamada silenciada, por cierto —le dice a Lisa—. Eso sí que ha sido útil.

34

Lisa echa a correr hacia la salida, pero Grant y yo la rodeamos para impedirle escapar. Ella se abalanza contra Grant, dispuesta a golpearle la cabeza con la pistola, pero él ejecuta su clásica maniobra de evasión y ataque. Yo le quito el arma y la lanzo hacia el otro extremo de la estación; cuando me giro de nuevo hacia Lisa, me recibe con su puño lleno de anillos contra mi cara.

Intento agarrarla por la cintura, pero me esquiva y termino aterrizando en el suelo. Se zafa de Grant asestándole un codazo en la barbilla, pero yo logro agarrarla del tobillo y la hago perder el equilibrio. Al desplomarse, la otra pistola se desliza por el suelo hasta caer sobre las vías.

Me pongo en pie antes que ella y, con las bridas esperando impacientes en el bolsillo, trato de atraparle las manos, pero se me escapa en el último segundo y me falta poco para recibir un cabezazo.

Las sirenas por encima de nuestras cabezas suenan más fuertes y el túnel entero crepita de energía contenida. Lisa vuelve a estar en pie y sacude los brazos, dispuesta a luchar una vez más. Pero Grant y yo seguimos llevándole la delantera, pues nos interponemos entre ella y la salida.

La salida oficial, vaya. Todos parecemos percatarnos al mismo tiempo de que una chispa salvaje destella en los ojos de Lisa y se precipita hacia las vías. Corremos tras ella, mientras el crujido de nuestros pasos sobre la grava se mezcla con el rumor del túnel a nuestro alrededor.

Grant, que es el primero en alcanzarla, la agarra del brazo. Lisa se gira y él, aunque anticipa el golpe en la cara, no se espera la forma en que alarga el pie tras el suyo y le echa la zancadilla. Al caer, Lisa salta por encima de él y le planta una bota de plataforma en el centro del pecho para impulsarse.

Aterriza en cuclillas delante de mí y yo tardo demasiado en entender lo que hace: en cuanto se yergue, tiene las manos llenas de grava, que me arroja directamente a los ojos.

El impacto me hace gritar y, mientras intento limpiarme los ojos con una mano, agito la otra por delante de mí, pero no agarro más que aire. Oigo el sonido amortiguado de un puñetazo y un siseo de dolor. Cuando recupero la visión, apenas atisbo a Grant y un hilillo de sangre que baja de su nariz. Trago saliva para intentar reprimir la náusea que me asciende por la garganta.

Pero antes de que me dé cuenta de lo que hago, una pirada de pelo rosado se abalanza de nuevo sobre mí.

Me agacho en el último segundo, le agarro las piernas y me la cargo a los hombros. Consigo tumbarla de espaldas sobre el andén y me arrastro tras ella. Formamos una melé de patadas y puñetazos, y solo al cabo de varios golpes y desvíos me doy cuenta de que Grant no nos ha seguido. Mientras tengo a Lisa atrapada en una llave de cabeza, me giro hacia las vías. Grant está agachado y se mira los pies con el ceño fruncido.

—¿Grant?

—Estoy inmovilizado —responde, y de pronto veo la brida de plástico blanco que une su zapato al raíl y cómo intenta en vano liberar el pie—. Me lo hizo justo después de pegarme el puñetazo en la nariz.

—Gracias por haber intentado maniatarme —dice Lisa con voz ahogada—. El material extra me vino de perlas. —Ejerzo presión cuando intenta clavarme en el brazo las uñas rosa chillón para que la suelte. Es entonces cuando me doy cuenta de que el rumor distante y vago ya no es ni tan vago ni tan distante.

—¡Usa el cordón del zapato! —le grito a Grant.

—Es a lo que está atado —responde.

—¡¡¡Pues desátalo!!!

—¡Estoy en ello!

Lisa aprovecha el instante de distracción para desasirse de la llave de cabeza y arrojarme de espaldas contra la mugrienta pared del andén. Yo intento salir corriendo hacia Grant, pero Lisa me empuja de nuevo y me sujeta apretándome la garganta con el antebrazo.

—Vamos a hablar en serio, de mujer a mujer —me dice—. Esto es patético. ¿No ves que cuando estás pendiente de él te vuelves mucho más débil?

Le tiro del brazo y consigo el segundo necesario para alargar el cuello y echar un vistazo a las vías, pero ni toda la fuerza del mundo es comparable al rugido cada vez más fuerte que llega por el túnel y al miedo creciente a que Grant no consiga liberarse a tiempo.

Debo llegar hasta él. Debo ayudarlo a escapar. Vuelvo a concentrarme en Lisa y alargo los pulgares hacia sus ojos. Ella se

escabulle justo a tiempo antes de volverse hacia mí, riéndose en mi cara y sin dejar de apretarme el cuello.

—Ahí estááá —canturrea—. ¿Ves? ¿Notas cómo el fuego prende en tu interior cuando luchas de verdad? Es lo único con lo que puedes contar en realidad.

—No, no lo es —respondo con voz estrangulada—. Puedo contar con Grant.

—De aquí a un minuto, lo que podrás contar serán los pedacitos que han quedado de él aplastados sobre las vías.

Los oídos me pitan mientras intento liberarme de su brazo. Ella me mira con una mueca de menosprecio. Grant, veo de soslayo, sigue intentando zafarse. Una luz comienza a brillar al fondo del túnel e ilumina su silueta. El ruido hace que la estación se estremezca. Lisa aprieta aún más.

—Te estoy haciendo un favor —dice—. Él te debilitaría. Pero acabarás entendiendo que todo esto, todo lo que creías que teníais juntos, no era nada. Una bella fantasía y ya.

El caso es que se acerca a la verdad, pero no podría estar más equivocada. Puede que muy pronto todo esto se esfume como un sueño, pero no habrá sido nada. Es importante. Y tampoco puede acabar así.

Cuando trato de apartar su muñeca, se resiste con todas sus fuerzas.

—Eres mejor que esto y lo sabes —sisea contra mi cara—. En realidad no crees en estas mierdas. ¡El amor no es real!

—¡Sí que lo es! —chillo, y haciendo acopio de mis últimas energías, me giro y me zafo de ella al tiempo que el rugido del tren

se vuelve ensordecedor. Ella cae hacia atrás como una muñeca de trapo.

Justo del lado por el que el tren pasa a toda velocidad.

Entre el ruido del tren y la sangre que me retumba en los oídos, no puedo oírme gritar en el túnel vacío. Pero cuando tomo aire, siento la garganta ronca.

El tren desaparece al cabo de un instante, alejándose como si Grant ni siquiera existiese. La consternación se apodera hasta del último átomo de mi ser, por lo que me arrastro por el borde del andén como si fuera mi propio cadáver. No puedo evitar buscarlo, aunque sé que me espera la peor visión de toda mi vida.

Y ahí, entre los raíles, yace Grant, bocabajo, cubriéndose con las manos y con un zapato desatado.

Respira con dificultad.

Cuando levanta la cabeza y mira a su alrededor, tiene el rostro petrificado por el susto. Entonces se incorpora, se palpa el cuerpo en busca de lesiones y me mira estupefacto.

—La madre que me trajo —exhala.

Un sonido ahogado escapa de mi boca mientras me desplomo en el suelo.

Grant se tambalea hasta el borde del andén y se alza sobre él antes de tomarme entre sus brazos. Sus dedos temblorosos me sujetan la nuca al tiempo que me rodea con fuerza con el otro brazo. Yo hundo la cara en su hombro y me agarro con los puños cerrados a su chaqueta.

—Lisa… —dice con la voz entrecortada, y cuando los dos nos atrevemos a mirar la encontramos acuclillada en el suelo, viva, aunque ensangrentada e incapaz de alejarse a rastras.

El ajetreo del piso superior va acercándose hasta nuestra planta. El túnel peatonal se ilumina con una mezcolanza de luces a la que sigue un buen puñado de policías, liderados por Wally.

—¡Las manos delante, que yo las vea! —le grita a Lisa. Esta ya las tiene a la vista, abiertas sobre las polvorientas baldosas del suelo, por lo que tan solo se derrumba derrotada.

De pronto se me escapa todo el aire de los pulmones. Es el fin.

Grant me mira con fijeza y me acaricia las mejillas con los pulgares.

—Lo hemos conseguido —dice—. Estamos bien.

—Estamos bien —repito tratando de creerlo, al tiempo que deseo que las extremidades me dejen de temblar.

Su boca se curva en una sonrisa suave; tiene la cara manchada de sangre, como debe de estarlo la mía.

—Hey —dice con voz dulce—. No has vomitado.

—Todavía podría hacerlo —respondo trémula—. Estoy muy mareada.

—Lo sé. —Me besa en la coronilla—. Poco a poco.

Algo más allá, Wally le lee a Lisa sus derechos. Está esposada y se la llevan en una camilla, mientras que otros oficiales murmuran a sus aparatos de radio e inspeccionan la escena. Alguien intenta ofrecernos atención médica, que rechazamos; alguien más nos tiende unas mantas rasposas y nos hace preguntas inútiles. Nos dan la enhorabuena y nos sonríen, pero yo no consigo tener esa sensación de victoria, solo de finalidad. Porque la victoria solo llega al final. Así que esto es el fin.

Mientras la policía concluye sus procedimientos, Wally se acerca para darnos las gracias por nuestra ayuda.

—También deberías agradecérselo a Lesley —responde Grant.

Wally se queda callado, la mirada fija en el suelo sucio. Le tiembla un músculo del mentón.

—Durante mucho tiempo temí esas mismas palabras —termina por reconocer—. Ahora tan solo querría que estuviera aquí dándose aires. —Se aclara la garganta con brusquedad, se yergue y añade—: Podéis estar seguros de que se le rendirán los debidos honores por su contribución. Le dedicaremos una placa, una fuente o algo.

—Un banco —afirmo con voz densa—. Eso le encantaría.

Wally asiente.

—Que sea un banco.

Nos pregunta si estamos seguros de no necesitar que nos echen un vistazo en el hospital y, cuando le respondemos que estamos bien, nos ofrece llevarnos a casa.

«Casa». La sola palabra me abre una dolorosa grieta en el pecho.

Grant y yo contestamos al mismo tiempo.

—Iremos andando.

De camino a casa de Lesley me siento llena de incertidumbre, como si en cualquier momento la acera fuera a rajarse para que nos tragara la tierra. El alivio momentáneo de haber derrotado a Lisa se ha esfumado en su mayor parte, sustituido ahora por un temor creciente. Es como si sintiera la palabra FIN respirándome en el cuello.

Me concentro en los pasos de Grant, en el cuidado con que camina, como si estuviera inmerso en sus reflexiones. Los detalles, minúsculos y perfectos, que posee son innumerables: la calidez de

su voz, el lunar en su índice derecho… Me pregunto si Anna se los habrá inventado todos o si habrá algo en él que vaya más allá, que sea solo mío. No me imagino que pueda conocerlo como lo conozco yo.

La casa está inusualmente silenciosa cuando llegamos, y no nos resultaría natural estar en ella nosotros dos solos, por lo que nos acomodamos en los escalones de la entrada.

Sería una bonita escena final. El héroe y la heroína juntos, victoriosos bajo el sol de la tarde, encarando la promesa de una vida en común ahora que han vencido al villano.

Pero el caso es que es una promesa que no se puede cumplir. Por mucho que Anna escriba sobre nosotros (ya sea un montaje de una felicidad que dure días o semanas, o un epílogo un año más tarde), de una u otra forma, la historia debe terminar. Tiene que haber una última palabra en una última página y una cubierta de fría y dura tapa que se cierre tras ella.

Es una tortura desear que esto dure para siempre sabiendo que no es posible, que un final feliz sigue siendo un final.

—¿Qué te parece? —pregunto con voz ronca—. ¿Podría haber una secuela?

Grant parece pensárselo.

—Puede —responde, aunque la curva de sus cejas no ofrece demasiada esperanza—. Lisa no ha muerto; podría regresar para vengarse de nosotros. —Su mirada, suave y segura, se posa sobre mí—. Seguiríamos juntos —afirma—. Formamos un equipo demasiado bueno como para separarnos. Al menos podríamos contar con eso.

Asiento y trago saliva dolorosamente.

—A diferencia de la vida real —respondo—. Donde podríamos pifiarla, rompernos el corazón el uno a otro y ya nunca sería lo mismo.

Grant asiente y su mirada se pierde en la distancia. Intento grabarme su perfil en la memoria. El asomo de barba a lo largo de su mentón, el modo en que el sol hace que sus ojos brillen casi ambarinos.

—O bien… —prosigue— podríamos conocer a las respectivas familias y volver a casa en coche dados de la mano. Ir a conciertos, planificar las vacaciones y ser el contacto de emergencia del otro.

—Y leer juntos —digo yo—. Salir a pasear, levantarnos tarde e ir a por helado después de trabajar. —Me mata pensar en todas estas cosas que, antes, habría rechazado. Sombras de una vida que nunca tendremos.

Grant me dedica una sonrisa agridulce y sabedora mientras las palabras flotan en el aire.

—Lo quiero todo —admito con una voz que me escuece en la garganta.

—Y yo quiero que lo tengas —responde Grant en un susurro. Alarga la mano, tomando la mía, entrelaza nuestros dedos como hemos hecho tantas veces antes—. Por lo que —continúa— debes ir a Libros Bramble y pedirle a Anna que acabe con esto.

El aire se me escapa de los pulmones cuando lo miro sorprendida. No por las palabras que ha pronunciado, noto con desaliento, sino porque las haya dicho antes de que yo pudiera hacerlo.

Puede que haya más historia que contar, más hazañas heroicas, más huidas vertiginosas. Podría quedarme y averiguar qué sucederá a continuación. Podría buscar a Anna y rogarle que no deje de

escribir sobre nosotros, que nos envíe a todo tipo de emocionantes aventuras por siempre jamás.

Pero nunca serían «nuestras» del todo. Siempre estaríamos atados a un arco narrativo, viviendo de prestado. Sería una historia, no una existencia.

Me muero por contradecirlo, por idear una forma de eludir lo ineludible. Pero, mientras mi mente se acelera, mi visión se empaña por las lágrimas, porque en realidad ya lo sé: no hay otra solución. Si nuestro romance era inevitable, también lo es nuestra despedida.

—¿Y tú? —digo ahogándome en cada palabra—. ¿A dónde irás?

—A donde quiera que vayan los personajes —responde citando a le Regalante—. A la Boston de ficción, supongo. Sigo teniendo un gato que alimentar. —Su boca se curva en una leve sonrisa, aunque la tristeza vela su rostro—. Puede que hasta vuelvas a leer sobre mí algún día, en algún otro libro de Anna Matthews. El profesor favorito de alguien, o el viejo que lleva la librería. Puede que hasta salga de fondo, en la tele, ganando *Jeopardy!*, mientras los protagonistas viven su encuentro cuqui.

La emoción me golpea con todas sus fuerzas, como un ancla que cayera sobre mi pecho. Es impensable regresar a un mundo en el que no esté él. Un mundo en el que todas mis esperanzas se limiten a hojear un libro con la esperanza de atisbar su presencia.

Pero no puedo impedirle vivir la vida que conoce. La vida que desea. Y que no es una plagada de asesinatos y persecuciones en coche, sino de clases y martes de café con los amigos. De batirse con la espada por afición, no para sobrevivir. Esa vida es a la que debe volver. Y, después de todo por lo que ha pasado, merece esa tranquilidad.

Los ojos me arden, por lo que trato de pestañear, pero siento cómo se me escapa una lágrima que desciende por mi mejilla. Grant me la enjuga y, por un instante, me sujeta el rostro en el cuenco de su mano. Yo cierro los ojos, como si al hacerlo pudiera detener el tiempo. Solo un minuto, o quizá para siempre. Me inclino hacia él y toco su frente con la mía.

—¿Vendrás conmigo? —le pregunto, mi voz sale en un involuntario susurro.

Grant asiente.

—Si así lo quieres… —responde—, aunque si me quedo aquí podemos fingir que todo ha sido real. Que no somos más que dos personas que se despiden antes de seguir caminos separados.

No creo que tengamos que fingir nada. Si hay una cosa que he aprendido en este tiempo junto a él es que la ficción y la realidad son la noche y el día, no universos opuestos, sino el mismo mundo en distintos colores. Nuestra historia siempre será tan verdadera para mí como cualquier otra parte de mi vida. Lo único irreal es la posibilidad de que fuera a alejarme de él si de veras tuviese otra opción.

Pero la idea de ver cómo acaba todo, de verlo desaparecer cuando termine como si nunca hubiera existido, es algo que no soportaría.

Así, puedo imaginar qué le sucederá a continuación. Que se subirá a un avión y volverá a casa. Que inspirará a sus alumnos. Que escribirá su libro. Que vivirá la vida como solo él sabe hacerlo, con reflexión, honestidad, siempre con algo de miedo pero también atreviéndose a vivirla. Con todo el cariño y la pasión, y con mucha más valentía de la que cree poseer.

Me muero por besarlo una última vez. Pero también estoy segura de que, si lo hago, no seré capaz de marcharme. Así que me quedo donde estoy, los ojos cerrados con fuerza, memorizando el tacto de sus manos en las mías. Como si una parte de mí, desesperada, todavía creyera que, si lo conservo lo bastante cerca, podré esconderlo y llevármelo de tapadillo de vuelta a mi vida.

Al cabo de unos momentos en silencio, me besa la frente y no hace falta que diga el adiós que ya conlleva. Le suelto las manos.

Evito mirarlo mientras bajo los escalones, con la cara girada para que no me vea llorar. Pero entonces oigo su voz a mi espalda.

—Roxie.

Cuando lo miro por última vez, el sol tiñe de dorado su ceño fruncido y sus ojos húmedos.

—Dale las gracias de mi parte.

35

Cuando consigo llegar a Libros Bramble y me dejo caer en una de las últimas sillas disponibles, hace rato que empezó la lectura. Desde donde estoy, apenas veo a Anna y tampoco consigo escuchar sus palabras, pero da igual; bastante surrealista es encontrarme en el mismo lugar que ella después de todo este tiempo. Los asistentes estallan en aplausos, y yo continúo atónita y callada mientras todos los demás vuelan a que les firme sus libros. Pero cuanto más tiempo sigo sentada, más siento cómo me rompo por dentro. Como si algo helado en mi interior fuera agrietándose y partiéndose hasta formar un mar salpicado de fragmentos de emociones.

Angustia. Impotencia. Agotamiento.

Aunque, cuando Anna se despide del último de sus seguidores y por fin nos vemos cara a cara, es la rabia la que asciende hasta la superficie.

Al principio no se percata de mi presencia. Parece satisfecha esta mujer pelirroja y menuda que me ha arruinado la vida. Sonríe con serenidad mientras reúne los ejemplares de sus novelas románticas como si no llevara un mes haciéndonos vivir un infierno a Grant y a mí. La amargura que me va llenando termina por darme el impulso para levantarme del asiento.

—Oye —la llamo con voz airada mientras recorro con paso firme el pasillo que forman las sillas hasta llegar a su mesa. Ella levanta la vista sorprendida—. Soy Roxie Mitchell —espeto— y tengo un par de cosas que decirte.

Anna me mira en un asombrado silencio, puede que calculando cuál es la forma más rápida de alertar a los de seguridad sobre la fan acosadora y pirada que tiene delante.

—Joderrr —termina por musitar. Entonces, sin pestañear, añade—: Sí, veo quién eres. Y sí, me lo imagino.

Me quedo tan estupefacta como lo está Anna, y como ella sigue esperando a que hable, las dos nos miramos con la misma estupefacción de un lado al otro de la mesa.

—¿Cómo? —acierto a responder—. ¿Que sabes… quién soy?

—Bueno, debería, ¿no? Yo te he escrito, así que te reconocería en cualquier parte. La cuestión es ¿cómo puedes estar ahora mismo parada delante de mí en una librería real?

Eso, ¿cómo?

—No me vas a creer —empiezo por decir—, pero es una cuestión de… magia. —Incluso ahora, que llevo semanas inmersa en esta experiencia sobrenatural e imposible, me suena disparatado.

—Soy autora de romántica —contesta enarcando una ceja—. Si alguien cree en la magia, esa soy yo.

Así que tomo aire y le cuento cómo sucedió. Le confieso cómo adoro sus libros desde siempre y que deseaba en secreto poder vivir en ellos. Cómo conocí a le Regalante y cómo el deseo dejó de ser tan secreto para pasar a ser demasiado real.

—Ay, cielos. —Sus pulseras tintinean cuando se echa hacia atrás y se cruza de brazos—. Así que cuando conociste a Jack…

—Pensé que era el típico encuentro cuqui —respondo dolida al recordarlo—, en una comedia romántica.

—Ufff. —Arruga la cara—. Lo siento.

Y, por el modo en que lo dice, lo siente de verdad. De pronto la veo como lo que es en realidad: no una sádica, sino una soñadora con una imaginación desbordante. Una contadora de historias. Y, por mucho que me fastidie (o puede que precisamente por eso), tengo que admitir que la que ha contado aquí es buena.

En cuestión de un instante, se evapora toda la hostilidad que me quedaba dentro.

—Mira —suspiro—, en realidad solo he venido para pedirte una cosa. No quiero que sigas escribiendo sobre mí. Esto ha sido… —Me esfuerzo por sonar serena, lucho contra el nudo que siento en la garganta—. Ha sido muy duro. Y necesito volver a mi vida. La real.

Ella asiente y esboza una sonrisa compasiva.

—Dalo por hecho. —Se inclina hacia delante con ademán conspirativo y añade—: En realidad, estoy pensando en guardarlo todo en un cajón. Me emocioné demasiado en lo que a publicidad se refiere, pero al final no me sentía demasiado yo con este libro. Creo que necesitaba sacármelo de dentro y ya.

Parpadeo sin saber muy bien qué sentir. Así, sin más ni más, nadie va a contar nuestra historia. Nunca llegaré a leerla.

Aunque, bien visto, tampoco importa. Me la sé de memoria.

—Bueno, pues… estupendo —respondo—. Me alegro de que te la sacaras de dentro.

Ella asiente con un amplio gesto, casi una reverencia. Yo me siento vacía. No tengo nada más que decir y estoy más que dispuesta a que Anna Matthews deje de controlar mi vida. Así que me doy media vuelta para marcharme, con la esperanza de que algún día yo también pueda sacarme de dentro esta historia y sus dolorosos detalles igual que ha hecho ella.

Aunque al mismo tiempo temo el día en que deje de sentirla con tanta intensidad, en que se difumine como el recuerdo de un sueño.

Entonces, como si alguien retorciera un puñal clavado en mi corazón, me acuerdo de algo y me detengo.

—Por cierto, Grant me ha pedido que te dé las gracias —digo a mi espalda.

Estoy a punto de llegar a la puerta, y de regresar a mi vida real, cuando oigo su voz.

—¿Quién es Grant?

36

Me quedo petrificada, la mano en el pomo, contemplando a los viandantes al otro lado de la puerta. La historia ha terminado y mi vida vuelve a ser mía, pero no parece que el tiempo avance. Siento el corazón dentro de un tirachinas, a punto de ser lanzado lejos de mi cuerpo.

Me vuelvo hacia Anna, que me observa con distante confusión.

—Grant —repito.

Su rostro permanece inexpresivo.

—Grant Hoffman.

Frunce el ceño y niega con la cabeza, como si no le sonase de nada.

—El interés amoroso —termino por decir, aunque me chirría muchísimo reducirlo a ese simple título.

Anna deja escapar una carcajada confusa y me mira como si estuviera loca.

—No había ningún interés amoroso —dice—. Esa era la gracia. Era mi cínico libro posdivorcio; quería escribir tan solo a una chica quemada con la romántica y que se tomaba la revancha.

Todo zumba a mi alrededor. Niego con la cabeza.

—No, Grant —repito, por si no me hubiera oído correctamente las primeras dos o tres o cuatro veces—. El que iba en el Uber que robé.

—¿El conductor?

—¡No! —La frustración se va apoderando de mí—. El pasajero. Lo llevé a la casa de la playa de Steph. ¡Mató a Jack!

—No había ningún pasajero —me asegura—. Tú mataste a Jack.

Mi mente recupera de golpe algo que dijo le Regalante: «Es poco probable que la trama se cumpla al cien por cien». Me mareo al intentar comprender todo esto, al tratar de reprimir la esperanza.

Imposible. Grant tenía un papel demasiado importante en la historia para ser un personaje accidental. Para mí, en muchos sentidos, él era la historia.

—Pero si estaban todos los clichés —le discuto—. ¿Qué me dices del Fin de Semana de los Enamorados en el *bed and breakfast*? ¡Solo había una cama!

Ahora me mira igual que Grant miraba a Raj cuando se puso a soltar incoherencias.

—El Fin de Semana de los Solteros —me corrige con dulzura—. Y solo había una cama… porque eras la única huésped.

—Pero ¿y la lluvia? —alego.

—Es Londres —responde.

—Entonces ¿cómo acabó? —exijo saber—. En tu versión, según la escribiste. ¿Cómo acabó?

Anna se encoge de hombros.

—En parte ese es el motivo por el que he abandonado la historia. Lisa te acorralaba, te revelaba que era ella la villana y te proponía que unierais fuerzas. Y en principio era lo que ibas a hacer. Ibas a ser la chica buena que se volvía mala, con el corazón endurecido y ansia de sangre.

Esboza una sonrisa y se recuesta en la silla.

—El caso es que te negaste a cooperar. A veces los personajes tienen esas rarezas. Toman sus propias decisiones. Y, a la hora de la verdad, no quisiste dejar que ganara la amargura. Por sola y abatida que estuvieras, seguías albergando esperanza. —Hace un gesto desdeñoso con la mano—. Como lectura, no era demasiado emocionante, pero me hizo darme cuenta de que, al final, tal vez no haya terminado del todo con la romántica.

La contemplo estupefacta.

—Tengo que irme —balbuceo caminando hacia atrás con torpeza —. Ay, Dios, tengo que irme.

Casi tiro un expositor de libros mientras corro hacia la salida. Pero me detengo de nuevo junto a la puerta. Una última oportunidad de obtener respuestas antes de irme.

—Espera —digo sin aliento al tiempo que me vuelvo hacia Anna—. Es probable que no lo escribieras y que ni siquiera se te haya pasado por la cabeza, pero… ¿qué fue de Raj?

En el rostro de Anna se dibuja una enorme sonrisa de magnanimidad al tiempo que entrelaza las manos sobre la mesa.

—Gracias a tu ayuda, Raj se recuperó del todo y decidió cambiar de vida. Le propuso matrimonio a Hugh, su pareja de siempre, y por fin se presentó a *The Great British Bake Off*. Y ganó.

Asiento con despreocupación, como haría cualquier persona que se interesa lo normal por un personaje secundario de ficción.

Y casi lo consigo, hasta que se me forma en la garganta un nudo del tamaño de un sapo y se me escapa un «qué bonito» casi sollozado. Jo. El bueno de Raj.

Sorbo por la nariz para recomponerme y le lanzo una última mirada.

—Gracias —le digo, y por fin me doy la vuelta para marcharme.

—De nada —responde a mi espalda—. ¡Y de nada también a Grant, quienquiera que sea!

Al principio me falta tiempo para escapar de la librería. Pero en cuanto mis pies pisan la acera, me quedo paralizada.

Todo lo que imaginé con Grant, todo lo que le dije que deseaba: una vida real, con sus altos, sus bajos y sus medios, ahora es posible. Si corro, le daré alcance en unos veinte minutos. Pero entre querer algo e ir a por ello hay mucha diferencia.

Decir adiós a Grant fue una de las experiencias más dolorosas de mi vida. Pero si no nos hubiéramos despedido ahora, el dolor tan solo se aplazaría a un momento en el futuro. Seguiría escondido, agazapado y a la espera para dar el golpe en el momento menos pensado. El día que lo perdiera, o el día en que me rompiera el corazón. O puede que el dolor se disipe y se reparta en un sinfín de días en los que nos sintamos atrapados en la relación, ni tan esperanzados como para luchar por ella ni tan desesperanzados como para dejarla.

«Podrías volver a casa —musita esa vieja voz en mi cabeza—. Vete a casa, retoma lo que ya conoces y deja esta historia en la estantería. No es más que otra novela romántica. Con su comienzo, su desarrollo y su final. Nada más».

Echo a correr.

Subo los escalones como una exhalación y al llegar a la puerta ya estoy rebuscando las llaves, pero no las encuentro. Me palpo cada bolsillo a la vez que miro por las ventanas por si viera a Grant.

Pero, por supuesto, no hay rastro de él. De hecho, no hay rastro de nada conocido porque esta es la casa real en la que se basaba la de Lesley. A través de los cristales vislumbro trazos beis y linos en tonos naturales, ni el menor atisbo de los gastados colores joya que eran propios de nuestro amigo.

Siento una punzada en el pecho al percatarme del cambio, pero no dejo que afecte a mi determinación. ¿Que Grant no está aquí? Vale. Pues si tengo que peinar la ciudad, la peino.

Al darme la vuelta, me quedo pasmada. Al otro lado de la calle, en nuestro banco del jardín, lo veo sentado.

Pero él no me ve a mí. Está absorto en sus pensamientos, como un retrato enmarcado por hierro forjado cubierto de hiedra y brotes recientes de verdor.

Dudo un instante. Ya no hay una estructura narrativa tras la que esconderse. No hay pistas argumentales en las que apoyarse. Solo nuestras torpes decisiones y todo su peligroso potencial. Un paso más y todo cambiará.

Pero, al mirarlo, se afloja en mi interior algo que permanecía muy tenso. Así que bajo los escalones a todo correr. A pesar de que una vocecilla sigue susurrándome que cambie de dirección, voy derecha hacia él, hacia la verja. Que no se abre, porque para qué va a abrirse. Es un jardín privado y yo ya no tengo la llave.

Así que pienso: vale, si un personaje de ficción puede vivir un romance real, la realidad también puede admitir un poquitín de comedia romántica.

Haciendo honor a *Notting Hill*, escalo la verja, enfrentándome a los hierros y a las ramas enredadas en pos de lo que me espera al otro lado.

Y haciendo honor a Hugh Grant, me tropiezo por el camino y caigo sobre el jardín con una elegante y muy británica exclamación, solo que a mí me sale en forma de:

—¡Joder!

Una mujer mayor que ha salido a pasear y ha sido testigo de mi allanamiento me reprende alzando la voz desde el otro lado de la verja, pero sus quejas se desvanecen en el momento en que, mientras me sacudo el polvo, mi mirada se cruza con la de Grant. Él, algo perplejo, se pone de pie y me observa con esa arruguita perfecta entre las cejas.

Yo renqueo hacia él; él corre hacia mí. Los dos nos detenemos frente al otro. Es la primera vez que nos vemos cara a cara fuera de un libro. Busco en mi mente las primeras palabras más apropiadas.

—Eres una persona real —me sale.

—Lo sé —responde él—. Lo supe en cuanto acabó todo. Abrí la verja y, de repente, la llave desapareció de mi mano. ¡Si la tenía en la puñetera mano! —Me alarga la palma vacía como inquietante demostración de lo que dice.

—Sí, guau… —comento aturdida, intentando todavía recuperar el aliento. Mi corazón no da señales de querer calmarse, y se me ocurre que no sucederá hasta que le diga a Grant lo que he venido a decirle.

Son unas palabras que no he pronunciado ante nadie y que casi ni me he permitido pensar. Sin embargo, llevan tiempo formándose en mi lengua, pugnando por salir a pesar de mis intentos por

tragármelas. Ahora que estoy de nuevo junto a él y veo sus ojos expectantes y algo preocupados, tengo que pronunciarlas. En voz alta. De verdad.

—Tengo miedo —digo. El corazón me palpita con fuerza y es posible que la garganta se me esté cerrando—. Tengo muchísimo miedo. Pero aquí estoy, y creo que eso podría ser lo fundamental.

Grant esboza esa media sonrisa sabedora antes de alargar la mano y retirarme una ramita del pelo.

—Creo que podrías tener razón.

En mitad de este dramático y emocionantísimo momento de confesión, la señora de la calle se ha acercado hasta la valla para gritarnos:

—¡Fuera de ahí! ¡Ese jardín es solo para residentes!

Sin hacerle el menor caso, los miedos que guardo en mi interior empiezan a salir en tromba y las lágrimas me escuecen en los ojos.

—No voy a saber ni lo que hago —reconozco.

—Yo tampoco —responde Grant—. ¿Desde cuándo eso nos ha parado los pies?

El nudo en la garganta se va deshaciendo poco a poco, como un cubito de hielo, pero el dolor sigue ahí. La señora de la verja sigue dale que te pego, riñéndonos por nuestra «absoluta falta de educación».

—¿Y si la pifiamos?

—¿Es que no nos conoces? —me pregunta Grant—. Pues claro que la vamos a pifiar. Buscaremos la solución, que es lo que hacemos siempre.

—Pero ¿y si solo te gusto porque me has visto en mis mejores momentos?

Grant entrecierra los ojos y me observa inquisitivo.

—Cuando te conocí, intentabas vomitar en un cubo de basura, y fallaste, y luego robaste un coche.

—¡¿Que robó un coche?! —aúlla la señora desde la calle—. ¡¿Ha dicho que robó un coche?! ¡¿Qué será lo próximo, prender fuego al parque entero?!

—Mira —dice Grant dando un paso hacia mí—. Sé que nos hemos conocido en unas circunstancias extremas.

—¡¡¡Voy a llamar a las autoridades!!! —chilla la mujer.

—Y fue terrorífico, extrañísimo e increíble —prosigue Grant—. Y no voy a ponerme aquí y ahora a fingir que verte pegarle un puñetazo en la cara a un tipo no fue impresionantemente sexy.

Sorbo por la nariz.

—¿A que sí?

—Ufff, y tanto. Pero ¿esto? —Posa la palma de la mano en mi pecho, justo por encima de mi corazón, cálida y segura—. Eres tú. Eres todo lo que quiero. Tal y como eres, dando puñetazos o poniendo acentos terribles o doblando la colada. Quiero compartir la vida real contigo.

Aquí parada, con el corazón casi literalmente en sus manos, empiezo a ser consciente de lo tranquila que estoy. De cómo esa voz que me urgía a huir se ha convertido en un mero susurro. No es que haya perdido el miedo, pero se está empequeñeciendo hasta convertirse en algo que puedo soportar. ¿Y si no termina de irse del todo nunca? De alguna manera creo que prefiero pasar miedo con Grant a mi lado que vivir sin miedo y sola.

—Yo también lo quiero —musito.

Al fin me dejo envolver por su pecho, me acurruco contra su corazón, real y palpitante. Grant me rodea con los brazos y me acaricia la espalda; luego apoya la barbilla en mi cabeza. No se me ocurre absolutamente nada mejor que esto, hasta que desliza la mano entre mi pelo e inclina mi cabeza hacia arriba. Entonces nuestras narices se rozan y su boca se acerca a la mía.

—¡Gracias al cielo! —exclama la señora—. Agente, estos granujas están allanando un jardín privado.

Grant se queda inmóvil y se echa hacia atrás para mirarme a los ojos con el ceño fruncido por la confusión.

—Perdona, pero ¿nos acaba de llamar «granujas»?

—Increíble —respondo—. Cuando está clarísimo que somos unos tunantes.

—¡¡¡Saque ahora mismo de ahí a ese par de tunantes!!!

—¿Ves? Ahora sí que ha acertado.

Grant sonríe y, acto seguido, me besa con tanta pasión que los chillidos de la señora al otro lado de la verja se pierden como si fueran ruido de fondo, y me pregunto si no me flaquearán las piernas. Pero no. No es debilidad lo que siento ahora mismo, sino fortaleza. Como si fuera capaz de todo. Como si juntos fuéramos capaces de todo.

Solo nos separamos cuando un policía carraspea con pocas ganas a nuestras espaldas.

—A ver, pareja —dice—. Se acabó el espectáculo. Es hora de que os vayáis.

Caminamos del brazo mientras el agente nos acompaña a la calle, reprimiendo sendas sonrisitas, como adolescentes a los que

acabaran de pillar enrollándose detrás de las tribunas del polideportivo del instituto.

—No sé por qué —le comento a Grant—, pero cuando nos imaginaba contraviniendo la ley, no era precisamente metiéndonos en un jardín.

—Huy, pues yo sí —responde él—, tienes toda la pinta de meterte en jardines, Mitchell.

—¡Dice el primero que se metió en uno!

Grant me sonríe de oreja a oreja.

—Bueno, supongo que eso nos convierte en cómplices en el delito.

—Sí. —Sonrío tanto que irradio alegría por todo el cuerpo—. Me figuro que sí.

Una vez cruzadas las puertas y de vuelta en la calle, nos despedimos con la mano de la señora, que menea la cabeza con un gesto severo de desaprobación, y echamos a andar por la acera sin la menor idea de hacia dónde nos dirigimos o cómo vamos a llegar. Sin mapas, sin planes, sin pistas. Tan solo dados de la mano y caminando el uno junto al otro. Tan solo él, tan solo yo. Tan solo los dos.

Epílogo

Un año después

Grant, con el rostro contraído por el terror, suelta una retahíla de juramentos seguida de un coro de «Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios».

—Oooh —grito por encima del fuerte viento, intentando darle una palmadita en el hombro—, qué recuerdos me traen tus palabras.

Él no parece demasiado nostálgico, a juzgar por su mirada horrorizada.

—No tienes por qué hacerlo —le recuerdo.

—No —responde medio mareado al tiempo que cierra los ojos—, si es que quiero hacerlo.

Después de volver de Londres, Grant empezó a elaborar una lista de aventuras que experimentar juntos, cosas que le recordarían cómo «vivir a tope». Oficialmente no me deja llamarla «Lista *Enrole Diem*» (aunque ya os digo yo que se llama así). Hacer paracaidismo era la primera actividad que apuntó, pero también es con la que más ha remoloneado.

Toma aire con fuerza y, tenso, se vuelve hacia Zeke, el instructor al que está enganchado.

—Vale —anuncia con voz ahogada—. Estoy listo.

Se colocan en posición, con el cielo azul bajo sus pies, y Zeke comienza la cuenta atrás.

—¡Espera! —grita Grant, apoyando una mano en la pared del avión antes de que Zeke llegue al cero. Se vuelve hacia mí con el ceño más fruncido que nunca.

—Te quiero —dice, como si fueran sus últimas palabras.

—Bien dicho. —Zeke le da un golpecito en el hombro. Antes de que yo pueda responderle lo mismo a Grant, nuestro instructor grita —. Oh, oh; creo que hay un problema con… —Y se tira del avión, llevándose consigo a Grant.

Lo último que oigo es cómo este le grita «¡¿Qué?!», pero el sonido se va empequeñeciendo como en una caricatura conforme caen en picado.

Mi instructora, Mari, se ríe detrás de mí.

—Siempre hace lo mismo —comenta.

Mientras nos disponemos a saltar, entrecierro los ojos y veo el puntito que Grant y Zeke forman sobre las ondulantes colinas del oeste de Massachusetts. Estoy al cien por cien segura de que Grant no puede oírme (más que nada porque yo tampoco puedo oírlo a él y estoy al ciento diez por ciento segura de que ahora mismo grita como un descosido), pero respondo: «¡¡¡Te quiero!!!», porque quería chillarlo desde lo más alto mucho antes de que pudiera atreverme siquiera a musitarlo, así que tengo mucho que compensar. Y diría que un avión traqueteante a diez mil pies de altitud puede valer como «lo más alto».

Cuando Mari y yo nos arrojamos al vacío, me maravilla que nunca me canse de esta sensación: el frenesí de la anticipación, el subidón

de la caída libre y la paz total y absoluta al posarme de nuevo sobre el suelo. No hay nada igual.

Salvo, por supuesto, lo que me espera cuando aterrizo.

De vuelta en tierra firme, Grant corre con gesto desgarbado hacia mí, no sé si porque todavía le flaquean las piernas o por lo mucho que se ríe.

—Yo esto no vuelvo a hacerlo —señala emocionado al tiempo que me envuelve entre sus brazos.

Sonrío contra el hueco de su hombro.

—Pues yo pienso hacerlo mil veces más.

Grant me besa la sien y me estrecha con fuerza.

—Y cuando lo hagas, yo te esperaré abajo con un globo y una red de seguridad, por si acaso.

Horas más tarde, estamos disfrutando de la esperada segunda parte de nuestra aventura de hoy, acurrucados en casa de Grant, en chándal, con nuestro té y nuestros libros. La madera de abedul crepita entre llamas en el televisor, el sofá está cubierto de un montón de mantas y mi sorprendente tercer mejor amigo, Arthur, ronronea en mi regazo.

Llego al final de mi libro, escrito a doble espacio y encuadernado en espiral, y lo cierro con un suspiro. Junto a mi hombro aparece una taza humeante y, al alzar la vista, me encuentro a Grant mirándome con expectación.

—¿Y bien? —pregunta al tiempo que me tiende la taza de té y se apoya en el reposabrazos—. ¿Cuál es el veredicto?

Hace meses que Anna me envió el manuscrito de *El beso de la muerte* junto con un ejemplar de lectura anticipada de su última novela (un romance sin asesinatos sobre dueños de hostales rivales) y una carta en la que me prometía enviarme galeradas de todos sus títulos futuros, «por las molestias».

El romance me lo bebí en un fin de semana. El manuscrito me ha durado más.

Estuvo esperando en la mesa de la cocina un tiempo, acumulando polvo mientras yo dudaba si leerlo. Pero poco a poco, a medida que la vida real con Grant empezó a eclipsar nuestros surrealistas comienzos, la curiosidad me venció y me puse con él.

—Ha sido… raro —digo—. Como asomarse a un universo alternativo.

Incluso donde difería de mi experiencia, había cierta nostalgia en la lectura, al regresar por nuestros antiguos pagos y rememorar aquellas aventuras. Al reencontrarme con Lesley y saber que ahora siempre está a unas pocas páginas de volver a la vida.

En cuanto a la ausencia de Grant en la novela, me produjo un extraño alivio, al recordarme que está aquí, donde le corresponde. Me alegro por mí, claro, pero también porque el mundo real tiene el privilegio de contar con Grant Hoffman entre sus habitantes. Me alegro de que disfrute de su ceño fruncido, sus conocimientos variopintos y, cualquier día de estos, una brillante novela de detectives magos. Igual que me alegro de que pueda vivir, aprender, enseñar y amar como nadie más sabe hacerlo.

Sonrío cuando me besa el hombro y viene a acomodarse en el otro extremo del sofá.

—Aunque me gustó más nuestra versión —añado.

Esa versión, al fin y al cabo, es la que nos ha traído hasta este momento y todos los demás que hemos compartido. Paseos por la ribera y sándwiches en el parque, escapadas de fin de semana y noches de Trivial. Mi primer día como profesora en Zona de Combate, y el cucurucho de churros que me esperaba allí de parte de Grant. Y la visita que hicimos a Steph en su casa de la playa, donde Grant nos ofreció una interpretación digna de un Oscar en su papel de «tío que no sabe dónde está el baño porque jamás ha matado a nadie en él».

Dejo el manuscrito en la mesita de centro.

—¿Sabes? Ahora que echo la vista atrás, debí de haber adivinado que no eras un héroe romántico —digo—. Ni siquiera proclamaste que llevabas enamorado de mí desde el instante en que secuestré el Uber.

La arruguita de siempre asoma justo entre sus cejas.

—Claro, porque no fue así. Te pasaste nuestras dos primeras horas juntos traumatizándome. —Alarga la mano y rasca a Arthur entre las orejas; cuando su mirada se cruza con la mía, se le curva la comisura de la boca—. Aunque es cierto que empezaste a gustarme mucho antes de lo debido.

Me arrellano en el sofá y cruzo las piernas sobre las suyas.

—A mí también.

Pero no cambiaría lo sucedido, nada de nada. Ni por todos los discursos románticos y los finales felices del mundo. De todas formas, las novelas románticas no van de eso. Por supuesto que presentan muchas más carreras por aeropuertos para declararse ante el ser amado de las que se ven en el mundo real. Y la tasa de camas por persona, francamente, da que pensar. Pero, al final, de lo

que tratan en realidad es de cosas de las que todos somos capaces: amor, valentía, esperanza. Ofrecen un «felices para siempre» no como final, sino como invitación a escribir nuestros propios comienzos. A dejar que la vida continúe donde la ficción acaba.

En cuanto a Grant y a mí, nuestra vida juntos no es una historia, sino miles: las que hemos leído, las que hemos vivido, las que nos contamos el uno al otro y las que están por venir. Las que nos han sucedido y las que hemos elegido. Y, aunque algunas sean de ficción, todas ellas han sido de verdad.

Porque las mejores historias siempre lo son.

Agradecimientos

Como novelista debutante, la lista de personas a quienes dar las gracias es larga, prácticamente toda la gente que conozco y hasta alguna que no. Pero como acabas de terminar una novela y puede que no te apetezca empezar de inmediato otra que sea pura gratitud y cero argumento, resumiré mucho y comenzaré por aquí: gracias a todo el mundo, incluido tú. Sobre todo tú. Y luego, por mencionar a algunas personas en particular:

Gracias a mi espectacular agente, Katie Greenstreet, que viene siendo como le Regalante si este fuera extremadamente amable e inteligente, y sobresaliente como agente literarie, además de no ser (hasta donde yo sé) un mágico y travieso cambiaformas. La cuestión es que tiene un don para hacer que los sueños se conviertan en realidad. Gracias también a Melissa Pimentel por poner a punto esta historia, y a las maravillosas Catherine Cho y Kiya Evans, de Paper Literary. Gracias también a las asombrosas Michelle Kroes y Dana Spector, de CAA.

Editar este libro ha sido la colaboración transatlántica de mis sueños, y se lo debo por entero a mis fenomenales editoras, Marie Michels y Hannah Smith. Gracias por entender este libro desde el primer día, puede que hasta mejor que yo misma. Muchas de mis partes favoritas no existirían sin vuestra genialidad. Gracias a todos

los que han contribuido a convertir esta historia en algo vivo, en un libro de verdad. En Pamela Dorman Books, gracias a Pamela Dorman, Kate Stark, Andrea Schulz, Rebecca Marsh, Yuleza Negron, Mary Stone, Morgan Fenton, Randee Marullo, Nick Michal, Megan Draper, Natalie Grant, Elizabeth Yaffe, Jason Ramirez, Claire Vaccaro y a todo el equipo de ventas de Penguin. En Penguin Michael Joseph, gracias a Stella Newing, Maxine Hitchcock, Louise Moore, Frankie Banks, Jenna Petts, Annie Moore, Laura Garrod, Christina Ellicott y Akua Akowoah.

Gracias a mis primeros lectores por su camaradería y sus ánimos: Cesare Casciato, Sophie Leveque de Love Mc-Dade, Britt Belle y el resto de la pandilla de lectura beta. Gracias también a Bianca Marais por reunirnos a todos.

Son varias las personas que me han ayudado a no cometer delitos de desinformación en este libro. (Nótese que estas son expertas en sus respectivos campos, por lo que allá donde los hechos difieran se debe estrictamente a las libertades que nos hemos tomado Anna Matthews o yo). Por sus conocimientos médicos (y décadas de amistad), gracias a la doctora Ariel Sena. En relación con el pasatiempo secreto supermolón de Grant, gracias a las buenas gentes de Western Swordsmanship Technique and Research. Por las habilidades dando para el pelo de Roxie, gracias al doctor Thomas Sena y a Dennis Hill. (El uso del nombre Dennis en este libro es pura coincidencia; recomendaría vivamente a cualquiera que se lo piense dos veces y hasta tres antes de robarle la pizza a este Dennis en particular). Por inspirar gran parte de la sabiduría de Uri, gracias a Wendy Cooper (resulta que el entrenamiento vocal y la defensa personal tienen un número sorprendente de cosas en común). Por

no dejarme caer al vacío y morir en el intento, gracias a Guilherme Medeiros y todos los superhéroes de Skydive Danielson. Y por su excelencia británica, gracias a la inimitable Stacey Fowler, a quien tengo el honor de considerar mi amiga. (Y esta es la última vez que lo digo imitando el acento inglés, Stacey, así que disfrútalo).

A Lee y Melissa Haines, Patricia Hurley y Tom Hulme, y a Tuesday Walker, cuyos hogares me sirvieron como retiro de escritura. Todo mi amor a Luna y a sus gatitos, Max y Mitsy, que nacieron bajo mi supervisión mientras trabajaba en el último borrador de este libro.

Tener demasiados seres queridos a quienes nombrar para darles las gracias es un contratiempo maravilloso, así que gracias a todos desde el fondo de mi corazón. No puedo dejar de mencionar a Becca Antonoplos, por enseñarme a dar la cara cuando tengo miedo. A Justine Buckley, que lleva defendiendo mi carrera como escritora desde primaria. A L., la persona más divertida que conozco. A T. y a Kristen Reyes, y a Nicole Goodwin, gracias, gracias, gracias.

A todos los que han inspirado y apoyado mi viaje como escritora, incluidos Colin Soule, Wyn Gass, Angel McCabe, Peggy Igoe, Mary Gordon, Kathy Giroux, Michael Eberle y Mary McDonagh. A Mary «Mom-Mom» Eberle: gracias, te querré siempre.

Gracias a mis padres, por recordarme siempre de lo que soy capaz. Os quiero mucho. Gracias en especial a mamá, por ser una de mis primeras lectoras, y a papá por inspirarme al personaje de Zeke.

Por último, a la madrina de este libro y su primerísima lectora: Kelly Eberle, mi hermana, consejera suprema, capitana de animadoras y, lo que es más importante, el motivo por el que la comida favorita de Roxie son los churros con Coca.

Roxie siempre ha fantaseado con vivir dentro de una novela romántica.
Al fin y al cabo, ¿quién no lo querría?
Pero hay que tener cuidado con lo que se desea…



Cuando un día su sueño se cumple, se ve inmersa en una primera cita con Jack, un chico atractivo y encantador que parece que la quiere dejar sin aliento. Pero literalmente: ha sacado un cuchillo y está a punto de apuñalarla.

¿Es posible que se encuentre dentro de un thriller y acabe de toparse con el potencial asesino? Mientras escapa de Jack, Roxie conoce a Grant, un profesor y escritor. Junto a él, tendrá que resolver crímenes y seguir las pistas para llegar al final de la historia.

Una novela única, brillante y con mucho humor que difumina la línea entre realidad y ficción. ¿Quién iba a pensar que perseguir a un asesino fuese tan emocionante?

Kate Eberle estudió Periodismo en la Universidad de Boston antes de redescubrir su amor por la literatura. *Este libro puede matar* es su primera novela.



Título original: *If Books Could Kill*

Primera edición: junio de 2026

© 2026, Kate Eberle
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Noemí Jiménez Furquet, por la traducción

Ilustración de portada: © Susanna Gentili

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-55-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Este libro puede matar
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo. Un año después
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Kate Eberle
Créditos